La Atlántida

Jürgen Spanuth



La Atlántida (también llamada Atlantis debido al mitológico rey Atlante, Átlas) fue un país mítico, cuya primera referencia se remonta a textos del filósofo griego Platón, ubicado en una isla (o quizá península o delta de un gran río) cuya existencia y localización nunca ha llegado a confirmarse con seguridad.

El pastor Jürgen Spanuth en 1953 la situó en el Mar del Norte, en la desembocadura del río Elba, al este de Heligoland, donde muy frecuentemente se hablaba acerca de edificios sumergidos. Según él, la isla-continente era la capital de un imperio septentrional del que habría partido el ataque contra Egipto, que según los archivos egipcios habría tenido lugar en el siglo XII a. C.

Refiriéndose especialmente a algunas grandes rocas halladas en el fondo llano y que según él podían corresponder a la ciudadela atlántica, Spanuth introdujo un nuevo elemento en la investigación submarina: los buceadores.



Jürgen Spanuth

La Atlántida

En busca de un continente desaparecido

ePub r1.0

Rob_Cole 23.04.2017

Título original: *Das Entratselte Atlantis*
Jürgen Spanuth, 1953
Traducción: Eduardo Ripoll Perelló
Diseño de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole
ePub base r1.2



EDICIÓN CONMEMORATIVA

4.º ANIVERSARIO



PROYECTO SCRIPTORIUM

"Más libros, más libres"

epublibre

PRÓLOGO

¿Qué otra leyenda más misteriosa y romántica que la de la Atlántida ha seducido desde hace generaciones la imaginación de los hombres? Si la incógnita de su situación y lo trágico de su destino siempre intrigó al hombre, ha sido en realidad durante el último siglo cuando ha corrido un verdadero torrente de tinta para hablar de la Atlántida en sus más diversos aspectos. Por desgracia, la mayor parte de esa literatura carece de valor desde el punto de vista científico y no puede ser tenida en cuenta por los hombres de ciencia, a los que, sin embargo, la cuestión interesa profundamente.

Como es sabido, las primeras noticias acerca de la Atlántida remontan a los tiempos clásicos y se contienen especialmente en el Timeo y en el Critias de Platón. En esas noticias, poco concretas, se habla de una gran isla llamada Atlántida, más grande que Asia y Libia juntas, situada más allá de las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar); estaba habitada por un pueblo poderoso y guerrero, que en cierta ocasión se puso en movimiento, invadió Europa y fue rechazado por los griegos dirigidos por los atenienses. Luego, la gran isla desapareció, tragada por las olas.

Sin temor a exageración se puede asegurar que el número de hipótesis modernas de todo género acerca de la Atlántida se corresponde exactamente con el número de autores —que con razón alguien ha clasificado en «atlantólogos, atlantófilos y atlantómanos»— que de ella se han ocupado. Naturalmente, también ha existido quien ha negado la existencia de la Atlántida. Paul Coussin, refiriéndose a los tratadistas de la isla perdida, ha escrito: «… la luz más esplendorosa no puede hacer ver a los ciegos… El propio Platón saldría de su tumba y les juraría por el Estigio que él mismo creó uno por uno los elementos de la Atlántida y ellos no llegarían a creerlo». No es muy sabido que ésta era ya una opinión conocida en la antigüedad, pues Estrabón pone en boca de Aristóteles las siguientes palabras: «Él solo (Platón) la hizo volver al mar, del mismo modo que él solo la había hecho salir de sus olas».

A base de su posición geográfica podemos clasificarlas diferentes hipótesis en los siguientes grupos: la Atlántida hiperbórea, o sea situada en los países nórdicos (opinión de Rudbeck, Bailiy, Klée y asimismo, en cierta forma, la del autor del presente libro); la oriental, que pretende colocarla en el Mar de Azof, Persia, Judea, Creta, Malta, etc.; la occidental, según la cual habría estado en las Baleares o en Andalucía; la africana, ubicada en el Atlas, en Túnez, en el Hoggar o, incluso, en los países ecuatoriales; y la americana (buscada por Colón y otros viajeros antiguos), en estrecha relación con la hipótesis que sitúa el continente perdido en las Islas Afortunadas (Canarias), que es al propio tiempo una de las que ha tenido más partidarios.

A todas estas posibilidades se ha unido la opinión de los geólogos, que han dado el nombre de Atlántida a un hipotético continente que habría ocupado en tiempos

remotos el Atlántico septentrional y del que quedarían como testigos las islas de Madera, Cabo Verde, Canarias y Azores. Ya en 1913 Termier afirmó que, «hablando desde el punto de vista geológico, la historia platónica de la Atlántida es muy verosímil», y añadía poéticamente que el fin que tuvo la Atlántida «se parecerá quizás, el último día, al último gran día de la humanidad».

La teoría del continente atlántico se apoya, por una parte, en la naturaleza y en la distribución de los sedimentos paleozoicos en América del Norte y en Escandinavia, en la forma del fondo actual del océano, en las vastas zonas poco profundas, accidentales y volcánicas que llegan hasta Groenlandia, en la forma de las costas canadienses, irlandesas y bretonas, que indican un relieve hundido en época reciente. Por otra parte, se apoya en la distribución geográfica de los animales y plantas actuales y extinguidos, que indican conexiones continentales y facilidades de migración. Según Germain, la fauna de los archipiélagos atlánticos es homogénea y claramente continental; sus relaciones se establecen con la Europa meridional y el África septentrional, pero no con el África tropical. Todavía son más notables las relaciones con la fauna europea de principios del Mioceno, «hasta el punto que se puede decir que los archipiélagos atlánticos tienen una fauna que es la prolongación, la supervivencia de la existente en el Mioceno europeo». El mismo autor indica que la fauna malacológica de las islas Canarias es más reciente y mucho más cercana a la del África septentrional que la de los demás archipiélagos, lo que permite deducir que las Canarias quedaron separadas de las Azores, de Madera y de Cabo Verde mucho antes de su propio aislamiento del continente africano. La existencia del Mar de los Sargazos viene a apoyar esta teoría de Germain. Pero ésa es una Atlántida «terciaría», cuyos últimos vestigios pudo conocer el hombre prehistórico bajo la forma de una plataforma que acercaba las Canarias, si no las unía, a la costa de Marruecos, todo ello según dicho autor. Pero precisamente esta parte de la hipótesis es la más frágil. ¿De qué forma la memoria humana pudo transmitirla noticia del cataclismo? La mayoría de los tratadistas se inclinan a separar netamente la Atlántida de Platón de esta que nos presentan los geólogos, y consideran como fantástico y poco fundado aquel posible recuerdo de un continente perdido bajo las aguas y conservado por la mente de cien generaciones. Los estudios de G. Lecointre y J. Bourcart en el litoral marroquí han demostrado de manera suficiente la permanencia de las costas atlánticas del África del Norte, con contornos casi idénticos a los actuales, al menos desde comienzos del Plioceno. Por tanto, el hombre no pudo tener conocimiento de los hundimientos o de las inundaciones que pudieron producirse anteriormente.

Querer identificar la Atlántida de los geólogos con la de Platón parece exagerado y fantástico. Pero si lo que nos dicen los autores griegos no es pura leyenda, o, para decirlo mejor, si a tal leyenda se le quiere atribuir una base de realidad, convendrá suponer que las indicaciones de Platón en cuanto a la extensión del país, distancias, nombres, situaciones históricas, etc., aunque imprecisas,

corresponden a una tradición auténtica deformada por la transmisión oral o escrita. Sin embargo, ¡cuántas y cuántas preguntas quedan sin contestar en las maravillosas páginas del sabio ateniense!

Para los españoles, el mito de la Atlántida, quizá por nuestra personal manera de ser, siempre ha revestido un encanto especial. Los elementos misteriosos que encierra han sido siempre puestos en relación con Tartessos, el fabuloso reino de Gerión y Argantonios, uno de los temas más gratos y más relacionados con la figura romántica de un gran sabio alemán todavía viviente: el profesor Adolfo Schulten. ¿Estaría la Atlántida en una isla de la desembocadura del Guadalquivir? ¿Es posible identificar el continente perdido con el reino de Tartessos? Y, en todo caso, ¿cuáles eran las relaciones entre uno y otro? ¿Habría sido aquella isla la homérica isla de los reacios?

¿Y la posibilidad norteafricana, tan bien explotada desde el punto de vista novelístico por el genial Fierre Benoit? Algunos sabios alemanes —P. Borchardt, A. Herrmann, S. Passarge— han buscado la Atlántida en las costas de Túnez, habiendo sido reunidas sus opiniones por R. Vaufrey. Borchardt, con argumentos en su mayor parte de orden lingüístico, se esforzó en demostrar que el continente de la Atlántida era lo que llamamos África del Norte o también África Menor. La isla que ostentaba la capitalidad del Estado, donde se levantaba el templo de Poseidón, estaba situada al fondo del golfo de Gabes, en la desembocadura de los grandes chotts, que cabría identificar con el río Tritón de los antiguos. Los egipcios habrían conocido la Atlántida con el nombre de «región de los árboles m», habitada por los kuhek, a los que se puede identificar con los zauékes de Herodoto y con los feacios de Homero, cuya ciudad, Scheria, habría estado en la propia isla de la Atlántida. A un kilómetro y medio de Oudref, en la orilla derecha de la sebja de Melah, se encuentra la localidad de Tell-Gallal, que quizá sea el último testimonio de la isla. Por su parte, Herrmann prefiere buscar este lugar de múltiples nombres en el emplazamiento del pequeño oasis de Rhelissia —a siete kilómetros y medio al suroeste de Kebili—, que incluso habría sido Tartessos y el Jardín de las Hespérides. Sus puntos de vista, a todas luces exagerados, no desmerecen, sin embargo, sus estudios de geografía antigua de aquella zona. En el mismo orden de ideas, aunque moviéndose más en el campo de la geología, se colocan las teorías de S. Passarge.

En cuanto al Sahara, lo que sabemos actualmente de su clima y poblamiento durante el optimum climático que permitió desarrollarse la cultura neolítica sahariana (5500-850 a. C.), viene a dar nueva actualidad a la hipótesis que expuso en primer lugar Berlieux (1883) y desarrolló A. Berthelot (1927). H. Lothe ha examinado recientemente la cuestión desde nuevos puntos de vista, aunque sin decidirse a exponerlos en una teoría organizada y haciendo notar que los argumentos para situar la Atlántida en el Sahara no son todavía suficientes. Uno de sus argumentos lo constituye un pasaje de las Historias de Herodoto: «Más allá de la

Libia, a veinte días de marcha de los garamantes, se halla el tercer montículo de sal —con agua— que se encuentra en el camino. Alrededor de ese montículo habitan hombres. No lejos de allí se levanta la montaña denominada Atlas, tan alta que sus cimas siempre están ocultas entre las nubes. De ella han tomado su nombre aquellos hombres: efectivamente, se les llama atlantes. Más allá todavía, de diez días en diez días de marcha, se encuentran otras minas de sal y habitantes. Las viviendas de esos hombres están construidas con bloques de sal, o sea que esas regiones de la Libia no reciben lluvias, pues los muros, siendo de sal, no podrían subsistir. Más allá de la cordillera de montañas, hundiéndose hacia el mediodía en el interior de la Libia, el país es desierto, sin agua, sin animales, sin madera, y en él no hay indicios de humedad». Lothe cree que esta descripción se aplica con sorprendente exactitud al Hoggar, más allá del cual las aldeas de ciertas salinas están, en efecto, construidas en tierra salífera (In-Salah) o incluso con barras de sal (Taudeni). Al sur se encuentra el Tanezruft. Como es sabido, Platón indica que los atlantes poseían caballos, carros de guerra, arcos y pequeños escudos, que es el armamento que vemos representado en las pinturas rupestres del Sahara. Y cuando sabemos que el caballo y el carro de guerra fueron importados a África por los reyes pastores hacia el año 1700 antes de nuestra era, parece que tenemos un número suficiente de elementos para identificar los atlantes con los neolíticos saharianos hacia el final de su historia. Pero, como hemos dicho, ni el propio H. Lothe se atreve a ir más lejos. Para él una de las claves del problema está en la solución que se dé a la cuestión de los garamantes. Las representaciones de carros de guerra en el arte rupestre sahariano se creyó que estaban fechadas en el siglo V *por la cita de Herodoto que habla de los carros de guerra de los garamantes. Luego, Dussaud y S. Reinach hicieron notar que el estilo de los caballos representados al galope tendido en asociación con los carros estaba emparentado con la representación del galope volante que se había generalizado por el Mediterráneo oriental en el último tercio del segundo milenio a. C. y que, precisamente en esa época, ciertos pueblos llegados de Creta desembarcaron en Cirenaica con la intención de atacar Egipto. Fueron rechazados y diezmados y entonces se internaron en el Sahara, siendo posible que incluso hubieran llegado al Níger, como parece probar la extensión geográfica de sus pinturas y grabados de carros que va de las Sirtes, por Ghadamés, el Hoggar y el Adrar de Iforas, hasta Gao. El propio H. Lothe ha demostrado que ese antiquísimo camino fue utilizado por los romanos que habrían llegado al Tassili-n-Ajjer en busca de los productos originarios del Sudán. Es seguro que la III Legio Augusta tuvo una guarnición en Ghadamés (Cydarrms) y que llegaron a ocupar la ciudad de Rhat (Rapsa), a ochenta kilómetros de Djanet. También es sabido que dos expediciones romanas penetraron en el desierto: la de Septimio Flaco y la de Julio Materno en los años 70 y 86 de nuestra Era, respectivamente; y que fueron precedidas por una expedición mucho más importante, probablemente en el 19 a. C., que, al mando del español Cornelio Balbo, ocupó toda la Cirenaica desde el Fezzan hasta el sur de*

Argelia, pasó por el Tassili y valió el triunfo a su general al regresar a Roma.

¿Y qué decir de la hipótesis que plantea el libro que el lector tiene ahora en sus manos?

La hipótesis hiperbórea ha sido defendida con diversas variantes por varios autores y tuvo como iniciador al médico y botánico sueco Rudbeck (1630-1702). Los paralelismos entre el mundo nórdico y el mundo mediterráneo son en extremo cautivadores, y en lo que se refiere a la desaparición de una amplia superficie continental en el mar del Norte no está desprovista de sentido y es admitida por la mayoría de los geólogos. Además, los sondajes realizados en muchas ocasiones han probado la existencia de restos prehistóricos sumergidos bajo las aguas, especialmente referibles a las culturas mesolíticas que se pueden relacionar tanto con Inglaterra como con el continente. Todos los datos referentes a esas tierras hundidas han sido recogidos por J. L. Baudet, que también ha estudiado los objetos prehistóricos de procedencia submarina de dicha zona. Las amplias perspectivas que presenta la exploración arqueológica submarina tienen en esta región grandes posibilidades, empezando por la comarca a la que se refieren los trabajos de J. Spanuth.

El autor de este libro, Jürgen Spanuth, nacido en 1907, estudió teología en las Universidades de Tubinga, Berlín y Viena, antes de ser nombrado pastor de la comunidad luterana de Bordelum, pequeña aldea próxima a Schleswig. En este lugar se sintió atraído por las tradiciones y leyendas, aún vivas en labios de marineros, pescadores y campesinos, que hablaban de la existencia de un santuario del culto solar en una isla de Jutlandia, al finalizar la Edad del Bronce. Analizando los diálogos de Platón referentes a los atlantes y los relatos de Homero que presentan las aventuras de Ulises en la isla de los feacios, Spanuth encontró sugestivas analogías entre los detalles dados por el filósofo y el poeta griegos y las leyendas hiperbóreas. El mito platónico, los cantos homéricos y las tradiciones frisonas referentes a una isla desaparecida tienen por origen el mismo cataclismo histórico. Realizada la exégesis de los textos, el pastor Spanuth consigue una embarcación apropiada y se lanza a la comprobación de sus asertos. Pero… no queremos anticipar el texto de la obra; estamos seguros que el lector seguirá el esfuerzo del pastor Spanuth hasta la última página.

Dr. EDUARDO RIPOLL PERELLÓ
Conservador del Museo Arqueológico de Barcelona

INTRODUCCIÓN

Sería difícil encontrar otro tema, entre los concernientes a la historia y a la geografía antiguas, cuyo estudio sea a la par tan ingrato y tan agradecido como el de la Atlántida.

Ingrato por la razón de que con los dos mil y pico de libros, sin contar innumerables folletos y artículos, que según una estadística francesa se han publicado sobre la Atlántida, parecería que se hubiera llegado a un agotamiento del tema. Repetidamente, algunos eruditos de fama han creído haber zanjado la cuestión enigmática de la Atlántida de una manera definitiva y han afirmado que no es posible decir ya nada más sobre ello. Con mucha más frecuencia, otros sabios han declarado que todos los trabajos y escritos relativos a este tema eran pura entelequia y los han clasificado, sin más, como «una contribución a la historia de la humana locura». Bien es verdad que al lado de investigadores dignos de crédito se ha juntado tal retahíla de ilusos, de «atlantomaníacos», de charlatanes y de farsantes (por no hablar de los etimómanos encarnizados en descubrir verdades donde no las hay, que también se han preocupado del mismo problema), que todo aquel que hoy intenta desbrozar camino en el tema de la Atlántida corre el riesgo de ser inmediatamente clasificado entre las filas de estos elementos dudosos.

Es comprensible que si se tiene en cuenta este escollo sean muchos los investigadores que gozan de autoridad que siempre que se menciona este problema de la Atlántida se retraigan y dejen el campo libre a los que gustan de quimeras y a los que hemos llamado «atlantomaníacos».

Y este hecho es tanto más sensible por cuanto la Atlántida no solamente es uno de los temas más agradecidos de la historia y de la geografía antiguas, sino que su estudio ayuda a esclarecer las tinieblas que reinan en una de las épocas más misteriosas y más preñadas de consecuencias de toda la historia de Occidente.

La leyenda atlántica podría compararse, en cierta manera, a aquella cámara secreta del tesoro en la tumba de Tutankhamon del valle de los Reyes.

Durante siglos y siglos, incontables investigadores y arqueólogos han excavado a diestro y siniestro por todo este valle. Se consideraba fuera de toda duda que ya no quedaba nada nuevo por descubrir. Cuando lord Carnavon resolvió, a pesar de todo, emprender nuevas excavaciones en este valle, fue objeto de bromas, y hasta los especialistas, sus propios colegas, declaraban que la expedición estaba condenada al fracaso. Era una empresa inconcebible. Parecía que ningún otro trabajo arqueológico sé le podía comparar por lo ingrato y falto de perspectivas.

Pero cuando lord Carnavon, pese a todos los inconvenientes, descubrió entre estas arenas tan removidas la entrada de la tumba de Tutankhamon, quedó al descubierto el paso a una cámara del tesoro llena de incalculables riquezas y con ellas se hizo luz en la vida cotidiana de los reyes egipcios que habían vivido hacía más de tres mil años.

Análogamente están las cosas en lo que hace referencia a la cuestión de la

Atlántida. El manto constituido por muchas falsas interpretaciones, quimeras, fantasías, precoces juicios y absurdos escepticismos, así como el amontonamiento de errores cronológicos y de identificaciones falsas que se han ido acumulando en el curso de dos milenios y medio sobre este relato que Solón trajo consigo de Egipto, llegan a colmar y rebasar esta cámara del tesoro de tal modo que cualquiera que intenta exhumar dicho relato se coloca en el sitio ideal para ser el blanco de los sarcasmos de los especialistas.

Pero si entre todo este amontonamiento de hipótesis y elucubraciones sobre la Atlántida se llega a descubrir la justa interpretación del relato de Platón, entonces se abre el camino a una sala del tesoro que nos abrirá insospechados horizontes científicos y sorprendentes puntos de vista acerca de todo lo que constituyó la manera de vivir, creer, pensar, luchar y sufrir de aquellos antepasados nuestros que vivieron sobre el globo hace unos tres mil años. Y al propio tiempo penetraremos en los secretos de una de las más grandes y más conmovedoras épocas de la historia de la humanidad.

El acceso a la justa y correcta interpretación de este relato atlántico está constituido por el establecimiento cronológico de los principales acontecimientos que tienen lugar dentro de él y de la comprobación de la fidelidad histórica de este propio relato. A ello está consagrada la primera parte de la presente obra.

En la segunda se intentará exhumar los tesoros que encierra este relato. Se precisará el emplazamiento de la isla Real y la magnificencia y organización del reino atlántico. Los datos del relato atlántico sobre la vida y las costumbres, sobre el culto y las creencias, sobre la riqueza y el poder de los atlantes, serán minuciosamente comparados con nuestros conocimientos actuales de aquellos tiempos pasados. E investigaremos el contenido de verdad que en él haya.

En la tercera parte se expondrá lo que el más grande poeta de todos los tiempos, Homero, ha cantado acerca de la Atlántida y lo que a su vez nos ha legado la saga, esta vieja y fiel guardiana de los hechos históricos.

Por último, damos cuenta del redescubrimiento de la Atlántida en el verano de 1952. Añadimos una traducción de las narraciones platónicas sobre la Atlántida contenidas en los diálogos *Timeo* y *Critias*.

Con ello aprenderemos a conocer un linaje de la humanidad que ha sabido realizar grandes hechos, ha sufrido en grande y ha concebido también en grande.

Deseamos que este trabajo sirva para alentar a los sabios especialistas de las distintas disciplinas científicas a reconciliarse con esta leyenda atlántica, provista ahora de las mismas armas, pero vueltas a forjar. Seguramente entonces nos revelará muchos y nuevos tesoros y podrán esclarecerse muchos de los problemas de la historia antigua que hasta ahora se han venido dando por insolubles.

PRIMERA PARTE:

LOS FUNDAMENTOS HISTÓRICOS DE LA LEYENDA ATLÁNTICA

I. BREVE RESUMEN DEL ASUNTO

Platón, el gran filósofo y pensador griego (429-348 a. C.), ha apuntado el tema de la leyenda atlántica en dos pasajes distintos de su obra: en el diálogo *Timeo* y en el *Critias*. En estos diálogos se dice lo siguiente acerca del origen y el contenido del relato sobre la Atlántida:

Solón (640-559 a. C.), uno de los siete sabios y legisladores de Atenas, realizó un viaje a Egipto al objeto de «recoger conocimientos de los tiempos pasados». Puesto que los sacerdotes de Sais gozaban por aquel entonces de gran predicamento y en especial se decía que tenían noticias fidedignas de los hechos pretéritos, Solón encaminóse hacia allí, donde se le dispensó una gran acogida con muchas muestras de amistad y respeto.

Los sacerdotes de Sais se mostraron muy bien dispuestos a revelar a Solón la historia de los tiempos pasados, tanto más cuanto que poseían un magnífico archivo de inscripciones, papiros y otros documentos recogidos a copia de años.

Pero hubo una cosa que cautivó particularmente a Solón: un relato acerca de una gesta heroica llevada a cabo por los atenienses, sus compatriotas. De esta gesta se dice textualmente: «Con todo y que su conocimiento no se ha divulgado, no por ello deja de ser un hecho verídico» (*Timeo*, 21).

Fundándose en un antiguo documento egipcio, un anciano sacerdote de Sais explicó a Solón que hubo un tiempo en que una gran potencia marítima de los atlantes invadió Europa y Asia (bajo cuya designación los antiguos comprendían exclusivamente lo que ahora designamos como Asia Menor). Los atlantes habían sabido reunir todos los pueblos sobre los que ejercían la hegemonía para formar una poderosa masa guerrera. Entre estos dominios estaban comprendidos «algunas islas y territorios de tierra firme en el Gran Mar del Norte» y «de los territorios del Mar Interior, Libia hasta Egipto y Europa hasta Tirrenia». Con toda esta «gran potencia coaligada y unida» los reyes de la Atlántida quisieron someter a su poderío todos los territorios griegos y egipcios, así como el resto de todos los otros países libres que quedaban en el área del Mediterráneo.

Ante este acometimiento de los atlantes, la ciudad de Atenas supo dar una extraordinaria muestra de valor y tenacidad. Atenas se colocó a la cabeza de la coalición de todos los Estados griegos amenazados y luego, cuando uno tras otro fueron sucumbiendo, Atenas supo proseguir sola la lucha y alcanzar para sí la libertad. Gracias a esta lucha heroica de Atenas, Egipto, que había llegado a una situación muy apurada bajo la tenaz presión de los atlantes, halló su salvación y pudo rechazar finalmente y por completo la agresión extranjera.

El origen de las convulsiones y trastornos de todo este tiempo fueron unas terribles catástrofes de la naturaleza que se abatieron en aquella época sobre la Tierra. El sacerdote egipcio recordó a Solón una antigua leyenda griega, la de Faetón, quien habiendo enjaezado el carro del Sol, pero no sabiéndolo conducir como su padre, se

había apartado de la ruta habitual, de tal modo que muchos países de la Tierra se agostaron o bien quedaron yermos y secos en una terrible desolación. Afortunadamente, al fin Zeus lanzó contra Faetón uno de sus celestes rayos y apagó el gigantesco incendio gracias a lluvias torrenciales y enormes inundaciones.

El informador de Solón, el sacerdote de Sais, añadió que, si bien esta leyenda parecía tener todos los visos de una fábula, tenía un gran fondo de verdad, pues algo por el estilo era lo que pasó realmente en un tiempo pasado.

Antes de que todas estas catástrofes se abatieran sobre la Tierra, en ésta la temperatura había sido cálida y fructífera. Los montes de Grecia estaban cubiertos de un mantillo feraz y de vastos bosques, y por doquiera brotaban los manantiales y ríos que regaban la tierra. Pero después de todas estas catástrofes, el mantillo, que debido al agostamiento por el terrible calor se había triturado y luego había sido arrastrado por las lluvias torrenciales, había desaparecido por completo, siendo sustituido por el subsuelo sobre el que se apoyaba, constituido exclusivamente por rocas y piedras.

En aquellos tiempos se habían producido también terribles terremotos y grandes inundaciones que habían originado el asolamiento de la patria de los atlantes. La Atlántida, la isla real del imperio de los atlantes, había desaparecido en el transcurso de un día y una noche preñados de trágica desesperación y horror, tragada por las aguas del mar como resultado de dichos temblores e inundaciones. En el lugar donde se alzaba la isla real, ahora existía un infranqueable mar de cieno.

En otros pasajes del relato atlántico se dan más amplias noticias sobre el exacto emplazamiento de la isla real, sobre sus dimensiones, sobre el poderío alcanzado por el imperio de los atlantes, así como muchos otros detalles. También se dice que en la isla real, Basileia (que quiere decir «la Real»), se levantaba un castillo de los reyes del imperio atlántico y también se erguía un templo a Poseidón, el dios más poderoso de los atlantes. En aquella isla los atlantes obtenían el cobre en forma fusible y maleable y extraían de muchos lugares del suelo de su isla un producto autóctono y misterioso, el «oricalco». Qué clase de materia era ésta del oricalco no se lo pudo explicar a Solón el sacerdote egipcio, y únicamente le pudo decir que «hoy día sabemos solamente el nombre de este material, pero antiguamente había sido mucho más que este mero enunciar de un nombre, pues entre la gente que lo habían conocido se le daba una importancia y un valor casi tan grande como al oro».

Además del cobre, los atlantes trabajaban también el estaño en grandes cantidades. También el hierro les era familiar, pero les estaba proscrito su uso en las ceremonias y en el culto.

Muchas otras particularidades se explican de la Atlántida y del reino de los atlantes. Y todos estos detalles proceden, según nos dice Platón, de las fuentes que consultó el sacerdote egipcio: viejos papiros e inscripciones que consultaba constantemente para asegurar la fidelidad y exactitud del relato. En los capítulos siguientes daremos cuenta de estos detalles citándolos y pormenorizándolos.

Solón hizo traducir al griego este relato, que precedentemente ya lo había sido de

la lengua de los atlantes al egipcio. Tenía el proyecto de utilizar este tema como argumento de una obra poética de gran envergadura. Pero las calamidades que a su regreso encontró en Atenas le impidieron llevar adelante este plan. Esta obra incompleta de Solón se transmitió de boca en boca entre varios compatriotas suyos, de tal modo que este relato de la epopeya de los atlantes contra Atenas y la existencia de la Atlántida llegó finalmente a Critias el Joven, el cual explicó todo lo que su memoria había retenido en un círculo de amigos y en presencia de Sócrates y de Platón. Platón escribió este relato de la vieja Atenas y de la Atlántida, preservándolo así del olvido en beneficio de la posteridad.

Según afirma reiteradas veces Platón, este relato de la Atlántida es una científica y fiel transmisión de los datos contenidos en antiguos papiros e inscripciones egipcios reunidos por los sacerdotes de Sais y por ellos estudiados y que Solón recogió y retransmitió a su vez. La leyenda de la Atlántida, tal como señala Platón, «no es de ningún modo una elucubración literaria, sino una fidedigna historia bajo todos los aspectos» (*Timeo*, 26).

II. LA ATLÁNTIDA, ¿LEYENDA O REALIDAD?

El relato sobre la Atlántida ha despertado el interés del hombre desde aquellos tiempos remotos de Platón. Como dice el oceanógrafo sueco Petterson, cuerdos y locos, iluminados, poetas, filósofos, científicos, herejes y Padres de la Iglesia han ido turnándose en la pregunta: ¿Ha existido en realidad la Atlántida o simplemente es un mito, fruto de la fantasía de Platón para ejemplarizar su teoría de la organización del Estado y de la sociedad? ¿Un ejemplo demostrativo para evidenciar la diferencia que existe entre un Estado democrático como el ateniense y el gobierno autoritario impuesto por un conquistador, quien —para expresarlo en términos que hoy se han puesto en boga— hizo el primer intento para «unificar» Europa y que estuvo muy cerca de conseguirlo?

Esta lucha para establecer si el relato de la Atlántida es una «pura fábula» o una fuente histórica, digna de crédito, se remonta a los propios tiempos de Platón.

El mismo Platón insiste una y otra vez que el relato, como hemos ya explicado, «no es de ningún modo una elucubración literaria, sino una fidedigna historia bajo todos los aspectos» (*Timeo*, 26). En otro pasaje de su relato, Platón dice textualmente: «Una historia muy singular, pero completamente cierta» (*Timeo*, 20). Y en lo relativo al heroísmo de la gesta realizada por los atenienses al lograr vencer a los atlantes y salvar así a la ciudad de los asaltantes, señala Platón: «Ésta es una hazaña que, a pesar de no haberse divulgado mucho, ha ocurrido realmente, de manera incontestable» (*Timeo*, 21).

En el diálogo, Critias invoca a la diosa de la memoria, Mnemosine, para que intervenga en su favor cuando se trate de detallar y pormenorizar los diferentes sucesos que intervienen en el relato. Reiteradamente insiste Platón en que el relato sobre la Atlántida se basa en inscripciones y papiros egipcios que el propio Solón vio personalmente y que el relato «es tan digno de fe como lo que más».

Fundándose en la autenticidad del relato de Platón, han sido infinitos los investigadores que han intentado resolver el «enigma de la Atlántida». Según afirma Ceram, se han escrito sobre el tema de la Atlántida más de 20 000 volúmenes. Según Braghine, alcanzan la cifra de 25 000.

Con razón afirma Bessmertny que «Platón, con su relato sobre la Atlántida, ha lanzado una piedrecita al vacío, que ha desencadenado un alud inconmensurable de opiniones». Recurriendo a todos los medios y a todos los métodos que están al alcance de la humanidad, se ha intentado levantar un poco el velo de este misterio. Se han fundado sociedades, se han organizado expediciones de investigadores y se han convocado congresos, que han tenido exclusivamente por objeto este tema. Según los periódicos, solamente en el año 1950 se organizaron tres expediciones para descifrar este misterio. El inglés Egerton Sykes suponía que el imperio sumergido de los atlantes se hallaba en las inmediaciones de las Azores, a más de tres mil metros de profundidad. Su búsqueda fue infructuosa, a pesar de los medios de que se valió:

aparatos de radar y bombas submarinas. Un descendiente de Tolstoi hizo un trabajo análogo en las cercanías de las Bermudas, por el dato facilitado por un aviador americano que patrulló por allí durante la pasada guerra y según el cual había percibido restos de muros y de templos sumergidos bajo las aguas. El investigador francés Henri Lhote aprestó una expedición para el Sahara, en donde creía encontrar en medio del desierto pétreo del Tanezruft la isla desaparecida de la Atlántida. El investigador y político americano Donelly hizo un llamamiento a todas las flotas del mundo «para consagrar sus esfuerzos a un trabajo útil para la cultura y la humanidad, en lugar de dedicarlo a la guerra, y buscar las reliquias de la Atlántida en el fondo de los mares».

Como sea que todas las investigaciones y cuestiones sobre la Atlántida han quedado sin respuesta, también los espiritistas y teósofos han echado su cuarto a espadas en la cuestión de la Atlántida y han divulgado también su «solución», algo tomada por la punta de los pelos.

Finalmente, también se ha intentado solucionar esta cuestión por la fuerza. En el mes de agosto de 1929, y mientras tenía lugar una sesión en la Sorbona convocada por la «Sociedad de estudios atlánticos», uno de sus miembros lanzó un par de bombas lacrimógenas, descontento por la hipótesis presentada por un compañero suyo, según la cual la Atlántida y Córcega eran al fin y al cabo la misma cosa. Con ello pretendía manifestar de una manera eficaz y sin largas discusiones su oposición.

Y después de todo, ¿a qué se ha llegado, en resumen?

Ceram afirma que, a pesar de los 25 000 volúmenes consagrados a ella, «aún no se ha podido demostrar de manera irrefutable la existencia de la Atlántida». Así pues, no es extraño que numerosos sabios e investigadores consideren el relato atlántico como una utopía, cuando no como una «mera fábula». Ya Aristóteles era de esta opinión. Y en nuestros tiempos se ha visto reproducida con grandes caracteres. Véase, si no, el juicio de von Wilamowitz-Mollendorf: «¿Para qué buscar un objeto real que corresponda a un fruto de la fantasía? No hay duda de que el relato no se funda sobre ninguna tradición ni sobre ninguna hipótesis geológica o geográfica. Hace tiempo que esto está descartado y, no obstante, las fantasías sobre la Atlántida nunca tienen fin y siempre hay locos dispuestos a buscar esta isla, como siempre los habrá para descubrir la de Calipso, que, al decir de Homero, ni los dioses querían visitar». El sueco Lindskog es de opinión parecida: «La Atlántida no es y no será más que una leyenda, una creación de la fantasía humana y nada más». En Francia, el abate Moreux describe el relato atlántico como «pura fábula» o como un «mito ahistórico», y el austríaco Rudolf Noli dice de él que es «un relato novelesco y utópico sin ningún fundamento histórico».

Parece, pues, completamente descabellado ocuparse aún con el relato de la Atlántida. El juicio de la ciencia sobre dicho relato es tajante: Platón es un falsario y mistificador y todos los trabajos que a él se han consagrado no son otra cosa que «una contribución a la historia de la locura humana», o «ideas preconcebidas», y todos los

que se ocupan de este tema no son otra cosa que «locos, atlantómanos o ilusos».

Pero estos eternos escépticos, que han dejado caer sin más este áspero juicio, han tomado algo a la ligera esta cuestión. De esta cohorte que califica el relato de Platón de «pura fábula», nadie se ha tomado la molestia de demostrar la verdad de su afirmación. Se ha acusado así como así al gran pensador griego de ser un falsario, a pesar de que él ha reiterado una y otra vez «que se trata de una historia verdadera en sus más nimios detalles y que ha ocurrido realmente», sin intentar escuchar sus argumentos. Su afirmación de que sólo relata lo que se dice en los viejos e innumerables papiros e inscripciones egipcios, «completamente fidedignos y completamente ciertos», se ha tomado a la ligera o desechado y su narración se considera como una obra de «libre creación», sin haberse tomado la más mínima molestia en verificar si realmente han existido tales papiros e inscripciones o si quizás aún quedan restos de ellos.

El proceso de la cuestión «Atlántida», en la que Platón, este cultivador de la verdad, ha sido juzgado tan duramente, debe ser nuevamente exhumado. Nuevas pruebas y nuevo material documental muy reciente nos justifican y nos obligan a verificar, punto por punto y palabra por palabra, el relato de Platón.

III. SOLÓN ESTUVO EFECTIVAMENTE EN SAIS

La primera y muy repetida afirmación de Platón es la siguiente: Solón, en persona, vio los papiros e inscripciones en los que estaba contenido el relato atlántico, en ocasión de su viaje a Sais, en el Bajo Egipto. Los sacerdotes egipcios que los habían recogido y estudiado se los tradujeron y comentaron.

Esta aseveración se halla repetida en diferentes pasajes de la narración. «Platón se ha tomado la molestia de insistir sobre la evidencia de las fuentes que sustentan el relato de la Atlántida», sostiene Brandenstein. Con este objeto, el de dejar bien sentada la exactitud de sus fuentes egipcias, Platón explica que los sacerdotes egipcios tomaron los papiros «con su mano», que Solón tomó nota de la narración que le hicieron los susodichos sacerdotes, con el fin de componer luego un poema. Proyecto éste que tuvo que descartar a su regreso debido a los trastornos que halló en su ciudad. Y finalmente, Platón nos explica a través de qué intermediarios llegó hasta el relato atlántico. Platón añade que dicho relato, concebido inicialmente en lengua atlante, fue traducido en lengua egipcia y luego al griego, precisamente para Solón (*Critias*, 113), que él posee «concluyentes pruebas» (*Critias*, 107) de su validez y «ha comprobado minuciosamente» (*Critias*, 107).

¿Y por qué no haríamos nosotros lo mismo?

Que Solón estuvo efectivamente en Egipto no cabe duda alguna. Muchos escritores y cronistas de la antigüedad confirman este dato. Solón, después de dar a Atenas sus previsoras leyes, que aún llevan su nombre, emprendió un viaje que duró diez años, para «recoger información sobre los tiempos pasados». Su primer objetivo fue la ciudad de Sais, la antigua ciudad residencial de los faraones, en la que los sacerdotes habían coleccionado y estudiado las viejas inscripciones y documentos de su país y «en lo relativo al saber de lo pasado eran los más sabios» (*Timeo*, 22).

Esta afirmación es absolutamente cierta. Solón tuvo que empezar necesariamente su viaje en Egipto por Sais, ciudad situada en la desembocadura del Nilo y en aquella época residencia de los faraones. Psamético I (663-609 a. C.) había creado en las cercanías de su ciudad y capital una colonia de mercaderes griegos a los que había concedido privilegios especiales. En los tiempos de Solón regía efectivamente en Sais el rey Amasis (570-525 a. C.), citado por Platón, el cual favoreció tanto a los griegos que llegó a despertar las suspicacias de sus súbditos. Solón se inspiró en la legislación promulgada por este rey para algunas de sus leyes, como por ejemplo aquélla de que «cada ciudadano ha de dar cuenta anualmente al gobernador de los medios con que cuenta». Hemos de dar fe a Platón cuando nos dice que Solón estuvo en Sais, en donde fue cordialmente acogido y tenido en gran consideración (*Timeo*, 22).

¿Es cierto, como nos afirma Platón en sus diálogos, que los sacerdotes de Sais habían recogido los documentos, inscripciones y papiros del pasado y los estudiaban?

Éste era precisamente en aquellos tiempos el trabajo principal de los sacerdotes de Sais, cuyos afanes se cifraban en el estudio del pasado. Breasted, el gran experto

de la historia de Egipto, nos dice acerca de los sacerdotes de Sais, independientemente de cualquier relación con lo afirmado en el relato atlántico, lo siguiente: «Los escritos y antiguos rollos sagrados recubiertos con el polvo de los siglos pasados eran buscados afanosamente, compilados, clasificados y ordenados. El pasado volvía a reinar. Una tal ilustración retrotraía a los sacerdotes (de Sais) a un mundo pasado, cuya sabiduría —como ocurre entre los chinos y los mahometanos— constituía el máximo exponente de la ley moral… El mundo había envejecido y por ello y con especial predilección la gente se dedicaba al estudio de la pasada juventud. Con razón se ha calificado este período saita con su característica mirada hacia el pasado como un tiempo de restauración».

La afirmación de Platón de que los sacerdotes de Sais habían recopilado y estudiado los viejos documentos de su país, y que por ello «eran los más sabios en todo lo que concernía al saber del pasado», queda confirmada por uno de los más expertos especialistas de la historia egipcia, en sus más pequeños detalles. En cuanto a esta cuestión, Platón no nos ha contado una fábula, sino hechos comprobados históricamente.

Así pues, corresponde plantear la siguiente pregunta: ¿Existían en Sais, tal como afirma Platón, documentos e inscripciones en los que se relataran hechos de los acaecidos durante la campaña bélica de los atlantes, o bien de aquellas terribles catástrofes naturales ocurridas en aquellos tiempos, así como del modo como los egipcios habían rechazado la invasión de los atlantes? Proclo, el comentador de Platón, da cuenta de que los sacerdotes de Sais también mostraron a Crantor de Solos (330-270 a. C.), autor del primer comentario sobre el *Timeo*, los mismos papiros e inscripciones que a Solón. Estos documentos históricos han existido, pues, realmente, y suscitase la cuestión de si estas inscripciones o cuando menos una parte de ellas se han conservado o si han sufrido la suerte de gran parte de los documentos egipcios que se han perdido en el curso de los tiempos.

IV. CÓMO FECHAR LOS SUCESOS DESCRITOS EN EL RELATO ATLÁNTICO

Si queremos hablar de los documentos del antiguo Egipto que tratan de los acontecimientos relatados por Platón, y a los que recurrieron posiblemente los sacerdotes de Sais como fuente de conocimiento para desarrollar su narración, se hace imprescindible dilucidar la cuestión de cuándo han tenido lugar estos acontecimientos. Ésta es la cuestión más importante de todas las concernientes a la investigación de la Atlántida. De su solución depende el juicio sobre el valor histórico del relato atlántico. En su respuesta está contenida la validez del propio relato.

Es extraordinariamente sorprendente que no haya existido ningún investigador que se haya planteado esta cuestión o cuando menos haya intentado una revisión seria que pueda servirnos de base. La cuestión: ¿En qué sitio estaba la Atlántida?, ha prevalecido sobre este otro problema: ¿Cuándo ha desaparecido la Atlántida? Los escasos investigadores que se han preocupado de ello, a despecho de los medios de investigación de que disponemos hoy en día, nos han proporcionado unas respuestas absurdas. Según ellos, los acontecimientos que los sacerdotes de Sais explicaron a Solón en el año 560 a. C. tuvieron que tener lugar en el espacio de tiempo comprendido entre un millón de años antes de la era cristiana y el año 500 a. C. Teniendo en cuenta esta datación eminentemente fantástica, debida a sesudos arqueólogos contemporáneos, la fecha propuesta por Platón —ocho mil años antes de Solón— no nos tiene que producir tanta extrañeza. En realidad, esta datación platónica es completamente errónea. Knotel dice a este propósito, con mucha verosimilitud: «Es un disparate perfecto al que él no puede conceder atención alguna». Todas las cosas de las que se habla en el relato atlántico (Estados griegos, la ciudad de Atenas, un imperio egipcio, cobre, estaño, el primer hierro, carros de guerra, barcos de combate, etc.) no existían 8000 años antes de Solón, es decir, unos 8600 años antes de nuestra era. Ahí debe haber un error, quizás un error de traducción. Por este motivo debe hacerse abstracción de esta indicación manifiestamente errónea para fechar los acontecimientos.

Pero el relato atlántico contiene junto a este dato falso muchos otros indicios que nos permiten fechar los acontecimientos descritos en él. Un ejemplo lo hallamos en el hecho, ya mencionado, de que los atlantes disponían en su imperio de grandes recursos en cobre y estaño y que conocían ya el empleo del primer hierro (*Critias*, 114, 116, 119).

Un pueblo que utilizara el cobre y el estaño debe haber vivido en lo que se denomina Edad del Bronce, que se sitúa entre los años 2000 y 1000 a. C. Si los atlantes empleaban en su isla el hierro en alguno de sus utensilios, en este caso la isla existía aún hacia finales de la Edad del Bronce, en aquellos tiempos en que el primer

hierro hizo su aparición sobre la tierra.

El problema de la aparición de los primeros utensilios de hierro lo ha dilucidado completamente Wilhelm Witter, el conocido historiador de la metalurgia prehistórica. Del resultado de numerosas excavaciones y de las pruebas deducidas, Witter llega a la conclusión de que los primeros objetos de hierro trabajados por la mano del hombre «han aparecido en la zona mediterránea a fines del siglo XIII a. C., como consecuencia de la invasión devastadora de los pueblos del norte y de los pueblos del mar». Witter añade: «Una parte al menos de los pueblos del norte conocía la técnica del hierro antes de la época de las grandes invasiones».

Si, pues, como afirma Platón, el relato de la Atlántida es «auténtico y completamente digno de fe» y, por consiguiente, históricamente establecido, los acontecimientos a los que nos referimos se deben situar en los albores de la Edad del Hierro o, dicho en otros términos, hacia fines del siglo XIII a. C. El hierro era un nuevo elemento que acababa de ser descubierto, pero el cobre y el estaño eran de uso corriente.

Quizás el sabio sueco Olaf Rudbeck (1630-1703) tenía razón cuando lanzó la hipótesis de que puede haberse deslizado un error de traducción en este pasaje y que no debe leerse 8000 años, sino 8000 meses cuando se trata de precisar el tiempo transcurrido desde la desaparición de la Atlántida hasta la época en que Solón visitó Egipto. En este caso, la desaparición del reino de los atlantes hubiera tenido lugar hacia el año 1200 a. C.

Si admitimos esta suposición del sabio sueco, hallaremos, efectivamente, la fecha en que la isla de los atlantes se hundió en los abismos del mar. Herodoto precisa, por su parte, que los «egipcios dividen el año en doce meses, cada uno de los cuales tiene treinta días». Ocho mil meses corresponderían a seiscientos sesenta y seis años. Si sumamos a estos años los 560 a que se remonta la visita de Solón a Egipto, obtenemos una fecha: el 1226 a. C. Y nada nos impide creer que sea ésta la fecha en que se originaron las grandes catástrofes naturales. En este año los libios, ahuyentados de su tierra por fuerzas naturales, atacan las fuerzas del faraón Meneptah. Hacia el año 1200 llegan a Grecia los pueblos del norte y hacia el año 1195 alcanzan las fronteras de Egipto. Es fácil imaginar que estos pueblos del norte —como también hicieron mil años más tarde los cimbrios y los teutones— habían invertido en su camino unos veinte o treinta años antes de ver su marcha detenida definitivamente en el año 1195 por el faraón Ramsés III. Esta hipótesis no tiene nada de inverosímil.

La suposición de Rudbeck de que Solón interpretó falsamente la explicación de los sacerdotes egipcios y que se debe fechar el relato atlántico coincidentemente con las grandes catástrofes naturales y los movimientos de pueblos que asolaron la tierra unos 8000 meses antes de Solón, es perfectamente plausible.

Rudbeck y muchos otros eruditos después de él han hecho ver que la edad fantástica de muchos personajes bíblicos citados en el *Génesis* (cap. 5) débese a la

confusión producida por la cuenta tradicional del antiguo Oriente en meses y a la correspondiente traducción por años, adoptada ulteriormente. Por este motivo las cifras fantásticas que se aducen deben ser divididas por 12: Adán, por ejemplo, habría muerto no a los 930 años, sino a los 77; Set, a los 76, y no a los 912; Enoch, a los 75, en lugar de a los 905; Kenan, a los 76, y no a los 910; Mahalahel, a los 74, y no a los 895; Jared, a los 78, y no a los 962, y, en fin, Matusalén, a los 80, en lugar de a los 969.

Aún hoy los egipcios cuentan por meses. El ex rey Faruk escribe en sus *Memorias*: «Nuestro calendario cuenta por meses, y no, como el calendario gregoriano adoptado por la mayoría de países occidentales, por años de 365 días».

V. DOCUMENTOS E INSCRIPCIONES REFERENTES AL RELATO ATLÁNTICO

Anteriormente hemos planteado la cuestión de si algunos de los documentos citados por los sacerdotes de Sais, y que vieron Solón y Crantor, pueden existir aún.

Acabamos de ver cómo los acontecimientos descritos por Platón se remontan a los albores de la Edad del Hierro, es decir, hacia finales del siglo XIII a. C. En estas condiciones tendremos que ver si existen papiros u otra clase de documentos de este período que sean susceptibles de confirmarnos los indicios que nos da Platón en su relato.

Efectivamente, hay toda una serie de monumentos —papiros e inscripciones— de aquel tiempo. Citemos algunos de ellos:

1. Las inscripciones relativas al reinado del faraón Meneptah (1232-1214 a. C.): la de Karnak y la estela de Atribis.
2. Las inscripciones y las esculturas del templo de Ramsés III (1200-1168 a. C.) de Medinet-Habú. Se trata de miles de jeroglíficos y bajorrelieves que se extienden sobre muros de centenares de metros cuadrados. Cubren por entero las paredes y las columnas del templo.
3. El papiro Harris, el más importante documento que nos ha legado el antiguo Egipto, rollo de unos treinta y nueve metros en que se da cuenta del período gubernamental de Ramsés III.
4. El papiro Ipuwer, en el que un testigo presencial de las terribles catástrofes que se abatieron sobre Egipto hace reproches al rey y le acusa de ser el responsable de la calamidad colectiva que su pueblo tuvo que soportar. Erman remonta la edad de este papiro hacia el año 2500 a. C. Pero es una datación errónea. En el papiro Ipuwer se habla del bronce, por lo que debe situarse dentro de esta Edad, que para Egipto debe limitarse entre el 2000 y el 1000 a. C. Más adelante se habla en él del «reino de los Keftiu», expresión que en los documentos egipcios aparece solamente a partir de la dieciocho dinastía (1580-1350 a. C.). La concordancia relativa entre las descripciones de las catástrofes naturales y de la invasión del delta del Nilo por pueblos extranjeros, igual que los descritos en Medinet-Habú y en los papiros Harris e Ipuwer, prueban que este último texto fue redactado sensiblemente en el mismo período que sus precedentes, es decir, hacia el año 1200 a. C.
5. Ciertos pasajes del Antiguo Testamento, principalmente del libro del *Éxodo*, y su compulsación con los precedentes documentos, demuestran

que estos pasajes de la Escritura se refieren a acontecimientos producidos en la misma época.

En el *Éxodo* se relata la huida de Egipto de los hijos de Israel y de las terribles plagas que azotaron a Egipto y que permitieron la salida de aquéllos del valle del Nilo. Estos hechos se produjeron entre el año 1232 y el 1200 a. C. En el Éxodo (I, 2) se precisa que durante su esclavitud, el pueblo de Israel tuvo que «construir las ciudades de Pithom y de Ramsés para almacenes del faraón». Ambas ciudades fueron efectivamente construidas en el reinado de Ramsés II (1298-1232 a. C.). Pithom fue erigida en el oasis Tumilat, lugar estratégico que cierra la vía de acceso natural de Asia a Egipto, como una fortaleza avanzada y de protección. Y Ramsés, nueva residencia imperial, a la que el faraón dio su nombre, fue levantada en el delta del Nilo. El *faraón de la servidumbre* es, pues, este mismo Ramsés II, el fundador de Ramsés y de Pithom.

Ahora bien, en el *Éxodo* (II, 23) se dice que Ramsés II muñó antes de la partida de los israelitas de Egipto y antes de que tuvieran lugar las calamidades naturales conocidas como las diez plagas de Egipto. El soberano que fue contemporáneo del éxodo de los judíos era, pues, uno de los sucesores de Ramsés II. En el reinado de Ramsés III (1200 a. C.), Egipto estaba completamente arruinado. He aquí, pues, la prueba de que las calamidades de que se habla en el *Éxodo* tuvieron lugar entre el año 1232 y el 1200 a. C. Actualmente los arqueólogos están de acuerdo en fijar como fecha los alrededores del año 1220, cosa que parece ser la más verosímil.

Lo cierto es que el *Éxodo* describe muy bien los cataclismos a que se hace referencia en los papiros egipcios contemporáneos aludidos en el relato de Platón.

6. Numerosísimos pasajes de obras de escritores y poetas de la antigüedad vienen a corroborar estos documentos. Sin embargo, dada la imposibilidad en que nos encontramos de situarlos exactamente en el tiempo, no haremos alusión a ellos sino en caso excepcional.
7. A mayor abundamiento, disponemos de un vasto conjunto de pruebas arqueológicas y numerosísimas constataciones científicas que confirman los datos proporcionados por los papiros y por el relato platónico.

VI. LAS CATÁSTROFES NATURALES ACAECIDAS ALREDEDOR DEL AÑO 1200 a. C.

Los que niegan la veracidad del relato atlántico quieren sacar provecho, como uno de los principales argumentos que lo contradicen, del hecho que los detalles relativos a las grandes catástrofes, acaecidas contemporáneamente a la desaparición de la Atlántida, ocasionando con ello la migración de los atlantes, son «meras invenciones» de Platón, quien las trae a colación como simples «especulaciones cosmológicas» que hagan más verosímil su mito. Es muy comprensible que se haya planteado dicho razonamiento. En sus dos diálogos, Platón expone unas catástrofes de una magnitud tal que es muy comprensible que se le haya reprochado que sean «meras invenciones», dada su exageración.

Según lo afirmado por Platón, las explicaciones que los sacerdotes de Sais dieron a Solón eran que jamás en la tierra se había visto un agostamiento semejante y que enormes incendios habían destruido grandes extensiones de tierra y de bosques; los frecuentes rayos que habían fulgurado sobre la tierra habíanla carbonizado; se habían producido muchos terremotos que agrietaron la superficie terrestre provocando considerables estragos, y las fuentes y los ríos habían salido de madre. Todo esto había originado que la isla de los atlantes fuera tragada por las aguas, pues, por último, grandes desbordamientos y poderosas lluvias torrenciales habían inundado la tierra. Estas catástrofes habían señalado el paso de una era templada y fértil a otra más dura y climáticamente menos soportable.

¿Corresponden todos estos hechos a realidades históricas? ¿Tuvieron lugar en el siglo XIII antes de nuestra era estas terribles catástrofes que asolaron de un modo general la tierra? ¿O tienen razón los que acusan a Platón de haber dejado correr su imaginación en este relato?

1. EL ACOSTAMIENTO Y LAS NUBES ARDIENTES

Los documentos contemporáneos no dan lugar a dudas de que todas estas catástrofes tuvieron lugar hacia fines del siglo XIII a. C. A propósito de la sequedad y de los grandes incendios, las inscripciones de Medinet-Habú rezan así: «Una terrible antorcha lanzó grandes llamaradas desde lo más alto del cielo como para consumir sus almas (de los libios) y destruir a toda la raza de su país». Edgerton apostilla a esta

traducción que debe entenderse que los rayos persiguieron a los libios para aniquilar a su descendencia. Análogamente se dice en otros lugares: «El calor (de Sekhmet) consume su país como si estuviera en un horno. Sus huesos se queman y sus miembros se asan». «El calor los abrasa como el fuego de un horno». «Por sus propios pies (los libios) dirígense a… (ilegible), que bajo el azote de un ardor inmenso sucumbe». «El ardor que allí reina ha provocado el incendio de los Nueve Arcos». Y en relación a los pueblos del norte se dice en el mismo texto: «Sus bosques y sus árboles se han consumido bajo el fuego». «Una inmensa llamarada les cierra el paso» y «un mar de llamas les impide salir». Análogamente se dice del príncipe de Amor que también ha sufrido los efectos del fuego. Repetidamente se dice de los enemigos de Egipto que han sufrido el incendio o que el fuego los persigue.

Y el propio Egipto no escapó a estos ardores y al fuego del cielo. Un testigo presencial nos dice a este propósito: «Puertas, muros, columnas fueron destruidos por el fuego. El cielo está trastornado. No es posible encontrar ningún fruto, ninguna raíz. Todo ha sido destruido, aun aquello que ayer todavía existía. Cual lino cortado, el país se agrieta bajo el agostamiento».

En el libro del *Éxodo* encontramos lo que sigue: «El Señor envió truenos y piedra y el fuego se hizo sobre la tierra y el Señor hizo llover copiosamente sobre el país de Egipto. Hubo, pues, granizo y fuego mezclado con el granizo, y era tan intenso, cual nunca se había visto en toda la tierra de Egipto desde que existe» (*Éxodo*, 9, 23 y 24).

Ovidio, en sus *Metamorfosis*, también hace alusión a estas convulsiones, basándose, sin duda, en viejas fuentes de información: «La tierra arde, los montes tiemblan, los valles se levantan, la humedad se apodera de todo, las grandes ciudades se convierten en ruinas, al mismo tiempo que voraces incendios convierten todo lo que queda en cenizas. Los bosques y las laderas de los altos montes cubiertas por aquéllos son presa de las llamas. Ni la misma Escitia, aislada en sus inhóspitas regiones, pudo salvarse. Y Libia vióse convertida en un desierto» (*Metamorfosis*, II).

No hay frase en esta descripción que no se pueda confirmar por conocidas inscripciones contemporáneas o por documentos históricos o pruebas que se deducen del estudio de las ciencias naturales.

Fue, efectivamente, durante este tiempo, es decir, a finales del siglo XIII a. C., cuando Libia quedó convertida en un desierto. Libia, así como muchas comarcas del actual desierto del Sahara, era todavía en la Edad del Bronce un país feraz y productivo debido a las aguas que por ella transcurrían. Son muchísimas las pinturas rupestres que nos lo atestiguan representando rebaños de bueyes, de caballos, dibujos de peces y de embarcaciones. Y estos dibujos se han encontrado en regiones en las que hoy ni el mismo camello podría vivir mucho tiempo. También numerosas sepulturas que se atribuyen a la época neolítica y a los comienzos de la Edad del Bronce, así como otros hallazgos arqueológicos «de los que se pueden recoger a carretadas», según Wolfel, contribuyen a confirmar que antiguamente Libia había sido una región fértil y muy habitada. Pues bien: esta región, como consecuencia de

los fenómenos naturales que antes se han descrito, quedó convertida en un terreno muerto e inhabitable. Los libios buscaron su salvación en el delta del Nilo y el faraón Merneptah nos dice: «Los libios acuden hacia Egipto, para buscar el alimento de su cuerpo». Otra inscripción, ésta en Medinet-Habú, dice: «Los enemigos han resuelto instalarse en Egipto y quieren apoderarse tanto de las montañas como de las llanuras». Era, sin duda, a ello que se refería el sacerdote informante de Solón, cuando decía: «También entonces el Nilo fue nuestro salvador».

Mientras en Libia los ríos y los lagos que eran alimentados por los manantiales existentes en el desierto medio del Sahara se secaban, el Nilo, que entonces recibía sus aguas del deshielo de las altas montañas cuyas cumbres rebasaban los cinco mil metros, desbordóse por la fusión de aquellas nieves, salvando con ello a Egipto.

Ovidio dice también: «Incluso la misma Escitia no pudo salvarse de estas calamidades». Ahora bien, hay que comprender lo que por Escitia designaba Ovidio, quien, como muchos otros escritores de la antigüedad, designaba con este nombre a todos los países situados en las riberas del mar del Norte. Estrabón (II, 104) describe estos países nórdicos como «ta mechri Skython» (las regiones que circundan la Escitia). (*Diodoro* V, 23, 3) denomina a toda esta región Escitia, término que también es común en Piteas.

Y, efectivamente, en dichas regiones se han encontrado huellas de grandes incendios, así como de una extraordinaria sequía que se puede fechar alrededor del año 1200 a. C.

En el perfil de las simas marítimas del norte de Alemania, Jonas, director del Instituto Oceanográfico de Papenburg, en el territorio del Ems, ha encontrado muchos «estratos de cenizas» que corresponden hacia el año 1200 a. C. Krüger, el antiguo director de la ingeniería naval de Wilhelmshaven, ha señalado para esta misma época en las turberas la existencia de una capa «seca», que separa inconfundiblemente los demás estratos. Muchas otras capas análogas correspondientes a estas fechas vienen a confirmar esta interrupción en la formación de turberas.

La prueba más importante y decisiva de ésta era de agostamiento y sequedad de los años vecinos al 1200 la constituye el resumen de estudios de que fueron objeto las ciudades lacustres de Europa, es decir, los palafitos. En muchísimos lagos y ríos europeos, más cerca o más lejos de la orilla, se han encontrado restos de poblados que corresponden a una fecha situada entre el año 2000 y el 1200 a. C. Hasta ahora se había venido creyendo que estos restos procedían de los llamados palafitos o casas edificadas sobre plataformas sostenidas por unos postes hincados en el lecho de los lagos y los ríos.

Pero a medida que se han ido estudiando con atención estas aglomeraciones prehistóricas, se iba haciendo más denso el misterio que las envolvía. Principalmente se planteaba el problema de qué motivo había empujado a los habitantes de aquellas épocas a edificar estas construcciones en un clima tan templado como el europeo. Fue entonces cuando el arqueólogo O. Paret, de Stuttgart, ahondó en la cuestión y

comprobó que desde el punto de vista técnico la hipótesis propuesta para justificar este sistema de construcción de los palafitos no era suficientemente satisfactoria. Finalmente, «y como una súbita inspiración del verdadero pensamiento», Paret llegó a la siguiente conclusión: los edificios situados sobre postes cuyos restos se encontraban en lagos, ríos y marismas europeos, no eran tales casas lacustres o palafitos, sino construcciones edificadas antiguamente en tierra firme y no en el agua. El hecho de que hayan sido muchas las veces que se han hallado lejos del agua demuestra que en la época en que fueron construidas el nivel del agua era más bajo de lo que lo es hoy. La diferencia es del orden de cinco metros. Estas aglomeraciones erigidas en momentos de sequedad en la vecindad del agua —sin agua no hay vida— fueron evacuadas y luego inundadas cuando subió el nivel de las aguas. Puesto que en todas partes se descubren las mismas características en los palafitos de la Europa central y septentrional, «algo tiene que haber que produzca este fenómeno único»: unas inundaciones sin precedentes que sucedieron a un período de sequedad absoluta. «Los palafitos fueron un error romántico», pero son el testimonio de una catástrofe natural de enormes proporciones que desde finales del siglo XIII a. C. produjo un descenso insospechado de las aguas, al que sucedió un brusco cambio en sentido contrario en todos los ríos y lagos, como puede demostrarse mediante testimonios fehacientes. Sólo se producen estos palafitos en dos momentos de sequedad: en los del año 2000 y en los del año 1200 a. C. Paret pudo demostrar que el segundo período fue más largo que el primero y mucho peor en consecuencias. Y para buscar un símil de lo que ocurrió en aquel tiempo, Paret evoca, del mismo modo que lo hizo en el 2520 el sacerdote de Sais antes que él, el bello mito griego de Faetón, quien tomando por su cuenta el carro solar de su padre, asoló tantos países que su progenitor no tuvo otro remedio que inundar la Tierra con lluvias torrenciales para apagar los incendios que se habían producido. Paret considera que este mito es una alusión a las catástrofes naturales ocurridas en el año 1200 a. C. «Lo que hasta entonces se consideró como un período climático ideal, revélase ahora como un clima catastrófico que acarreó *calamidades sin precedente*». «Produjo el hambre sobre todos los pueblos, que llegaron incluso a la antropofagia (restos de huesos en las turberas de Buchau). Hambre que puso en movimiento a la mayoría de pueblos del centro y sur de Europa y del Asia Menor, que cambió la faz del mundo antiguo y cimentó los orígenes de un nuevo mundo. Estas calamidades fueron la causa de todos los movimientos de pueblos que cambiaron la historia del mundo».

Todas estas observaciones y las inscripciones citadas anteriormente no dejan lugar a dudas de que el agostamiento y los «grandes incendios» de que se habla en el mito atlántico tuvieron realmente lugar en los tiempos en cuestión, es decir, hacia finales del siglo XIII a. C.

Así pues, en lo concerniente a este punto, el relato de Platón no es una «libre creación poética», sino «una historia verdadera bajo todos los aspectos».

2. TERREMOTOS E INUNDACIONES

Lo mismo puede decirse de «los terremotos e inundaciones» de que habla Platón. También se han calificado de invenciones y de fábulas, pero también en lo que a ellos respecta disponemos de múltiples inscripciones contemporáneas, tradiciones y pruebas arqueológicas y científicas.

A propósito de los terremotos, los jeroglíficos de Medinet-Habú precisan: «Los pueblos nórdicos extranjeros escapan de sus países sometidos a temblores». «Su país (de los pueblos del norte) ha quedado destruido y sus almas sufren gran congoja». «Los pueblos del norte vivían en un país conmovido por continuos temblores». «Los pueblos del norte habíanse confabulado en sus islas, pero su país fue destrozado y aniquilado por las convulsiones», «… su capital ha sido arrasada y al mismo tiempo tragada por las aguas».

La misma inscripción nos dice en relación a Egipto: «Era como una res extraviada, sin pastor», «Egipto se hallaba extenuado y en la más completa desolación, cuando el rey (Ramsés III) comenzó…», «Egipto, que se hallaba totalmente asolado», «En lo más íntimo de mi corazón estaba mi esperanza de hacer resurgir a Egipto, que se hallaba completamente postrado…». Y en el papiro Ipuwer se halla también esta frase: «Las ciudades han quedado destruidas, el Alto Valle de Egipto asolado, la ciudad real se ha convertido en un montón informe en un instante. Los infantes del príncipe han quedado enterrados entre las paredes en ruinas y sus cuerpos destrozados. La prisión está convertida en un hacinamiento de piedras».

Eusebio, obispo de Cesárea, fallecido en el año 340 de nuestra Era, basándose sin duda en antiguos documentos comenta a propósito del Éxodo en el pasaje relativo a las plagas de Egipto: «Se produjo un terremoto y una lluvia de piedras. Los que huyendo de las piedras se refugiaron en las casas, quedaron aprisionados por los escombros de ellas, pues la mayoría de los edificios, incluyendo los templos, se hundieron».

Tácito en los *Anales* (4, 55) dice: «La gente de Halicarnaso asegura que en su país no ha habido ningún terremoto desde hace más de 1200 años». Diodoro de Sicilia, que vivió a. C., escribe en su *Historia Universal* (3, 55) que allá por los 1200 años antes de él, como resultado de un temblor de tierra, el lago Tritón, situado en el África del Norte, desapareció. Sus riberas, que se hallaban próximas al océano, quedaron hundidas. Y hablando de los fenicios, que hacia finales del siglo XIII a. C. llegaron procedentes del oeste para instalarse en las costas del Mediterráneo, Justino, que sufrió el martirio en el año 165 de nuestra era, nos dice que los fenicios habían sido expulsados de su tierra, Asiría, por las «terribles convulsiones de la tierra».

Parece ser que temibles ciclones y huracanes acompañaron a estos seísmos. Por ello dice Ramsés III al hablar de los pueblos nórdicos y de sus islas: «Han sido barridos por la tempestad y el viento se las llevó». Los jeroglíficos de El Arish, cuando describen la misma catástrofe, emplean las siguientes palabras: «Su país

estaba sumido en la mayor desolación, el infortunio se abatió sobre la tierra y en la capital se produjeron terribles convulsiones. Durante nueve días sin interrupción nadie pudo salir del palacio, pues reinaba una tempestad que ni los hombres ni los dioses (sin duda se refiere a los personajes reales) podían distinguir entre sí sus caras en el fragor de la misma».

También en el *Éxodo* se hace alusión a esta tempestad. Primero sopló, según los detalles del Antiguo Testamento, del oeste, pero luego cambió para soplar del este: «Y entonces el Señor cambió el viento, de modo que empezó a soplar muy fuerte del este».

Las consecuencias de este encuentro entre poderosas masas tempestuosas del este y los incontenibles movimientos sísmicos, fueron enormes olas que barrieron muchas islas y regiones próximas al litoral. Ramsés III dice: «El Delta rebasa sus costas». En el libro del Éxodo (10, 19) se dice de estas catástrofes: «Hiciste desencadenar una tempestad y el mar cubriólo (a Egipto) y quedaron sumergidos en él cual plomo», «A través de tu poderoso aliento se levantaron las aguas, las olas eran tan altas como murallas y los abismos se abrieron en mitad del mar» (*Éxodo*, 15,8).

De la gente del norte, Ramsés dice por boca del dios Amón-Ra-Harakhte: «Al volver hacia el norte mi rostro, he hecho un gran milagro en favor tuyo» dirigiéndose al propio Ramsés. De qué milagro se trata nos enteramos poco después, cuando dice: «He hecho de manera que pudieran comprobar tu poder y el de Nun; ha salido de madre y ha proyectado una ola inmensa que ha sumergido ciudades y pueblos».

Bajo la designación de Nun se esconde en las inscripciones de Medinet-Habú el mar universal, el gran continente líquido del universo que fluye entre la tierra firme. Por ello el nombre de Ramsés se perpetuará «mientras salga la Luna y Nun rodee el gran ámbito terrestre». En este pasaje, antes mencionado, en que Nun engulle ciudades y pueblos, parece que se hace alusión a la desaparición de la ciudad real y a las otras ciudades de los pueblos del norte. En otra inscripción de Medinet-Habú, Ramsés III dice explícitamente de la capital de los pueblos del norte: «Su país ya no existe…», «sus islas se las llevó la tormenta» y también «su capital ha quedado destruida».

El recuerdo del diluvio, del «torrente deucaliónico», quedó vivo en muchos lugares de Grecia. Sus escritores ponían en relación este desastre con el incendio provocado por Faetón. Eusebio dice que estos dos acontecimientos y el éxodo de los hijos de Israel se han producido coetáneamente. San Agustín (*De civitate Dei contra paganos*, XVIII, 10) coloca en el mismo tiempo la huida de los hebreos y el diluvio de Deucalión. Ahora bien, es probable que las leyendas griegas relativas al diluvio de Deucalión sean reminiscencias de las poderosas convulsiones y huracanes del año 1200 a. C. En el mes de Antesterión (durante la primavera) se ofrecían anualmente a Apolo, en su santuario de Delfos, unas ofrendas para darle las gracias por haber salvado al pueblo griego del diluvio que sus antepasados sufrieron. Luciano identifica a Deucalión como un escita. Según la tradición griega los habitantes de Delfos eran

los descendientes de los hiperbóreos que antes del diluvio vivían en las orillas del mar del Norte y de las que les alejaron las inundaciones. También en esta leyenda se tiene que ver un atisbo del recuerdo que quedó en los hombres relativo al temporal que sumergió las islas y tierras del norte, el mismo temporal a que hace alusión Ramsés III en las inscripciones de Medinet-Habú.

En el capítulo anterior, cuando se ha hablado de los palafitos hemos dicho que el simple hecho de que existan comprueba la realidad de estas catástrofes universales producidas por una brusca elevación de las aguas y de los ríos. Paret dice a este propósito: «La causa de la desaparición simultánea y definitiva de las ciudades lacustres en las orillas del lago de Constanza y en los lagos suizos y en los de otras regiones fue la misma». Según él, este origen común fue un cambio de clima súbito al principio de la Edad del Hierro. El continuo ascenso de las aguas había acabado por sumergir las construcciones denominadas *palafitos*. Estos palafitos de los años vecinos al 1200 a. C. son testigos presenciales de las terribles tempestades e inundaciones de que nos habla Platón en el relato acerca de la Atlántida. Paret precisa que Platón «ha sabido describir acertadamente» las catástrofes climatológicas de aquellos tiempos de transición que afectaron a la tierra en aquella época.

En la zona de turberas del norte de Alemania, Jonas se ha encontrado siempre con aquella curiosa «zona de humidificación» que, fundándose en diversas teorías científicas, hace remontar hacia el 1200 a. C. Según él, «la mayor parte de la formación de humus y de turba que cubren los suelos secos y los estratos de cenizas que datan de la época precedente, corresponde al período del año 1200 a. C.». Los denominados «caminos militares» utilizados hasta esta época «fueron abandonados como consecuencia de la transformación en marismas de una gran parte de las regiones que atravesaban». En cualquier parte de la turba estudiada aparece una especie de musgo especial, la *sphagnum-cuspidatum*, que sólo vive en los terrenos encharcados y aun debajo del agua. Hay sitios en que el espesor alcanza un metro. El citado Jonas señala que «tuvo lugar otra inundación entre los años 1100 y 1000 a. C.», como se revela por el examen de las turberas.

Schütte también sitúa en esta época su «hundimiento III», que más que un hundimiento propiamente dicho fue una elevación de los mares. Según Krüger, hacia el año 1100 a. C. el nivel de la superficie media terrestre se hallaba a 1,9 m debajo del nivel actual de las aguas, en tanto que en el año 100 a. C. éstas lo rebasaban en unos tres metros.

Fue en esta época cuando se produjeron las convulsiones que modificaron el trazado de las costas occidentales de la península címbrica (Jutlandia). El Mar del Norte —su orilla se hallaba entonces al oeste de la isla de Heligoland— cubría vastos sectores del litoral y las islas que lo flanqueaban, y llegaba hasta la cadena de bajas colinas que tienen el nombre de *Mittelrücken*. Los farallones y salientes fueron poco a poco socavados hasta formar los actuales *Meffs*. En otros lugares el oleaje acumuló la arena en forma de lenguas y dunas, hasta formarse las actuales *donns* del Marne y

la «Lundener Nehrung», inmensa muralla de arena de unos 20 Km de longitud y de unos 8 m de altura que cerraba la gran bahía del Eider.

La formación de los *kleffs* y de las murallas de arena tuvo que producirse precisamente en este período. Por otra parte veremos que, antes de la catástrofe, al oeste de parte del litoral más próximo y frente a la costa actual de Holstein, existía una gran isla en las proximidades de Heligoland. Como un rompeolas, separaba la costa occidental de Holstein del océano. Pero cuando se hundió en las aguas, el mar lanzóse al asalto de la península.

La ausencia en esta región de restos arqueológicos que se remonten a la Edad del Bronce y que, en cambio, abundan en todos los lugares cercanos a la *Mittelrücken*, demuestra que los kleffs las murallas de arena no se han formado en la Edad del Bronce. Contrariamente, son numerosos los objetos de hierro que se han hallado en esta misma región, lo que señala que en la Edad del Hierro ya existían estas dunas y estas murallas de arena y que debieron formarse en este período de catástrofes fechable alrededor del año 1200 a. C. y en los tiempos que siguieron:

Estos *kleffs* y estas murallas de arena constituyen en nuestras costas verdaderos testimonios que nos revelan qué altura alcanzaron las aguas del Mar del Norte bajo el impulso de los terribles movimientos sísmicos y de las descomunales tempestades que se abatieron sobre la tierra.

Los griegos conservaron el recuerdo de estas calamidades, pues nos cuentan que Faetón precipitóse sobre la desembocadura del río Erídano cuando fue herido por el rayo de Zeus. Sus hermanas las Helíades hallaron su cuerpo, lo enterraron y, convertidas en chopos, lloraron, a la orilla del río Erídano, la desgracia de su hermano. Sus lágrimas, al caer al agua, convertíanse en ámbar, que se recogía en las orillas de la isla Basileia, en el Mar del Norte.

Poco importa que, siguiendo a Richard Hennig, especialista en problemas histórico-geográficos, se identifique el Erídano con el Elba o bien, siguiendo al conocido investigador alemán Heinar Schilling o al prehistoriador sueco Sven Nilsson se identifique dicho río con el Eider, pues las desembocaduras de ambos ríos iban a parar antiguamente al mismo estuario en las proximidades de Heligoland.



Amplitud de la catástrofe de 1200 a. C. El mar cubrió las regiones insulares y costeras comprendidas entre el fondo de 20 metros actual y el *Mittelrücken* del Schleswig-Holstein. (Según Schott, *Problem der Kostensenkung*).

Así pues, ya sea por las inscripciones egipcias contemporáneas, ya por los *kleffs* y las murallas de arena, como asimismo por los mitos griegos, tenemos que hacia el año 1200 prodújose una terrible catástrofe de los elementos de la naturaleza. Que la leyenda griega de Faetón precipitándose sobre la desembocadura del Erídano en el Mar del Norte tenga por origen la memoria de la caída de un gigantesco meteorito es una teoría que primero fue Krüger quien la propuso y que más tarde ha vuelto a proponer Hennig.

Resumiendo, podemos constatar que los datos que nos propone Platón relativos a la leyenda de la Atlántida con todas las catástrofes que se abatieron sobre la tierra hacia el año 1200 a. C. se pueden comprobar por numerosas y conocidas inscripciones, por innumerables leyendas y tradiciones más recientes, de las que sólo hemos dado cuenta de una parte muy pequeña, y finalmente por observaciones arqueológicas y demostraciones científicas que existen en gran abundancia.

Si los datos que nos proporcionan estas conocidas inscripciones y los restos aún

visibles de aquellos tiempos catastróficos los comparamos con los relatos que nos da Platón, tenemos que llegar forzosamente a la conclusión de que éste no solamente nos ha dado una descripción formal y objetiva de aquellas catástrofes, sino más bien ha quedado muy por debajo de lo que fueron en realidad. Estas catástrofes fueron mucho más terribles de lo que deja suponer Platón en sus dos relatos y mucho más llenas de consecuencias. Ellas determinaron el final del clima benigno y más bien templado de la Edad del Bronce y ocasionaron «otro nuevo y más duro tiempo», la Edad del Hierro. Ellas provocaron «el diluvio» que «cambió el destino del mundo».

VII. LAS CAMPAÑAS BÉLICAS DE LOS ATLANTES

1. CONTRA EGIPTO

Las expediciones militares de los atlantes, igual que ocurre con los cataclismos naturales y las catástrofes mencionadas por Platón, se han considerado sin más como del dominio de la fábula. Incluso los eruditos que llegan a admitir que dentro del relato de Platón «hay algún atisbo de verdad», como Adolf Schulten y Wilhelm Brandenstein —este último, titular de la cátedra de filología de la Universidad de Graz y el primero profesor de Historia Antigua residente durante muchos años en España— consideran todo lo que hace referencia a las campañas de los atlantes como «algo que flota entre las nubes» o niegan por completo tales expediciones. Hay que confesar que los datos que poseemos hasta ahora de las relaciones existentes entre las diversas potencias de la Edad del Bronce nos inclinan a este escepticismo. El hecho de que un pueblo haya atravesado toda Europa, luego el Asia Menor y haya llegado por fin a las puertas de Egipto con la intención de poner bajo su dominio «vuestro territorio (Grecia), el nuestro (Egipto) y todos los otros países que se hallan más acá del estrecho» (Turneo, 25) parece a primera vista inverosímil. Se considera que el proyecto encaminado a unificar todos los países europeos y mediterráneos bajo un solo y único cetro es una concepción demasiado moderna para ser verdad entonces. Si es bastante sorprendente ya de por sí encontrar esta concepción escrita por Platón, lo es aún más si se reflexiona en los años transcurridos desde que se puso en ejecución y que tan cerca estuvo de verse coronada por el éxito. La cosa parecía increíble y por ello la opinión unánime ha rehusado admitir este pasaje del relato de Platón. Ha habido algunos que han intentado sacar partido incluso de esta inverosimilitud para demostrar el valor nulo en cuanto a documento histórico de la descripción platónica referente a la Atlántida.

Y no obstante, los papiros y los escritos contemporáneos demuestran que esta opinión tomada a la ligera es errónea. Examinaremos por unos momentos los datos relativos a las campañas bélicas de los atlantes y de este plan «paneuropeo», suministrados por Platón, comparándolos con las precisiones facilitadas por los documentos contemporáneos. Así podremos llegar a demostrar que Platón no ha sido más que un fiel transcriptor del relato hecho a Solón por el sacerdote egipcio de Sais. Platón aduce a este respecto lo siguiente:

1. Los pueblos del imperio atlántico habíanse «reunido y formado una potencia única con el propósito de dominar vuestro territorio (Grecia) y el nuestro (Egipto), así como a todos los países que se hallaban más acá del estrecho (de Gibraltar), en el curso de una expedición guerrera» (*Timeo*, 25).
2. En el curso de esta campaña los atlantes habían atravesado toda Europa, y habían dominado a toda Grecia con excepción de Atenas y habían pasado luego por Asia Menor hasta llegar a las fronteras de Egipto; país al que pusieron en un gran aprieto, pero al que no pudieron someter (*Timeo*, 24, 25; *Critias*, 108).
3. Entre los países mediterráneos sometidos a los reyes de la Atlántida figuran: «Libia hasta Egipto y Europa hasta Tirrenia (Etruria)» (*Timeo*, 25, y *Critias*, 114). Las gentes de estos países tomaron parte también en la gran expedición militar.
4. La potencia atlante estaba constituida por un ejército muy bien organizado y equipado. Contaba con dotaciones de carros de combate y disponía de una flota guerrera poderosísima. Diez reyes —denominados «los diez»— bajo el mando supremo del rey de la Atlántida, tenían a su cargo la dirección de las operaciones (*Critias*, 119, 120).
5. La expedición de los atlantes tuvo lugar en el mismo tiempo en que ocurrieron las grandes catástrofes de la naturaleza. Es decir, hacia el año 1200 a. C., según hemos establecido antes.

Es un hecho innegable que alrededor del año 1200 tienen lugar sobre la tierra una serie de acontecimientos que guardan estrecha similitud con los que nos describe Platón en su relato sobre la Atlántida.

Los acontecimientos a que nos referimos son los que se denominan en historia con el nombre de «gran migración», «invasión doria», «invasión egea», «invasión iliria». Y en cuanto a los pueblos que tomaron parte en este éxodo en masa en sus momentos iniciales, se los designa como «pueblos del norte» o «pueblos del mar».

Al lado de las inscripciones contemporáneas ya citadas, a las que Bilabel califica de «documentos del más alto valor histórico», nos ayudan en esta tarea infinidad de descubrimientos arqueológicos que contribuyen a levantar un velo sobre este período capital de la historia europea. Con estos datos nos será posible llegar a una reconstrucción de los mencionados acontecimientos.

Bajo el reinado del faraón Merneptah de la XIX dinastía, los libios y sus aliados penetraron en territorio egipcio procedentes del oeste. El agostamiento que sufría su país les impelió a buscar más al este, hacia Egipto, su subsistencia. En esta emigración les acompañaban sus mujeres e hijos. A las órdenes del príncipe Merije

consiguieron los libios llegar hasta Menfis y Heliópolis, en donde se instalaron.

Momento crucial por el que Egipto nunca había atravesado desde los tiempos de la invasión de los hicsos. Merneptah, hallándose en el quinto año de su reinado, es decir, en el año 1227 a. C., resolvió alejar al invasor. Al tercer día de «epifi» (abril) tuvo lugar un gran encuentro cerca de Perir. Al cabo de seis horas de encarnizado combate el enemigo fue derrotado y buscó la salvación en la huida. Un rico botín cayó en las manos del victorioso faraón: 9111 espadas de tres a cuatro «espanes» (de 22 a 24 cm) de longitud, todas ellas de bronce. El número de los caídos fue el de 6359 libios, 2370 «gente del norte, originarios de los países del mar (atlantes)», 222 chekelescha (sicilianos) y 742 turuschas (etruscos).

Pero a pesar de que el enemigo (o sea la federación de libios y gente del norte) sufrió una gran derrota, volvió a reagruparse. La batalla de Perir fue sólo una entre muchas y sangrientas batallas. Fue asimismo el anuncio de una revolución mundial, de cuya magnitud y trascendencia no hay otro ejemplo en la historia antigua de la humanidad.

Por las medidas que se tomaron por parte de los Estados situados en la región oriental del Mediterráneo, se deduce que no fue una cuestión sin importancia y que preveían, por el contrario, un terrible peligro.

Hacia finales del siglo XIII a. C. los atenienses construyen sus murallas ciclópeas y las dotan de torres para su defensa. En Micenas se refuerzan las construcciones defensivas, al mismo tiempo que se preocupan sus habitantes de asegurarse el aprovisionamiento de agua. En Tirinto se realizan obras análogas y se construye una gran fortaleza.

En Asia Menor, los reyes hititas intentan conjurar el peligro firmando alianzas militares con Egipto y realizando grandes fortificaciones en su capital Boghaz-koy. Por último, en Egipto los faraones refuerzan el efectivo de sus ejércitos, reconstruyen las ciudades fronterizas, reclutan mercenarios y movilizan grandes contingentes de tropas. «Todo ello no son más que los signos precursores de la tempestad», según afirma el historiador Schachermeyr.

Hacia el año 1200 la tempestad prevista estalla con una violencia insospechada. Procedentes del norte penetran en Grecia poderosas formaciones de guerreros que invaden todo el territorio con la única excepción de Atenas, cuyos habitantes se hacen fuertes y resisten con gran heroísmo al invasor.

Los pueblos del norte invasores llegan por vía terrestre, pero deben haber sido expertos constructores de naves y diestros marinos. Si escuchamos la leyenda, en Naupaktos, en el golfo de Corinto, construyeron una imponente flota con la que se hicieron dueños del Peloponeso, destruyendo y aniquilando a las flotas aquea y cretense. Luego desembarcaron en Creta, las islas del Egeo y Chipre.

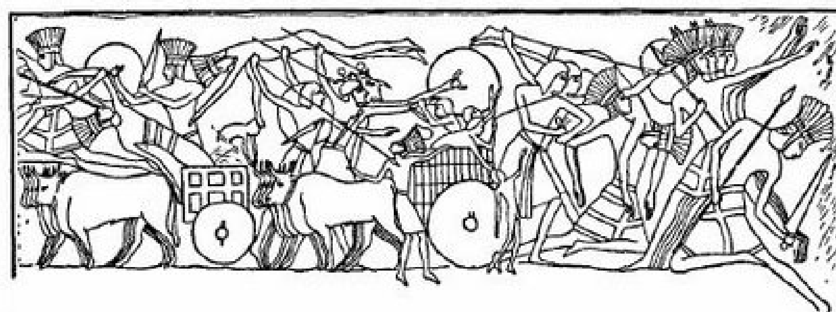
Todo nos induce a creer que una parte muy importante de los conquistadores habíase segregado del cuerpo principal antes de que éste se di (Troya VII *b*[1]). Ochenta años antes (Troya VII *a*) había sido ya destruida por la invasión micénica

helena. Una cadena de ruinas y de destrucciones jalona esta ruta seguida por los invasores. Parece ser que éstos, «los que seguían la ruta terrestre», operaban conjuntamente con «los llegados por el mar», es decir, aquellos que, partiendo del Peloponeso, navegaban hacia Creta y Chipre.



Combate entre egipcios e hiperbóreos. Éxodo de los hiperbóreos. Los carromatos que transportan a las mujeres y niños son atacados por mercenarios egipcios. (Según Wreszinski, *Atlas zur Altägyptischen Kulturgeschichte*).

El Asia Menor fue atravesada por completo y ocupada. El poderoso imperio de los hititas fue aniquilado de tal modo que desapareció casi sin dejar huellas en la historia. Boghaz-koy, la capital de los hititas, según revelan las excavaciones allí efectuadas, fue, a pesar de sus poderosos dispositivos de defensa, tomada al asalto, saqueada y arrasada.



Combate entre egipcios e hiperbóreos. Detalle del relieve anterior.

Las inscripciones y textos egipcios contemporáneos corroboran los anteriores datos arqueológicos y nos dan cuenta de cómo se realizó la progresión de los conquistadores. En una inscripción de Medinet-Habú, Ramsés III nos dice: «Los pueblos del norte conjuráronse en sus islas. Éstas fueron destruidas y arrasadas por las tempestades casi al mismo tiempo». No hubo país que pudiera oponerse a la fuerza de los invasores. Los Hatti (rútilas), Kode, Karkemish, Arzawa, Alasia (Chipre), fueron pasados a sangre y fuego. Su campo central de operaciones instaláronlo en una ciudad de Amurru (en la actual Siria del Sur). Aniquilaron al país y a los hombres como si jamás hubiera habido civilización en el país. Marcharon

sobre Egipto precedidos por un vasto incendio. Los Phrst, Sakar, Denen, sumáronse a ellos y avasallaron a los Sekelesa y Vasasa. Se puede decir que llegaron a extender su dominio hasta los confines de la tierra y su corazón rebosaba júbilo, pues estaban seguros de que sus planes se realizarían.

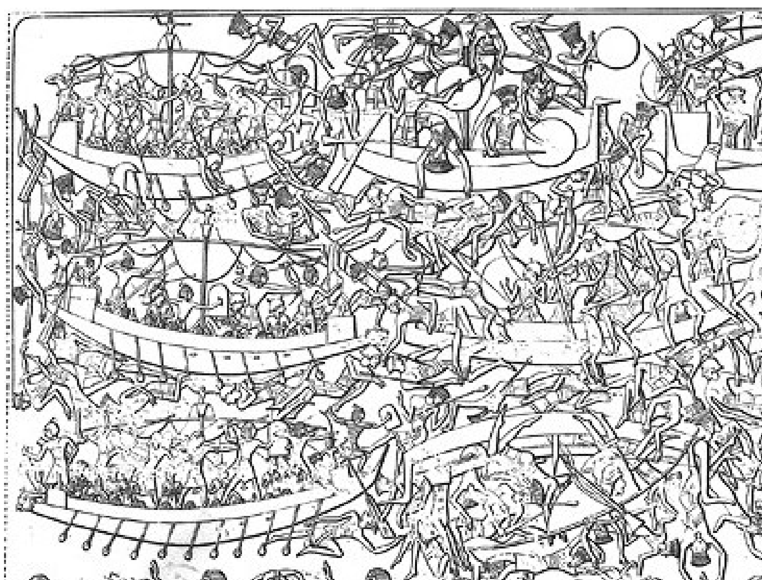
Así pues, todo nos induce a creer que antes de lanzar un asalto definitivo contra Egipto, «los pueblos del norte y del océano» reagrupáronse en Amurru.

Ramsés III ordenó la movilización general. Fortaleció sus puestos fronterizos del norte, aseguró los puertos y agrupó toda clase de embarcaciones aptas para el combate «que de la popa a la proa estaban colmadas de guerreros avezados y fuertes, armados hasta los dientes». El faraón dio la orden: «Sacad todas las armas, reunid a todas las tropas de reserva para destruir al enemigo miserable». El reclutamiento y la distribución de armas corría a cargo del príncipe heredero. Además de las tropas indígenas formáronse cohortes de negros y de mercenarios sardos. «Todo aquel que estaba bajo las órdenes del faraón y que se consideraba capaz de usar armas, fue provisto de ellas». Es en tono orgulloso que se lee: «Los soldados eran los mejores de Egipto, eran como leones que rugen en las montañas. Las tropas de los carros eran todas gentes avezadas al combate, héroes y combatientes, duchos en la lucha y que sabían perfectamente su oficio. Sus corceles temblaban impacientes con el afán de destruir al enemigo».



Escena de combate naval. Nave hiperbórea de los relieves de Medinet-Habú.

Al quinto año del reinado de Ramsés III (1195 a. C.), después de algunas escaramuzas ligeras se produjo el ataque general contra Egipto. Seguramente este ataque estaba previsto dentro de un plan general de operaciones, pues mientras los libios atacaban por el oeste, ayudados como en circunstancias anteriores por los pueblos del norte, desde el mar una poderosa flota de guerra intentó forzar la boca del Nilo, a la par que el grueso principal de la fuerza se puso en marcha desde el país amorrita. Ramsés III salió al frente de sus tropas al encuentro del enemigo.

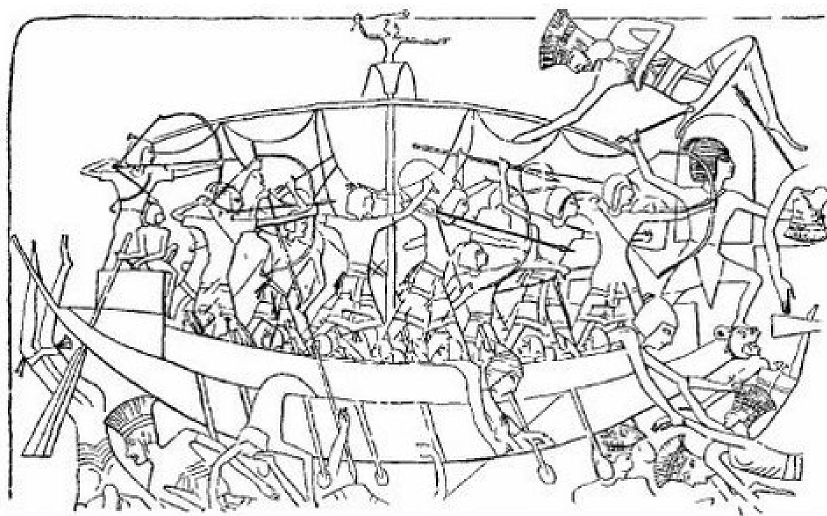


Combate naval entre egipcios e hiperbóreos. De los relieves de Medinet-Habú.

Se produjo entonces una colisión de significado histórico mundial. Gracias a todos los recursos de que se han echado mano y, al parecer, a la fortuna excepcional que le asistió en varios combates, Ramsés III pudo resistir este asalto de los pueblos del norte. «Cientos de miles» de ellos fueron muertos o capturados. Los barcos de guerra de la gente del norte, algunos de los cuales consiguieron llegar a la costa egipcia, «chocaron contra una muralla de cobre» y «fueron cercados por las lanzas de los soldados, que les obligaron a internarse en el país y les aislaron»; sus ocupantes «derribados al abordaje, fueron aniquilados y sus cadáveres se amontonaban de la proa a la popa de sus naves». Los egipcios hicieron zozobrar a muchos barcos y muchos tripulantes de ellos, que buscaban la salvación nadando, perecieron ahogados o muertos bajo sus armas. Las mujeres y los niños de estos pueblos del norte o del mar acompañaban en carretas tiradas por bueyes a los que efectuaban la invasión por vía terrestre. Muchos de ellos fueron cercados, y mujeres y niños, sin distinción alguna, fueron muertos o hechos prisioneros.

Wreszinski, el reputado egiptólogo, supone que la decisión de la batalla estuvo en el mar, debido a la gran prolijidad de detalles que a este aspecto de la guerra se consagra. Es muy posible. Las ilustraciones que llenan las paredes de Medinet-Habú también nos dejan entrever por qué motivo la gente del norte, a pesar de sus innegables dotes marineras, perdió la batalla naval. Sus embarcaciones carecían de remos y estaban dotadas de velas que únicamente podían impeler hacia delante. Al parecer, en aquel día decisivo de la batalla reinaba la calma. Las velas cargadas eran inoperantes y los barcos derivaron al impulso de las corrientes que los llevaban hacia tierra. Por otra parte, la dotación de combate de los barcos iba provista sólo de espada y lanza, es decir, iban equipados sólo para la lucha cuerpo a cuerpo y ninguno disponía de arco. En cambio, desembocando por sorpresa de los diferentes brazos de mar del delta del Nilo, los egipcios tenían sus barcos propulsados y bien dirigidos a

fuerza de brazos y todos ellos disponían de arcos, por lo que cayeron como una tromba sobre las embarcaciones enemigas. Manteniéndose a distancia, incumbía a los arqueros el disparar una nube de flechas sobre los pueblos del norte, indefensos sobre el puente de sus naves. Los egipcios, al objeto de proteger a sus remeros y arqueros, se escudaron tras los cuerpos de los prisioneros atados a las bordas de las naves. Cuando la tripulación nórdica fue diezmada por los certeros disparos de los arqueros egipcios, aproximáronse éstos a las naves enemigas y, lanzando garfios de abordaje, los marinos egipcios intentaron ensartarlas en las velas cargadas de los barcos enemigos para hacerlos zozobrar. Una vez logrado, los guerreros fueron aniquilados fácilmente en el agua y sólo algunos de ellos lograron alcanzar la costa, donde fueron capturados por los egipcios.

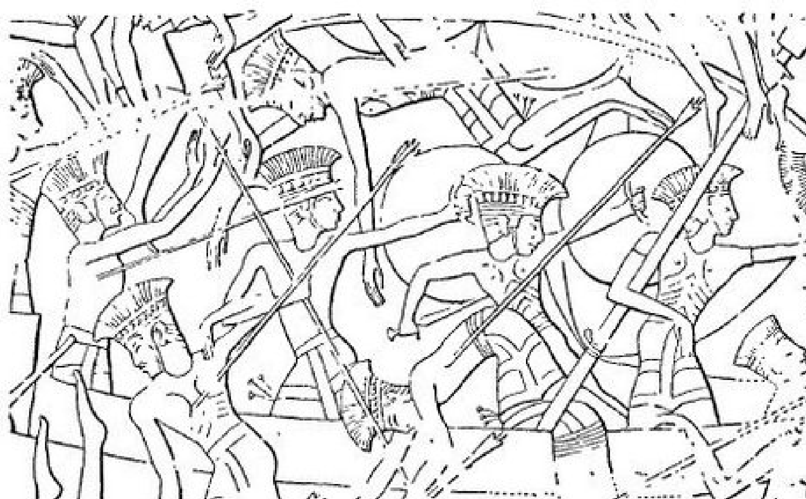


Navío egipcio de guerra luchando con una embarcación hiperbórea. De los relieves de Medinet-Habú. (Según *Earlier Historical Records of Ramses III*. The University of Chicago Press).

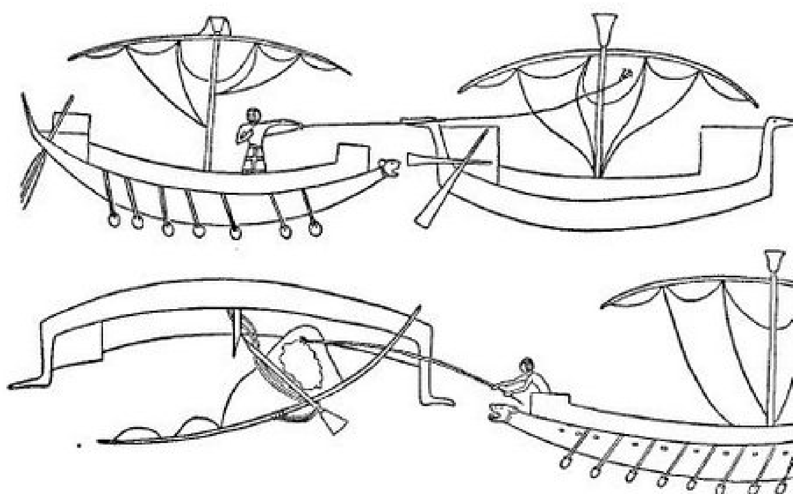
Los escultores egipcios han inmortalizado en los relieves de Medinet-Habú escenas impresionantes en que la gente del norte lucha por la vida. En una embarcación, dentro de la cual todos los demás hombres están muertos o heridos, se ve a un guerrero que, sosteniendo con su mano derecha a un camarada, cae al agua, mientras levanta su escudo para defenderse. En otro, los marineros del norte, a pesar del peligro que sobre ellos se cierne, ayudan a subir un herido a bordo. Los bajorrelieves de la batalla terrestre muestran escenas que ilustran sobre el espíritu de compañerismo y sobre la valentía de los guerreros atacantes. Otto Eissfeld, que ha estudiado tan acertadamente las civilizaciones fenicias y filisteas, tiene razón cuando escribe: «Los bajorrelieves egipcios que nos explican las batallas libradas por Ramsés III contra los filisteos demuestran la valentía de estos últimos. Incluso prisioneros y encadenados, los cautivos mantienen un aire noble y altivo». Luego veremos que los filisteos tienen un papel importantísimo en la coalición de los «pueblos del norte y del mar».

Los egipcios cercenaron las manos de los muertos y de los heridos tanto de tierra

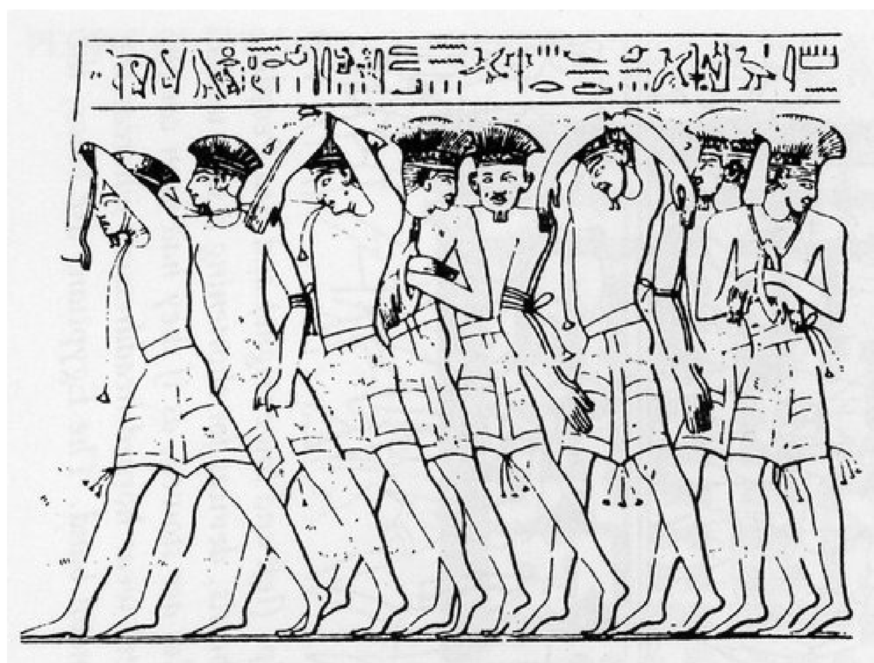
como de mar, para contarlas y luego hacinarlas. En aquel tiempo éste era el procedimiento que se empleaba para efectuar el recuento del enemigo caído en el campo de batalla. Pero, cosa extraña, en tanto que siempre en las batallas libradas por Ramsés III el número de manos cortadas se cita escrupulosamente —así, por ejemplo, en la batalla contra libios y pueblos del norte coaligados en las fronteras del oeste de Egipto, las inscripciones de Medinet-Habú registran un total de 25 067 manos y 25 215 falos—, en esta decisiva batalla del año 1195 a. C. no se dan las cifras exactas de las manos cortadas. Sólo se dice que fueron cortados «manos y falos sin cuento». En cambio, en el mismo texto se habla de «tantos enemigos como saltamontes», de «cientos de miles» e, incluso, de «millones». «Tan numerosos como los granos de arena del mar» fue, según se dice en las inscripciones, el número de prisioneros.



Tripulantes de una nave hiperbórea. Obsérvese la característica «corona de cañas» y los escudos circulares. De los relieves de Medinet-Habú.



Destrucción de una nave hiperbórea. Por medio de un garfio, los egipcios hacen zozobrar las embarcaciones hiperbóreas. De los relieves de Medinet-Habú. (Según *Earlier Historical Records of Ramses III*. The University of Chicago Press).

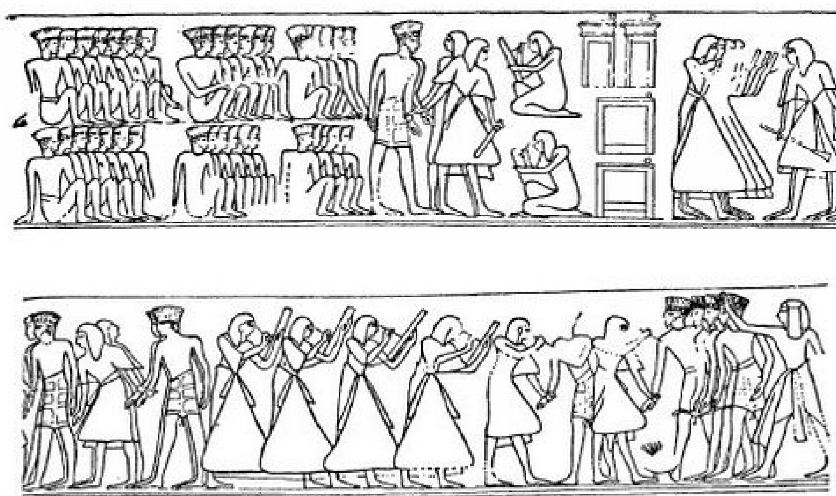


Prisioneros hiperbóreos. Atados por los codos, los supervivientes de la batalla naval son conducidos a los campos de prisioneros. De los relieves de Medinet-Habú.

Todas estas afirmaciones vagas e imprecisas nos inducen a creer que se escogieron estas expresiones debido a que el número de bajas, tanto de muertos como de heridos, fue muy superior al de las batallas precedentes.

Un gran bajorrelieve que se ha conservado perfectamente nos muestra la suerte que se reservó a los prisioneros. Atados fuertemente unos contra otros eran conducidos a campos de prisioneros. Sentados en línea en los campos esperaban a que se les interrogara. Uno a uno eran conducidos ante los oficiales egipcios, a los que es fácil identificar por sus largos mandiles.

Entonces se les marcaba en la espalda, con un hierro al rojo, el sello del soberano. Inmediatamente seguía el interrogatorio, que quedaba registrado por numerosos escribas.



El ejército hiperbóreo en el cautiverio. A la izquierda, interrogatorio de los prisioneros hiperbóreos por los egipcios. A la derecha, los prisioneros son marcados con un hierro al rojo vivo. De los relieves de Medinet-Habú. (Según *Earlier Historical Records of Ramsés III*. The University of Chicago Press).

El propio faraón condujo a los reyes y príncipes de los pueblos del norte y del océano que habían sido capturados en el combate. Ramsés III precisa que habiendo hecho prisioneros a diez príncipes de los pueblos del norte fueron uncidos a su cortejo triunfal.

La victoria de Ramsés III parece haber sido total y definitiva, pero la realidad nos dice que no fue sino una victoria pírrica. Muchas otras veces tuvo que ponerse al frente de sus hombres para defender a su país. El Antiguo Testamento hace también alusión a estas continuas guerras entre los egipcios y los filisteos (pueblos del norte). En el *Éxodo* (13, 17) se dice: «Cuando el faraón permitió que saliera el pueblo, Dios no los llevó por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba más cerca; porque Dios pensó que quizá el pueblo se arrepintiese cuando viera la guerra y volviera a Egipto». Egipto tuvo que pagar muy caro en sangre el precio de estas guerras. Mientras que en el reinado de Ramsés II Egipto se encontraba aún en pleno apogeo, bajo el de sus sucesores un período de letargo anuncia la decadencia. Los pueblos nórdicos pudieron consolidarse en la antigua provincia egipcia de Amurru, la actual Siria, en donde construyeron puertos seguros en la costa. Durante unos 200 años lograron mantenerse como amos y señores de toda Palestina y las regiones del litoral oriental del Mediterráneo, que a partir de entonces tomó el nombre de «mar de los filisteos» del nombre dinástico de los «Phrst» o filisteos, una de las estirpes de los conquistadores (*Éxodo*, 23, 31).

Aliados con los libios, los «pueblos del norte» llegaron incluso a penetrar en Egipto, donde instauraron una especie de dictadura militar. En el año 946 a. C., un libio, Sheshonq I, llegó a sentarse en el trono de los faraones.

Si se comparan los hechos históricos según resultan del desciframiento de las inscripciones contemporáneas y de los descubrimientos y los datos facilitados en el

relato platónico de la Atlántida, todos ellos concuerdan perfectamente.

Por lo que se deduce del relato atlántico, en los albores de la Edad del Hierro, es decir, hacia finales del siglo XIII a. C. y coincidiendo con unas grandes catástrofes naturales, existió un pueblo poderoso que ejerció su hegemonía sobre islas y países situados «en el gran mar del norte». Dicho pueblo, «habiendo llegado a una federación de aliados y vecinos, se propuso conquistar de un solo empuje a Grecia, Egipto y a todos los países situados más allá del estrecho». Esta acometida tuvo lugar, efectivamente, en Europa y Asia Menor hasta Egipto, país que llegó a encontrarse en situación muy apurada a pesar de haber rechazado el ataque. Al invasor sumáronse las huestes de los libios, tirrenos, sekelesa y vasasa. Este ejército estaba al mando de «Los Diez», quienes a su vez obedecían al supremo jefe de los filisteos o de los Phrst. Poderosas unidades de carros de combate, así como una potente flota de guerra, reforzaban el eficaz ejército de tierra. Con el ataque marítimo se establece el primer intento de penetrar por mar en Egipto. Durante el curso de esta descomunal expedición tuvieron lugar muchas catástrofes naturales. Egipto pasó por momentos muy difíciles y logró conservar su libertad a costa de muchos sacrificios y penalidades, durante unos doscientos años. Empleando literalmente las palabras de Ramsés III, esta potencia estuvo a punto de «lograr su propósito de llegar a dominar hasta el más recóndito rincón de la tierra». Y los prisioneros estaban convencidos de que, pese a la terrible derrota infligida por el faraón, «llegarían a poder realizar sus planes».

Es imposible, pues, que Platón, así como la tradición griega y Solón —este último admite: «No había ningún griego que pudiera llegar a sospechar que todo esto había ocurrido» (*Timeo*, 22)—, se hayan podido inventar todos estos hechos, que, según hemos visto, descansan sobre bases y acontecimientos históricos. Esta concordancia, que llega a ser casi literal, entre el texto del relato platónico y el de los textos contemporáneos egipcios, demuestra que los sacerdotes de Sais estaban perfectamente impuestos de los papiros e inscripciones y que se fundaban en lo que en ellos se decía para hacer la exposición de los hechos a Solón.

He aquí una prueba suplementaria de que, contrariamente a lo que se ha pretendido, el relato de Platón no es fruto de la fantasía, sino un documento histórico perfectamente válido. Se trata, pues, «no de una leyenda poética, sino de una historia verdadera desde todos los puntos de vista» (Tuneo, 26).

2. CONTRA GRECIA. RESCATE DE ATENAS

Platón escribe que antes de atravesar Asia Menor y Siria, y de lanzarse al asalto en las fronteras de Egipto, los atlantes dominaron todos los Estados griegos a excepción de Atenas, que defendió heroicamente su libertad y su independencia. Los límites del Estado ateniense están claramente indicados (*Critias*, 110-112); englobaban el Ática, la región de Megara y Oropos. Platón insiste en el hecho de que la lucha de los atenienses contra los atlantes fue un modelo de heroísmo y una obra maestra de táctica militar; a propósito de esto, escribe: «Este gran acontecimiento real y antiguamente cumplido» (*Timeo*, 21).

Esta parte del relato de Platón, más que ninguna otra, ha provocado protestas, se le ha reprochado de no estar históricamente fundado. Aun reconociendo que esta narración contiene una «base» histórica, Schulten sostiene que este pasaje indica las razones que llevaron a Platón a disfrazar la verdad: «Platón busca consolarse, él y sus compatriotas, de las desgracias que habían caído sobre Atenas después de las guerras del Peloponeso». Otros historiadores creen que el relato de los supuestos hechos realizados por los atenienses en su lucha contra los atlantes descubre los móviles de Platón: había inventado una hazaña imaginaria para mayor gloria de su pueblo natal, Atenas. Según unos, «esta fábula contiene algunos restos de verdad histórica»; según otros, se trata «de una fábula sin fundamentos», la Atlántida es «una utopía», «una isla mítica, fruto de la imaginación».

Pues bien, ocurre en este pasaje como con los otros: acontecimientos y descubrimientos arqueológicos corroboran las noticias suministradas por Platón.

Antes de pasar a Asia Menor, penetrando en Grecia por el norte, los «pueblos del septentrión y del océano» ocupan por asalto las fortalezas, incendian las villas helénicas y ponen fin bruscamente a la civilización micénica. En donde quiera que las excavaciones han tenido lugar se han encontrado pruebas de la violencia de la invasión atlante; hizo el efecto de una verdadera marea alta.

En cambio, es un punto acerca del cual todos los historiadores están de acuerdo, esta invasión tuvo repercusiones considerables y profundas. Schachermeyr no titubea en hablar de «una catástrofe, una de las más espantosas que haya conocido la historia de la humanidad». Wiesner la compara a «una tempestad sin igual que devastó todas las regiones ribereñas del Mediterráneo oriental». Weber califica el acontecimiento de «trastorno en la escala mundial, sin ejemplo en la prehistoria, por la amplitud e importancia». Paret, por su parte, explica: «[La catástrofe] puso en movimiento todos los pueblos de Europa Central y Meridional y los de Asia Menor; aniquilando las antiguas civilizaciones, colocó las bases de un nuevo universo». Bachhofer, por último, habla como de «una marea alta que influyó sobre la suerte del mundo».

¿Cómo, entonces, se podría todavía negar estos hechos y tachar de «fábulas sin fundamento», de elucubraciones destinadas a «levantar la moral» de los atenienses? Los textos antiguos y los descubrimientos arqueológicos se oponen a ello.

En el momento de los trastornos provocados por la invasión atlante, Atenas y el Ática se salvaron; la composición étnica de sus poblaciones no fue afectada. La cosa

es tanto más extraordinaria cuanto que, sucesivamente, Grecia, Creta, Asia Menor y Siria fueron reducidas a cenizas. Combates que enfrentaban atenienses y atlantes se desarrollaron a las puertas de la ciudad y la población ciudadana evacuó temporalmente las pendientes de las colinas para refugiarse en la Acrópolis; del mismo modo, la leyenda narra que, durante la ocupación de Atenas por los atlantes, un abuelo de Solón, el rey Kadros, cayó ante el enemigo. A pesar de todo, la ciudad resistió victoriosamente y defendió su independencia; esto es lo que narra el relato de Solón.

En sus comentarios sobre las excavaciones efectuadas en el barrio exterior del Cerámico, cementerio situado a las puertas de Atenas, Kübler explica: «Las poderosas fortificaciones ciclópeas de Atenas fueron edificadas en el tercer cuarto del siglo XIII a. C.; servían para proteger a los habitantes, como lo han demostrado las últimas excavaciones; los habitantes en esta época tuvieron que evacuar las pendientes de las colinas cercanas a Atenas. Ya se manifestaban los trastornos que concluyeron en la gran invasión doria (fines del siglo XII a. C.). A juzgar por los descubrimientos arqueológicos, por las comparaciones filológicas y por la leyenda, no parece que esta invasión haya afectado directamente el Ática; sin embargo, algunos combates tuvieron lugar en esta región, y en el siglo XII a. C., el Ática acoge unos inmigrados griegos expulsados del Peloponeso».

Por su parte, Berve manifiesta: «Sólo el Ática no quedó sumergida por las olas de los invasores y su población conservó su pureza étnica». Drerup escribe también: «La invasión doria se quebró sobre el obstáculo del Parnaso; él rompió el movimiento impetuoso de los hijos rudos del norte y los alejó del Ática».

Se comprende con ello cómo la cerámica micénica, que la invasión de los pueblos llegados del norte había hecho desaparecer del resto de Grecia, se perpetuara en Atenas y en el Ática.

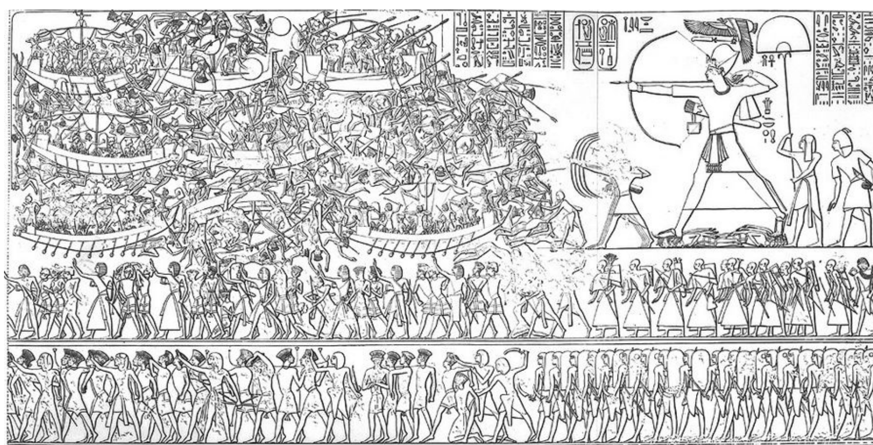
No es menos extraño que sólo Atenas y sus posesiones hubiesen podido proteger su libertad y su independencia cuando toda Grecia, Creta y las islas del Mar Egeo eran alternativamente ocupadas y dominadas por un poder suficientemente fuerte para vencer las dos formaciones políticas, las más importantes de la época: la federación egea y el imperio hitita, y al mismo tiempo, para conquistar la soberanía de los mares y amenazar Egipto.

Sin embargo, este pasaje del relato de Platón concuerda, también, con la realidad histórica. Puede extrañar solamente que su autor no hubiese ensalzado todavía más de lo que hizo esta acción de magnificencia de sus conciudadanos y que ni él ni Solón comparasen los acontecimientos producidos por los sacerdotes de Sais y la tradición ateniense; traía a la memoria el recuerdo de las batallas libradas con las hordas de los guerreros llegados del norte por las tropas del rey Kodros. Si, como pretenden ciertos historiadores, Platón había proyectado elevar la moral de los atenienses por el relato de los importantes hechos de sus antepasados, habría sacado mejor partido de la «materia» histórica de la cual disponía. Y, sobre todo, se habría abstenido de escribir

que, en ocasión de unos grandes temblores de tierra en el año 1200 a. C. «en el espacio de un solo día y de una noche terribles, toda vuestra armada (la de Atenas) fue hundida de un solo golpe bajo tierra» (*Timeo*, 25).

Otra prueba de la objetividad de Platón: cuando describe el papel representado por Atenas en la guerra contra los atlantes, dedica a estos últimos un pasaje diez veces más importante que a sus rivales. Por lo demás, es por esta causa por lo que el relato de Platón es conocido bajo el nombre de narración de la Atlántida y no bajo el de relato de los orígenes de Atenas.

Contrariamente a los reproches de que es objeto, parece que Platón se propuso como único fin recordar fielmente los sucesos que le habían sido relatados.



Conjunto de los relieves del templo de Medinet-Habú, en Egipto. (Según *Atlas of the Bible*).

VIII. CONCLUSIÓN

En resumen, de la investigación que acabamos de realizar para controlar la autenticidad de los puntos más controvertidos del relato de la Atlántida, resulta:

1. Se trata de un documento histórico y no de una fábula con moraleja. La narración de Platón no es más que la versión griega de textos que figuran en antiguos papiros egipcios; los sucesos relatados tuvieron lugar efectivamente alrededor del año 1200 a. C.; lo que de ellos sabemos concuerda, en conjunto, con las referencias contenidas en el relato de la Atlántida. El hecho de que ciertos antiguos documentos egipcios, que fueron el origen de la narración, se hayan conservado hasta nosotros facilita la comparación entre los textos originales y el de Platón. Este cotejo demuestra que Platón y los que le han precedido (los sacerdotes de Sais, Critias el Viejo y su nieto Critias el Joven) transmitieron fielmente los datos suministrados por los papiros egipcios. No se les puede acusar de haber creado mitos o de haber disfrazado la verdad.

   Si, a pesar de todo, algunos errores de interpretación o de traducción se han deslizado en el relato, los diferentes «relatores» no han tenido jamás la intención de falsificar el texto para las necesidades de la causa; las dificultades de traducción por una parte, el tiempo transcurrido por otra, hicieron estos errores inevitables. Por el contrario, Platón insiste en que los «relatores» han reproducido con toda fidelidad y conciencia los informes que les eran transmitidos. No se les puede hacer ningún reproche y no merecen ser difamados. Al contrario, debemos estarles reconocidos por haber conservado el recuerdo de acontecimientos que tuvieron una influencia tal sobre los principios de la civilización occidental.

   Es preciso, pues, dar crédito a Platón; si aquí y allá, algunas pruebas o hechos precisos invalidan ciertas partes del relato de la Atlántida hay que atribuirlo a una mala interpretación y a los errores de los copistas o traductores.
2. La segunda conclusión de la investigación es el hecho de que los atlantes —a los cuales se refiere Platón— son los mismos «pueblos del norte y del océano»— de los que hablan las inscripciones y los papiros contemporáneos de Ramsés III.

   Todo lo que sabemos por los manuscritos y los descubrimientos arqueológicos acerca de los pueblos del norte concuerda punto por punto con las precisiones de Platón sobre los atlantes.

punto con las precisiones de Platón sobre los atlantes.

Ramsés III y Platón precisan que la patria de los atlantes —pueblos del norte— era una isla situada en un mar septentrional; que desapareció después de terribles catástrofes (desecaciones, incendios, terremotos, marejadas altas, tempestades), que su capital se hundió y su país fue asolado. Nos dicen que los atlantes y pueblos del norte emprendieron una vasta campaña militar, que libios y tirrenos estaban sometidos a su tutela y que, dirigidos por diez reyes, proyectaban adueñarse de todos los países situados en el límite del universo; sabemos también que avasallaron Grecia —a excepción de Atenas—, Asia Menor y amenazaron a Egipto. Finalmente, los bajorrelieves de Medinet-Habú, contemporáneos de la gran batalla que se desarrolló en el delta del Nilo, muestran que los atlantes o hiperbóreos poseían, como indica Platón, una poderosa flota, un gran ejército e importantes unidades de potentes carros de combate.

La palabra «Atlantes» —sin duda denominación de origen— designa, pues, los «pueblos del norte y del océano» de los que nos habla Ramsés III.

Estas dos comprobaciones reducen a la nada los argumentos de los autores que pretenden que el relato de la Atlántida carece de fundamento; refutan las objeciones y levantan el velo sobre el pasado de un gran pueblo que, arrojado por catástrofes sin precedentes, tuvo que huir, hace tres mil años, de la cuna de su raza.

SEGUNDA PARTE:

HIPÓTESIS Y REALIDADES

I. LA PATRIA DE LOS ATLANTES

1. DATOS SUMINISTRADOS POR EL RELATO DE PLATÓN Y POR LOS TEXTOS EGIPCIOS

A los que son bastante temerarios para asignar un emplazamiento a la patria de los atlantes, el destacado filólogo von Wilamowitz-Mollendorf opone: «Habrá siempre unos locos para buscar la Atlántida». El historiador vienes R. Noli califica esta obstinación de «idea fija». A primera vista, se pregunta uno por qué estos sabios aplastan con su menosprecio a los investigadores que se dedican a descubrir el origen de un pueblo que provocó semejantes trastornos en Europa y en Asia Menor. Antes de los cataclismos que le obligaron a emigrar, este pueblo tenía una patria; esto es evidente.

He aquí lo que dice Platón:

1. «Este imperio era soberano de la isla entera y también de muchas otras islas y de porciones del continente» (*Timeo*, 25).
2. Estas islas y porciones de continente se encontraban «en el norte» (*Critias*, 118).

El simple hecho de que el país de los atlantes fuese una isla rodeada de otras indica que estaba situada en el océano. Esto es lo que dice Platón: «La Atlántida se encontraba delante de este pasaje que llamáis las columnas de Hércules». En ninguna parte Platón precisa que se encontrara al oeste, en la vecindad o cerca de las columnas de Hércules, como descartan ciertos arqueólogos. Del mismo modo, la expresión «delante de las columnas de Hércules» no se aplica ni al emplazamiento de la Atlántida ni a su localización en una dirección precisa. Los egipcios representaban la tierra bajo la forma de un sólido, de forma oblonga, rodeada por el «Sn-wr» o Gran Océano. Una estela egipcia muestra a Ptha, el creador del universo, modelándolo bajo esta forma. El concepto océano rodeando la tierra, es tan viejo como el mundo; un texto que figura sobre los muros de una pirámide edificada bajo la quinta dinastía, hacia el 2650 a. C., habla ya de un «gran mar circular». No lo forman más que los océanos propiamente dichos, a excepción de los mares interiores o cerrados, el Mediterráneo, por ejemplo: en las inscripciones egipcias éste es designado por la expresión «Mar interior».

Esta concepción es igualmente la de Platón, puesto que precisa que la Atlántida se encontraba delante de las columnas de Hércules y que el mar en el cual la isla quedó sumida merecía su nombre. «Pues, por una parte, en el interior de este estrecho del cual hablamos, parece que no hay más que un mar o entrada reducida» (*Timeo*, 25); pretendía establecer una diferencia entre el «mar exterior», esto es, el océano, y el «interior», o sea el llamado Mediterráneo. Por tanto, es en el océano donde hay que buscar las islas hundidas.

Sobre el emplazamiento geográfico de la Atlántida en relación a Grecia y a Egipto, un pasaje de *Critias* (118) da las precisiones necesarias: allí se dice que el país de los atlantes se encontraba «en dirección norte» (kataborros). Abramos aquí un paréntesis. La mayor parte del tiempo se tradujo el adjetivo «kataborros» por la locución: «Al abrigo de los vientos del norte». Se trata aquí de un error de interpretación; en griego, la preposición «kata» significa hacia, sobre, e indica la dirección, la tendencia. Así es que «katapolin» quiere decir «hacia la ciudad», que «kat'ouron» significa «en el aire» y no «al amparo de la ciudad» ni «al abrigo del aire». «Kataborros» significa, pues, «en la dirección de los vientos del norte». Dicho esto, y si nos fiamos de las indicaciones de Platón, es «en dirección al norte» con respecto a Egipto y Grecia donde hay que buscar el «Okeanos».

Sobre este punto los textos contemporáneos concuerdan, por otra parte, con los de Platón; las inscripciones de Medinet-Habú precisan que los pueblos del norte venían «del gran océano circular» (Sn-wr), «del fin del océano», y que su patria y sus islas estaban situadas en el «septentrión». De donde el nombre que les han dado los egipcios: «pueblos del mar». Otros textos confirman estas indicaciones relativas a la cuna de la raza atlante. Los jeroglíficos de Medinet-Habú y el papiro Harris señalan que los pueblos del norte venían de la «extremidad de la tierra»; de las «extremidades del océano» y «de la oscuridad». Los dos mencionan «las extremidades de la tierra y la oscuridad» en correlación con las «columnas del Cielo».

El Antiguo Testamento y las leyendas griegas atestiguan, además, el origen nórdico de los atlantes; por su parte, Platón precisó que venían «de los límites del mundo». Los filisteos, la tribu dominante, son designados especialmente como los descendientes de Jafet, que, sin duda alguna, se confunden con el «Japeto» de la mitología griega. Como lo canta Homero (*Ilíada*, canto VII, 478), Japeto habita «los últimos confines de la tierra y del mar». En el *Deuteronomio* (XXVIII, 49), al entrar en la tierra prometida Dios amenaza al pueblo de Israel con «hacer partir de lejos, de las extremidades de la tierra, una nación»…, en el caso de que se rebelara contra el Eterno; la alusión al conflicto inminente que debía enfrentar Israel a los filisteos es clara.

Finalmente, según la tradición griega, el primer rey de los atlantes, Atlas, era el hijo primogénito de Japeto. Y según Hesíodo (*Teogonia*), Atlas reina en «los confines de la tierra».

He ahí, pues, un primer punto bien establecido. La concordancia entre las

inscripciones contemporáneas y la leyenda es total: la patria de los atlantes se encuentra «en los confines de la tierra».

Sin embargo, en aquella época esta expresión no designaba, como ocurrió más tarde, el oeste, el *finis terrae,* sino el septentrión. Una inscripción griega habla también de «los países del norte, en los confines del mundo». Esta alocución se refiere a una antigua concepción cosmológica, anterior a aquella que los egipcios se hacían del mundo; la tierra había tenido la forma de una vaca de pie, los cuernos vueltos hacia el sur y la grupa al norte. He aquí por qué, al comienzo de su historia, los egipcios llamaban al sur «los cuernos de la tierra» y «grupa de la tierra» al norte. Esta noción de la tierra-vaca, fecundada por el toro-cielo, parece haber sido tomada de los pueblos indogermánicos. Cosa extraña: el propio Kepler la utilizó.

Así vemos que cada vez que los escritores antiguos se sirven de la expresión «confines de la tierra» quieren decir «el extremo norte». Sólo hasta mucho más tarde, en el siglo IV a. C., esta locución se aplicó a unas regiones situadas en otra dirección; pero en la época de Platón designaba exclusivamente el norte. Cuando hablan de los cimerios, del litoral septentrional de Germania, del mar del Norte, de la desembocadura del Rin, de Thule, etc., todos los autores antiguos las sitúan «en los confines de la tierra».

Las otras expresiones que figuran en los papiros y en las inscripciones egipcias: «fronteras de la oscuridad», «oscuridad generalizada», «casa de la noche», «fuentes de la noche», «oscuridad lejana y profunda», atestiguan también la localización «nórdica» de la isla de los atlantes.

El origen de la creencia de que en el norte se extiende el dominio de la oscuridad, se pierde en la noche de los tiempos; tiene como punto de origen las largas noches de invierno, peculiares de las regiones del norte. El libro sagrado egipcio de Amduat, que describe: «Todo lo que se encuentra en la oscuridad» aporta la prueba de que en el espíritu de los egipcios «la oscuridad generalizada», «la sombra», no podían dominar más que en el norte, a excepción de todo otro punto cardinal. Este texto precisa, por ejemplo, que, en la hora sexta de la noche (medianoche) «el sol descansa en el fondo de la oscuridad» y en la duodécima (seis de la mañana) «sale de los confines de la oscuridad generalizada». Nueva confirmación: la cuna de la raza atlante se encontraba en el extremo norte.

Otra expresión, «cerca de las columnas del cielo», que se ha encontrado frecuentemente asociada a las formas anteriores, designa también el septentrión. En la creencia de que la estrella polar es la única estrella fija del firmamento, muy pronto los hombres se imaginaron que las columnas que sostenían la bóveda celeste se levantan en el extremo norte. La frase: «Los dioses que sostienen el cielo habitan en la oscuridad» (el extremo norte), descifrada por Roeder en un libro de hechizos que se puede fechar en el reinado de Ramsés III, no tiene otro sentido. Ocurre lo mismo con el pasaje de la *Teogonia* de Hesíodo: «Atlas, hijo de Jafet, sostiene con su cabeza y manos jamás cansadas el vasto cielo, de pie en los confines de la tierra, delante las

moradas de la noche».

Otro indicio revelador: Platón se extiende sobre el hecho de que los atlantes practicaban el culto a las columnas del cielo, una de las cuales se elevaba en el centro de su santuario. El Antiguo Testamento dice, por otra parte, que, incluso después de haber abandonado su patria y de haberse establecido en las regiones del sur, continuaron practicando este culto; estas columnas del cielo figuraron como motivo decorativo sobre algunos vasos filisteos. El nombre «Kaphthorites», también llamado «pueblo de las columnas», y el vocablo «ai kaphthor» (isla de las columnas), que en el Antiguo Testamento designa la patria hundida de los atlantes, prueban igualmente que su religión comportaba un culto rendido a las columnas del cielo. Por último, el arqueólogo O. S. Reuter explica que, por unas simples razones astronómicas, este culto no ha podido nacer más que en el norte.

Así, cuando Ramsés III califica su victoria de éxito alcanzado sobre los pueblos «llegados de los confines de la oscuridad generalizada, del extremo de la tierra y de las columnas del cielo», es evidente que hace alusión al origen geográfico septentrional de estos pueblos.

2. EXPOSICIÓN DE ALGUNAS TESIS RELATIVAS AL ORIGEN Y AL PAÍS DE LOS ATLANTES

En su libro consagrado a los testimonios arqueológicos dejados por los pueblos que invadieron Grecia hacia 1200 a. C., el historiador yugoslavo Milojcic declara: «De todos los problemas, el más difícil es el del descubrimiento del punto de partida de esta migración». Eissfeld, asimismo, explica: «La cuestión del origen de los pueblos llegados del norte es siempre actual; estamos en el mismo punto que hace dos mil años». Otros arqueólogos califican este problema de «misterio todavía no dilucidado».

He ahí cuáles son las hipótesis relativas a la partida de los pueblos del norte, y más particularmente de los filisteos, la tribu dirigente de la coalición atlante.

Bilabel, profesor de egiptología en la Universidad de Heidelberg, coloca la cuna de la raza «del lado del Sinaí o en la Siria meridional». Schachermeyr cree que «sólo los espacios todavía no civilizados de Europa, o, en segundo lugar, ciertas regiones del Asia Menor que se mantenían bárbaras, pudieron ser el punto de partida de las migraciones». Flinders Petrie, egiptólogo inglés, se funda en el hecho de que en una inscripción egipcia se designa con el nombre de «Zakari» a uno de los pueblos del

norte y en la existencia, en el este de Creta, de un lugar de los atlantes. El arqueólogo alemán Fimmen, muerto durante la primera Guerra Mundial, dice por su parte: «Estos pueblos son indiscutiblemente originarios de las islas y del litoral del mar Egeo, pero las tentativas hechas para identificarlos con algunos pueblos y razas conocidas han dado unos resultados tan contradictorios, que es imposible sacar una conclusión definitiva». El historiador alemán Wiesner considera, por su parte, que «la cuna de la invasión filistea debe ser buscada en las regiones danubianas y balcánicas». Milojcic, ya nombrado, supone que «la patria de estos pueblos era la parte nordeste de la actual Yugoslavia». Según Friedrich Wirth, «estos pueblos habitaron indudablemente al norte de la región danubiana»; según Schuchhardt, el gran prehistoriador, «procedían de la Alemania central o septentrional»; para Herbig, «de la Silesia y de Alemania del Este», y, finalmente, si tenemos que creer a Kayser, director del museo de antigüedades egipcias de Hildesheim, la cuna de los invasores serían las tierras de «Italia o España».

Pues bien; estas tesis quedan todas invalidadas por las inscripciones egipcias contemporáneas, y por los descubrimientos arqueológicos que jalonan el eje de migración. Antes de investigar dónde se encontraba la patria de los pueblos del norte —los llamaremos hiperbóreos—, conviene eliminar los países siguientes:

1. Países saqueados u ocupados por ellos. Jamás en la historia del hombre un pueblo ha aniquilado su propio país.
2. Las regiones no ribereñas de un mar o de un océano. Unos «pueblos del mar», habitantes de las islas del mar, cuyas «islas fueron transportadas y destruidas por la tempestad», es seguro que no son de origen continental.
3. Los que están situados en otra parte que el norte de Grecia y Egipto. Si hubiesen llegado del sur, del oeste o del este, las inscripciones egipcias que mencionan el origen «nórdico» de los invasores lo hubieran indicado.
4. Los que no pueden ser tenidos en cuenta por simples razones arqueológicas. Las pruebas de su paso en los países destruidos u ocupados por los hiperbóreos son tan numerosas que es inútil buscarlas en las regiones donde faltaron.

Por estas razones, es evidente que la patria de los hiperbóreos no estaba en la región del Sinaí, ni en Siria, Palestina, Asia Menor, las islas del mar Egeo, Creta, Grecia, Tesalia o Macedonia. Las excavaciones efectuadas en estos países han demostrado que hacia 1200 a. C. todos fueron asolados por los invasores. Milojcic lo admite al decir que «la patria de los conquistadores debía encontrarse al norte de una línea Macedonia-Tracia-Helesponto».

En las otras comarcas al norte de esta línea, Yugoslavia septentrional, Hungría,

Alemania central o meridional, Silesia y Prusia, no hay islas ni océano donde un pueblo de marineros hubiese podido prosperar.

Finalmente, ni España ni Italia pueden ser tenidas en cuenta; unos emigrantes cuyo objetivo era Egipto no habrían dado la vuelta por Macedonia, Asia Menor y Siria: atravesando el estrecho de Gibraltar, hubieran atacado al imperio de los faraones. Además —las excavaciones lo han probado—, los objetos abandonados por los atlantes en los países atravesados por ellos no proceden de Italia ni de España. Por fin, último punto, Italia no es ribereña del océano y España está situada no al norte, sino al oeste de Egipto y de Grecia.

En resumen, todas las interpretaciones relativas al origen de los pueblos hiperbóreos están en contradicción con una o diversas condiciones enumeradas; ninguna de estas tesis puede ser válida. La sola región geográfica que puede convenir es el litoral del Mar del Norte, o, dicho de otro modo, el conjunto de los territorios comprendidos en «el espacio nórdico», tal como los definen los prehistoriadores: norte de Hannover, Schleswig-Holstein, islas que lo bordean, península de Jutlandia, el sur de Suecia, incluidas las islas Gotland y Oeland.

3. PRUEBAS ARQUEOLÓGICAS DE LA PROCEDENCIA NÓRDICA DE LOS HIPERBÓREOS

Sabiendo que las inscripciones egipcias y el relato de Platón concuerdan sobre este punto: los hiperbóreos atlantes proceden de las «islas y de las porciones del continente ribereño del océano», veamos ahora si las excavaciones emprendidas para reconocer las huellas de la migración confirman estos datos.

En efecto, se encuentra con frecuencia en los cortes estratigráficos correspondientes a los escombros, en los países del este del Mediterráneo, la prueba de que la llegada de los hiperbóreos coincide con la introducción de técnicas y de formas desconocidas. Los bajorrelieves egipcios que nos informan sobre las características somáticas de los atlantes son, también en este caso, preciosos documentos.

Vamos, pues, a estudiar estos descubrimientos que dirán si los objetos descubiertos provienen o no del área nórdica.

Ya en 1870, examinando las cerámicas que, después de la destrucción de la civilización micénica, aparecen un poco por todas partes en el sudeste de Europa, el arqueólogo A. Conze observó que se asemejaban extrañamente a las utilizadas por los

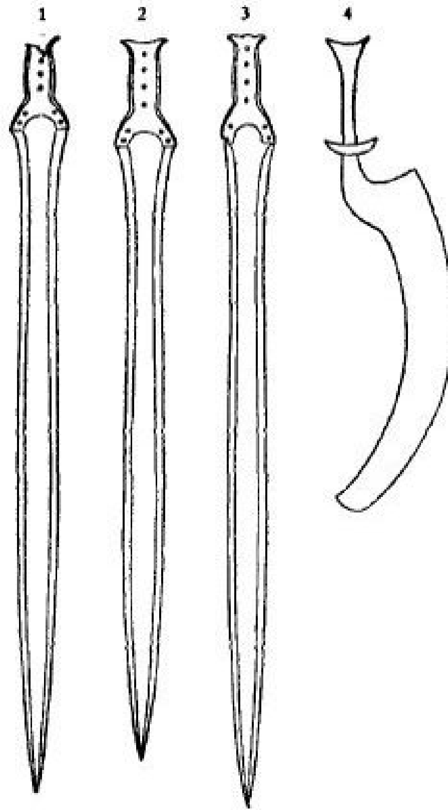
pueblos del norte de Europa. Después, según se ha afirmado repetidas veces, esta tesis no ha sido jamás refutada. Si estas cerámicas, llamadas «submicénicas» o «protomicénicas», son, por el acabado, superiores a las de los nórdicos (empleo del engobe, falsamente calificado de barniz, y utilización del torno del alfarero), o si ciertos motivos y caracteres recuerdan los de la cerámica micénica, es simplemente porque los alfareros aqueos continuaron trabajando para los nuevos amos.

Una vez más, en 1938, a la vista de las pruebas arqueológicas, Friedrich Wirth declaraba: «El origen nórdico (de los invasores) está demostrado más allá de toda esperanza: teniendo en cuenta la época en que las invasiones se produjeron, tiene aspecto de milagro».

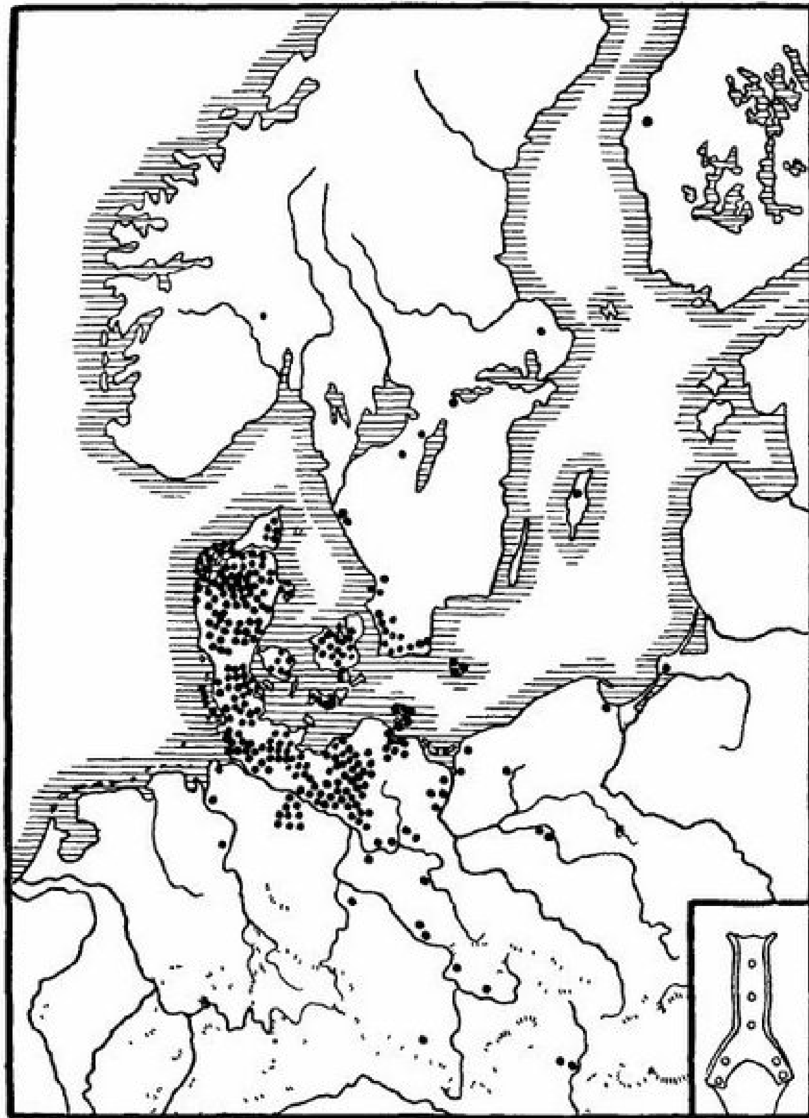
Un examen sucinto confirma la exactitud de esta constatación. En todas las capas de restos, residuos de incendios y de destrucciones, y en todas las sepulturas fechadas hacia 1200 a. C., se han descubierto, desde Grecia a Egipto, unas espadas de hoja plana y remaches, algunas puntas de lanza ennegrecidas y escudos con umbos; esas mismas armas figuran en los bajorrelieves egipcios que representan guerreros atlantes. Wiesner explica a este propósito: «Tienen la forma característica de las armas que datan de la gran migración», y el arqueólogo Neubert declara: «Estas armas estaban en las manos de los enemigos de Micenas». Hablando de las espadas de hoja plana encontradas en las capas de escombros en los países del este mediterráneo, Kossinna, prehistoriador alemán, escribe: «Igual hubieran podido descubrirse en Pomerania o en el Holstein». Behn cree igualmente que las «espadas de bronce de carácter nórdico desenterradas en Egipto pertenecían a mercenarios germánicos del ejército egipcio». Por último, el prehistoriador Schwantes, de Kiel, piensa que estas armas fueron importadas a Egipto desde el «área nórdica».

Sin embargo, el hecho de que aparezcan solamente en las capas de escombros fechadas hacia 1200 a. C., y en una época en que el ejército egipcio no empleaba mercenarios germánicos, prueba que las armas no fueron importadas por los mercenarios ni traídas por soldados a sueldo, sino más bien por guerreros nórdicos.

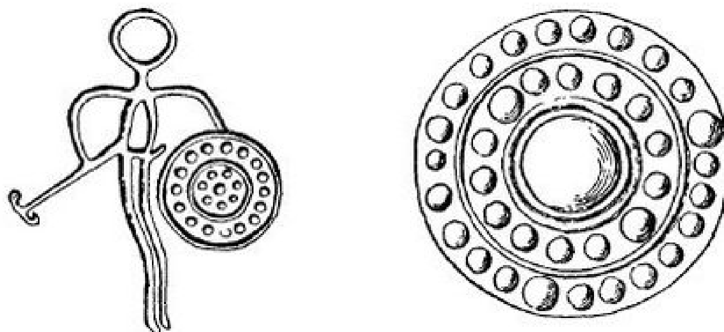
Como explica Sprockhoff, especialista en armas prehistóricas, la espada de hoja plana existía «en cantidades increíbles» en el área nórdica en el siglo XIII a. C. Según él, la dispersión de la espada con hoja plana, típicamente nórdica, prueba la importancia de la colonización germánica. Otros elementos esenciales para la cronología de la migración de los hiperbóreos son, por una parte, la presencia de espadas con hoja plana y con remaches en la capa de escombros de las regiones del oriente mediterráneo y de Egipto, y por otra, la falta de espadas. Teniendo en cuenta que las espadas con remaches no hicieron su aparición hasta la fase cuarta de la Edad de Bronce nórdico, época en que la fabricación de las espadas de un solo filo fue abandonada, la emigración parece está producida durante el período cuarto.



Espadas hiperbóreas de bronce (1, 2, 3) **y espada curva egipcia** (4). Estas espadas de empuñadura plana pueden fecharse alrededor del año 1200 a. C. La 1 procede de Schleswig-Holstein; la 2, de Micenas, y la 3, de Bubastis, en Egipto. La 4 corresponde a una espada egipcia de la misma época.



Hallazgos de espadas de bronce en Escandinavia. Área de dispersión de la espada de empuñadura plana nórdica hacia 1200 a. C. (Según Sprockhoff, *Die Germanischen Griffzungenschwerter*).



Representaciones de escudos nórdicos. Izquierda: grabado rupestre de Bohuslän (Suecia). Derecha: escudo redondo nórdico hallado en Wittenham (Suecia). (Según Sprockhoff, *Zur Handelsgeschichte der Germanischen Bronzezeit*).

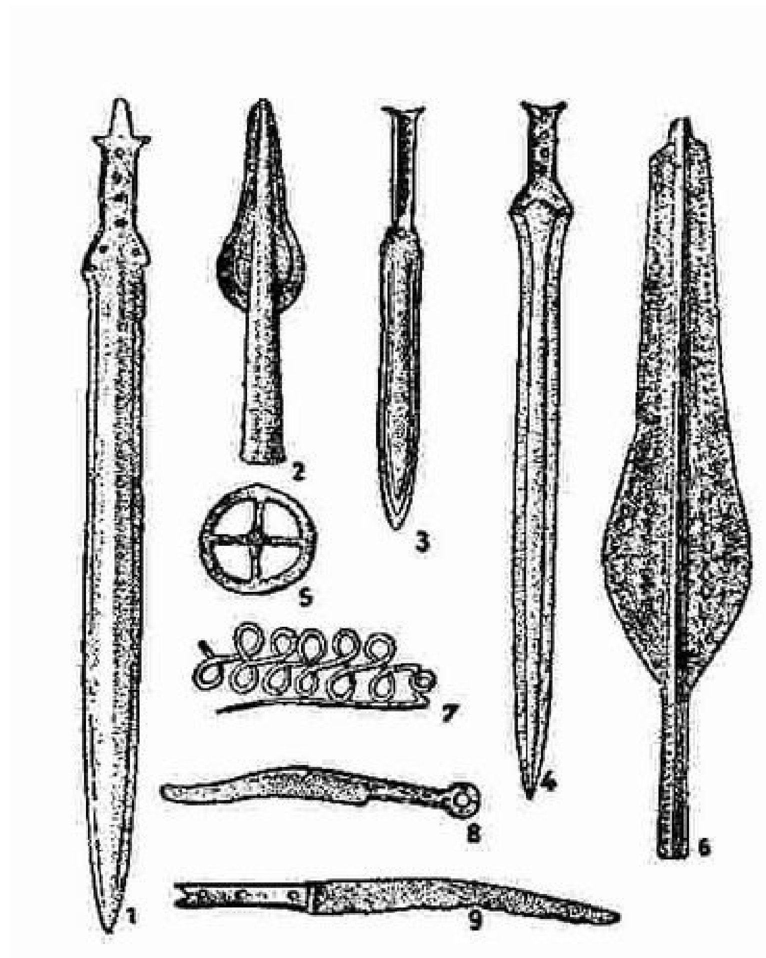
Esto vale igualmente para las puntas de lanza que se han encontrado con

frecuencia en las capas de escombros fechadas hacia 1200 a. C. de los países ribereños del Mediterráneo y que estaban extendidos por toda el área nórdica en el período cuarto de la Edad de Bronce. No sólo es absoluta la analogía entre puntas «nórdicas» y «mediterráneas», sino que se las podría creer salidas de un mismo taller. Ahí todavía, desde el punto de vista de la cronología, es importante que, en el espacio nórdico, se hayan encontrado numerosas puntas de lanza bruñidas en las capas estratigráficas correspondientes a los períodos primero y segundo; ausentes en las del período tercero, reaparecen bajo su antigua forma en las capas del período cuarto.

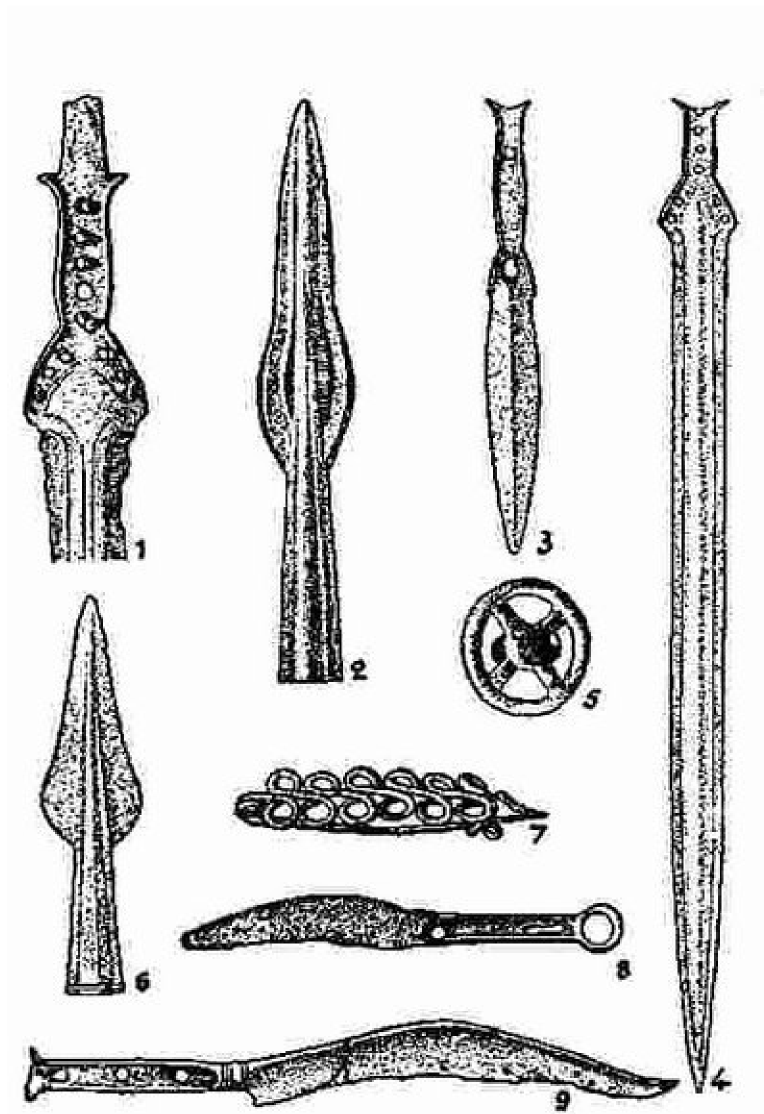
Lo mismo se puede decir del escudo redondo con umbo, extendido muy pronto, en la Edad del Bronce, en el espacio nórdico; es el que llevaban los hiperbóreos hasta que invadieron el sudeste de Europa y el Próximo Oriente. Por esta razón, el cuerno de Wismar, mostrando unos guerreros armados con lanzas y escudos redondos, dataría, según el prehistoriador sueco Worden, del final del período segundo. Se encuentran, por otra parte, en Escandinavia, unos grabados rupestres que también representan guerreros llevando escudos idénticos. Por último, se ha encontrado cierto número de ellos, en bronce, en el espacio nórdico.

En Grecia, por el contrario, en el período micénico los griegos se servían de un gran escudo fuertemente arqueado; como una armadura, protegía el cuerpo del guerrero. Los egipcios utilizaban (los bajorrelieves contemporáneos lo prueban) un escudo más alargado y convexo.

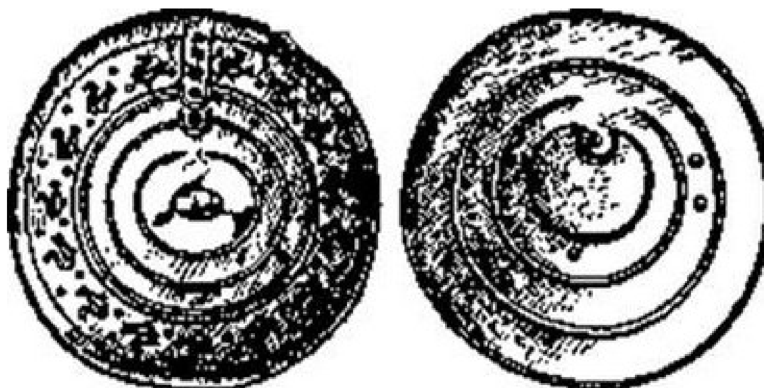
Además de las armas, la forma de los navíos construidos por los hiperbóreos en vistas a la invasión de Egipto constituye una prueba suplementaria de su origen nórdico.



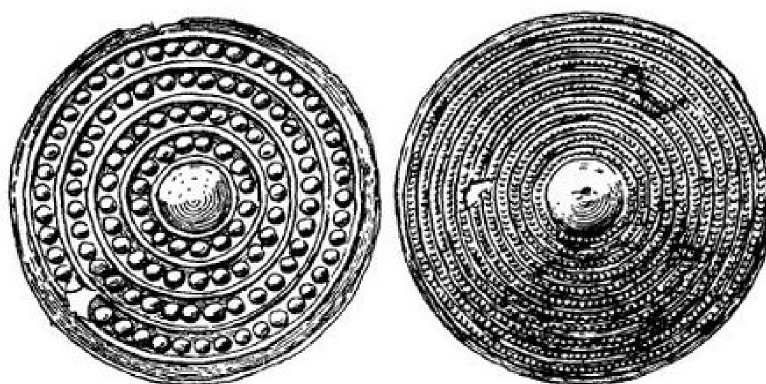
Armas halladas en el área de cultura micénica. (Según Sprockhoff, *Nordische Bronzezeit und frühes Griechentum*).



Armas halladas en el arca de cultura nórdica. (Según Sprockhoff. *Nordische Bronzezeit und frühes Griechentum*).



Escudos de bronce hallados en Escandinavia.



Escudos nórdicos de bronce.

Las embarcaciones que figuran en los bajorrelieves de Medinet-Habú eran desconocidas, hasta entonces, en el Mediterráneo; no tienen nada en común con las de los habitantes de las costas del «mar interior». Terminan por una proa y una popa levantadas en vertical, esculpidas en forma de cabeza de cisne o de dragón; el timón está a estribor, atrás, y, contrariamente a los usos mediterráneos, las velas, desguarnecidas de palo, pueden ser replegadas con la ayuda de cordajes especiales. Esta disposición permite largar o cargar rápidamente el velamen. Otras particularidades: la cubierta de proa y la de popa son alzadas, así como las falcas, para empujar las olas barriendo el puente y para proteger la tripulación. Finalmente, el mástil puede ser retirado y lleva una gavia en su parte superior. Éstas son algunas características navales desconocidas de los pueblos mediterráneos; más tarde los egipcios las tomaron de los hiperbóreos.

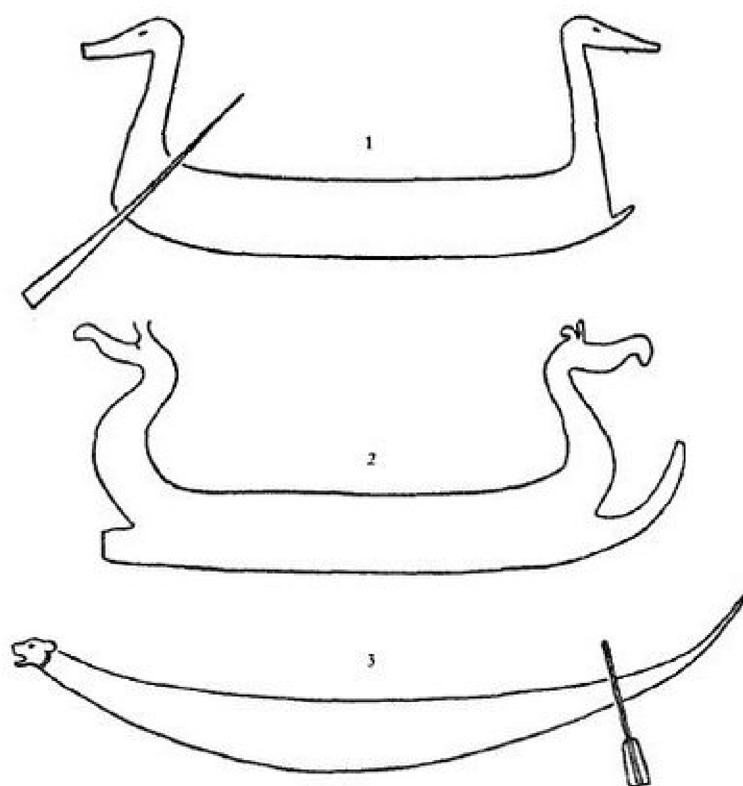
Pues, bien: en la Edad del Bronce, embarcaciones idénticas existían en el espacio nórdico: los grabados rupestres suecos lo atestiguan. La de Brandskogen muestra, por ejemplo, un navío que, arboladura aparte —no está dibujada—, se parece extraordinariamente a los de los hiperbóreos. Hablando de los barcos de los pueblos del norte, tales como los que figuran sobre los bajorrelieves egipcios, Herbig declara: «Evocan los *diakkais* de los vikingos, aunque les son anteriores en casi dos mil años». Siempre según Herbig, estos barcos «constituyen una anomalía en la cuenca oriental del Mediterráneo; parecen llegados de otro mundo».

De todas maneras, no se puede negar, cuando se conocían muy poco las cosas del mar, que estos barcos fueron admirablemente construidos y perfectamente manejables. Por otra parte, aún en nuestros tiempos, los veleros de pequeño tonelaje no están construidos de otro modo. La existencia de estos navíos y el hecho de que el ataque contra Egipto se hiciera por mar demostrarían que «los hiperbóreos fueron los mejores marinos de su tiempo».

Aparte de las armas y de los barcos, el vestido de los atlantes difiere del vestuario de los pueblos mediterráneos contemporáneos. Los bajorrelieves de Medinet-Habú los muestran llevando un peinado, la «corona de cañas» o el casco con cuernos. Herbig ve en esta corona «una característica propiamente iliria»; según él, los

filisteos, los jefes de la coalición atlante, procedían de Iliria. Esto constituye manifiestamente un error; las inscripciones contemporáneas precisan que los atlantes «vienen de las islas». Por una parte, en la región indicada por Herbig (Silesia y Alemania del este) no ha existido jamás un archipiélago; y por otra parte, los descubrimientos arqueológicos no prueban de ningún modo que hacia el 1200 a. C. los ilirios hayan invadido Grecia y Asia Menor. Finalmente, en la región iliria no se han encontrado jamás tocados análogos a los que se ven en los bajorrelieves de Medinet-Habú; existen, por el contrario, en los grabados rupestres nórdicos de la Edad del Bronce. ¿Quién sabe, incluso, si las «coronas con rayos» que llevan las siluetas grabadas sobre las navajas nórdicas no representan de hecho coronas de cañas?

Por último, los cascos con cuernos de los atlantes, representados en los bajorrelieves egipcios, eran desconocidos en la cuenca mediterránea; sin embargo, se encuentran en los grabados rupestres de la Edad del Bronce y en el área nórdica. Incluso algunos cascos intactos han sido descubiertos por los arqueólogos.



Naves hiperbóreas (1, 2) **y nave egipcia** (3). Tipos de embarcaciones del siglo XIII a. C. 1, embarcación hiperbórea de los relieves de Medinet-Habú; 2, embarcación hiperbórea de un grabado rupestre de Brandskogen (Suecia), y 3, embarcación de guerra egipcia, según los relieves de Medinet-Habú.

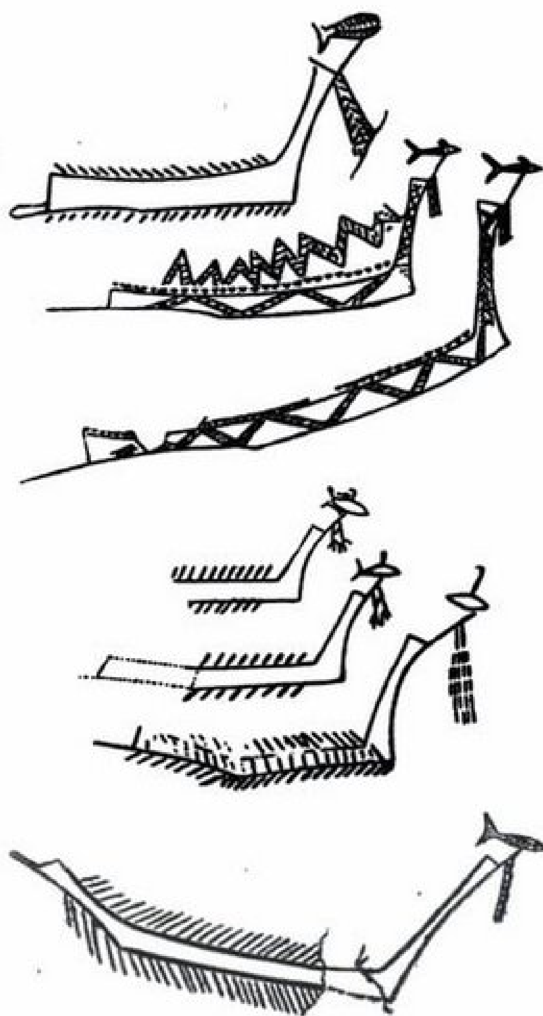
Ocurre lo mismo con la vestimenta de los hiperbóreos; la de los atlantes de Medinet-Habú es idéntica a la que llevaban, en aquella época, los habitantes del área nórdica. Era una especie de blusa que llegaba a las rodillas, sostenida por una faja adornada de franjas y sujeta por cinturón. Se han descubierto muchas en las

sepulturas nórdicas de la Edad del Bronce, semejantes a las de los bajorrelieves egipcios.

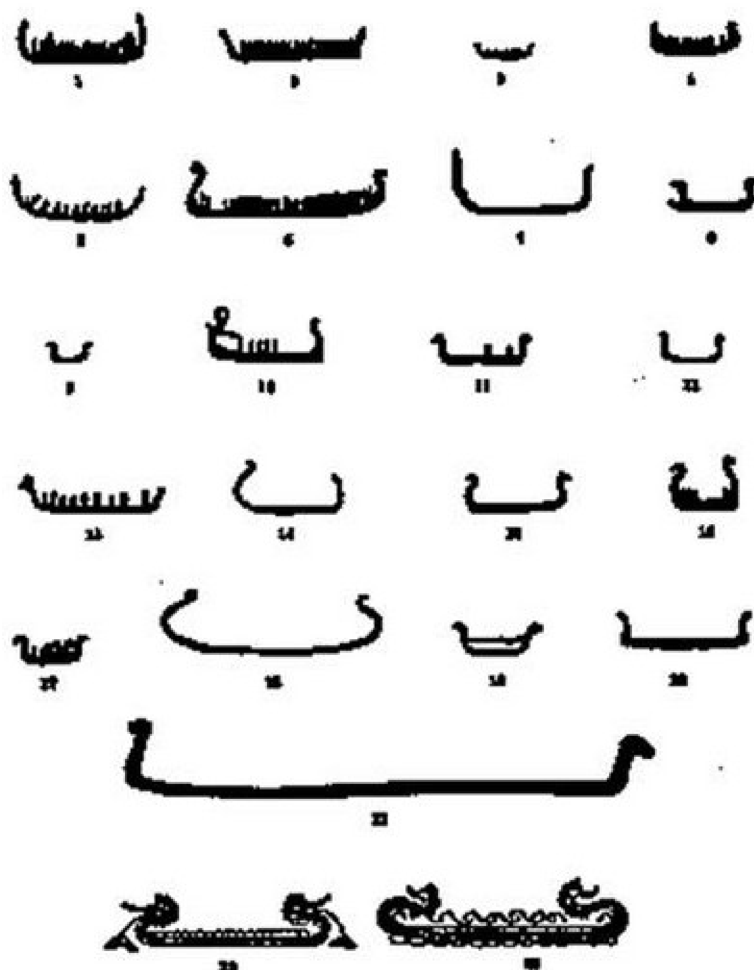
Además, en Medinet-Habú ciertos guerreros atlantes llevan un manto de una sola pieza que desciende casi a los tobillos; hasta ahora no se han encontrado más que en tumbas que datan de los siglos XV y XVI a. C., exhumadas en Jutlandia.

Schwantes califica estos vestidos de «creaciones únicas», de «obras maestras del arte del tejido». Según Schuchhardt, este manto llevado a Grecia por los invasores sería el antecesor de la clámide helena. Estaba cerrado por una fíbula que se utilizó en Grecia después de la invasión. A propósito de eso, el historiador Wiesner declara: «Nuevos estudios confirman las comprobaciones anteriores: el broche griego en forma de arco deriva de la fíbula nórdica con dos brazos». Veremos, por otra parte, que los atlantes llevaban efectivamente una blusa y un manto cerrado por un broche análogo.

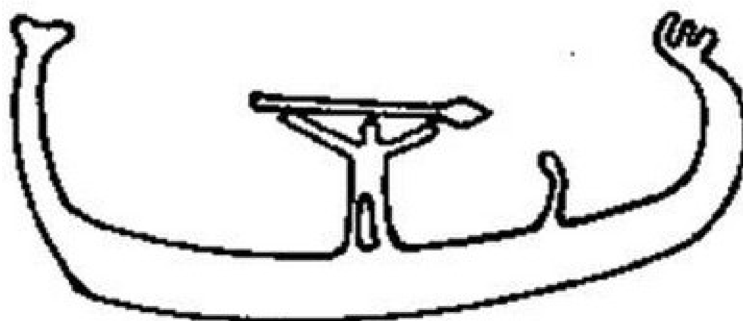
Además del vestido, el peinado es un elemento precioso para identificar y localizar la patria de los hiperbóreos.



Navíos de los «pueblos del mar». (Según Koster, *Das antike Seewesen*).



Representaciones de embarcaciones nórdicas. (Según Baltzer, *Schwedische Felszeichnungen*).



Esquema de una nave nórdica con un tripulante. (Grabado rupestre de Bohuslän, Suecia).

Los bajorrelieves de Medinet-Habú representan ciertos hiperbóreos con la cabeza adornada por una trenza a la altura de las sienes. Según Aelian, los reyes atlantes iban peinados de esta manera y la trenza era un signo de nobleza.

Si en la actualidad no se han encontrado todavía, en el área nórdica, cráneos llevando una trenza análoga, la presencia de numerosos peines en las sepulturas de hombres de la Edad del Bronce prueba que los hiperbóreos llevaban los cabellos

largos. Es, pues, muy posible que los tuvieran reunidos en trenzas. En 1947, cerca de Eckernforde (Schleswig-Holstein) se encontró en una turbera la cabeza de un hombre que había vivido en el siglo III o IV a. C.; sus cabellos estaban recogidos en moño sobre la sien.



Representaciones de jinetes nórdicos. (Según Baltzer, *Schwedische Felszeichnungen*).

Tácito cuenta que los suevos, habitantes del espacio nórdico en la época romana, tenían la costumbre de reunir sus cabellos en moño encima de la oreja; la expresión romana «nodus suebicus» no tiene otro origen. Numerosos grabados rupestres de la Edad del Hierro muestran también esta trenza lateral. Behn declara a propósito de esto: «Sin duda alguna, este peinado se remonta a tiempos más lejanos todavía». Por último, más cerca de nosotros, al comienzo de la Edad Media, las familias reales merovingias llevan la trenza como insignia característica de su elevado rango.

En los bajorrelieves egipcios, todos los guerreros hiperbóreos son imberbes; y

como lo atestiguan las máscaras de oro micénicas, los griegos del período anterior a la invasión llevaban barba. En cambio, en el área nórdica se encuentran algunas navajas en las tumbas del período segundo de la Edad del Bronce, y, en gran número, en las sepulturas de los períodos tercero y cuarto. ¿Es esto una confirmación de lo que indican los bajorrelieves egipcios?

La gran invasión parece igualmente haber trastornado los ritos funerarios e influido en la construcción de las necrópolis; se constata que desde entonces, en Asia Menor, en las islas del mar Egeo —particularmente en Creta—, y en menor grado en Grecia, los habitantes adoptan la incineración. El hecho es tanto más curioso si tenemos en cuenta que antes, de 1200 a. C., en las islas del archipiélago, en Siria, en Mesopotamia y en Asia Menor esta práctica era desconocida. De esta época data igualmente la aparición del túmulo en los países del Mediterráneo oriental; y este tipo de monumento funerario era corriente en el área nórdica. Del mismo modo, los hiperbóreos practicaban ya la incineración en el momento de su éxodo, es decir, al final de la Edad del Bronce.

Schuchhardt ha demostrado que la adaptación, por los griegos, de la fortificación (atrincheramiento, focos circulares) fue una consecuencia de la invasión de su país por los pueblos del norte. Para proteger los campos militares y las ciudades se levantaron obras en tierra reforzadas por empalizadas. Según Schuchhardt, esta clase de obras eran corrientes en la Germania prehistórica. Veremos más tarde que la capital de los atlantes, Basileia, estaba protegida por unos diques y fosos. El arqueólogo holandés Van Giffen ha demostrado igualmente, excavando unos túmulos de la Edad del Bronce, que la fortificación en tierra reforzada por empalizadas estaba generalizada en Germania, en esta época. En la parte superior de los muros de tierra se ven las cavidades dejadas por las estacas; algunas existen todavía.

Mencionemos igualmente una costumbre introducida en Grecia por la gran invasión. Desde entonces, los jinetes llevan en la grupa soldados ligeramente armados que saltan a tierra y protegen al jinete durante el combate: estos infantes son designados con el término «amippoi».

Pues bien; según Platón, los atlantes conocían este uso, adoptado más tarde por los germanos.

Es igualmente cierto que los hiperbóreos han introducido el hierro en el sudeste de Europa y en Asia Menor. Dedicaremos más tarde un capítulo entero a esta cuestión.

Así, cuando Platón narra que antes de su migración los atlantes conocían ya el hierro, esta precisión está históricamente fundada.

Del mismo modo, el aspecto bajo el cual los bajorrelieves egipcios representan a los hiperbóreos atestigua el origen nórdico de los atlantes. Herbig escribe, a propósito de esto: «Todo el mundo se complace en reconocer las dotes de observación de los artistas egipcios y su aptitud en captar los caracteres somáticos de sus modelos; es evidente que, si representaron a los filisteos con una apariencia típicamente nórdica:

estatura alta, cuerpo esbelto, cráneo alargado, nariz recta, frente alta, no es fruto de la casualidad». En otro pasaje, Herbig habla «del tipo nórdico de los filisteos». Finalmente, Schachermeyr declara: «La estatura y los caracteres somáticos de los filisteos, tal como aparecen en los bajorrelieves y tal como resaltan de las descripciones del Antiguo Testamento, son propios de una raza europea de tipo nórdico».

Todas estas pruebas: vestigios descubiertos en las capas estratigráficas, esculturas representadas en los bajorrelieves egipcios, revolución en las costumbres y el vestido de los pueblos sometidos, atestiguan el origen nórdico de los invasores.

La hipótesis de Milojcic según la cual estos pueblos no habían llegado a regiones situadas al norte del Danubio porque los habitantes de estas regiones poseían las espadas de un solo filo, desconocidas en los países meridionales, está, pues, desprovista de fundamento; en efecto, en la época cuarta de la Edad del Bronce —la de la gran migración—, estas espadas no se encuentran en el espacio nórdico ni en los países invadidos. En el primero, estaban ya remplazadas por las espadas con remaches. El argumento de Milojcic no anula, pues, el origen nórdico de los invasores; prueba solamente que la migración tuvo lugar durante el período cuarto de la Edad del Bronce.

4. PRUEBAS ARQUEOLÓGICAS DE LA MIGRACIÓN DE LOS HIPERBÓREOS

¿Está probado que una parte importante de la población nórdica haya emigrado y se puede admitir que se produjese una migración?

Antes de estudiar la cuestión, reconozcamos, con Schwantes, que «probar la realidad de inmigraciones o de emigraciones por certezas arqueológicas no es tan simple como podría parecer de buenas a primeras». Wolff es del mismo parecer: «Es sintomático que los movimientos de población que han tenido lugar en épocas sobre las cuales poseemos informes de textos contemporáneos sean incomprobables».

Ahora bien, el hecho de que el éxodo de los habitantes del espacio nórdico (finales del siglo XIII a. C.) esté atestiguado por los descubrimientos arqueológicos muestra bien la amplitud de la migración hiperbórea y la importancia de los trastornos que provocó.

En varias ocasiones, en el capítulo anterior, hemos hablado de su paso a través de Europa y Asia Menor, hasta Egipto: presencia de espadas con remaches, de puntas de

lanza, de cascos con cuernos, armas ofensivas y defensivas que aparecen en el área nórdica en el período cuarto de la Edad del Bronce, falta de armas del período tercero (espadas de un solo filo). El hacha de guerra nórdica, por ejemplo, común en el período tercero, había sido abandonada por los hiperbóreos en el período cuarto. Ésta es la prueba que la migración hiperbórea comenzó a finales de la Edad del Bronce. Principió poco antes del año 1200 a. C. Antes se había situado en 1250 e incluso en 1300.

El descubrimiento, en Egipto, de una espada con espiga plana cuya hoja lleva, grabada, la inscripción «Sethi II», idéntica a las espadas encontradas en el espacio nórdico, fue el elemento determinante de esta datación. Desgraciadamente, la empuñadura está demasiado deteriorada para que sea posible precisar si el arma se remonta a los períodos tercero o cuarto de la Edad del Bronce. Asimismo, se ignora si esta espada llegó a Egipto al comienzo o al final de una «época estilística», de la cual, además, no conocemos la duración. Para poder delimitar los diferentes períodos de la Edad del Bronce germánica, sería preciso primero resolver los problemas que plantea el descubrimiento de esta espada, llamada de Sethi II. A falta de precisiones, se supone que remontaría al período tercero; habría sido llevada a Egipto a mediados de una época estilística que se cree había durado doscientos años. La fijación del período tercero entre 1300 y 1150 a. C. es aproximada[2].

En cambio, disponemos de elementos seguros para situar el período de transición entre los períodos tercero y cuarto de la Edad del Bronce. En las capas de los restos que remontan al 1200 a. C. se encuentran, en Grecia y en Egipto, objetos característicos del período cuarto de la Edad del Bronce nórdica, pero, por el contrario, los del período segundo faltan totalmente; ésta es, pues, la prueba de que, en el área nórdica, el período cuarto empezó un poco antes del 1200 a. C.

Parece que el período cuarto empezó en el último cuarto del siglo XIII. He aquí por qué.

Las inscripciones egipcias, el relato de Platón y los descubrimientos arqueológicos demuestran que la invasión del sudeste mediterráneo fue una empresa coherente, ejecutada por una fuerza perfectamente organizada, como declara el historiador Vitalis. Esto es, por otra parte, lo que prueban los bajorrelieves de Medinet-Habú: los enemigos de los egipcios llevan todos la misma espada, dos lanzas para la inmensa mayoría, la misma blusa, el casco o la corona de cañas. De ahí a suponer que el armamento y vestido de los atlantes había sido unificado en previsión de la campaña militar no hay más que un paso. Las armas adornadas del período tercero han desaparecido; espadas, cascos y escudos menos decorativos, pero mucho más eficaces, las han sustituido.

Ya en este tiempo, para conquistar el mundo —tal es el proyecto que atribuyen a los hiperbóreos las inscripciones egipcias— era necesario un armamento considerable y homogéneo. El abandono de las armas del período tercero (espadas con remaches, escudos redondos, cascos con cuernos, utilización de la lanza) se remonta, al parecer,

a fines del siglo XIII a. C., y todo lleva a creer que el éxito de los hiperbóreos tuvo lugar al comienzo del período cuarto de la Edad del Bronce. Por lo demás, los descubrimientos arqueológicos lo confirman.

El protohistoriador H. Hoffmann, especialista en las cuestiones referentes a la historia del Schleswig-Holstein, ha hecho notar que, después del comienzo del cuarto período, los «depósitos» aumentan en el área nórdica. Por «depósitos», Hoffmann y numerosos arqueólogos entienden «los escondrijos» donde los inmigrantes esconden los objetos demasiado pesados para ser llevados o que ofrecían a los dioses. O. Paret cree, también, que el «gran número de depósitos» de fines del siglo XII a. C., encontrados entre el mar del Norte y el Mediterráneo, jalonan la ruta seguida por los hiperbóreos en el curso de su migración.

Paret escribe a este propósito: «Obligados por los cataclismos climáticos a abandonar su país y acosados por el hambre, los hiperbóreos abandonaron los objetos y los utensilios de metal que habían utilizado; los enterraron para poder huir con más rapidez. La amplia dispersión de los depósitos parece indicar que los escondrijos fueron preparados a lo largo de los caminos del éxodo y, en menor medida, en el borde de las rutas comerciales».

Según Hoffmann, la existencia de estos «escondrijos» en el área nórdica probaría:

1. Que la migración comenzó en el norte de Europa.
2. Que se extendió a todo el espacio nórdico en el período cuarto de la Edad del Bronce.
3. Que el éxodo se hizo del norte hacia el sur. En esta época los túmulos funerarios —prueba de la existencia de una población sedentaria— son más escasos en Jutlandia septentrional e islas danesas; en cambio, los depósitos se multiplican.
4. Las regiones con túmulos (comarcas habitadas) y las regiones con escondrijos (regiones atravesadas por los emigrantes) no se confunden nunca. Hoffmann cree: «Los emigrantes evitan las regiones pobladas para no exponerse a conflictos inútiles». Esta circunstancia y el hecho de que, más tarde, sobre la ruta del éxodo, no satisfechos con evitar las ocasiones de choques, los hiperbóreos los provocaban, constituye la prueba de que mantenían relaciones cordiales con los nórdicos; y, de hecho, no rodearon más que las comarcas situadas al norte del Elba. Las inscripciones egipcias y el relato de Platón confirman, por otra parte, la alianza de los hiperbóreos y de los otros pueblos de raza nórdica.
5. Hoffmann ve en las perturbaciones climáticas la causa del éxodo forzado o voluntario de los hiperbóreos; los textos egipcios y Platón no dicen otra cosa.

Descendiendo hacia el sur, los hiperbóreos remontan el curso del Elba y luego, siguiendo el Danubio hacia abajo, arrojan a los ilirios de su territorio: curso medio y superior del Elba. Kuzleb explica a este propósito: «Existen numerosas pruebas de que, antaño, unos invasores llegados del norte empujaron a los ilirios, que, al parecer, huyeron». Arrastrada por los hiperbóreos, una fracción de los ilirios abandonó quizá su patria; sin embargo, ningún descubrimiento arqueológico prueba que en esta época los ilirios se instalaran en el sudeste de Europa. Se dirigieron a los Alpes orientales y luego, de allí, hacia la Apulia y Venecia.

Muchos sabios han emitido la hipótesis siguiente: «Los ilirios, jefes de la "gran migración", habrían desempeñado un papel de primera importancia en la conquista de Grecia y en la destrucción de la civilización micénica». Se olvida únicamente que los ilirios eran ellos mismos fugitivos; emigraban a causa de la amenaza. Hasta dos o tres siglos más tarde no penetraron en Grecia. Así queda refutada la tesis de Herbig, que pretendía que los pueblos del norte eran de origen ilirio.

Hacia finales del siglo XIII a. C., atravesando Silesia, Bohemia y Moravia, los hiperbóreos descienden a la llanura húngara; todo conduce a creer que vivieron cierto tiempo en ella y que habían abandonado una parte relativamente importante de sus efectivos. En efecto, se han descubierto en Hungría numerosos «depósitos» conteniendo armas y objetos idénticos a los que se han encontrado en el espacio nórdico.

Continuando su marcha, los hiperbóreos siguen el curso del Danubio; una parte de los emigrantes franquea el Bósforo y pasa a Asia Menor, otra se desvía hacia Grecia, el Peloponeso y Creta. Esta ruta está jalonada con numerosos escondrijos y sepulturas; en todos se han encontrado las armas características del período cuarto de la Edad del Bronce nórdica: espada de hoja plana, de remaches y puntas de lanza.

En resumen, el estudio de la prehistoria prueba de manera indudable que una importante fracción de la población del área nórdica emigró hacia el sur al final de la Edad del Bronce, época en que el hierro apareció en Europa. El hallazgo de centenares de «depósitos» y objetos de origen nórdico en las orillas del Elba, del Danubio, en Hungría, Grecia, Creta, Asia Menor, Siria y Egipto atestigua que las precisiones de Platón corresponden a los hechos.

5. LOS NOMBRES DE LOS PUEBLOS INVASORES

Las inscripciones egipcias mencionan los nombres de los diversos pueblos y

tribus que formaban parte de la coalición atlante: éstos son los Phrst, los Sakar y los Denen. En su *Real-Enzyklopädie*, Hitzig constata: «Los textos egipcios dan a los Phrst y a los pueblos que invadieron Siria sus verdaderos nombres indígenas». Bilabel, por su parte, estima que «estos nombres constituyen importantes indicios históricos». Nada es más verdadero; gracias a eso, podemos identificar los pueblos que designan, son los que se establecieron en los países del oriente mediterráneo.

En primer lugar, los textos egipcios mencionan los Phrst, nombre que se pronuncia «Peleset», «Pherest» o «Pulasati», pues se ignora todavía la verdadera pronunciación de los jeroglíficos. Estos Phrst desempeñaron un papel determinante en la tentativa de invasión de Egipto en los siglos posteriores.

Circunstancia rarísima: los arqueólogos y los historiadores que han estudiado los sucesos de la época están de acuerdo en reconocer que los Phrst y los filisteos de la Sagrada Escritura no eran más que un solo y el mismo pueblo. Llamaremos, pues, «filisteos» al pueblo jefe de la coalición atlante, sin preocuparnos de saber si la pronunciación semítica del término «Phrst» es o no la buena.

Como lo indica el Antiguo Testamento (*Jeremías*, 47, 4): «Pues el Padre Eterno va a destruir a los filisteos, los restos de la isla de Caphtor», los filisteos provienen de las «islas». Del mismo modo, los textos egipcios precisan que las islas de los filisteos —en el norte— «fueron hundidas por la tempestad»; «su país ya no existe»; «su capital ha sido destruida», nos dicen.

Según Schachermeyr, los filisteos «habían fundado en Creta un importante imperio marítimo: poseían el segundo punto de apoyo en las costas de Palestina». Luego, dominaron toda la parte oriental del Mediterráneo, hasta el punto que este mar recibió el nombre de «mar de los filisteos» (Éxodo, XXIII, 31).

Sobre el litoral arenoso, llano, pobre en fondeaderos, los filisteos construyeron excelentes puertos artificiales; hasta entonces la navegación había sido casi inexistente.

Esto explica el desarrollo de ciudades tales como Gaza, Ascalón, Asdod, Jamnia, Dor, Achsip y Biblos, que formaban una federación de ciudades libres análoga a la liga hanseática de la Edad Media.

Ascalón, «la prometida de Siria», eclipsó pronto a sus aliadas. Allí residía el rey de los filisteos, que llevaba el título de «Soberano de Ascalón». El vocablo «Ascalón» no es de origen semítico; se trata verosímilmente de un vocablo filisteo y, por lo tanto, nórdico.

La importante influencia de los filisteos en el Medio Oriente es considerable. Eran los primeros en saber forjar y trabajar el hierro. En su país se han descubierto las más viejas fundiciones conocidas. El Antiguo Testamento (*Samuel*, 1.1, XIII, 19 y ss.) precisa que los filisteos poseían una especie de monopolio de la fabricación de los objetos de hierro y que conocían el arte de transformarlo en acero, pero conservaban secretos sus procedimientos.

Los libros del Antiguo Testamento recuerdan la historia de los combates librados

por el pueblo de Israel contra los filisteos; la amenaza que hacían pesar sobre los hebreos fue la razón del establecimiento de la realeza y de la creación del Estado judío.

Al mismo tiempo que mencionan a los Phrst, las inscripciones egipcias hablan de otro pueblo: los «Sakar», que el egiptólogo Grapow escribe «Zeker», E. Meyer, el célebre historiador, «Zakari», y Schachermeyr, «Takara».

Junto a los filisteos, los sakar participaron por mar y por tierra en el ataque contra Egipto; del mismo modo que sus aliados, los sakar eran gentes de mar. En los bajorrelieves de Medinet-Habú ningún detalle de la indumentaria permite distinguirlos de sus hermanos de armas.

Una casualidad extraordinaria ha hecho que un papiro datado del año 1095 a. C. se haya conservado. Se trata del papiro Golenischeff, llamado también papiro Uen-Amun, titulado «Relación del viaje emprendido por Uen-Amun del templo de Amón (en Karnak) para encontrar la madera necesaria en la construcción de la barca de Amón-Ra, rey de los dioses». Este texto nos dice que los sakar estaban gobernados por un rey Bender; residente en Dor, reinaba sobre el litoral vecino. El mismo papiro menciona que Bender había dado muestras de cortesía y amabilidad para con Uen-Amun, a quien la huida de uno de sus marineros con el dinero había colocado en una penosa situación, y que los sakar poseían una flota importante. Entre otras cosas, dice: «Once navíos sakar vinieron a anclar al mismo tiempo en el puerto de Biblos». Parece por esto que los sakar disponían de otras factorías en las costas del Mediterráneo oriental.

En cambio, en ninguna parte el Antiguo Testamento alude a los sakar; sin duda, los israelitas no hicieron diferencia alguna entre ellos y los filisteos. Para ellos, Phrst y Sakar no formaban más que un mismo pueblo.

Fundándose en una vaga analogía entre las palabras «Sakar» y «Zakro», pueblo de la costa oriental de Creta, Flinders Petrie dedujo que los sakar serían originarios de Creta. Schachermeyr se levanta contra esta interpretación y declara: «Me opongo a ello, por cuanto este método pone al descubierto el empirismo más condenable».

Otra tesis, debida al profesor Dehn, de la Universidad de Marburg, es de igual modo inaceptable. Según él, los filisteos, «los restos de la isla de Caphtor» (este nombre presenta cierto parecido con el de «Kefti», que designa Creta, que aparecía en Egipto bajo la dinastía XVIII —1580-1350 a. C.—, eran originarios de Creta. Pues bien, en el Antiguo Testamento, la isla de los filisteos lleva el nombre de «Ai Kaphthor», que significa islas de las columnas del cielo; se trata de una alusión del culto rendido a las columnas celestes. Kefti y Kaphthor no tienen seguramente nada de común. Además la inscripción de Canope compara los «kephtis» a los fenicios, que vivían no en Creta sino en la costa de Siria. El método denunciado por Schachermeyr, que consiste en identificar los pueblos mediante simples semejanzas fonéticas, es erróneo.

El tercer pueblo al cual hacen alusión las inscripciones egipcias es el de los

«Denen». Grapow escribe «Denen», E. Meyer, «Danauna», y Schachermeyr, «Denjen». Son, sin embargo, nombrados al mismo tiempo que los filisteos y llamados «los Denen originarios de las islas».

Aplicando el método que gustaba a Flinders Petrie se ha intentado identificarlos con los argivos. La tradición griega nos enseña que los argivos habitaban la Argólida, comarca del Peloponeso, región devastada por los invasores nórdicos. Schachermeyr escribe, a propósito de los denen-argivos, «que, ignorando la navegación, los bárbaros obligaron a los argivos a subir a sus barcos y a luchar contra los egipcios; no hay otra explicación posible».

Esta tesis no es defendible desde ningún punto de vista. Como ya hemos visto, los filisteos y sus aliados no ignoraban ninguna de las reglas de la navegación, y se contaban incluso entre los mejores marinos de la época. ¿Para qué habrían obligado a los habitantes de los países sometidos por ellos a gobernar sus barcos? Eran perfectamente capaces de construirlos y dirigirlos ellos mismos. Además, ningún bajorrelieve egipcio muestra a los argivos «combatiendo a pesar suyo»; los hombres de la tripulación de los navíos asaltantes llevan las mismas armas, el mismo vestido y el mismo peinado, casco o corona de cañas, que los guerreros del ejército invasor. Finalmente, la Argólida estaba habitada por los argivos desde 1400 a. C., mientras que los denen y sus aliados aparecen solamente en 1200 a. C. en el Peloponeso.

En resumen, parece cierto que los denen, los sakar y los filisteos tenían un origen común: el área nórdica.

Los sekelesa, los sardana y los vasasa, que las inscripciones egipcias mencionan como aliados de los hiperbóreos, al parecer no eran más que vasallos. Antes de la invasión, algunos servían ya como mercenarios en Egipto; en 1200 a. C. otros lucharon contra los hiperbóreos al lado de las tropas de Ramsés III.

Es verosímil —pero esto no es más que una suposición— que «sardana» designase a los sardos; «vasasa», a los habitantes de otras islas del Mediterráneo (¿Baleares?), y «sekelesa», a los sicilianos.

De todas formas, el hecho de que una parte de los sardana, de los vasasa y de los sekelesa combatiese con los hiperbóreos y otra contra ellos confirma los datos de Platón: los atlantes habían sometido los países ribereños del mar Tirreno, incorporando sus habitantes varones a la armada que se preparaba para invadir Egipto (*Timeo*, 25). Admitiendo que hubiese en la armada atlante combatientes a pesar de ellos, éstos no eran los denen, sino los sardana o los sekelesa.

6. CONCLUSIÓN

He aquí el resultado de las investigaciones a las cuales nos hemos dedicado: el relato de Platón, los textos egipcios y los papiros confirman el origen nórdico de los atlantes-hiperbóreos.

Además, los descubrimientos arqueológicos prueban que las precisiones suministradas por los bajorrelieves egipcios sobre la procedencia nórdica de los atlantes-hiperbóreos descansan sobre hechos concretos. Hubo, a fines del siglo XIII a. C., una gran invasión del sudeste europeo en la cual tomaron parte pueblos nórdicos.

Es, pues, en el área nórdica donde es preciso buscar el emplazamiento de la gran isla, residencia de los soberanos y centro del imperio atlante, «Basileia», la primera de las ciudades.

II. EL EMPLAZAMIENTO DE «BASILEIA»

Para situar la isla real, he aquí de qué elementos disponemos actualmente:

1. En las cercanías de Basileia se encontraba un territorio (*topos*) que «dominaba el mar desde un escarpado». Esta isla se componía de rocas de color blanco, negro y rojo (*Critias*, 116) que los atlantes «sacaban de debajo de la periferia de la isla central y debajo de los recintos, en el exterior y en el interior» (*Critias*, 116).
2. Basileia se encontraba entre esta isla rocosa y el continente; un estrecho brazo de mar la separaba de éste. La isla real tenía un diámetro de cincuenta estadios (9200 metros) y formaba una llanura extraordinariamente fértil, rodeada de colinas bajas que se prolongaban hasta el mar (*Critias*, 118). En el centro de la isla, «distante de su centro unos cincuenta estadios, había una montaña por todas partes de aspecto mediocre» (*Critias*, 113) sobre la cual se elevaban el Palacio Real y el Templo de Poseidón.
3. Después del hundimiento de Basileia, todo el territorio que la rodeaba fue transformado en un mar de limo que, como dice Platón, «es hoy todavía difícil e inexplotable» (*Timeo*, 25). En *Critias* (108) explica: «Hoy, que ha sido sumergida por temblores de tierra, no queda más que un fondo limoso infranqueable, obstáculo difícil para los navegantes que cruzan de aquí al gran mar».
4. Sobre la isla real se encuentra «el oricalco en numerosos lugares» (*Critias*, 114).
5. Se sacaban igualmente «metales duros y maleables» (*Critias*, 114).

1. LA ISLA ROCOSA SITUADA DELANTE DE BASILEIA

En el mar del Norte no existe más que una sola isla «elevada y dominando el mar desde los acantilados» (*Critias*, 118) y hecha de rocas de color blanco, negro y rojo: Heligoland.

Las rocas rojas subsisten todavía; en cuanto a las otras, las blancas (yeso, creta y caliza) se encontraban en el emplazamiento de la «Düne» actual. Forman el zócalo de este bajo fondo. En la época histórica estaban al mismo nivel que las de Heligoland, se extendían, como lo indican los mapas marinos, en semicírculo alrededor del fondeadero sur y se prolongaban hacia el norte. Del mismo modo, la roca negra aparecía, a corta profundidad, en la prolongación septentrional de la «Düne»; se trata de piedra fuertemente cuprífera a la que la oxidación da un aspecto azul oscuro y negro. El mar, que alcanzó Heligoland hacia el año 5000 a. C., y el hombre, se aliaron para hacer desaparecer el yeso y la creta de que está formada la isla. Hace 230 años, estos materiales procedentes de Heligoland eran aún utilizados y no era raro ver 200 barcos amarrados en el fondeadero sur cargando la caliza y el yeso. Fue entonces cuando una fuerte marejada se tragó los últimos vestigios del macizo calcáreo. La expresión *wittes kliff* de los marinos de Heligoland perpetúa el recuerdo de estas rocas blancas.

2. LA ACRÓPOLIS DE BASILEIA

Según Platón, la isla centro del imperio atlante se encontraba entre una isla rocosa —Heligoland, que acabamos de describir— y el litoral. A propósito de Basileia, Platón precisa:

> Cerca del mar, pero en lo alto del centro de la isla entera, había una llanura, la más bella, se dice, de todas las llanuras y la más fértil. Y, próximo a la llanura, y distante de su centro aproximadamente 50 estadios, había una montaña por todas partes de altura mediocre (*Critias*, 113).

Allí se encontraba el castillo del rey, al que la isla debía su nombre, y el templo elevado a Poseidón. Edificios y murallas estaban construidos con las piedras rojas, blancas y negras, extraídas por los atlantes de la isla vecina que les servía de cantera (*Critias*, 115-116).

De hecho, a 9250 metros (cincuenta estadios) de Heligoland, entre la isla y la tierra, una colina submarina se eleva a ocho metros por encima del fondo. Cubierta de grandes piedras, los marinos la han bautizado con el nombre de «el fondo rocoso». Una vieja leyenda quiere que antiguamente hubiese sostenido un templo y un *oppidum*; sería, pues, allí donde los atlantes habrían construido el templo de Poseidón y el palacio de sus reyes. Si, por otra parte, nos fijamos en los informes de Platón (distancia de cincuenta estadios separando la colina del mar), esta isla debía tener un diámetro de 18 500 metros (cien estadios).

Ahora hay que plantearse la cuestión: ¿Es aquí dónde se encontraban Basileia, el castillo y el templo de Poseidón? Y, si es así, la isla ¿existía aún en el año 1200 a. C.?

En 350 a. C., Piteas, rico comerciante de Marsella, salió a explorar los países ribereños del mar del Norte. Llegó a las costas de Schleswig-Holstein, donde el mar es poco profundo, y, según Estrabón (Vol. IV, cap. CIV), Piteas vio Basileia. Es infinitamente deplorable que la relación del viaje de Piteas se haya perdido; pero, felizmente, algunos escritores posteriores han citado las indicaciones suministradas por Piteas.

Por eso es posible reconstituir parcialmente su relato. Diodoro de Sicilia (V, cap. XXIII) relata, refiriéndose a Piteas, que frente a la Escitia (por Escitia, Diodoro entiende Germania) se encuentra, en el océano, una isla que lleva el nombre de Basileia: «Las olas arrojan sobre sus orillas el ámbar, como no ocurre en ninguna otra parte». Diodoro cuenta la leyenda de Faetón y habla de las lágrimas derramadas por sus hermanas; transformadas en gotas de ámbar, las aguas del Erídano las arrastran hacia las costas de Basileia. Basileia estaba, pues, situada en la proximidad de la desembocadura del Erídano, en el país del ámbar.

Poco importa, como ya hemos dicho, que el Erídano sea el Eider o el Elba, puesto que estos ríos desembocan, uno y otro, en el mismo mar del cual hablan Piteas y Diodoro. Sin embargo, el hecho de que el Eider, contrariamente al Elba, acarree trozos de ámbar y que, actualmente, se encuentren con frecuencia trozos de este material en Eiderstedt, en la desembocadura del Eider, hace verosímil la tesis de Nilsson y de Schilling de que el Erídano y el Eider son el mismo río.

Por simples razones geológicas, Heligoland, bloque de yeso y caliza, no puede contener ámbar. Basileia se encontraba, pues, entre esta isla y la desembocadura del Eider.

El geólogo Wasmund, de Kiel, Hennig y el arqueólogo Delff, han llegado a la misma conclusión. Esta situación es igualmente confirmada por Plinio, que precisa que la isla de Basileia (Piteas la llamaba también «Abalus») estaba situada «a un día de viaje de la costa de Germania, en el mar del Norte».

La Basileia de Platón y la de Piteas, de Diodoro y de Plinio son idénticas: el mismo nombre, igual emplazamiento. Sin embargo, según Platón, la isla real de los atlantes había desaparecido, hundida en las olas, en 1200 a. C., después de terremotos y de inundaciones catastróficas.

¿Cómo, si es así, Piteas la habría visto 400 años antes de nuestra Era?

Los estudios efectuados sobre las orillas del mar del Norte demuestran que las «variaciones cíclicas del nivel de los mares fueron la causa principal del desplazamiento del litoral en el período posglaciar». El nivel de los mares es función del volumen del agua suministrada por las zonas de glaciación terrestre; una elevación de la temperatura acelera el proceso de fundición y provoca la elevación del nivel de los mares (fase transgresiva); por el contrario, un enfriamiento determina un descenso (fase regresiva). A propósito de esto, el oceanógrafo Schott, de Kiel,

dice: «Si las hipótesis relativas a las variaciones eustáticas son justas, los cambios de clima, en la época de regresión de los glaciares, provocaron un descenso del nivel de los mares, y los que acaecieron en período de trasgresión, su elevación. El descenso de temperatura que afectó a los hemisferios septentrional y austral (la Tierra de Fuego en particular) al final de la Edad del Bronce y sobre todo durante la Edad del Hierro, tuvo por corolario un descenso del nivel de los mares y de los océanos».

En otras palabras, al final de la Edad del Bronce —período cálido que coincide con la aparición de un calor tórrido— los glaciares se retiraron, los mares interiores se secaron y los océanos alcanzaron su nivel máximo; al contrario, en la Edad del Hierro, período caracterizado por un descenso de la temperatura, se produjo una regresión generalizada. Fundándose sobre los análisis de polen a los cuales precedió, Schütte hizo elevar el período de transición —trasgresión precediendo una regresión — al año 1100 a. C.; la diferencia del nivel de los mares entre la Edad del Bronce y la del Hierro alcanzó, según él, cuatro metros ochenta centímetros. En consecuencia, las regiones cubiertas en la Edad del Bronce se elevaron de nuevo en la Edad del Hierro. Esto es verdad sobre todo en Basileia, donde no debernos olvidar que el centro era una colina de 925 metros (cinco estadios) de circuito, que, en 1200 a. C., dominaba la región circundante. Rebasaba, por tanto, el nivel de los mares medianos. Sabemos igualmente que la causa de la catástrofe que hundió la Atlántida fue, no la elevación eustática del nivel de los mares, sino un fatal concurso de circunstancias: un terremoto y una marejada alta de una violencia excepcional (*Timeo*, 25; *Critias*, 108).

Es lo que ocurrió en el litoral del mar del Norte, en época histórica, en ocasión de las inundaciones de 1634 d. C. Diques y muros de contención fueron arrebatados, pueblos y caseríos destruidos; vastas extensiones de terreno quedaron transformadas en pantanos. Sin embargo, terminada la tempestad y restablecida la calma, las partes más elevadas emergieron y algunas pudieron, de nuevo, ser cultivadas y habitadas. Parece que lo ocurrido en 1634 se produjo igualmente en la época de la desaparición de Basileia; la llanura quedó sumergida, pero la colina, barrida por la marejada alta que destruyó los monumentos y ahogó la población, emergió cuando el agua empezó a descender. Luego, cuando el nivel del mar bajó cuatro metros (regresión contemporánea de la Edad del Hierro), la colina se repobló y llegó a ser un centro del comercio del ámbar.

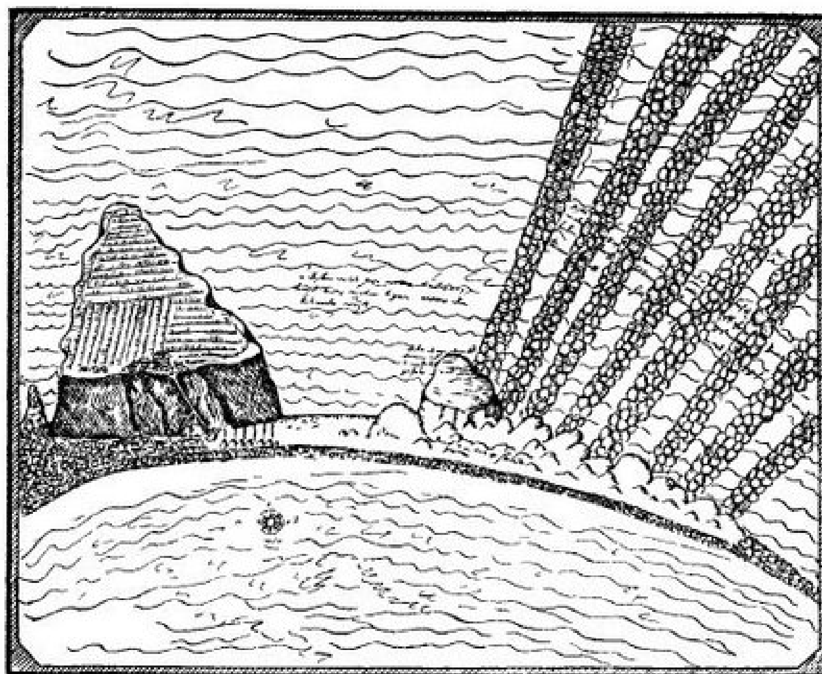
En esas condiciones, es perfectamente verosímil que en el siglo IV a. C., Piteas de Marsella haya podido llegar a Basileia.

Esta certidumbre, sostenida por observaciones geográficas y oceanográficas, está igualmente atestiguada por una vieja leyenda griega, narrada por el historiador Marcelo, que explica cómo en el emplazamiento de la Atlántida se encontraban antiguamente siete islotes y tres islas más grandes. Marcelo agrega:

> Los habitantes han conservado el recuerdo de la existencia de una gran isla situada en esta región; durante numerosos siglos, el pueblo que la cultivaba reinó sobre todas las islas del mar exterior; estaba consagrada a Poseidón.

Marcelo se refiere a relatos de historiadores anteriores; sobre este hecho, su relación precede a la de Platón y no presenta ninguna analogía con ella. ¿Es ésta la prueba que la totalidad de las tierras sumergidas no desaparecieron en el momento de la catástrofe de 1200 a. C.? ¿Ciertas partes elevadas, y en la época de la fase de regresión la colina de Basileia, habrían aparecido de nuevo?

Lo cierto es que ignoramos la fecha de la desaparición definitiva de Basileia. Pues, si Piteas de Marsella llegó a ella en 350 a. C., otros viajeros: Metrodoro Sceptius (150 a. C.), Jenofonte de Lámpsaco (100 a. C.), Diodoro de Sicilia (50 a. C.), Plinio el Viejo (50 a. C.) hablan aún de la ciudad.



Antiguo dibujo de la isla de Heligoland. Croquis del mapa más antiguo de Heligoland, aproximadamente del año 1570. (Según Schwantes, *Die Vorgeschichte Schleswig-Holstein*).

Además, es probable que los vestigios de la colina de Basileia sean los de «Fositesland», la isla sagrada de los frisones, a donde los misioneros cristianos Wulfram, Willibrod y Liudger llevaron el Evangelio. Se encuentran en sus hagiografías numerosos detalles relativos a esta isla.

Un cierto número de hechos hablan a favor de la identidad de Basileia y de Fositesland. Una y otra se encontraban delante de la desembocadura del Eider, las dos estaban dominadas por un templo y por una fortaleza real; cada una tenía una fuente alrededor de la cual pastaban los animales sagrados. Basileia estaba bajo la protección de Poseidón y Fositesland bajo la del dios frisio Fósiles; este nombre no es, por otra parte, más que la deformación del primero. Poseidón y Fosites habitaban en los templos adornados de ámbar, reinaban sobre el mar, hacían brotar fuentes; los dos dioses habían redactado las leyes de sus ciudades respectivas y vigilaban el respeto del derecho y de la justicia.

En 1075 de nuestra era, Adam von Bremen fue el primero que identificó Fositesland con Heligoland, ex baluarte avanzado de la isla de Basileia. Pues bien, por múltiples razones, ello es imposible; en cambio, es probable que la Fositesland de Adam von Bremen no fuese otra que Basileia, isla situada entre Heligoland y el continente. Los geólogos pretenden, sin embargo, que en la época cristiana, en los siglos VII y VIII de nuestra era, no había ya ninguna isla al este de Heligoland. Esta tesis se opone a la tradición frisia: los últimos vestigios de «Uthland» o «Suderstrand», nombres que llevaba Heligoland en la Edad Media, se habían hundido en el mar en 1216 d. C. El solo medio de cortar la discusión consiste en estudiar la situación del «terreno rocoso», próximo a Heligoland. El mapa más antiguo que poseemos —data de 1570— muestra que en el este de «Uthland» existía un «fondo rocoso levantado» donde «antiguamente se levantaban siete iglesias que se pueden ver todavía en la baja mar». En el emplazamiento del «terreno rocoso» se leen las palabras latinas *castellum* y *templum*. El antiguo cronista frisio Heimriech cita bosques, templos y castillos que existían antiguamente al este de Heligoland y explica que se trataba de «residencias y del palacio» de los primeros reyes del país.

Mapa de la isla de Heligoland, dibujado en 1650 por Johannes Meyer.

Todavía hoy, la existencia de Basileia, la isla santa, se perpetúa en la leyenda; lo atestigua la denominación: «Heligoland» (país santo), nombre antiguo de la actual «Heligoland», que designa la isla rocosa, vestigio de la tierra hundida en la época de los cataclismos de 1200 a. C.

3. EL «MAR DEL LIMO»

Que la Basileia de Platón y la Basileia del relato de Piteas son idénticas es indudable. Platón narra que, después de la destrucción de la Atlántida, toda la región vecina quedó transformada en una extensión fangosa, «inexplorable por el obstáculo de los fondos limosos y muy bajos que la isla, hundiéndose, depositó» (*Timeo*, 25). En *Critias (108),* insiste: «Hoy, que ha sido sumergida por terremotos, no queda más que un fondo limoso infranqueable, obstáculo difícil para los navegantes que cruzan de aquí hacia el gran mar».

El adjetivo «inexplorable» no ha de valer más que para la época en que vivía Platón; es, verosímilmente, un comentario de su imaginación. Además, ¿cómo podía saber que la extensión marina, próxima a Basileia, era difícil e inexplorable para los navegantes de su época?

Piteas había regresado de su viaje de exploración antes de la muerte de Platón, o sea antes de la redacción del diálogo de *Critias*. Él también escribe que «en estas regiones el mar es una mezcla de agua, limo y aire» y demuestra que esta región, por sus condiciones, no puede ser atravesada ni a pie ni en barco.

¿Es preciso deducir que Platón tuvo conocimiento de las referencias suministradas por Piteas? ¿Se basa en el testimonio de Piteas cuando cuenta que los pasajes de Basileia son «inexplotables»? ¿Debemos deducir que en la Edad del Hierro la bahía estaba ocupada por grandes bancos de limo que cubrían la llanura, antiguamente fértil, de Basileia? ¿Sólo la colina dónde se elevaban antes el templo y palacio había quedado sobre las aguas? Es igualmente posible que esta región presentara el mismo aspecto que hoy. En efecto, a lo largo de la costa de Schleswig-Holstein, se descubren, en bajamar, los vestigios de aglomeraciones y surcos de campos hace tiempo desaparecidos. Es el caso de Rundholt; cerca de un pueblo inundado en 1361, después de seiscientos años se distinguen todavía las huellas dejadas por la reja de los arados.

Otra prueba de la identidad de la Basileia de Platón y de la de Piteas es la indicación suministrada por Platón: «No queda más que un terreno limoso infranqueable, obstáculo difícil para los navegantes que cruzan de aquí hacia el gran mar» (*Critias*, 108).

Se trata de una alusión a la vía de agua del Eider, que de todos los tiempos ha permitido a los hombres pasar del Mar del Norte al Báltico. La isla cuya destrucción cerró este pasaje estaba bien situada delante de la desembocadura del Eider. Hablando de la Basileia de Piteas, Diodoro la sitúa también en el lugar donde el Erídano (Eider) desemboca en el mar.

La vía que recorre el valle del Eider era utilizada al final de la Edad del Bronce; las numerosas sepulturas y los descubrimientos arqueológicos hechos en esta región dan fe de ello. En su tiempo, el Eider corría hacia el oeste; costeando el litoral meridional de la isla de Basileia, desembocaba en el Mar del Norte, al sur de

Heligoland.

El cataclismo obligó a cambiar de desembocadura; con restos de la isla sumergida, el mar edificó una muralla costera, el «Lundener Nehrung», que prolongaba el «Lundenberger Sand». Con una altura de ocho metros y una longitud de veinte kilómetros, esta barra de arena orientada de norte a sur aislaba el Eider del mar. Schütte, profesor en la Universidad de Kiel, explica a propósito de esto: «El Lundener Nehrung y su prolongación transformaron la bahía del Eider en laguna. Detrás de la barra de arena se formaron pantanos y cañaverales».

El Eider encontró una nueva salida más al norte; la antigua desembocadura se cegó. Desde entonces, la ruta directa entre Basileia y el mar quedó cortada.

El mismo fenómeno se produjo en la época histórica en el norte de Jutlandia, donde una marejada alta y los depósitos acumulados por el mar bloquearon durante siglos el Limfjord, otro paso entre el Mar del Norte y el Báltico que hacia el año 1100 de nuestra era estaba aún abierto a la navegación.

4. EL ORICALCO

Ciertos pasajes del relato de Platón relativos al «oricalco» prueban, si aún fuera necesario, que las dos Basileias —la de Platón y la de Piteas— no son más que una. Siempre ha existido la duda de cuál era la materia que designaba la palabra «oricalco»; en realidad, la cuestión es fácil de resolver.

He ahí qué detalles da Platón a este respecto:

> La isla misma abastecía desde luego de todos los metales duros o maleables que se pueden extraer de las minas. En primer lugar, aquel del que hoy sólo conocemos el nombre, pero del que entonces existía, además del nombre, la misma sustancia: el oricalco, después del oro, era el más precioso de los metales que se extraían entonces (*Critias*, 114).
>
> Recubrieron con estaño fundido el recinto interior y, en cuanto a aquella que rodeaba la Acrópolis misma, la guarnecieron de oricalco (*Critias*, 116).
>
> Habían revestido de plata todo el interior del santuario… en el interior la cubierta era toda de marfil y por todas partes adornada de oro, de plata y de oricalco. Todo el resto, los muros, las columnas, el pavimento, lo guarnecieron de oricalco (*Critias*, 116).
>
> La autoridad de unos reyes sobre otros y sus relaciones se basaban en los decretos de Poseidón. La tradición se lo ordenaba, así como una inscripción grabada por los primeros reyes sobre una columna de oricalco, que se encontraba en el centro de la isla, en el templo de Poseidón (*Critias*, 119).

Gran número de arqueólogos han intentado descubrir el misterio del oricalco. Fundándose sobre el hecho que Platón menciona esta materia inmediatamente después del cobre, tratado y trabajado en Basileia, algunos han deducido que se

trataba de una sustancia metálica; por este motivo han colocado la Atlántida en regiones ricas en yacimientos metalíferos. Otros, por el contrario, sacan partido del oricalco, materia desconocida, para probar que el relato de Platón es un mito. Hasta tal punto el oricalco se ha convertido en la «llave» del problema de la Atlántida; de la solución de este «misterio» depende la del enigma de la Atlántida. Pero, hasta ahora, nadie ha podido decir si el oricalco era una sustancia imaginaria o real.

La mayoría de los arqueólogos y de los filólogos traducen la palabra griega «arcichalkos» por «aleación de cobre y oro». Pues bien, esta interpretación es contraria a los datos suministrados por Platón, que nos dice: «Se le extraía de la tierra en muchos lugares de la isla» (*Critias*, 714). Se trata, pues, de un producto natural y no de una aleación. Además, una aleación de cobre y oro no se disolvería en aceite y no se puede utilizar para pintar muros y columnas; sin embargo, esto es lo que dice Platón a propósito del oricalco.

Netoliztzky, especialista de la Atlántida, supone que el oricalco era una aleación de cobre y plata (cobre blanco); por tanto, la Atlántida tenía que encontrarse en la región de Tartessos, donde existen importantes yacimientos de cobre y plata. Pero el cobre blanco es una aleación; no se le encuentra tal cual en el suelo y no puede utilizarse en forma de pintura o de barniz. También Schulten identifica el mineral de Tartessos con el oricalco. Para el profesor Borchardt, de Munich, la palabra griega «oreichalkos» designa una aleación próxima al latón (cobre-estaño); esta opinión es compartida por un prehistoriador holandés, Hermann Wisth. Aquél sitúa la Atlántida en las regiones polares y remonta su destrucción a ocho mil años a. C. Según él, en una época en que los glaciares descendían al sur de Suecia y en que la península escandinava estaba deshabitada, los antepasados de los esquimales actuales habrían conocido el arte de fabricar el oricalco.

Mencionemos por último la curiosa hipótesis del ruso Mereschkowski; según él, «el oricalco sería un metal específicamente atlante, desaparecido desde entonces, la sustancia primitiva por excelencia».

Se comprende, por tanto, que los arqueólogos califiquen de mito la relación de Platón. Y sin embargo, para saber lo que era el oricalco basta con examinar el contenido de las tumbas de la Edad del Bronce; las joyas que encierran están hechas de este material, que «era el más precioso después del oro» (*Critias*, 114): el ámbar. Se ha descubierto en las tumbas de la Edad del Bronce, en Egipto, en Creta, en Asia Menor, en Micenas, en España, en el norte de Francia, en Irlanda, en Inglaterra, en Alemania del Norte, en Dinamarca y en Suecia oriental. Es, pues, el ámbar, al que Platón da el nombre de «oreichalkos»; oricalco y ámbar son sinónimos.

Las indicaciones de Platón concernientes al oricalco se aplican exclusivamente al ámbar. El ámbar tiene «reflejos de fuego» (*Critias*, 116), era «el más precioso después del oro»; es la única materia susceptible de ser disuelta en aceite caliente y que puede utilizarse como una laca. La \ prueba de que los hiperbóreos conocían esta utilización es la presencia, en una sepultura de finales de la Edad del Bronce, en Sylt,

de un anillo de ámbar fundido, grueso como un tálero; se encontraba junto con algunos objetos en bronce y unos torques en oro. Tácito hace igualmente alusión al procedimiento que consistía en hacer fundir el ámbar para obtener una pasta (*Germania*, cap. XLV); Plinio narra que los pueblos del norte utilizaban el ámbar en lugar de madera para encender el fuego.

Es probable que los hiperbóreos conociesen el arte de colorear el ámbar disolviéndolo en aceite, en miel o en la grasa, mezclado con colorantes; pero lo que es seguro es que lo utilizaban para decorar sus templos. Varios escritores y cronistas contemporáneos de Platón cuentan que los templos de los egipcios estaban a veces decorados con ámbar. Homero, perfectamente informado de las condiciones existentes en Basileia, escribe en la Odisea que el templo del dios «resplandecía con el centelleo del oro, ámbar, bronce, plata y marfil». Del mismo modo, Hesíodo describe las moradas de los dioses, «adornadas de oro, ámbar, marfil y plata». Según Plinio, los germanos llamaban al ámbar «glaesir». Plinio califica las islas de donde provienen de «glaesariae» (islas del ámbar). La palabra «glas», antiguo vocablo germánico, designa el ámbar. En la época en que Piteas la vio, Basileia había vuelto a ser el mercado del ámbar que había sido en 1200 a. C. Después de su desaparición, el recuerdo del templo de Poseidón, «adornado de ámbar», se perpetúa en las leyendas nórdicas. Los nombres «glasburg» (castillo de ámbar), «glasturm» (torre de ámbar), «glasheim» (casa de ámbar), son la mejor prueba. Al mismo tiempo, Basileia, ciudad de los muertos, luego «isla de los santos», entra en la leyenda bajo los nombres de «glasir vellis» (isla de ámbar), de «glasir lunch» (colina del ámbar) o, simplemente, de «glasir». Volveremos a hablar en el momento oportuno de las viejas leyendas germánicas. Lo importante ahora es saber que la «capital» del espacio nórdico era designada por expresiones tales como «Torre de ámbar» o «Castillo de ámbar», y que las leyendas y la tradición se refieren a un templo adornado de ámbar. ¿Por qué el de Poseidón, principal monumento de Basileia, no habría estado decorado con ámbar como afirma Platón?

La identidad del «oreichalkos» y el ámbar constituye una prueba suplementaria de que la Basileia de Platón y la de Piteas de Marsella son una sola y misma ciudad.

El oricalco, que, hasta ahora, pasaba por una invención de Platón, es, por el contrario, un elemento de autentificación del relato de la Atlántida.

5. EL ÁMBAR

En la tierra no hay más que dos regiones donde se recoge el ámbar: la costa de Samland, península de Prusia oriental, y el litoral occidental de Jutlandia. Es cierto que existen otros yacimientos de resinas fósiles que presentan ciertas analogías con el ámbar en España, Italia, Sicilia y en el Banato; pero difieren de aquéllas en el sentido de que no encierran ambreína, materia grasa que forma del tres al ocho por ciento del volumen del ámbar amarillo, por ejemplo. El análisis químico permite distinguir succino (ámbar amarillo nórdico) y resinas fósiles; por último, estos últimos se pegan a los dedos, mientras que el ámbar es seco al tacto.

Se ha encontrado en Egipto, en las tumbas de la VI Dinastía (2500 a. C.) y en Anatolia, en sepulturas reales construidas en 2500-2300 a. C.; en España, en el norte de Francia, Irlanda, Inglaterra, en las tumbas megalíticas y en los túmulos de la Edad del Bronce. Por último, los hipogeos de Micenas (1500-1200 a. C.) contenían grandes cantidades de objetos de la misma materia.

Ya bajo el reinado de Tuthmosis III (1500 a. C.) los egipcios sabían de dónde provenía el ámbar; una inscripción fechada en esta época relata el regreso a Egipto de una expedición que trajo 8943 libras de «electrón» (ámbar amarillo) «de los países septentrionales situados en las extremidades de la tierra». Muy pronto, asimismo, los egipcios conocieron la leyenda de las hermanas de Faetón llorando a su hermano muerto. Sobre una inscripción de Edfu se lee: «El ámbar es originario del ojo de Ra (el dios-sol); los dioses viven rodeados de su perfume y su color es el del oro».

Los griegos también sabían que el electrón venía de las costas del océano nórdico. Herodoto, por ejemplo, nos dice: «Existe un río que los bárbaros llaman el Erídano, que desemboca en el océano del Norte; de allí viene el ámbar». «De la extremidad de la tierra nos llegan el estaño y el ámbar; en el norte de Europa, parece que hay igualmente mucho oro». Además, Piteas, Diodoro, Timeo, etc., hablan de una «isla de ámbar» situada en el Mar del Norte. Plinio no es menos afirmativo: las islas que llama «glaesariae» son unas islas del Mar del Norte y no del Báltico.

Estas precisiones, relativas al origen del ámbar, dadas por algunos escritores y cronistas que vivieron antes de la era cristiana, eran conocidas hace tiempo; hace sesenta años se creía aún que el Samland era «el país del ámbar» de los antiguos. Sin embargo, la falta de islas en esta parte del litoral de Prusia oriental preocupaba a los arqueólogos; hubo quienes resolvieron la dificultad bautizando «islas del ámbar» las de Bornholm y de Oesel, pues nunca en ellas se ha descubierto ámbar. Ni Bornholm ni Oesel han jugado el menor papel en el comercio del ámbar.

Después la verdad se abrió camino. Si en la época romana el Samland era el principal proveedor, en la Edad del Bronce la costa occidental del Schleswig-Holstein disfrutaba del monopolio de la venta de ámbar.

El primero que expuso esta hipótesis fue el arqueólogo K. Lohmeyer (1872); después Ohhausen, profesor en la Universidad de Kiel, se le adhirió: «El ámbar de la Edad del Bronce provenía de la costa oeste de Jutlandia». El hecho es que las rutas del ámbar, en las épocas prehistóricas y protohistóricas, acaban todas en las riberas

del Mar del Norte.

Durante mucho tiempo se creyó que la isla del ámbar de los antiguos era Heligoland; su situación delante de la desembocadura del Erídano (Eider, a un día de navegación del continente) era conforme a las indicaciones suministradas por los escritores y los cronistas de la antigüedad.

Los estudios a los cuales se entregó el geólogo E. Wasmund demostraron la falsedad de esta hipótesis. Sus conclusiones son claras: «La razón por la cual no ha habido nunca ámbar en Heligoland es la siguiente: el ámbar no ha podido formarse sobre el gres y sobre la caliza que constituyen el sustrato de la isla. Sin embargo, es en Eiderstedt, sobre la costa occidental de Jutlandia, donde las tempestades del oeste arrojan la mayor cantidad de ámbar amarillo; lógicamente, los yacimientos se encuentran al oeste de Eiderstedt y al este de Heligoland». Haciendo suya la tesis de Wasmund, en 1936, el arqueólogo Ch. Delff, de Husum, escribió: «La isla del ámbar se encontraba al este de Heligoland, a quince o veinte kilómetros de Sankt Peter, pueblo situado en la punta de la península de Eiderstedt». Estudiando la cuestión, E. Wasmund constata que esta isla está erosionada por las olas: «Estaba situada al sudoeste de la península de Eiderstedt, en el lugar donde unos depósitos arcillosos y aluviales de origen terciario, conteniendo ámbar y partículas de carbón, recubren el zócalo de gres». Hennig también coloca la Basileia de Piteas «a medio camino entre Heligoland y Eiderstedt». En realidad estos geólogos y arqueólogos sitúan la isla del ámbar en el mismo sitio donde se encontraba la «isla del oricalco» descrita por Platón.

6. LA EXISTENCIA DE COBRE EN BASILEIA

Platón insiste sobre el hecho de que los habitantes de Basileia «lo extraían (el cobre) bajo una forma dura o maleable» (*Critias*, 114).

Durante siglos, se olvidó que Heligoland encerraba un yacimiento de mineral de cobre; sin embargo, los geólogos señalan la existencia de filones cupríferos en la isla.

Los análisis del geólogo Bolton prueban que la roca de Heligoland «está impregnada de carbonato de cobre». Las olas arrastran las partículas en las cavidades del roquedo; lavadas y batidas por la resaca forman las drusas, acumulaciones minerales. Se encuentran por todo el litoral de Heligoland en los agujeros del roquedo.

La presencia del mineral de cobre en las capas blancas, verdes y rojizas del

macizo de gres abigarrado que forma la punta nordeste de la isla es innegable; la roca está impregnada de protóxido de cobre. Bolton precisa: «El carbonato ha formado vetas de mineral rojo que encierra cristales de cobre maleable». Los hay que son grandes como guisantes; Hoffmann descubrió dos que pesaban, respectivamente, doscientos cincuenta y trescientos setenta y cinco gramos. Sometidos al análisis espectral, se ha demostrado que se trataba de cobre prácticamente puro.

Como el gres cuprífero es más resistente que las rocas que lo rodean, se encuentran guijarros conteniendo cobre sobre todo el contorno de Heligoland; la proporción de metal es muy elevada.

A propósito del yacimiento de cobre de Heligoland, el geólogo W. Wetzel, de Kiel, escribe: «La roca contiene muchas variedades de minerales cupríferos; algunos se presentan bajo la forma de óxido de cobre (Cu_2O), otros bajo el aspecto de sulfuras con brillo metálico (Cu_2S), otros aún bajo forma de cristales; esto vale sobre todo para la capas superiores de gres abigarrado. Al parecer, incluso se ha encontrado mineral de plata maleable en Heligoland. Una parte de la isla ahora desaparecida llevaba el nombre “de placa de cobre”».

Según el geólogo Schreiter, los antiguos conocían ya la existencia de este yacimiento cuprífero. En la Edad del Bronce, los pueblos nórdicos poseían ya una gran experiencia en materia de trabajo de los metales, y del cobre en particular. ¿No habrían los atlantes aprovechado los yacimientos de Heligoland, situados en las cercanías de su capital, Basileia? Como Platón narra que los habitantes de la Atlántida extraían del suelo de su isla «cobre bajo una forma dura y maleable», debe aludir a la explotación de los yacimientos de Heligoland.

Un pasaje del relato de la Atlántida se refiere quizás a la manera como los habitantes de Basileia procedían para la extracción del mineral de cobre de Heligoland; en *Critias* (115), Platón señala:

> Sacaron la piedra necesaria de debajo de la periferia de la isla central y del interior de los muros del recinto… Al mismo tiempo que extraían la piedra, abrieron en el interior de la isla dos refugios para navíos, con la roca misma para tejado.

Parece inverosímil que los habitantes de Basileia utilizasen cantidades de piedra tan importantes para edificar simplemente las murallas y los templos de su ciudad; por otra parte, no se ve por qué razón habrían abierto refugios subterráneos. ¿No disponían de excelentes y numerosos muelles? (*Critias*, 115,117). Sin embargo, puesto que el carbonato de cobre, arrojado por la resaca, se depositaba en las cavernas y en las costas de la isla, la explotación era más provechosa en las cavernas y anfractuosidades. Los atlantes ensancharon las cavidades naturales, que les sirvieron a continuación para resguardar sus navíos. El hecho que el informador al que Platón debe su conocimiento de Basileia no se acordara del origen de las cavernas prueba quizá la antigüedad de estas instalaciones.

Witter y Otto, los dos especialistas en metalurgia prehistórica, han probado que

los antiguos supieron muy pronto trabajar el cobre; al comienzo de la Edad del Bronce, no utilizaban más que el cobre puro. Más tarde, aprendieron a tratar con ácidos los minerales impuros, cobre mezclado con óxido por ejemplo, y más tarde todavía, los sulfuras de cobre. Al principio, trabajaban el cobre con martillo; después, en la Edad del Bronce, el hombre aprendió a construir hornos que, gracias a las altas temperaturas obtenidas, permitieron la fundición del metal. La mayor parte de objetos en bronce que datan de este período contienen 86 % de cobre puro y 14 % de estaño.

¿Cuál era la procedencia del cobre puro utilizado al principio y hacia la mitad de la Edad del Bronce? Los yacimientos húngaros, de gran proporción cuprífera, suministraron quizá la materia prima. Es posible. ¿Pero por qué los de Heligoland no habrían sido objeto también de una explotación intensiva? El descubrimiento de placas, perlas de collares, hachas, «franciscas» de cobre, en las tumbas del área nórdica, y el hecho de que los más antiguos utensilios sean productos de las civilizaciones litorales megalíticas, confirman, al parecer, esta hipótesis. A este propósito, el profesor Schwantes, de Kiel, hace observar: «Está probado que son principalmente las poblaciones megalíticas establecidas en el litoral las que generalizaron el empleo de los objetos de cobre». Witter, asimismo, llega a una conclusión idéntica. Además, no se puede negar que las hachas y las «franciscas» de cobre imitan las hachas y las «franciscas» de piedra de las épocas anteriores, armas características de los pueblos megalíticos del norte de Europa que sirvieron de modelo. Para fabricarlas, se utilizó el cobre puro, extraído en el mismo lugar.

¿Cómo las enormes cantidades de cobre necesarias para la fabricación de objetos y utensilios de bronce habrían podido ser exclusivamente importadas de Hungría? Y, si éste fuera el caso, aparecería en Hungría «la moneda trueque», o sea los productos de cambio originarios del espacio nórdico, el ámbar, por ejemplo. Pues bien, nada de esto se encuentra. Todo lleva a creer que los hiperbóreos se servían del cobre puro y de los minerales cupríferos de Heligoland; esto explica, por otra parte, la existencia de inmensas canteras en esta isla en la Edad del Bronce. Una de ellas, la de «Uthland», se conserva en la actualidad.

En el año 1000 de nuestra era, los monjes que se establecieron de nuevo en Heligoland, inhabitado durante dos milenios, aluden a dichas huellas. Se cree que el volumen de la roca extraída alcanzó medio millón de metros cúbicos. Si creemos a Platón, la extracción se hacía no en un punto determinado, sino en todo el contorno de la isla, en sectores ahora desaparecidos. En el transcurso de los siglos, las cantidades extraídas fueron tan importantes que es imposible que los atlantes las utilizasen sólo para la construcción de murallas y edificios. La hipótesis según la cual habrían sacado las capas cupríferas es pues perfectamente posible.

Cuando Platón indica que los atlantes «revistieron de cobre, que formaba como una pintura, el muro que rodeaba el recinto, más exterior», es evidente que exagera. Sin embargo, los responsables de esta «fanfarronería» no son, al parecer, ni Platón, ni Solón, sino los propios hiperbóreos. Las leyendas de Heligoland mencionan la

existencia de una ciudad donde reinaba una riqueza y una opulencia extraordinarias, en la que los canales estaban revestidos de cobre. ¿Se trata de una reminiscencia? Sea lo que fuere, debemos someternos a la evidencia; la afirmación de Platón: «Los habitantes extraían cobre bajo una forma maleable del suelo de su isla y lo poseían en grandes cantidades» se apoya en hechos concretos. Por lo demás, en ninguna parte, sino en Basileia, se encuentran, agrupados en una misma región, el ámbar y el mineral de cobre; la isla de los atlantes se encontraba, pues, en las cercanías de Heligoland.

En resumen, el bienestar de los habitantes, atestiguado por Platón, derivaba del comercio del ámbar y del cobre.

7. LOS RECURSOS DE LOS ATLANTES EN ORO, ESTAÑO Y PLATA

Según Platón, los atlantes poseían importantes recursos en oro, estaño y plata; sin embargo, también en esto exagera.

En efecto, no ha habido jamás en el norte de Europa templos con los muros de oro, ni estatuas de oro macizo.

¿Acaso es preciso ver en estas descripciones un recuerdo de los santuarios egipcios? Es verdad que Platón no dice que estos materiales procedieran del país de los atlantes; al contrario, insiste: «Muchos recursos les venían de fuera, a causa de su imperio» (Crinas, 114). Veamos, sin embargo, si en la Edad del Bronce los hiperbóreos disponían de materiales preciosos y, en este caso, cuál era su procedencia.

La presencia de enormes cantidades de oro y estaño en el área nórdica, a finales de la Edad del Bronce, ha hecho correr mucha tinta. Schilling habla de «cantidades enormes de oro y bronce que afluían hacia el norte». Prosigue: «Prácticamente desconocido en el neolítico, el oro se extendió por el espacio nórdico con el comercio del ámbar. Desde entonces, contrariamente a la opinión de los sabios del último siglo, no sólo los príncipes germanos llevan pesados brazaletes, beben en copas y comen en vajilla de oro, sino que las mujeres, incluso las más humildes, poseían un anillo en forma de torques. Al principio, esta joya era utilizada como medio de pago. En Jutlandia, el número de objetos de oro encontrados en las excavaciones es considerable…».

En todo tiempo el oro ha suscitado la codicia de los ladrones de sepulturas;

multitud de joyas han sido conservadas por los descubridores y, finalmente, después de la Edad Media, los buscadores de tesoros se lanzaron sobre las tumbas y los túmulos.

Los objetos conservados en los museos no representan más que un medio por ciento del contenido de las tumbas y escondrijos; lo cual indica la importancia del «stock» de oro que poseían los habitantes del espacio nórdico. Sólo en Dinamarca, región del imperio atlante, se cree que la población de la Edad del Bronce poseía noventa y cinco kilogramos de oro por habitante. No olvidemos asimismo que los objetos y las joyas descubiertos eran todos enterrados en las tumbas o consagrados a los dioses. La riqueza de las sepulturas nórdicas equivale a la de las cámaras de tesoros egipcios y mesopotámicos, sólo con la diferencia de que en Egipto y en Mesopotamia éstas encerraban la casi totalidad del «stock» de metales preciosos; mientras que, por el contrario, en el área nórdica todo hombre libre poseía su tesoro personal. Es, pues, la prueba de que los hiperbóreos disponían de una mercancía de trueque que cambiaban por el oro y el bronce. Los descubrimientos de ámbar en las riberas del Mar del Norte se enrarecen a principios del siglo XX. En la Edad del Bronce, la recolección era al menos tan importante como la de la costa de Prusia oriental hace algunos siglos. A título de comparación diremos que en 1869 se encontraron en el litoral del Mar del Norte (Jutlandia, Schleswig) dos mil quinientos kilogramos de ámbar; ese mismo año, en Samland y en el litoral de la Prusia oriental, la producción fue de sesenta y cinco mil kilogramos.

En la época en que Piteas de Marsella (340 a. C.) llegó por mar a las costas de Jutlandia el ámbar era exportado en barcos completos; las cantidades de mercancías cambiadas debían ser, pues, considerables. ¡Y no olvidemos que este tráfico se hizo, sin interrupción, durante dos milenios!

Según L. Meyn, se habían recogido sobre el litoral occidental de Jutlandia, aproximadamente, trescientos mil kilogramos de ámbar desde la época romana; y los principales yacimientos, los de Basileia, estaban sumergidos desde hacía mucho tiempo. Es evidente que antes de la catástrofe que sumergió la isla la extracción era aún más importante.

El ámbar era, pues, uno de los principales recursos de los hiperbóreos. Schwantes habla «de los tesoros considerables que poseían los campesinos nórdicos» y añade: «En la Edad del Bronce los habitantes del litoral y de las islas del Mar del Norte nadaban en la abundancia». Y, con más razón, los de la capital, Basileia. Una leyenda frisia narra, a propósito de la «ciudad de oro hundida», que sus habitantes eran tan ricos que colocaban herraduras de oro a sus caballos y cultivaban sus campos con arados que tenían las rejas de plata.

La existencia de la plata en el área nórdica está atestiguada por el descubrimiento de objetos de bronce en los que el estaño es sustituido por la plata; ciertas aleaciones comprenden un dos por ciento de este metal. Sin duda no era tan apreciada como el oro. Es posible también que al extraer el cobre de las canteras de Heligoland, los

habitantes de Basileia encontrasen filones de mineral argentífero.

Es igualmente cierto que los hiperbóreos poseían en abundancia el estaño; se servían de él para la fabricación de objetos, armas y utensilios de bronce. En las aleaciones la proporción de estaño es casi siempre del catorce por ciento.

Los arqueólogos están de acuerdo en un punto: el oro y el estaño llegaban al norte de Europa pasando por Irlanda; es lo que prueba el prehistoriador Stroebel. Con frecuencia, se encuentran perlas y collares de ámbar de Jutlandia en los túmulos funerarios de Inglaterra y de Irlanda del Norte. Como moneda de cambio, los habitantes de las Islas Británicas se servían del oro irlandés y luego, más tarde, del cobre y del estaño de Cornualles. Asimismo, en varias ocasiones se han descubierto collares de oro de origen irlandés en el norte de España, en Bretaña, en el noroeste de Alemania y en Dinamarca, y más raramente, brazaletes de la misma materia en el norte de Alemania. Todos estos objetos fueron importados en Bretaña y en Germania durante el primer período de la Edad del Bronce.

Una vez más, dejando aparte ciertas exageraciones, Platón dice la verdad cuando escribe que los atlantes disponían de grandes cantidades de oro, plata y estaño; las pruebas son evidentes.

Es más: por extraño que parezca, los datos que da sobre los objetos y los adornos de marfil que decoraban el palacio de Poseidón concuerdan, al parecer, con la realidad. Además, un documento totalmente independiente del relato platónico menciona la utilización del marfil por los laboriosos habitantes de Basileia.

El marfil tiene doble origen, africano y nórdico: colmillos de elefante o de mamuts fósiles. En una docena de años se han sacado del mar, en el Doggerbank, más de dos mil colmillos de mamuts; hace algunos años, se ha exhumado también, cerca de Lehringen an der Aller, el esqueleto de un mamut que llevaba todavía fijo entre las costillas un venablo de madera de tejo de dos metros cuarenta de largo. Cerca de él se encontraron dos docenas de hojas de sílex talladas. Los hiperbóreos disponían, pues, de marfil «indígena», bien que se haya igualmente descubierto marfil de origen africano en el espacio nórdico. Otter, escritor noruego del siglo IX d. C., narra que el marfil de morsa era uno de los principales productos de exportación de los países escandinavos.

Quizá la abundancia de los objetos de marfil que decoraban el templo de Basileia inspiró a Platón la frase: «La especie misma de los elefantes estaba allí copiosamente representada» (*Critias*, 114). Los sacerdotes egipcios, primeros descifradores de los papiros que relatan la historia de la Atlántida, no conocían más que un animal «proveedor» de marfil: el elefante. Se trata manifiestamente de un error, quizá debido al hecho de que los atlantes y los líbicos prisioneros de los egipcios eran interrogados y encadenados juntos, como nos los muestran los bajorrelieves de Medinet-Habú. Puesto que los elefantes existían en Libia, era evidente, para los egipcios, que los había igualmente en el país de los atlantes.

8. EL HIERRO

Platón narra, en *Critias* (119), que aunque los atlantes conocían el hierro, el empleo de instrumentos fabricados con este material estaba prohibido en las cacerías de toros que precedían al sacrificio en el que tomaban parte los diez reyes.

Según W. Witter, en el momento en que los pueblos del norte invadían el sudeste de Europa (1200 a. C.), sabían fundir y trabajar el hierro. En las tumbas filisteas se encuentran siempre armas de hierro mezcladas con utensilios y objetos de bronce. Recordemos igualmente este pasaje del Antiguo Testamento (*Samuel* I, 13-19):

> No se encontraba herrero en todo el país de Israel; pues los filisteos habían dicho: impidamos que los hebreos fabriquen espadas o lanzas. Y cada hombre en Israel tenía que recurrir a los filisteos para afilar su reja…

Witter constata: «Una parte al menos de los hiperbóreos conocía el trabajo del hierro, antes de la gran emigración». Por una parte, es imposible que hubiesen aprendido a fundir el hierro por el camino, puesto que los pueblos que sometían ignoraban su existencia; por otra parte, siempre en movimiento, no tenían tiempo ni inclinación para iniciarse en las nuevas técnicas. Según Witter, su experiencia de herreros era ya antigua.

Sabemos que los hiperbóreos venían del espacio nórdico y que dejaron su patria en la segunda mitad del siglo XIII a. C., pero ¿qué pruebas tenemos de que sabían fundir y trabajar el hierro? Son múltiples. Se han descubierto utensilios y objetos en hierro que remontan al siglo XIV a. C. en un túmulo funerario de la isla danesa de Seeland; en otra, en la isla de Bornholm, junto con objetos de bronce se ha encontrado una hoja de cuchillo en hierro. Finalmente, una navaja, fechada en el IV período de la Edad del Bronce (segunda mitad del siglo XIII) exhumada en Amland (región de Hadersleben), muestra incrustaciones de oro y de hierro representando un barco y unas olas. No sólo los hiperbóreos trabajaban el hierro, sino que sabían emplearlo en incrustación; la navaja de Amland demuestra asimismo que en esta época el hierro era un metal raro.

En el período V de la Edad del Bronce, el uso del hierro se generaliza, como puede deducirse de un descubrimiento hecho en un túmulo funerario en Wennbüttel (Holstein). Se encontraron dos cuchillos: uno de hoja de hierro y mango de bronce, y el otro con hoja de bronce y mango de hierro. Los objetos, fechados en el período V, atestiguan una gran habilidad técnica, con una experiencia de varios siglos.

Los hiperbóreos sabían no sólo fundir el mineral de cobre y mezclarlo con el estaño, sino que eran capaces de hacer lo mismo con el mineral de hierro. La roca de Heligoland contiene, además de cobre, hierro en cantidades importantes; es probable, en estas condiciones, que los habitantes de Basileia extrajeran y trabajaran simultáneamente los dos metales.

M. Trautmann, ingeniero diplomado, me llamó la atención sobre la existencia en

Sylt —al nordeste de Heligoland— de un yacimiento de pirita que contiene una gran proporción de magnetita, ilmenita, de circonio y de granates. L. Meyn narra también que sus obreros lavaban el mineral como si se tratara de arena aurífera y «recogían» unos cincuenta kilogramos de marcasita bruta por día; esta clase de mineral funde fácilmente como el cobre o el bronce. El análisis espectrográfico de los objetos descubiertos en las sepulturas del siglo XIII a. C. demostrará quizá que el metal con el que están hechos procedía del yacimiento de pirita de Sylt.

En todo caso, queda probado que, como escribió Platón, los atlantes conocían el hierro y sabían fundirlo y trabajarlo.

Tal vez las expresiones empleadas por Esquilo: «País del norte, que baña el océano», «extremidades de la tierra», que aplica a «la patria del hierro» y la frase del Antiguo Testamento (*Jeremías*, 15, 12): «El hierro romperá el hierro del norte», ¿se refieren al origen nórdico del hierro y al país de los primeros herreros?

III. EXTENSIÓN Y ORGANIZACIÓN INTERNA DEL REINO ATLANTE

1. EXTENSIÓN

Haciendo alusión a la superficie del terreno atlante que se extendía «sobre muchas otras islas y partes del continente» (*Timeo*, 25), Platón precisa en *Critias* (118):

> Ella (la llanura) medía sobre los lados tres mil estadios (550 km) y dos mil (360 km) en el centro, desde el mar que se encontraba al pie; esta región estaba orientada cara al sur y al abrigo de los vientos del norte.

Por centro, Platón, entiende Basileia, centro religioso y político del imperio atlante. Eso significa, pues, que hacia el sur, 360 km separaban el mar de la capital y que el imperio atlante se extendía sobre quinientos cincuenta kilómetros de este a oeste.

¿Estas referencias son fundadas o Platón se las inventó?

Si del emplazamiento supuesto de Basileia trazamos una línea en dirección al norte, alcanzamos a trescientos sesenta kilómetros de allí el límite septentrional del banco de Jutlandia en el Skagerrak. Pues bien, en aquel tiempo, los dos bancos de Jutlandia y el de Amrun indudablemente eran islas, pues la distancia que separaba Basileia del mar propiamente dicho es la indicada por Platón.

En dirección nordeste, a quinientos cincuenta kilómetros de Basileia, se encuentra una región que engloba las islas danesas, al sur de Suecia y la isla de Oeland. Lo cual parece probar que el imperio de los atlantes, en la Edad del Bronce, comprendía la península de Jutlandia, las islas danesas, la parte meridional de Suecia y la isla de Oeland.

¿Es esto una hipótesis o una realidad?

De hecho, en este espacio florecía, en la Edad del Bronce, una civilización calificada de «perfectamente homogénea» por los historiadores: la civilización nórdica.

Si es verdad, como ha demostrado Kersten, que esta zona encierra tres regiones distintas, excavaciones y descubrimientos arqueológicos revelan la existencia de una entidad cultural. ¿Ocurriría lo mismo en el aspecto político y religioso? Sobre este punto, las pruebas arqueológicas carecen de valor, pero quizá las indicaciones

suministradas por Platón son suficientes para informarnos.

2. LA ORGANIZACIÓN INTERNA DEL REINO ATLANTE

En *Critias* (119), encontramos el siguiente pasaje:

> En lo que toca al número de los hombres de la llanura, buenos para la guerra, había sido fijado que cada distrito suministrara un jefe de destacamento. La dimensión del distrito era de 10 estadios sobre 10 y tenía en total 6 miríadas (60 millas). En cuanto a los habitantes de las montañas y del resto del país eran, se dice, en gran número, y todos, siguiendo los emplazamientos y ciudades, habían sido distribuidos entre los distritos y bajo el mando de sus jefes. Estaba prescrito que cada jefe de destacamento suministraría para la guerra un sexto de carro de combate, hasta el completo pago de diez mil carros, dos caballos y sus caballeros; además, un tronco de dos caballos, sin carro, llevando un combatiente con un pequeño escudo y el combatiente montado encargado de conducir los dos caballos, dos hoplitas, dos arqueros, dos honderos, tres peones ligeros armados de hondas, otros tres armados de dardos y, por último, marinos para formar los equipos completos de mil doscientos navíos.

Esta organización militar recuerda extraordinariamente la que existía en el área nórdica entre las islas frisias y la de Oeland. Efectivamente, en estas regiones se encontraba como unidad administrativa el círculo («Hufe» o «Bohle» en alemán antiguo); cien círculos formaban una nueva unidad: «Hundan» (distrito) en sueco, «Heret» en danés, «Harde» en frisón. Como precisa Platón, cada ciudad estaba incorporada a un «Hundari» y sujeta a la autoridad de un jefe de distrito.

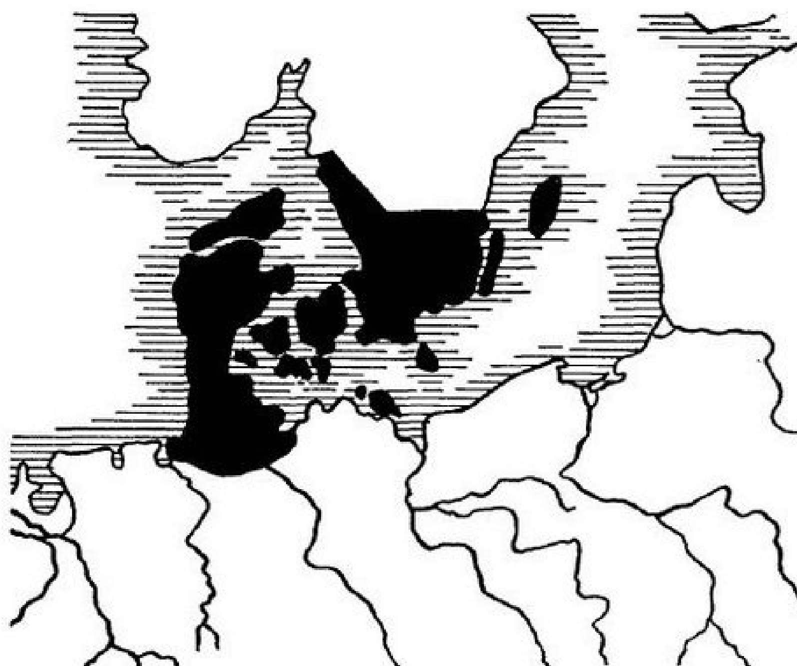
Durante mucho tiempo se ha creído, en el área nórdica, que cada círculo debía proporcionar un hombre en caso de guerra y, por tanto, cada distrito debía movilizar cien guerreros.

Luego, los arqueólogos han probado la falsedad de esta hipótesis, demostrando que los «Hundari» no eran unidades militares sino económicas. La palabra «Hundari» significa simplemente «agrupación de cien círculos (Hufen)».

Es igualmente lo que se desprende del relato de la Atlántida. La palabra griega «stadia» significa círculo, y cien círculos forman un «kleros», o sea un distrito.

Esta organización administrativa, ¿existía realmente en el espacio nórdico en la Edad del Bronce? Según Rietschel, especialista en historia del derecho germánico, esta división en círculos y en distritos es muy antigua. Da como pruebas los nombres de familias suecas, danesas y frisonas que terminan en «kind»; esta terminación indica que pertenecen a un clan y corresponde a la *gens* latina. Rietschel deduce que el empleo de patronímicos para designar los habitantes de una región debe remontarse a la época de la colonización del espacio nórdico, y agrega: «Los Hundari, territorios ocupados por los miembros de una familia, tomaron el nombre de

ésta: en materia de derecho, de justicia, de economía o de religión, el Hundari representa la célula. En ninguna parte se encuentra rastro de otra unidad territorial en el espacio nórdico anterior a la división en Hundari».



Zona de cultura nórdica. (Según Schwantes, *Die Voigeschichte Schleswig-Holstein*).

El hecho de que los hiperbóreos estuviesen organizados en círculos y en distritos en la época en que se produjo la emigración está atestiguado por la existencia de una organización idéntica entre los dorios y entre los filisteos, pueblos emparentados con los atlantes. También dividían sus tropas en centurias y sus soldados eran proporcionados por los distritos.

Del mismo modo que las precisiones dadas por Platón en lo que concierne a la organización civil de los hiperbóreos son exactas, hay que considerarlo exagerado cuando habla del efectivo del ejército atlante. A razón de 60 000 «kleroi» (distritos) agrupando seis millones de «stadia» (círculos), las fuerzas armadas atlantes habrían contado con un millón de guerreros.

El origen de esta manifiesta exageración es quizás un error de interpretación de Solón. Habría traducido la palabra egipcia que significaba círculo por «stadia». Si hubiera sido así, un círculo no habría tenido más que una superficie de tres hectáreas y cuatro áreas. Pues bien, Platón precisa que el imperio atlante se extendía sobre 6 millones de estadios cuadrados por distrito, lo que da una treintena de estadios cuadrados por distrito. En estas condiciones, el reino atlante habría contado dos o trescientos mil círculos (dos o tres mil distritos) y el número de los guerreros movilizables no habría excedido de treinta o cincuenta mil. Eso, en todo caso, parece más verosímil.

¿Hay que poner en duda el documento egipcio que sirvió de base al relato de

Solón y luego a la narración de Platón? Los escritores de la época quizás exageraron intencionadamente el número de enemigos de los egipcios. En Medinet-Habú, Ramsés III menciona la existencia de «centenares de miles» e incluso «millones» de atlantes cayendo sobre su país.

3. BASILEIA, LA ISLA REAL

Cuando releemos la descripción de Platón, una cosa nos llama la atención de buenas a primeras: ciertos detalles parece que se aplican a las islas de Sylt, de Föhr y de Amrun, restos del continente atlante sumergido.

El litoral de Basileia estaba bordeado de colinas de mediana altura; su espesor debía ser bastante débil, puesto que la trinchera que las atravesaba no tenía más que treinta y un metros de longitud. Pues bien, colinas idénticas existen en las tres islas que flanquean la costa occidental de Jutlandia, depósitos de aluviones diluviales que, en Sylt, alcanzan los cincuenta metros de altura.

Detrás de estas colinas había una llanura surcada de canales y fosos naturales abiertos por la mano del hombre. El hecho de que en verano los habitantes utilizasen el agua de los canales para regar sus campos parece indicar que el suelo y el agua estaban sensiblemente al mismo nivel. Además, la llanura estaba rodeada por un foso que tenía la misma anchura en todo su recorrido.

Para poner remedio a esta desfavorable situación, los habitantes de Basileia construían diques; existían dos, concéntricos. Según la leyenda, habrían sido construidos por el mismo Poseidón en persona, lo cual prueba su gran antigüedad. Se trata verosímilmente de muros de tierra, reforzados en su exterior mediante empalizadas. En ellos se abrían puertas, flanqueadas por torres y cerradas por puertas; por «puertas» Platón entiende, sin duda, unas compuertas.

A primera vista, parece inverosímil que en la Edad del Bronce los habitantes de Basileia supiesen construir diques y compuertas. Sin embargo, Platón no inventó nada; las instalaciones hidráulicas de este género eran desconocidas en las regiones ribereñas del Mediterráneo, y, por otra parte, Homero las describe igualmente en la Odisea.

En el momento del golpe de mar que sumergió Basileia, los diques fueron arrancados y nivelados por las olas. No obstante, Schuchhardt ha demostrado que muros de tierra de forma idéntica existían en Alemania del Norte en el Neolítico. Lo mismo ocurre en Inglaterra, donde se han descubierto recintos circulares, los

«crannogs», reforzados con estacas y pilotes y que se pueden fechar en la Edad del Bronce.

Platón precisa que delante y detrás de estos diques se encontraban unos muelles; además, en el sitio donde el canal procedente de Basileia salía al mar, una rada servía de puerto principal.

> En cuanto al canal y al puente principal, estaban llenos de barcos y comerciantes llegados de todas partes. Su muchedumbre motivaba día y noche un estrépito continuado de voces, un tumulto incesante y diverso (*Critias*, 117).

Esto no tiene que extrañarnos: Basileia estaba situada, no lo olvidemos, en la desembocadura del Weser, del Elba y del Eider. Desempeñaba el mismo papel que Bremen, Hamburgo y Lubeck en la actualidad. Por último, estaba sobre un terreno del que se extraía el ámbar, «oro del norte», expedido en barcos a diversas regiones de Europa. En Basileia se trabajaba el cobre puro, muy estimado en la época; las mercancías destinadas a los países ribereños del Elba, del Weser y del Báltico eran transportadas en barcos a alta mar, mediante embarcaciones fluviales; los navíos traían la madera necesaria para los trabajos públicos: construcción y conservación de los diques, combustible para la fundición del mineral de cobre.

Basileia era, sin duda alguna, uno de los puertos más importantes en la Edad del Bronce.

El centro de la isla era una colina coronada por el templo de Poseidón y la Acrópolis; sobre esta colina corrían dos manantiales, uno frío y otro caliente, que Platón describe con precisión. Que hubiese habido dos fuentes de agua fría en Basileia no es nada sorprendente; en la actualidad existen en las de Sylt, de Föhr y de Amrun vestigios de la tierra sumergida en 1200 a. C. Pero el hecho de que en Basileia existiera igualmente un manantial caliente parece inverosímil. Y sin embargo no se trata de una cosa imposible, como vamos a ver.

El primero de septiembre de 1949 se pudo leer en los periódicos alemanes:

> El profesor Heck, titular de la cátedra de geología aplicada de la Universidad de Kiel, anuncia que el subsuelo de Sylt encierra capas de agua radiactiva. La temperatura varía entre 40 y 50 grados. Sería interesante que se explotaran estos manantiales, cuyo interés para el tratamiento de las enfermedades es indudable.

¿Por qué no tenían que existir manantiales calientes en Basileia habiéndolos en Sylt, isla cercana al emplazamiento de la ciudad desaparecida?

En *Critias* (116), Platón precisa que la colina que coronaba la Acrópolis tenía un diámetro de 5 estadios (926 m); un muro de piedra, circular, aislaba el castillo de los reyes y el templo de Poseidón.

Pues bien, el 31 de julio de 1952 se encontró esta muralla en el lugar exacto indicado por Platón, a 8800 m (50 estadios) de Heligoland, entre esta isla y el continente, sobre una colina sumergida conocida de los pescadores bajo el nombre de «fondo pedregoso».

Con la ayuda de un buzo y el auxilio de un sondeador registrador, las investigaciones han demostrado que los informes de Platón concuerdan con la realidad.

Lo mismo ocurre acerca de las indicaciones de Platón relativas a la situación de Basileia en el Mar del Norte. Hemos visto anteriormente que 360 km (2000 estadios) separaban el emplazamiento de Basileia del mar libre: el Skagerrak. Al otro lado del estrecho se levantan las montañas noruegas; Platón las describe así:

> Sobrepasan en número, grandeza y belleza a todas las que existen en la actualidad. Había en estas montañas numerosos pueblos ricos en habitantes, ríos, maderas capaces de alimentar cantidades de animales salvajes o domésticos, bosques en tan gran número y de especies tan variables, que dan en abundancia materiales propios para todos los trabajos posibles (*Critias*, 118).

El relato de Platón se apoya, pues, sobre unos datos reales. Aquel que, en primer lugar, compuso el texto original, traducido al egipcio y luego al griego a instancias de Solón, conocía efectivamente el sitio y las características de Basileia y de las regiones que lo rodeaban. Para quien no disponía de mapas y no conocía las comarcas descritas era difícil, por no decir imposible, saber lo que el redactor del primer texto entendía por «Atlántida». El hecho de que designase unas veces a Basileia y otras al imperio atlante fue sin duda el origen de los errores de interpretación. Recordemos, a título de ejemplo, que en los documentos de la época romana Roma se aplica a la capital o indistintamente al imperio, considerado en su conjunto. El documento original mencionaba la existencia de un foso que rodeaba la Atlántida (Basileia); a continuación, los escritores creyeron que este foso bordeaba la Atlántida (el reino de los atlantes). Así se explicaría el hecho de que Platón le hubiese dado una longitud de 10 000 estadios. Por la misma razón, se confundió el imperio atlante y la isla atlántica (Basileia) que se había hundido en el mar. La leyenda según la cual todo el país atlante habría quedado sumergido en 1200 a. C. no tiene, sin duda, otro origen. Las inscripciones egipcias contemporáneas mencionan la destrucción de «la principal de sus ciudades», de «sus islas sumergidas por la tempestad», de «todo su país»; ésta es, pues, la prueba de la confusión que reinaba ya en los tiempos de Ramsés III. Los escribas egipcios no tenían ninguna idea de la amplitud de los cataclismos que habían destrozado las costas del Mar del Norte.

Otro pasaje del relato de Platón puede inducir a error a los investigadores. En *Critias* f108), se dice: «Esta isla era entonces mayor que Libia y que Asia (Asia Menor) juntas». El adjetivo griego *meizon*, comparativo de *megas*, puede traducirse en este caso por más grande (en extensión) o más grande (en potencia). Siendo seguro que la superficie indicada por Platón (3000 estadios por 2000) corresponde a la realidad, el segundo sentido es el correcto en este caso. Pues es evidente que el Asia Menor tiene más extensión que la que tuvo el imperio atlante.

Todas estas precisiones refuerzan una doble certidumbre: Platón no inventó nada y la Atlántida no es un mito. Su relato tiene el valor histórico de un documento; las pocas inexactitudes que encierra son errores de interpretación o el resultado de

deformaciones mitológicas. Para no citar más que un solo ejemplo, lo mismo ocurre con la De *Germania* de Tácito, y sin embargo nadie se atrevería a tratar a Tácito de mentiroso o de visionario. Por tanto, lo que es verdadero para Tácito vale igualmente para Platón.

IV. BASILEIA, «LA ISLA SANTA» DE LOS ATLANTES

Basileia desempeñaba un papel de primera importancia en la religión, el derecho, las creencias y el culto de los atlantes. Platón la llama *nesos hiera*, la isla santa.

Como hemos visto, allí se elevaba el templo de Poseidón, se reunían los diez «reyes», residía el Tribunal Supremo y los jueces resolvían los casos litigiosos.

El vocablo «Heligoland», que, en la actualidad, designa la isla del mismo nombre, la «tierra santa» de los monjes cristianos que en ella se establecieron en el año 1000 d. C., recuerda que Heligoland fue en todos los tiempos un «lugar sagrado». Adam von Bremen, cronista de la Edad Media, relata: «Este lugar era sagrado a los ojos de los marinos y particularmente de los piratas; ninguno de los que allí se hicieron culpables de un hurto pudo volver impune a su país».

1. LA ALINEACIÓN SOLAR DE BASILEIA

La presencia en Basileia de importantes edificios religiosos prueba que la isla era sagrada a los ojos de los atlantes. Platón narra que alrededor del templo de Poseidón, que guardaba la columna de Atlas, se extendían cinco recintos concéntricos:

> Él (Poseidón) hizo dos de tierra, tres de mar y los redondeó, por así decirlo, comenzando por el centro de la isla, del cual estaban por todas partes a igual distancia. Así, eran infranqueables a los hombres, pues entonces no existían todavía ni naves ni navegación (*Critias*, 113).

Esta disposición recuerda enormemente la de las alineaciones solares y de los *oppida*, montículos naturales o artificiales rodeados de murallas concéntricas que, según E. Krause, eran santuarios antiquísimos del culto solar. Se han descubierto en gran número en todos los países poblados por las tribus indogermánicas. La leyenda precisa que, sobre cada *oppidum*, se habría mantenido prisionera una mujer o una joven; y esto es exactamente lo que dice Platón: «La altura sobre la cual ella (Clito) vivía, el dios (Poseidón) la fortificó y la aisló en círculo» (*Critias*, 113). Todas estas leyendas tienen un origen común: el mito del Sol, simbolizado por la doncella. Los círculos representan el camino recorrido por el Sol para reconquistar su libertad. Sin duda se trata de un rito mágico; los hombres creían que así obligarían al Sol a dispensarles cada día su calor.

Por todas partes donde se encuentran *oppida* rodeados de muros concéntricos se

constata que las ceremonias religiosas que en ellos se desarrollaban incluían unas danzas sagradas de significado mágico. Éste era el caso de Creta, Delos, de la misma Roma, en la Inglaterra prehistórica, en Visby y en Gotland; crónicas y leyendas han perpetuado su recuerdo. Veremos más adelante que los atlantes se entregaban también a unas danzas sagradas.

Según Krause y Schwantes, la forma circular dada a los recintos del oppidum «es anterior a la forma en espiral adoptada más tarde para esta clase de edificios»; los círculos concéntricos son característicos del neolítico. Schwantes precisa a propósito de esto: «Ciertos grabados rupestres escandinavos reproducen un dibujo idéntico». El más célebre de estos alineamientos solares es el de Stonehenge, en el Wiltshire, en Inglaterra.

¿Cómo, entonces, suponer que Platón imaginó la existencia de estos laberintos? Pero todo hace pensar que, siendo el primero de todos, el laberinto sirvió de modelo a los otros.

Según el relato platónico, el laberinto de Basileia fue edificado por Poseidón en una época en que «no existían todavía ni naves, ni navegación» (*Critias*, 113); por sus dimensiones era el mayor en su género y su decoración la más espléndida de todos los alineamientos solares. Además, se encontraba sobre una isla sagrada, metrópoli religiosa del espacio nórdico, donde se rendía culto a las columnas del cielo. Admitiendo que estos laberintos hubiesen tenido un modelo, éste debería ser el recinto sagrado de Basileia, principal ciudad de los atlantes.

Por otra parte, ¡poco importa! Lo que cuenta es que esté probada la existencia, en Basileia, de recintos concéntricos atestiguada por Platón y Solón. El relato de un testigo que había visto el mismo laberinto sagrado de Basileia sirvió de base a su narración.

2. EL CULTO DE LAS COLUMNAS DEL CIELO

Como resultado de los estudios que ha consagrado a los *oppida* nórdicos, Krause ha llegado a la siguiente conclusión: «En el centro de los círculos concéntricos que representan el camino recorrido por el sol en el firmamento, se levantaba una columna formando eje, símbolo de la columna que sostenía el cielo». Pero, en apoyo de esta tesis, perfectamente plausible por otra parte, Krause no suministra ninguna prueba, lo cual hubiese sido fácil. Bastaba leer el relato de Platón para descubrirla.

Pero la autoridad de los reyes unos sobre otros y sus relaciones estaban reguladas según los decretos de

Poseidón. La tradición lo prescribía, así como una inscripción grabada por los primeros reyes sobre una columna de oricalco que se hallaba en el centro de la isla, en el templo de Poseidón.

Esta columna levantada en el santuario, en el punto central respecto a los cinco recintos de Basileia, era ciertamente una «columna del cielo». Platón indica que el toro ofrecido en sacrificio a Poseidón era despedazado en su cima; ésta, en forma de horca, hacía oficio de plataforma. Un vaso filisteo de 1160 a. C. muestra el aspecto que presentaba esta columna; se parecía al *irminsul* de los sajones, tal como la escultura de Ester la representa. Rudolf von Fulda, historiador de la Edad Media, narra que los sajones adoraban las columnas del cielo: «Levantaban un tronco de árbol, más alto que los demás, y lo adoraban; le llamaban *irminsul*, palabra que significa "columna del universo"».

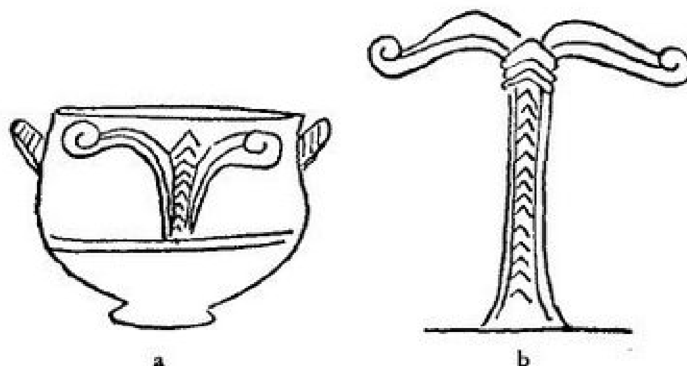
Los sajones se imaginaban que esta columna sostenía el cielo y la bóveda cósmica; simbolizaba el mantenimiento y la perennidad del orden natural. Se le ofrecían sacrificios y se la bañaba con sangre del toro. Este culto era el de los germanos, fineses, lapones, de los pueblos del Ural y del Altai, de los viejos habitantes de las islas Canarias, de los bereberes, de los egipcios, sumerios y de los indios; se trata, pues, de una creencia universalmente generalizada y una de las más antiguas religiones conocidas.

Otto Siegfried Reuter, especialista en astronomía germánica, ha demostrado que esta concepción no había podido nacer en otra parte más que en el norte de Europa: «Es solamente en el septentrión donde una columna levantada verticalmente señala el norte; más al sur, sería preciso inclinarla para obtener el mismo resultado. Puesto que este culto existía igualmente entre los pueblos meridionales, sumerios y egipcios, es preciso que fuese importado en la época de las grandes emigraciones».

La concepción, esencialmente nórdica, de la columna sosteniendo la bóveda cósmica estaba extendida en Egipto en tiempos de Tuthmosis III (1500 a. C.); una inscripción contemporánea lo atestigua. Sobre otra, del reinado de Ramsés II (1292-1232 a. C.), se lee que la autoridad y la gloria de este faraón «eran conocidas desde los países del sur, habitados por los hombres de raza negra, hasta los límites de la oscuridad, allí donde se levantan las columnas del cielo». En un libro sagrado escrito en vida de Ramsés III, se encuentra igualmente esta frase: «Los dioses que llevan el cielo viven en el norte, reino de la oscuridad». Por último, el Antiguo Testamento (*Job*, XXVI, 10-11) hace, también, alusión a las columnas del cielo: «Límites entre la luz y las tinieblas, las columnas del cielo se mueven».

Los griegos las llaman «columnas de Atlas»; la leyenda cuenta que Atlas, cuyo nombre se perpetúa en el de la Atlántida, demostró a los hombres el movimiento de las estrellas. Tal es el origen del tema mitológico: Atlas, apoyo del cielo. En la *Odisea* (II, 52), Homero describe así a Atlas: «El que vigila, a solas, sobre las altas columnas que guardan el cielo, separado de la tierra». Hesíodo indica en qué lugar del mundo Atlas sostiene las columnas: «En el extremo de la tierra, delante del antro de la noche, allí donde el día y la noche se confunden y convergen». Pues bien, como

hemos visto en varias ocasiones, por «límites de la oscuridad», por «antro de la noche», etc., los antiguos entendían los países del septentrión; de ahí viene el nombre «estela de boreios» con que denominaban a las columnas del cielo.



Representaciones de las «columnas del Cielo». La columna celeste o «irminsul» está representada a la izquierda en un vaso filisteo de 1160 a. C.; a la derecha, en el grabado rupestre de Extern.

Más tarde, otra leyenda sustituyó a la primera: Atlas habría confiado a Herakles (Hércules) la custodia de las columnas del cielo; es lo que explica que a partir de esta época los escritores y cronistas de la antigüedad no hablan más que de las «columnas de Hércules». A partir de los siglos VI y V a. C., la expresión se aplica al estrecho de Gibraltar. Apolodoro precisa, sin embargo, que las columnas confiadas por Atlas a Hércules no estaban situadas al oeste, sino al norte de Grecia, en la región habitada por los hiperbóreos. La leyenda griega es formal: los hiperbóreos vivían sobre las riberas del océano, «en el norte, en el país del ámbar», cerca de la desembocadura del Erídano.

De este modo se encuentra confirmada la hipótesis según la cual las columnas de Atlas-Hércules, objeto del culto de los atlantes, se levantaban en el recinto sagrado de Basileia.

En época más tardía, Tácito dice de estas columnas: «Se conservaron hasta nuestros días». Según él, Druso Germánico habría intentado encontrarlas, «pero el océano solo se lo impidió». En su descripción de los países del norte, Séneca manifiesta también: «Estas columnas son el eje de todas las cosas»; se encuentran «en el mar de limo», «en la extremidad del mundo», «en las fronteras de la oscuridad», «en medio de aguas sagradas», «allí donde los dioses tienen sus escondrijos».

Los testimonios, múltiples y diversos, que acabamos de enumerar prueban que las denominaciones «columnas del cielo, de Atlas, de Hércules», se aplican al monumento que se elevaba en el centro del santuario de Basileia: el templo de Poseidón. E incluso cuando Tácito indica: «Estas columnas fueron conservadas hasta nuestros días», eso no es de ninguna manera inverosímil.

En un capítulo anterior hemos visto, en efecto, que en el momento de la fase de regresión de los mares, al principio de la Edad del Hierro, Basileia había resurgido y

que entre los siglos IV y I a. C. la isla había sido de nuevo colonizada.

Esta concepción de la columna sosteniendo la bóveda cósmica renace más tarde en las religiones germánicas y en el culto del árbol que soporta el universo; derribarlo era provocar la caída del cielo. Más tarde, en la época de la evangelización de las costas de Germania, San Wulfram hace todavía alusión al mismo; lo describe «como estando magníficamente decorado». Asimismo al final de la Edad Media, en Frisia, la «columna que sostenía el mundo orientado hacia el norte» desempeñaba un papel importante en la legislación frisia. En resumen, el antiguo culto atlante rendido a la columna del mundo se perpetúa hasta la época en que el cristianismo se implantó en Germania.

De todas formas, el hecho de que veamos el *irminsul* representado sobre un vaso filisteo prueba que jugaba un gran papel en la vida religiosa de los hiperbóreos atlantes. El Antiguo Testamento llama *ai kaphthor* (isla de las columnas) la patria de los filisteos; ellos mismos son llamados «caphtoritas» (adoradores de las columnas). Estos nombres son una alusión precisa a la columna que se levantaba en el centro de la isla de Basileia y confirman, si todavía era necesaria, la identidad de los atlantes y filisteos de las Sagradas Escrituras.

Todo hace pensar que el *irminsul*, la columna de Basileia, tenía unas dimensiones colosales; Rudolf von Fulda (855 d. C.) narra que fueron precisos tres días de trabajo a los obreros encargados de destruirla. La *Crónica imperial romana* narra que Simón el Mago subía sobre una columna para ser visto de todos los espectadores que asistían a sus trucos mágicos. Se encuentran igualmente en las crónicas germánicas las palabras *irmansuli pyramides*, lo que parece indicar que las columnas objeto del culto de los antiguos germanos se levantaban en la cima de pirámides escalonadas, semejantes a los «zigurats» babilónicos. La decoración característica de las «columnas del cielo» está mencionada en una crónica que data de 772 d. C.; su autor precisa: «Estaba magníficamente adornada con esculturas y espléndidas decoraciones». Por último, los sacrificios ofrecidos en la columna, lo mismo que la costumbre de administrar justicia al pie del monumento, fueron practicados hasta la evangelización de Germania. Se puede, pues, suponer, y eso nada tiene de inverosímil, que el monumento de Basileia sirvió de modelo a todas las columnas del cielo, a todos los *irminsul* de la antigüedad.

3. EL SACRIFICIO DEL TORO

Platón narra que la inmolación de un toro formaba parte del culto rendido en la columna del cielo; en el recinto del templo pacían los animales consagrados a Poseidón:

> Se soltaban toros en el cercado sagrado de Poseidón. Los diez reyes, solos, después de haber rogado al dios que les hiciese capturar la víctima que le sería agradable, emprendían la caza, sin armas de hierro, sólo con venablos de madera y con redes.
>
> Cuando cogían un toro, lo conducían a la columna y lo degollaban en su cima, como estaba prescrito. Después de haber efectuado el sacrificio con arreglo a sus leyes y consagrado todas las partes del toro, llenaban de sangre una crátera y rociaban con un coágulo de sangre cada uno de ellos; el resto lo arrojaban al fuego, después de haber hecho unas purificaciones alrededor de la columna (*Critias*, 119, 120).

La manera como cumplían este sacrificio prueba que este culto se remonta a la prehistoria; que, para matar el animal, los reyes se sirvieran no de las armas contemporáneas, sino del venablo y de la redecilla, atestigua su alta antigüedad. Que la captura estuviese reservada únicamente a los reyes es un detalle muy interesante: este rito se remonta a la lejana época en que los jefes de clan eran todavía intermediarios entre el hombre y la divinidad. Al principio la caza tenía por objeto la captura de los animales salvajes destinados a ser inmolados en sacrificio; hasta mucho más tarde los hombres no criaron especialmente los animales sagrados.

Este culto se remonta a un período y a un área de civilización anteriores a los que describe Platón. «Los atlantes eran campesinos y pastores»; ahora bien, el sacrificio del toro, tal como era practicado en Basileia, es característico de una época en que el hombre, exclusivamente cazador, no sabía todavía cultivar la tierra. Ya en tiempos del imperio atlante, esta ceremonia no tenía lugar más que cada cinco o seis años, y el honor de participar en ella estaba reservado únicamente a los «reyes». Es la prueba de que se trata allí de una tradición muy antigua, que se remonta a la Edad de Piedra, y aún era respetada en la Edad del Bronce.

Hauer fue el primero en sospechar que el sacrificio del toro practicado entre los atlantes no era otro que un rito indogermánico. Era paralelo al culto de la columna del mundo, que el cristianismo abolió en la época histórica.

Jung explica, a propósito de esto: «Impregnando de sangre la columna, los antiguos creían contribuir a la conservación del universo y apaciguar a los dioses». Encontramos este mismo culto entre cimbrios y teutones, y quizás igualmente entre los filisteos. En el primer libro de *Samuel* (VI, 10) el Antiguo Testamento menciona, en efecto, un sacrificio ofrecido por los filisteos que inmolaban vacas a sus dioses.

4. EL CULTO DEL FUEGO

Este culto, íntimamente asociado al de las columnas del mundo, era también practicado en la capital de los atlantes. En *Critias* (120), Platón «Cuando la oscuridad había llegado y el fuego de los sacrificios estaba enfriado, todos (los diez reyes), revestidos de muy hermosos vestidos de azul oscuro, se sentaban en el suelo, en las cenizas de su sacrificio sagrado. Entonces, de noche, después de haber apagado todas las luces alrededor del santuario, juzgaban y sufrían el juicio, si uno de ellos acusaba al otro de haber cometido alguna infracción».

Se trata, sin duda, del culto al fuego, común a todos los pueblos de raza aria. Arrojando al fuego los trozos del toro sacrificado sobre la columna, se espera restituir la fuerza al sol en su ocaso. El hecho de apagar una hoguera para encender otra nueva o el reanimar las cenizas es un rito característico del viejo culto germánico. Entre los germanos, el fuego sagrado tenía el nombre de «hnotfiur», palabra derivada del verbo «niuwan, hniotan», que significa frotar. En numerosas regiones de Germania, el uso requería que se frotasen dos trozos de madera para encender el fuego sagrado; en muchos casos, unos gemelos debían proceder a la operación.

Parece que ocurría lo mismo en el país de los atlantes. Platón escribe en *Critias* (114): «Allí nació (Poseidón) y engendró cinco generaciones de hijos varones y gemelos». Los diez reyes del imperio atlante eran los descendientes de estos gemelos, hijos de Poseidón y de Clito. En uno de los monumentos más antiguos de la religión germánica (los relieves rupestres de Kiwik, que datan de 1500 a. C.), un grabado muestra la ceremonia de encender el fuego sagrado por frotamiento de dos trozos de madera. Dos hombres, quizá gemelos, proceden a la operación. Unos músicos les acompañan. Aunque Platón no hace ninguna alusión, los atlantes no lo hacían sin duda de otro modo.

Sin embargo, está probado que, más tarde, en las regiones pobladas por los indogermanos era costumbre apagar los fuegos que quemaban alrededor de los lugares santos antes de que los sacerdotes encendieran otros nuevos.

5. LA INDUMENTARIA DE LOS REYES ATLANTES

Describiendo las ceremonias del culto atlante, Platón insiste sobre el hecho de que los «reyes», para esta circunstancia, se revestían «con muy hermosos vestidos de color azul oscuro. Administrada la justicia, llegado el día, esculpían las sentencias

sobre una tabla de oro, que consagraban en recuerdo, así como sus vestidos» (*Critias*, 120).

Por una feliz casualidad, las excavaciones efectuadas en Thorsberger Moor, en Schleswig-Holstein, antiguo lugar sagrado de los hiperbóreos, han permitido encontrar un manto idéntico; aunque data del siglo III d. C., Schlabow (que lo ha estudiado y reconstruido) declara que lo más curioso no es su longitud (2,36 m), sino el hecho de que el tejedor hubiese adoptado dos formas de tejido diferentes.

Prosiguiendo sus investigaciones, Schlabow adquirió la certeza de que este método era ya utilizado en las regiones nórdicas en la Edad del Bronce. Se creyó al principio que el abrigo descubierto en Thorsberger no era verde, sino azul. El examen radioscópico del tejido reveló que el color no estaba dispuesto de modo uniforme, sino repartido en cuadros, unos más claros, otros más oscuros. Según toda apariencia, se trata, pues, no de un abrigo ordinario, sino de una vestimenta de ceremonia; la disposición en cuadros lo hace suponer. Schlabow escribe a este propósito: «Por el corte y color, se parece a los abrigos reales de siglos ulteriores».

Habiendo demostrado Schlabow que los tejedores de la Edad del Bronce utilizaban ya un telar perfeccionado, podemos suponer que el abrigo encontrado en Thorsberger recuerda los que llevaban los diez reyes de los atlantes durante las ceremonias religiosas. El relieve de Kiwik nos muestra igualmente unos celebrantes llevando mantos largos; es precisamente lo que explica Platón cuando describe el sacrificio del toro sagrado por los diez reyes de los atlantes.

6. LA CRÁTERA SAGRADA

Este vaso desempeñaba, al parecer, un gran papel en las ceremonias religiosas de los atlantes; en el curso de la ceremonia estaba en el centro del círculo formado por los reyes. Lo empleaban para recoger la sangre del toro inmolado en la cima del *irminsul*. Después, tomándola en la crátera, bebían esta sangre; este rito simbolizaba la unión mística con el dios.

Estas cráteras tenían, sin duda, una significación particular para los hiperbóreos. Se han descubierto muchas en el área nórdica; algunas, magníficamente adornadas y decoradas, eran transportables sobre ruedas, como la encontrada en Pekkatel (Mecklemburgo). Sabemos igualmente que los cimbrios regalaron su crátera sagrada al emperador Augusto cuando enviaron una embajada a Roma, en el año 5 de nuestra era, para corresponder a la visita que les había hecho la flota romana mandada por

Tiberio. Asimismo está probado que los filisteos poseían vasos análogos en la época que el mar se tragó la Atlántida; se ha encontrado uno en Chipre. Fechado en 1200 a. C., es idéntico a los descubiertos en las regiones hiperbóreas.

En los relieves rupestres de Kiwik se ve una de estas cráteras colocada en medio de los oficiantes revestidos de largos mantos. Esta escena casi se confunde con la que describe Platón en *Critias* (120): «Luego, tomando sangre de la crátera con las copas de oro… bebían la sangre y entregaban las copas en exvoto en el santuario del dios».

Las excavaciones emprendidas en el área nórdica han ofrecido gran número de copas análogas. Dos de ellas merecen mención especial; de oro, están adornadas con cabezas de toros. Se las ha encontrado en Borgbjerg, en la isla danesa de Seeland, en la cima de una colina que en el origen comprendía tres terrazas, de diez metros de altura cada una, dispuestas en laberinto.

7. LA ESTATUA DE POSEIDÓN

He aquí lo que dice Platón:

> Colocaron allí unas estatuas de oro; el dios, en pie sobre un carro enganchado con seis caballos alados, era tan grande que la cima de su cabeza tocaba el techo. En círculo alrededor de él, cien nereidas sobre delfines; tal era su número, según se creía entonces (*Critias*, 116).

Estas precisiones relativas a la grandeza, al número y a la disposición de las estatuas de oro son exageraciones; hacen suponer que los escritores egipcios dieron a las estatuas de los atlantes las proporciones de las que adornaban los templos de su país. En esta época, en efecto, las efigies colosales de los dioses egipcios estaban revestidas de oro y adornadas con piedras preciosas. Asimismo, los santuarios egipcios estaban atestados de una multitud de estatuas. Y sin embargo, si creemos a los relieves rupestres de Kiwik, y eliminamos la exageración, parece que el templo de Poseidón era tal como lo describió Platón.

Los grabados de Kiwik muestran a un dios de pie sobre un carro y conduciendo un atalaje; detrás se ve un delfín flanqueado por dos caballos e, inmediatamente debajo, unas siluetas vestidas con largos vestidos. La analogía entre la decoración de la sepultura nórdica y las figuras descritas por Platón es innegable; y mejor todavía, la imagen de Poseidón montado en un carro enganchado con seis caballos que se ve sobre los relieves de Kiwik es anterior en tres siglos a la desaparición de la Atlántida.

¿Qué representa? Los arqueólogos están de acuerdo en reconocer que se trata de una divinidad solar: dios conduciendo el carro del sol por el camino del cielo. Una

antigua superstición ve en el crepúsculo la huida del carro del sol; llegada la noche, los delfines ocupan el lugar de los caballos que le tiraban durante el día y lo llevan hacia el este, donde el sol reaparecía. Los caballos son el atalaje diurno, los delfines el nocturno.

Esto es tanto más verosímil cuanto que, en la piedra de Kiwik, delfines y caballos están representados unos junto a otros. Quizás incluso las siluetas vestidas con largos trajes que se distinguen debajo de los caballos y del delfín representan las nereidas mencionadas por Platón.

Numerosos dioses griegos tenían, en efecto, una escolta femenina: Atlas y las hespérides, Helios y las helíades, etc. Más tarde, los dioses germanos los imitaron: Wotan y las valquirias, Donar y las isidas, Balder y las ninfas. Las leyendas de Frisia septentrional hablan de muchachas que salen del mar y desaparecen, las sirenas que habitan un palacio de vidrio; se transforman en cisnes, encantan a los pescadorcillos y lloran a los ahogados. Pues bien, parece que hay una relación entre los cisnes y las nereidas, cuyas estatuas rodeaban la de Poseidón.

Las esculturas y los bajorrelieves de la sepultura de Kiwik prueban que todos los detalles enumerados en la relación de la Atlántida: culto del fuego, existencia de una crátera sagrada, una estatua de Poseidón montado sobre un carro arrastrado por unos caballos alados, escolta de delfines y de nereidas, corresponden a una «realidad» religiosa nórdica. De ahí a suponer que los grabados de Kiwik perpetúan una ceremonia que tuvo lugar antiguamente en Basileia, no hay más que un paso. ¿Quizá el muerto para el cual se edificó la tumba de Kiwik era uno de los diez reyes que, cada cinco o seis años, participaban en la gran asamblea de los atlantes?

El Antiguo Testamento también habla de las estatuas que adoraban los filisteos: «Destruisteis todos sus ídolos de fundición» (*Números*, XXXIII, 52); otros pasajes narran que los filisteos colocaban en sus templos, en Gaza y en Asdod, estatuas representando su dios bajo una apariencia humana; esta divinidad es denominada con el vocablo semítico «dagon», que significa: «dios pez». Una comparación más se impone entre el «dagon» de que nos habla la Sagrada Escritura y el «dios llevando un pez» cuya silueta está grabada en los bajorrelieves de Kiwik. A esta conclusión llega Hitzig, el especialista de la civilización filistea.

En resumen, teniendo en cuenta las exageraciones imputables a los copistas o a los sacerdotes egipcios, a Solón o a Platón, el hecho está ahí, indudablemente: el relato de la Atlántida tiene por origen una tradición real y digna de fe.

8. EL TEMPLO DE POSEIDÓN

Según Platón, el templo de Basileia tenía una «apariencia bárbara» (*Critias*, 116). Por «bárbara», Platón quiere decir que el santuario presentaba un aspecto diferente al de los templos griegos o egipcios. Medía 185 metros de longitud por 92 de ancho y su «altura estaba proporcionada». Utilizados en profusión, el oro, la plata y el ámbar decoraban el interior y el exterior. A primera vista, semejante riqueza desconcierta y se cae en la tentación de pensar que Platón la ha inventado por las necesidades de la causa. Sin embargo, la antigüedad germana menciona la existencia de otros santuarios cuya opulencia no es menos fantástica. La leyenda frisona dice del templo de Fósiles que era «de una grandeza maravillosa» y «decorado de oro y piedras preciosas esparcidas en abundancia». A propósito del mismo templo de Fósiles, las Edolas narran que «sus muros, sus columnas y sus pilares eran de oro rojo y su techo de plata», que la capilla de Thor estaba cubierta de placas de oro incrustadas de piedras preciosas y rodeada de un recinto del mismo metal. Por último, según el profesor Atto Huth, especialista en prehistoria germana, «la torre de ámbar» de la leyenda (que remonta al menos al siglo II a. C.) presentaba tres pisos: el primero, de cobre; el segundo, de plata, y el tercero, de oro puro. No se puede, pues, rechazar la narración de la Atlántida bajo pretexto que se trata de una fábula; se apoya en un mito germánico que se ha perpetuado hasta nuestros días.

Otra precisión no menos importante: Platón narra que el templo de Basileia estaba cubierto de oricalco. Pavimentos, plafones, columnas y muros resplandecían con el brillo del ámbar, «oro del norte». Como ya hemos visto, los atlantes lo extraían de numerosos lugares de su isla. Que esta descripción sea acorde con la realidad está atestiguado por la comparación siguiente: Homero (lo veremos ulteriormente) describe también la isla de los atlantes (su fuente de información es anterior a la de Platón) y la vivienda de Alcínoo: «resplandeciente como los rayos del sol y brillante como el brillo de la luna», que se levantaba en la cercanía del templo de Poseidón. Sin duda, se trata de la «sala de los muros cubiertos de ámbar», designados por las expresiones «castillo de ámbar», «torre de ámbar», de las leyendas frisias que recuerdan la existencia, en Basileia, de un templo consagrado a Poseidón. En la leyenda, este santuario desaparecido era la residencia de los muertos y de las almas de los difuntos. Para los frisios, este templo se encontraba bajo las olas, no lejos de Heligoland, y para los viejos lituanos, «la isla de ámbar donde habitan las almas» estaba situada en el océano, en dirección a Occidente. Por último, la crónica de Nennius, redactada en Inglaterra en el siglo IX de nuestra era, menciona muy adentro del mar la existencia de una «torre de ámbar que se levanta sobre una isla, residencia de los muertos». Todas estas leyendas y crónicas concuerdan sobre un punto: la torre estaba coronada por un *irminsul* o columna del cielo.

Más extrañas son todavía las tradiciones que precisan que la torre de ámbar estaba rodeada de tres círculos de agua; era el caso de Basileia. Es, pues, verosímil que el

templo de Poseidón y la torre (o el castillo) de ámbar medieval no sean más que un solo y mismo monumento; su recuerdo está perpetuado a través de las leyendas y tradiciones germánicas.

Huth cree que la torre tenía la forma de pirámide truncada, con tres pisos superpuestos, terminada por una plataforma que sostenía la columna del cielo; esta clase de construcción tenía por modelo la «montaña celeste», monumento característico de las civilizaciones megalíticas.

Por tanto, es probable que el santuario de Basileia fuese edificado en el Neolítico; es lo que parece resultar de la presencia de dólmenes y menhires en Schleswig-Holstein contemporáneos de la construcción en Basileia por los hiperbóreos. El templo de Poseidón, santuario supremo, estaba coronado por un gigantesco *irminsul*.

Se han encontrado muchos monumentos semejantes en el área nórdica: el Borgbjerg, cerca de Boeslunde, sobre la isla danesa de Seeland, por ejemplo. De forma cuadrada, presenta tres terrazas de diez metros de alto y tres metros y medio de lado; se han descubierto en este túmulo vasos de oro y copas que, sin duda, servían en el momento del sacrificio de la sangre. El pasaje del Antiguo Testamento donde Jehová pone en guardia al pueblo de Israel contra «las columnas y las alturas sagradas» de los filisteos, parece indicar que, después de haber invadido el Medio Oriente y de haberse instalado en Palestina, los atlantes hiperbóreos continuaron adorando a sus dioses, a los cuales ofrecían toros en holocausto.

Todo lleva igualmente a creer que el templo de Basileia encerraba una o más manzanas de oro; las viejas leyendas germanas narran que en la cima de la «torre de ámbar una hija del rey tenía una manzana de oro en las manos». Homero habla también de ello y las antiguas tradiciones griegas recuerdan que «las hespéridos vigilaban sobre los frutos que otorgaban la inmortalidad» en el país de los hiperbóreos, cerca del Erídano; allí se encontraban la región del ámbar y Atlas, que sostenía el mundo con sus manos. Una pintura sobre un vaso, de origen griego, representa a Atlas tendiendo una manzana de oro a Hércules. En las Ed-das, el lugar donde son conservadas las manzanas de Idun, es Asgard, al borde de «glasir lundr», el bosque de ámbar; «los dioses, al envejecer, las comían y volvían a la juventud». Para los celtas, la isla del ámbar lleva el nombre de Avalum, «la isla de las manzanas». Plinio el Viejo narra a su vez que Piteas llamaba «Abalus» a Basileia; se trata, sin duda, de la palabra celta «avalum» latinizada. Más próximo a nosotros, el cronista inglés William de Malmesburry llama a la isla del ámbar «ínsula Avalloniae», expresión que traduce él mismo por «isla de las manzanas», y cuenta que el constructor del «castillo de ámbar estableció sobre esta isla un magnífico vergel; en él se cosechaban las manzanas que aseguraban a los hombres la inmortalidad». Otras leyendas celtas confirman esta denominación y precisan que el suelo de esta isla guardaba los restos del rey Arthur, en espera del día de la resurrección.

A decir verdad, en ninguna parte, en la narración de la Atlántida, Platón hace

alusión a las manzanas de oro; en cambio, las leyendas griegas hablan de Atlas guardando estas frutas en una isla del océano septentrional, en el país habitado por los hiperbóreos. Esta isla no puede ser otra que Basileia.

9. JUEGOS Y DIVERSIONES DE LOS ATLANTES

El relato de la desaparición de la Atlántida habla de la existencia, en Basileia, de campos de deportes y de palestras, de baños situados en la proximidad de los manantiales dedicados a Poseidón, sobre la colina central, de gimnasios, estadios y circos donde se desarrollaban carreras de carros. También en esto, a primera vista, se podría acusar a Platón de haber exagerado, pero la verdad es que, en el área nórdica, existían, en la Edad del Bronce, lugares de reunión. La muchedumbre acudía a ellos para asistir a las carreras y a las competiciones deportivas. Disponemos igualmente del testimonio de Homero; no solamente el aeda confirma en sus detalles la descripción de Platón, sino que describe una competición de atletas en el estadio de Basileia.

Entre otros estadios de la Edad del Bronce que se han conservado hasta nosotros, mencionamos el tan conocido de Stonehenge. Schuchhardt escribe: «A un cuarto de hora de marcha del pueblo de Stonehenge, se levanta una muralla. Muy larga y muy estrecha, se extiende de este a oeste, casi en línea recta; de dos mil setecientos metros de longitud y ciento diez de anchura, salvo en las dos extremidades, se presenta bajo el aspecto de un amontonamiento de tierra precedido de un foso y ofrece las mismas características que el recinto circular de piedra de Stonehenge. La he visto el 16 de septiembre de 1910. A algunos centenares de metros al noroeste existe otra, de la misma forma pero más pequeña. Sólo está conservada la parte oeste; mide trescientos sesenta metros de longitud y cuarenta y cinco de anchura. Los ingleses les han dado el nombre de “cursus”; creen que los que las edificaron las utilizaban como campos de carreras. Me trasladé al lugar y examiné las dos murallas y los fosos con el más grande escepticismo; observé todas las posibilidades, buscando saber por qué y cuándo estos amontonamientos habían sido construidos. En definitiva, me adhiero a las conclusiones de los arqueólogos ingleses: se trata de campos de carreras; la elección del emplazamiento y la forma del recinto lo prueban sin duda posible. Las dos extremidades están ligeramente elevadas —ciento ocho metros de altura—, mientras que el centro del circo está a ochenta metros únicamente del nivel del mar. Gracias a esta disposición, los espectadores dominaban toda la extensión del terreno y

los conductores podían demostrar su habilidad en las subidas y bajadas. Estos inmensos estadios estaban destinados a las carreras de carros y de caballos; en la Edad del Bronce, la equitación y la conducción de carros eran muy apreciadas». Los grabados rupestres descubiertos en Bohuslän y en Schonen lo atestiguan. Señalemos de paso que los carros nórdicos estaban mucho más perfeccionados que los más antiguos vehículos encontrados en las excavaciones efectuadas en el sur y este de Europa. En definitiva, caracterizado por sus dimensiones colosales y por su vasta extensión, el campo de carreras de Stonehenge no es, pues, la réplica nórdica de un estadio griego, sino un monumento original y «autóctono».

De todo esto resulta que en la Edad del Bronce los hiperbóreos tenían un gran adelanto en materia de atletismo y de juegos públicos. Cuando, expulsados de su país por la catástrofe de 1200 a. C., invadieron Grecia, no encontraron en Olimpia, tan célebre más tarde, más que una miserable aldea. Habiéndola destruido, construyeron sobre las ruinas un vasto santuario dedicado a Apolo, dios que recordaba al Poseidón de Basileia, y un templo consagrado a Oronos; éste era el hermano de Atlas, fundador del reino de los atlantes. A imagen de los que existían en su patria, los hiperbóreos edificaron el famoso estadio de Olimpia; los cronistas griegos precisan que fue establecido por «los hombres de la raza de oro», locución que designa a los atlantes. Hablando del árbol sagrado de Olimpia, cuyas ramas sostenían las coronas destinadas a los vencedores, que un muchacho cortaba con un cuchillo de oro, la leyenda griega indica «que Hércules lo había llevado del país de los hiperbóreos y levantado en Olimpia». Asimismo, en los vasos con decoración geométrica hechos por los descendientes de los conquistadores del año 1200 a. C., se ven carreras de carros y encuentros de atletismo, claras alusiones al espíritu deportivo introducido en Grecia por los atlantes. Carreras de caballos y competiciones deportivas son «productos de importación» de origen nórdico; los terrenos de juego de Basileia y el estadio de Olimpia tienen un origen común. El espíritu olímpico no nació en Olimpia, sino en Basileia, donde los atlantes competían entre sí y probaban, en la arena y sobre el estadio, su fuerza y su valor.

Homero, muerto mucho antes de que existiese el estadio de Olimpia, habla de Basileia y de sus campos de juego; canta en versos imperecederos el ardor caballeresco de los luchadores atlantes.

V. CONCLUSIÓN

1. ¿QUIÉN ES EL AUTOR DE LA VERSIÓN ORIGINAL DEL RELATO DE LA ATLÁNTIDA?

Las búsquedas a que hemos procedido han probado que las revelaciones de Platón concuerdan con los hechos históricos y geológicos y con todo lo que sabemos de la religión y de las creencias de la antigüedad.

Los estudios recientes atestiguan que en la época en que los hombres utilizaban el cobre y el estaño, pero conocían ya la existencia del hierro, una espantosa catástrofe (calor tórrido y sequedad precedidos de terremotos y de inundaciones) puso fin a un período climático y señaló el principio de otro, más frío y más rudo. Asimismo, la historia nos enseña que en esta misma época, procedente del norte, se produjo una emigración o más bien una invasión; los conquistadores atravesaron Europa y Asia Menor y devastaron los países del oeste mediterráneo antes de detenerse en las fronteras de Egipto.

Por otra parte, los descubrimientos arqueológicos prueban que la ciudad de Atenas, de acuerdo con lo que dice Platón, resistió victoriosamente y llegó a preservar su independencia y su libertad. Inscripciones y bajorrelieves contemporáneos precisan que el grueso de los invasores venía de los países del septentrión (*Kataborros*) y que los inmigrantes eran aliados de los libios y de los tirios; se lee igualmente que numerosas islas situadas «en los límites del mundo», y entre ellas Basileia, la capital de los atlantes, fueron borradas de la superficie del globo por una colosal marejada. Asimismo queda demostrado que las precisiones de Platón relativas a la existencia, cerca de Basileia, de una isla formada de rocas rojas, negras y blancas descansan sobre datos precisos, igual que los que se refieren al emplazamiento de la colina sosteniendo el templo y la acrópolis y a la situación de la isla donde los habitantes extraían el ámbar y el cobre maleable. Además, no se puede negar que, después del cataclismo, la región cercana a Basileia no hubiera quedado transformada en «un mar de limo» y que depósitos y aluviones no hubiesen interrumpido la comunicación con el mar. Por último, lo que la prehistoria nos enseña sobre el área de la civilización nórdica parece confirmar las indicaciones de Platón en materia de organización civil y militar del imperio atlante. Los relieves rupestres de Kiwik, entre otros, muestran que en la Edad del Bronce los pueblos del área nórdica adoraban un dios montado sobre un carro, escoltado por delfines y nereidas, y una

columna levantada en el centro del santuario principal, y que practicaban el culto del fuego, sacrificaban toros sagrados y decoraban sus templos con ámbar. Estos cultos y estos ritos, idénticos a los de los germanos de los siglos posteriores, se han perpetuado hasta nosotros en la leyenda y en la tradición.

Entre estos detalles, los hay demasiado exactos para no haber sido consignados o narrados por testigos oculares. El que primero habló de las rocas rojas, negras y blancas de Heligoland, de la distancia que separaba la colina de Basileia del mar y de la existencia de yacimientos de ámbar y de cobre era ciertamente un atlante. En fin, el hecho que tuviese conocimiento de ceremonias tan raras y tan exclusivas como era el sacrificio del toro sobre el *irminsul* hace suponer que este testimonio no era otro que uno de los diez reyes de Basileia.

Sobre los bajorrelieves de Medinet-Habú, Ramsés III precisa que, entre los prisioneros hiperbóreos —«eran cien mil, tan numerosos como los granos de arena de las playas»—, figuraban los diez «reyes», sus jefes. Asimismo, una escultura del mismo monumento representa a Ramsés III manteniendo encadenados a los príncipes hiperbóreos y unos escribas anotando las declaraciones de los cautivos. ¿Quién sabe si los conocimientos de los sacerdotes egipcios referentes al reino de los atlantes y a su destino no tenían por origen las declaraciones de estos prisioneros? Es lo que da a entender un pasaje de *Timeo* (109), en el que se lee: «Nuestros escritores exponen cómo vuestra ciudad aniquiló antiguamente a una potencia extraordinaria que invadía a la vez toda Europa». Si esta hipótesis es exacta, los textos egipcios tendrían por punto de partida los interrogatorios de los cautivos atlantes. Esta suposición está confirmada también por otra prueba: las inscripciones egipcias mencionan nombres que, evidentemente, han sido tomados de las lenguas indogermanas; las que designan los pueblos enemigos, por ejemplo, o la palabra «mxts», que el egiptólogo inglés Cárter tradujo por «atormentado», y que no es un vocablo egipcio. Además, los numerosos errores que hemos señalado (año en lugar de mes, entre otros) demuestran que el texto original no estaba redactado en egipcio y que su traducción debió plantear problemas difíciles a los copistas.

Todos los papiros que narraban la victoria alcanzada por los egipcios sobre los invasores estaban conservados en los archivos de los faraones; estos archivos se iniciaron, al parecer, bajo el reinado de Tuthmosis II (1500 a. C.). El relato de las hazañas de las tropas de Ramsés III fue grabado, además, sobre los muros y sobre las columnas de los templos edificados por orden de este soberano en Sais y en Medinet-Habú. Más tarde, bajo el reinado de Psamético I, los sacerdotes de Sais copiaron estas inscripciones y consultaron los archivos reales. ¿Quizás aprovecharon para completar el texto y embellecerlo? Cuando Solón estuvo en Sais, al oír contar por boca de los sacerdotes los heroicos hechos de los atenienses, sus compatriotas, es probable que les pidiese la traducción al griego de los escritos de que disponían; él mismo tenía la intención de servirse de la versión griega para componer un poema épico. Sin embargo, a pesar de los errores, de las adiciones y de las alteraciones que, en el curso

de los siglos, se han incluido en el texto original, todo hace pensar que el relato primitivo procede de las riberas del mar hiperbóreo; se remontaba al siglo XII a. C. Finalmente, las numerosas precisiones que figuran en la narración de Platón parecen indicar que el primer redactor del relato de la destrucción de la Atlántida fue uno de los diez reyes de los atlantes, y que quizás había habitado antaño la acrópolis de Basileia.

2. HIPÓTESIS RELATIVAS A LA CRONOLOGÍA Y A LA SITUACIÓN DE LA ATLÁNTIDA

Una vez probado que el relato de Platón tiene como punto de partida un acontecimiento histórico que se remonta al siglo XIII a. C. y que la Basileia platónica se confunde con la de Piteas de Marsella, ¿carecen de validez todas las hipótesis relativas al emplazamiento de la Atlántida y a la fecha de su desaparición?

Entre las más recientes, mencionaremos las que identifican la Atlántida con:

1. Tartessos.
2. Las Azores.
3. La región de Tanezruft, en el Sahara.
4. Creta.

Adolf Schulten, autor de la primera, ha publicado desde 1922 numerosos libros sobre Tartessos, puerto y emporio situado en la desembocadura del Guadalquivir. Según él, la ciudad sería una fundación etrusca del siglo XI a. C.; su existencia está mencionada por primera vez por el profeta Isaías, en 740 a. C., y numerosos escritores de la antigüedad han hecho alusión a ella. Schulten afirma que la ciudad fue destruida hacia el año 500 a. C. por los cartagineses, que temían su competencia comercial. Estima que los autores después del 500 confundieron Tartessos con Gades[3], la actual Cádiz, o que sus informes carecen de fundamento histórico.

Para justificar su tesis, Schulten cita un pasaje de *Critias* (114) donde se dice: «El hermano de Atlas (*Gadiros*) obtuvo en el reparto la extremidad de la isla, del lado de las columnas de Hércules, enfrente de la región llamada hoy Gadirique, según este lugar». Schulten ve en esta frase «la prueba irrefutable de que la Atlántida estaba

situada en España». Enumera muchas comparaciones análogas e intenta, de esta forma, transformar su hipótesis en certeza. En cuanto a la desaparición de la Atlántida en el mar, tal como es narrada por Platón, la califica «de fábula poética destinada a disfrazar el hecho de que Tartessos fue destruida por los cartagineses, que veían en ella una rival». Todo lo que no se ajusta a su teoría, lo rechaza; se trata de «mito», de «invasión», de «fantasías», términos que en su espíritu se aplican lo mismo a la catástrofe climática, y a la emigración de los atlantes a través de Europa y Asia Menor, que a la lucha heroica conducida por los atenienses contra el invasor.

Como es natural, Schulten ha tenido discípulos entusiastas. Uno de ellos, Jessen, escribió, por ejemplo: «La identificación de Tartessos con la Atlántida es la misma evidencia». Henning igualmente se une a esta opinión.

Sin embargo, numerosos hechos se oponen a esta argumentación:

1. Schulten pretende ignorar, contrariamente a lo que escribió Platón, que Solón llevó a Grecia el relato de la desaparición de la Atlántida que le habían hecho los sacerdotes egipcios. Esta afirmación de Platón está atestiguada por Proclo, por Plutarco y por numerosos escritores antiguos; además, está confirmada por los hechos. Sabemos que Solón llegó a Egipto en el año 570 a. C. A su vuelta, llevó a Atenas la noticia de la destrucción de la Atlántida, que se había producido mucho tiempo antes; como consecuencia de la marejada que la sumergió, la región próxima a Basileia había quedado cubierta por el océano. Pues bien, según Schulten, Tartessos habría sido destruida por los cartagineses en el 500 a. C., o sea setenta años después de la visita de Solón a Egipto. ¿Cómo, en estas circunstancias, Solón habría oído hablar de ello? Además, ¿cómo explica que los pasajes de Basileia habían sido transformados en mar de cieno y que la destrucción de Tartessos provocase una emigración comparable a la invasión de los pueblos atlantes? Entre la desaparición de Tartessos y la de la Atlántida no hay, por tanto, ninguna relación.
2. Schulten quiere ignorar que la Atlántida, país que correspondió a Atlas, hijo primogénito de Poseidón, no tenía nada que ver con la Gadirique, región donde reinaba el hermano de Atlas, Gadiros. ¿Cómo la Atlántida y la Gadirique podían encontrarse en el mismo lugar? Además, identificar Gades con Gadiros es una afirmación gratuita, tanto más cuanto que Gades fue fundada un siglo después de la desaparición de la Atlántida.
3. Todo lo que Schulten califica de «mitos», de «invenciones» y de «fantasía»: emigración de los hiperbóreos, lucha de Atenas, etc., está atestiguado por hechos históricos y acontecimientos que se produjeron

al principio de la Edad del Hierro.

4. Platón precisa que la Atlántida comprende islas y partes del continente, «al norte». Pues bien, Tartessos se encontraba al oeste de Egipto y de Grecia.
5. En la época de Platón, Tartessos, contrariamente a lo que pretende Schulten, existía perfectamente; después de su pretendida destrucción (500 a. C.), el Antiguo Testamento y numerosos escritores griegos y romanos la mencionan; es demasiado fácil negarlo calificando estas alusiones «de anacronismos» y de «confusiones».
6. Siempre según Schulten, Tartessos habría sido fundada en 1100 a. C. por unos habitantes de Tyrso, ciudad del Asia Menor; no se trata, pues, de la ciudad real de los atlantes, ya que aquélla desapareció un siglo antes. Las inscripciones del templo de Medinet-Habú lo atestiguan. Los habitantes de Tyrso no tenían, pues, nada de común con los hiperbóreos de los bajorrelieves de Medinet-Habú.

En resumen, se impone una conclusión: la tesis de Schulten es una construcción del espíritu, una utopía desprovista de fundamentos históricos, geográficos y arqueológicos.

La segunda hipótesis tan frecuentemente expuesta en el curso de estos últimos años quiere que la Atlántida estuviese situada en los parajes de las Azores; estos vestigios existirían en el mar, a 3000 m de profundidad. El primero que formuló esta suposición fue el jesuita Athanase Kircier, en 1665; más tarde, en 1785, el francés Cadet renovó esta tesis y pretendió que las islas Azores y Canarias eran restos del continente atlante desaparecido. Luego encontró grandes partidarios en las personas del norteamericano Donelly y del inglés Egerton Sykes.

Pero los datos geográficos y oceanográficos demostraron que se trata de una imposibilidad material. Los fondos que bordean las Azores han sido objeto de estudios, a los que el oceanógrafo americano M. Eving dedicó diez años. Las múltiples muestras de suelo llevadas a la superficie atestiguan que los terrenos que constituyen el fondo del mar fueron sumergidos hace al menos 20 millones de años; después de la aparición del hombre sobre la tierra, no han emergido jamás.

Asimismo, los estudios a que se dedicó el geólogo alemán Hartung prueban que, en estas regiones, el nivel del océano no ha variado prácticamente después del fin de la era glaciar; la presencia, en las costas de las Azores, de bloques erráticos —gneis y granito— llevados por icebergs desde las regiones nórdicas y árticas de las épocas de glaciación máxima, lo atestiguan. En estas condiciones, lo mismo si se admite que la Atlántida estaba situada en la cercanía de las Azores o de las Canarias, no se comprende cómo el nivel de los mares habría podido elevarse ¡tres mil metros! Por

múltiples razones, hay que rechazar, pues, esta tesis; es imposible que en la Edad del Bronce un poderoso imperio se desarrollara en el archipiélago de las Azores.

Otra hipótesis, expuesta por el etnólogo francés Henri Lhote, coloca la Atlántida en la parte del Sahara, conocida con el nombre de Tanezruft; Lhote ha descubierto allí pinturas y grabados rupestres, pruebas de la existencia en estas regiones de una civilización sahariana prehistórica. Una cosa es en todo caso cierta: no se ha dicho la última palabra sobre las relaciones que existían verosímilmente entre esta civilización y la civilización atlante. El propio Platón declara (*Critias*, 114; *Timeo*, 25) que, de Libia a la frontera egipcia, una parte del África del Norte sufría la influencia atlante. Numerosos elementos históricos parecen confirmar esta teoría.

Los documentos egipcios posteriores a la mitad del tercer milenio a. C. hablan de una invasión de los Tuimah en el África del norte, los cuales habrían sometido a los Tehem, pueblo emparentado con los egipcios. Pues bien, Tuimah significa «país del norte»; para escribirlo, los egipcios se servían del ideograma que designaba la isla, o del jeroglífico que representaba un barco, idéntico a las ruinas nórdicas que representaban los mismos conceptos. En todos los relieves egipcios y, en particular, en los del tercer milenio a. C., los Tuimah son hombres de piel blanca, con cabellos rubios y ojos azules. Aludiendo al ataque combinado lanzado contra Egipto por los hiperbóreos y los libios, Ramsés III precisa en las inscripciones de Medinet-Habú; «Los Tuimah se han reagrupado». G. Moller ve en ellos unos emigrantes llegados de Europa por las Columnas de Hércules. Estos Tuimah habrían levantado en África del Norte y lejos, en el interior del Sahara, innumerables monumentos megalíticos (dólmenes y galerías cubiertas) —se habla de 50 000— de aspecto, estructura y arquitectura idénticos a los de las tumbas y alineamientos de Europa que, por la forma y ornamentación, recuerdan las cerámicas encontradas en las galerías cubiertas del área nórdica. Los Tuimah eran marinos, ganaderos de caballos y bueyes; la misma técnica pictórica, caracterizada por el empleo de los mismos motivos (ruedas del sol, huellas de pies, círculos concéntricos, esvásticas, etc.) que las pinturas y grabados del sur de Suecia, por ejemplo. Las inscripciones egipcias clasifican los Tuimah entre los hiperbóreos; junto a los atlantes, participan en la campaña contra Egipto en el siglo XIII a. C. Por último, los Tuimah se vanagloriaban, también, de ser descendientes de Poseidón, al que «adoraban desde el origen de los tiempos». Veneraban a Atlas, practicaban el culto de las columnas del cielo y, al igual que los celtas y los germanos de los siglos posteriores, recurrían a las pitonisas. Como los atlantes, poseían carros de guerra conducidos por un cochero subido, no como entre los egipcios en el mismo carro, sino en la lanza del mismo; es igualmente lo que enseñan las pinturas rupestres escandinavas. Finalmente, llevaban armas de bronce: espadas de un solo filo y escudos redondos, análogos a los de sus aliados, la misma vestimenta, el mismo peinado (corona de cañas) y la trenza lateral.

Los escritores griegos posteriores aseguran que los libios eran rubios; *Xanthos Libyos* (libio rubio) era una expresión de uso corriente. Luciano, por ejemplo, cuenta

que César declaró que había visto menos rubios en el Rin que en Libia. Actualmente, todavía se encuentran en África del Norte numerosos rubios con los ojos azules, descendientes de los Tuimah, contemporáneos de Ramsés III; hay quien los hace descender de los vándalos, lo que es poco probable dada la escasez numérica de los efectivos vándalos. Por otra parte, la invasión vándala se produjo cerca de tres mil años después de la llegada de los «libios rubios» en el continente africano.

Todo esto confirma los datos de Platón: Libia era una colonia atlante, pero jamás fue la propia Atlántida.

Varias veces, tanto en *Timeo* como en *Critias*, Platón repite que la Atlántida se encontraba allende las Columnas de Hércules, en el Océano del Norte, y que su capital estaba construida sobre una isla sumergida por un golpe de mar. No puede, por tanto, tratarse del Tanezruft, situado a casi mil kilómetros de la costa más próxima y al sudoeste de Egipto. Sin embargo, aunque es posible que las pinturas y grabados rupestres descubiertos en esta región por Henri Lhote hayan sido obra de los atlantes, no prueban que el Sahara haya sido la cuna de la raza atlante.

W. Brandenstein últimamente ha resucitado la tesis de la identidad de Creta y la Atlántida, expuesta ya en 1921 por el geólogo norteamericano E. S. Balch.

Una vez más, recordemos este pasaje de Platón: «La Atlántida [se encontraba] delante de ese pasaje que llamáis las Columnas de Hércules» (*Timeo*, 24) o, dicho de otro modo, allende el estrecho de Gibraltar; mientras que Creta está situada en el «mar interior», el Mediterráneo. Asimismo se extraían del suelo de la isla de los atlantes el cobre y el ámbar, materias inexistentes en Creta. ¿Cómo, por otra parte, los cretenses, pequeño grupo más que pueblo, habrían podido invadir Grecia y el Asia Menor? Los atlantes poseían además numerosos carros de combate y una poderosa caballería, cosas que jamás tuvieron los cretenses. De acuerdo con las concepciones geográficas de los contemporáneos de Solón, la Atlántida se encontraba «en los confines de la tierra», con respecto a Egipto, el cual no es el caso de Creta, situado en el centro de un mar surcado por naves griegas y egipcias. Después del cataclismo que sumergió Basileia, se formó, según sabemos, «un mar de cieno» infranqueable. ¿Habría sido así si la Atlántida hubiese sido Creta? Describiendo esta isla, Platón precisa, por el contrario (*Critias*, III): «El fondo marino que la rodea es por todas partes de una gran profundidad»; además, incluso al comienzo de la época minoica, los cretenses mantenían relaciones marítimas con todos los países vecinos. Homero lo confirma en la *Odisea* y explica que los vientos favorables permitían a los navegantes trasladarse en cuatro días desde Grecia a las costas egipcias. Por último, ¿por qué si los atlantes habían sido los cretenses, habrían intentado invadir Egipto pasando por Asia Menor, Siria y Palestina?

En conclusión, la hipótesis que hace de Creta la cuna de la raza atlante es demasiado contraria a los datos históricos y geográficos para ser verosímil.

TERCERA PARTE:

LEYENDAS Y TRADICIONES

I. ROMERO Y LA ATLÁNTIDA

1. VALOR HISTÓRICO DE LOS POEMAS HOMÉRICOS

Ya en la antigüedad, numerosos comentadores de la *Odisea* se esforzaron en identificar los lugares en que Homero sitúa las hazañas y las aventuras de sus héroes. Se creía que Homero, al cual se atribuían entonces conocimientos casi universales, había cantado sucesos reales y descrito paisajes auténticos. Islas y ciudades se disputaban el honor de haber visto nacer al poeta, de haber sido la patria de Circe, de Calipso, de los Cíclopes o de los feacios.

Más tarde, los pensadores griegos renunciaron a toda localización. En el año 210 a. C., Eratóstenes tuvo esta ocurrencia: «Que el que intente buscar los lugares visitados por Ulises encuentre primero al guarnicionero que cosió el odre de Eolo». Si Eratóstenes se mostraba tan escéptico era porque creía que Homero había inventado todos sus relatos.

Durante siglos, su opinión prevaleció. Es más, hace 150 años, se ponía en duda no sólo la autenticidad de los hechos cantados por Homero, sino la existencia misma del poeta. Se dividieron los cantos de la *Ilíada* y de la *Odisea* en innumerables poemas que se atribuyeron a otros tantos autores y que se fecharon de manera arbitraria. El poeta único fue sustituido por una multitud de rapsodas, y Homero y sus obras fueron relegados al dominio de la leyenda.

Luego, es cierto, se ha hecho marcha atrás. Un admirador fanático de Homero, Henri Schliemann, convencido del origen histórico de los cantos homéricos, juró suministrar la prueba. Estaba asimismo convencido de que la *Ilíada* y la *Odisea* no eran, como algunos sostenían, colecciones de obras atribuidas a diferentes poetas, sino obra de un solo autor. De esta forma, desafiando los sarcasmos de los sabios contemporáneos y el escepticismo de los filólogos, Schliemann tuvo confianza en Homero y determinó, por medio de sus excavaciones, que los poemas homéricos descansaban sobre bases auténticas. Rehaciendo la ruta descrita por Homero desde el punto de desembarco de los aqueos, intentó encontrar los restos de Troya. Pronto pudo convencerse de que, contrariamente a la opinión del mundo culto y a la tradición, Troya se encontraba no cerca de Bumarbashi, sino bajo el montículo de Hissarlik. Todo el mundo se burló de él y los arqueólogos lo trataron de loco, reprochándole el tomar la descripción de Homero al pie de la letra. Y Schliemann no sólo descubrió Troya, sino que desenterró los restos de los templos y palacios, gloria

de la antigua Ilion.

El triunfo de Schliemann fue al mismo tiempo el triunfo de Homero. Al día siguiente se había convertido en el «grande, el único, el inolvidable Homero», el «más grande poeta de todos los tiempos».

Consideradas hasta entonces como invenciones, productos de la fantasía y de la ficción, sus obras se revelaron como documentos históricos. El cambio de opinión fue tan completo que uno de los principales historiadores contemporáneos, Friedrick Schachermeyr, declaró: «Las epopeyas homéricas pueden y deben ser utilizadas como fuentes; aparte de los episodios inventados o de acontecimientos más o menos deformados, contienen preciosas referencias sobre lo que fue la civilización micénica».

En el presente capítulo nos confiaremos al saber y a los escrúpulos de Homero y pondremos en él toda nuestra confianza. Haciéndolo así, seguiremos las huellas de Schliemann, el primero en demostrar que las descripciones de Homero correspondían efectivamente a la realidad.

2. LA ATLÁNTIDA Y LA ISLA DE LOS FEACIOS

Ya el arqueólogo sueco Clof Rudbeck había notado la extraordinaria similitud entre la descripción de la ciudad real de los atlantes debida a Platón y la pintura que Homero hacía de la isla de los feacios. Después, algunos sabios, entre ellos el norteamericano I. Donelly y los alemanes Borchardt, Schulten, Hennig y Kluge, han insistido sobre esta analogía.

Hennig constata: «Las correspondencias entre los relatos de Homero y Platón, uno referente a la isla de los feacios, el otro a Basileia, son demasiado numerosas para que se trate de una simple casualidad. Al contrario, todo lleva a creer que las dos relaciones tienen un origen común».

Según Hennig, este origen común se hallaría en las condiciones existentes en Gades (Tartessos). Como Schulten, Hennig cree que la Atlántida estaba situada en la España meridional e identifica Basileia con Tartessos. Como ya hemos visto, esta opinión es manifiestamente errónea. La Basileia de Platón, la misma que la de Piteas, se encontraba en la desembocadura del Eider. Por ello, sin detenernos en la interpretación de Hennig, formularemos la hipótesis siguiente: el origen de las relaciones de Platón y de Homero era Basileia, capital del imperio atlante. La enumeración y la yuxtaposición de los pasajes relativos a la isla de los feacios y a

Basileia muestra hasta qué punto las descripciones de Platón y de Homero concuerdan en múltiples aspectos.

	Atlántida	**País de los *feacios*:**
1	La Atlántida se encuentra en el océano (*Timeo,* 24; *Diodoro,* III, 56).	El país de los feacios se encuentra en el océano. (*Odisea*, V, 275 y ss.).
2	La Atlántida está situada al norte (*Critias*, 118).	El país de los feacios está situado en el norte. Dejando el cabo al nordeste, Ulises surca el océano durante 17 días y 17 noches antes de alcanzar las costas de los feacios (*Odisea*, V, 273; VII, 267).
3	Los atlantes habitan «las extremidades del mundo»; son «los hombres más extremos» (*Diodoro*, III, 56; *Breasted*, IV, 38).	Los feacios habitaban «las extremidades de la tierra»; son «las persona más extremas» (*Odisea*, VI, 8; 203, 205, 280, etc).
4	Muy cerca de la costa de la isla atlante hay en el mar una isla la cual tiene «el suelo muy elevado sobre el nivel del mar, y las orillas de la isla cortadas a pico» (*Critias*, 118).	Frente a la costa de la isla de los feacios, se eleva en el mar una isla que por todos lados está cortada a pico sobre el mar (*Odisea*, V, 400 y ss.).
5	En la costa de la Atlántida se encuentran colinas y dunas «que se prolongaban hasta el mar» (*Critias*, 118).	En la costa del país de los feacios se encuentran colinas y dunas «cerca del mar» (*Odisea*, V, 470 y 475).
6	Detrás de las dunas se extiende una llanura fértil (*Critias*, 118).	Detrás de las colinas y las dunas se extiende la llanura fértil del país de los feacios, «los ricos» (*Odisea*, VI, 259 y XIII, 322).
7	Basileia no se encuentra inmediatamente en el litoral, sino a 50 estadios (9,2 km) en el interior de las tierras (*Critias*, 115, 117).	La ciudad real de los feacios se encuentra bastante lejos, en el interior de las tierras (*Odisea*, VI, 317).
8	Basileia está rodeada de altos diques y de anchos fosos (*Critias*, 115 y ss).	La ciudad real de los, feacios está rodeada de altos diques y anchos fosos (*Odisea*, VI, 264; VI, 8, VII, 44 y ss.).
9	Los diques están construidos con tierra y son tan altos que un barco puede pasar por debajo (*Critias*, 115).	Los diques están edificados con tierra y son tan altos que un barco puede pasar debajo (*Odisea*, VI, 264; VII, 44 y ss.)
10	Delante y detrás de los diques se encuentra un puerto, pero la entrada es tan estrecha que permite pasar un solo barco. (*Critias*, 115).	Delante y detrás de los diques se encuentran puertos abiertos a sus dos lados y sus canales estrechos (*Odisea*, VI, 264)
11	Un canal a nivel cruza los diques, hasta llegar a la capital. (*Critias*, 115).	Un canal a nivel cruza los diques, hasta llegar a la capital. (*Odisea*, VI, 264; VIII, 5).
12	Los edificios son de piedra, extraída de una isla rocosa próxima. (*Critias*, 116).	Los edificios están construidos «con piedras remolcadas» (*Odisea*, VI, 267).
13	En el centro de Basileia hay un magnífico templo de Poseidón y el palacio del Rey Supremo de la Atlántida (*Critias*, 115, 116)	En el centro de la Ciudad Real hay un magnífico templo de Poseidón y el palacio del Rey Supremo de los feacios (*Odisea*, VI, 266; VII, 85 y ss.; VII, 135 y ss.).
14	El palacio está recubierto de oro, plata y cobre precioso y ofrece «una apariencia asombrosa» (*Critias*, 115). «El ámbito de esta isla, los recintos y el puerto, todo estaba rodeado por un muro de piedra» (*Critias*, 116).	En el palacio «hay un resplandor como de sol o de luna […]; a ambos lados se extienden muros de bronce desde el umbral hasta el fondo y alrededor un azulado friso; puertas de oro cierran por dentro la sólida estancia» (*Odisea*, VII, 85 y 135). Está rodeado por un muro (*Odisea*, VI, 303; VII, 113).
15	En el templo «se veían estatuas de oro» (*Critias*, 116).	En el templo había estatuas de oro (*Odisea*, VII, 91).

16	También hay una enorme estatua de Poseidón (*Critias*, 116). Poseidón se muestra allí «envuelto en oro, rodeado de cien nereidas sentadas sobre delfines» (*Critias*, 116).	Poseidón en la *Ilíada* es descrito así: «Poseidón […] en las profundidades del mar, tenía palacios magníficos, de oro, resplandecientes a indestructibles. […] subió al carro y lo guió por encima de las olas. Debajo saltaban los cetáceos» (*Ilíada*, XIII, 21 y ss.).
17	Los reyes de la Atlántida sacrifican grandes toros a Poseidón, dirigiendo ellos mismos los sacrificios (*Critias*, 119)	El rey de los feacios sacrifica toros a Poseidón, llevando él mismo los animales (*Odisea*, XIII, 24, 182 y ss.).
18	En el santuario hay una espléndida arboleda sagrada y un jardín con árboles frutales deliciosos (*Critias*, 117).	En el santuario hay una espléndida arboleda sagrada y un jardín con árboles frutales deliciosos (*Odisea*, VI, 295, 321; VII, 112 y ss.).
19	También surgen «dos fuentes, una caliente, otra fría, abundantes e inagotables» (*Critias*, 117).	También hay allí dos fuentes (*Odisea*, VII, 129)
20	A los atlantes les encanta bañarse en agua tibia (*Critias*, 117).	«A nosotros, los feacios nos encantan los baños calientes» (*Odisea*, VIII, 249).
21	Alrededor del palacio de los reyes están dispuestos numerosos templos, jardines y gimnasios (*Critias*, 117).	Alrededor del palacio de los reyes están dispuestos numerosos templos, jardines y gimnasios (*Odisea*, VI, 266; VIII, 5 y 110).
22	Los atlantes practican en estos lugares ejercicios de gimnasia de todo tipo (*Critias*, 117)	Los feacios practican en estos lugares «pugilato, lucha, saltos y carrera» (*Odisea*, VIII, 100 y ss.).
23	Poseidón es el progenitor de la familia real Atlante (*Critias*, 114 y 120).	Poseidón es el progenitor de la familia real feacia (*Odisea*, VII, 56 y ss.).
24	Poseidón trajo aquí a los Atlantes, los reunió en una ciudad y la rodeó de muros. Les inculcó las leyes y les enseñó como cultivar sus alimentos (*Diodoro*, III, 56).	Poseidón trajo aquí a los feacios, los reunió en una ciudad y cercó la ciudad con muros. Les enseñó las leyes, a construir casas y templos y a cultivar la tierra (*Odisea*, VI, 7 y ss.).
25	El Rey de la Atlántida es el rey supremo de un total de 10 reyes (*Critias*, 114)	El Rey de los feacios es el rey supremo sobre 12 reyes. (*Odisea*, VIII, 41, 390, 391).
26	El Rey Supremo es también el primer sacerdote y ofrece los sacrificios de los toros, que son quemados (*Critias*, 120)	El Rey Supremo es el sumo sacerdote y ofrece los sacrificios de los toros, que son quemados (*Odisea*, XIII, 24 y ss.).
27	Los atlantes son todos descendientes de Poseidón (*Critias*, 114 y 120).	Los feacios son todos descendientes de Poseidón (*Odisea*, VII, 205 y ss.; XIII, 130 y ss.)
28	Los atlantes eran excelentes marineros; su orgullo era una gran flota de 1200 rápidos trirremes de guerra siempre listos (*Critias*, 117,119).	Los feacios eran los mejores navegantes, con las naves más rápidas; «tienen barcos rápidos y ágiles, que vuelan sobre el mar, ya que esto les fue dado por Poseidón» (*Odisea*, VII, 34, 320).
29	Los atlantes tenían «casas flotantes» (*Critias*, 116).	Los feacios tenían «casas flotantes» (*Odisea*, VI, 265).
30	Los atlantes eran los favoritos de los dioses; en ellos se reconocía la esencia divina (*Critias*, 120).	Los feacios son amados por los dioses: son de esencia divina (*Odisea*, VI, 241; XIII, 130).
31	No estaban «cruzados con otros elementos mortales» (*Critias*, 121).	«Ningún mortal ha tenido relación social con nosotros» (*Odisea*, VI, 205).
32	El clima de la Atlántida es muy templado; un suave viento sopla permanentemente y los atlantes hacen dos cosechas por año (*Critias*,	El clima del país de los feacios es dulce: «el céfiro sopla sin descanso». Hay dos cosechas al año (*Odisea*, VII, 118 y ss.).

115 y 118; *Diodoro*, V, 19).

Esta comparación entre los pasajes de los textos de Platón y de Homero prueba, sin lugar a dudas, la identidad de la isla de los feacios y la de los atlantes. Las analogías son tan sorprendentes, incluso en los detalles, que uno se pregunta si Homero no se sirvió del relato original relativo a la historia y a la desaparición de la isla de los atlantes para redactar la narración del viaje de Ulises entre los feacios.

Muchas razones, sin embargo, se oponen a ello.

La primera es que Homero menciona numerosas particularidades que no se encuentran en el texto de Platón y que, a pesar de todo, corresponden a la realidad. Indica, por ejemplo, la forma conveniente para llegar a la isla de los feacios por mar; habla de los fenómenos de flujo y reflujo de marea que se producían en la desembocadura del río que riega la isla; precisa que los diques están reforzados con empalizadas; pero es verosímil pensar que incorporó un relato de la tradición nórdica. De todo esto, Platón no dice palabra. Pero, precisamente, estos detalles suministrados por Homero prueban que disponía de otras fuentes que no eran las que poseía y utilizaba Platón.

En segundo lugar, se encuentran en el texto platónico buen número de indicaciones que faltan en la *Odisea*; y que un poeta habría ciertamente aprovechado si hubiese tenido conocimiento de ellos. Citemos simplemente el hecho de que en Basileia se encontraban el ámbar y el cobre; que la isla próxima, utilizada como cantera, estaba formada por rocas rojas, negras y blancas que servían para la construcción de las murallas y monumentos de la isla real. Asimismo, Platón describe con gran abundancia de detalles las ceremonias que precedían la reunión de los reyes atlantes y los sacrificios sagrados. En ninguna parte Homero hace alusión a ello, aunque también habla de las murallas, de los monumentos, de la riqueza acumulada por los feacios, de la isla rocosa que flanquea la isla principal, de la reunión de los reyes y del sacrificio del toro (Odisea, VIII, 11; XIII, 181).

Por último, las diferencias entre las dos narraciones, las de Platón y Homero, atestiguan que el filósofo y el poeta utilizaron dos relatos completamente independientes, pero que se referían a un mismo conjunto de hechos. Platón se extiende, por ejemplo, sobre la potencia del ejército y de la flota atlante o sobre la invasión hiperbórea en Grecia, en Asia Menor y en Egipto; Homero, en cambio, alaba el carácter y los gustos pacíficos de los feacios; a este propósito dice (*Odisea*, VI, 270): «… no hables a los feacios de aljabas ni de arcos…»; nada era más contrario a su mentalidad que una campaña guerrera. Asimismo Platón se extiende sobre las catástrofes que acarrearon la desaparición de la Atlántida y sus consecuencias; en cambio, Homero no habla de ello. Sin embargo, describe a los feacios como habitantes de un país entrado en la leyenda después de la desaparición de las islas que lo constituían. Por último, Platón canta la lucha heroica de los atenienses contra los invasores; si Homero hubiera tenido conocimiento de ello, no sólo es probable sino

seguro que habría sacado partido de este episodio.

Para terminar, Platón cuenta que oyendo a los sacerdotes de Sais contarle la desaparición de la Atlántida, Solón manifiesta que: «ni él ni ningún griego no habría sabido casi nada de esto» (*Timeo*, 21). Así, puesto que antes de Solón, nadie en Grecia había barruntado la desaparición de la Atlántida ni las hazañas de los antiguos atenienses, Homero, que murió muchos siglos antes de Solón, no podía haber tenido conocimiento de aquéllos.

Todo esto parece indicar que los dos relatos, el de Platón y el de Homero, tienen un punto de partida común: la desaparición de la isla atlante situada delante de la costa del Schleswig-Holstein. En los dos casos se trata sin duda alguna de la misma isla. Los relatos se entrecruzan y se completan, y su cotejo permite reconstruir lo que era, hace más de tres mil años, la existencia de los habitantes de Basileia y del imperio atlante.

3. INSTRUCCIONES NÁUTICAS EMPLEADAS POR LOS NAVEGANTES QUE SE DIRIGÍAN A BASILEIA

Para saber hasta qué punto Homero estaba informado sobre la isla real de los atlantes y para comprobar sus indicaciones, el método mejor consiste en seguir a Ulises en un periplo y revivir con él sus aventuras en la isla de los feacios.

Después de pasar siete años en la isla de Ogygia con la diosa Calipso, Ulises vuelve al mar y pone rumbo hacia la isla de los feacios.

Los filólogos han constatado que la *Odisea* encierra muchos pasajes que, por lo menos en parte, parecen haber sido tomados del diario de a bordo de un capitán de navío contemporáneo. Homero tuvo verosímilmente a su disposición mapas o instrucciones náuticas indicando la ruta a seguir y las distancias que separaban entre sí las islas y las costas. Los cabos eran determinados en función de la disposición de las estrellas y de la dirección de los vientos dominantes; en cuanto a las distancias, la unidad era el «etmal» (distancia cubierta por una embarcación en 24 horas), o sea mil estadios o 100 millas marinas. Esto es al menos lo que resulta del cálculo de los datos contenidos en los cantos homéricos; los antiguos escritores mencionan igualmente cifras semejantes que no tienen por lo demás nada de exagerado. Otras referencias dejan suponer, en efecto, que en la época de Homero los navíos griegos realizaban travesías importantes. El periplo de Escílax, geógrafo griego (500 a. C.), indica, por ejemplo, que los marinos helenos empleaban siete días desde Cartago a las Columnas

de Hércules (Gibraltar), puertos separados por 840 millas marinas.

Las instrucciones náuticas entregadas a Ulises en previsión del viaje que, de Ogygia, le llevará a las costas de la isla de los feacios han sido cuidadosamente comprobadas. Breusing, antiguo director de la escuela de navegación de Bremen, constata a este propósito: «Los datos náuticos y marítimos indicados por Homero están perfectamente fundados; concuerdan en su mayor parte con los datos reales». Por su parte, Henning declara: «Las instrucciones náuticas entregadas a Ulises por Calipso son, aunque eso pueda sorprender en principio, de una precisión sorprendente; aún en la actualidad, un marino no tendría más que observarlas para mantener su rumbo». Ésta es una de las pruebas más convincentes de la autenticidad de las descripciones de Homero; las instrucciones atestiguan un espíritu práctico y no se trata de informes caprichosos.

Citemos ahora el pasaje de la *Odisea* (V, 279 y siguientes) que relata las consignas dadas a Ulises por Calipso:

> Lleno de gozo, el divino Ulises abrió sus velas. Sentado cerca del timón, gobernaba magistralmente; sin que el sueño jamás cayera en sus párpados, su vista fija en las Pléyades y el Boyero, que se oculta tan tarde, y la Osa, que se llama también el Carro, la única estrella que nunca se hunde en el baño del océano, sino que vuela al mismo sitio mirando a Orión. La opinión de Calipso, la divina, era navegar sobre las rutas mar adentro observando siempre la Osa a la izquierda. Diecisiete días navegó mar adentro; por último, el dieciocho, los montes de Feacia y sus bosques aparecieron; la tierra estaba cerca, ahondando su escudo sobre la bruma de los mares.

Antes de comprobar la exactitud de las indicaciones, recordemos cuál es el punto de partida del héroe.

Ulises se encuentra en la isla de Ogygia en compañía de la diosa Calipso; vacía de habitantes, la isla está aislada en medio del océano. Homero llama igualmente a la isla de Ogygia el «ombligo de los mares» (*Odisea*, I, 50); la diosa habita una gran caverna que se abre entre las rocas. Ya los escoliastas griegos especificaban que la isla de Ogygia estaba situada en el océano; siendo ésta también la opinión de Estrabón. Recientemente, Wilamowitz-Mollendorf ha hecho notar que la expresión *nesos Ogygie* indicaba la situación de la isla en el océano. Ogygia y Okeanos tienen una raíz común: «og», que significa círculo, mar circular, océano.

Allende las Columnas de Hércules —Homero las llama Escila y Caribdis— en el océano Atlántico se encuentran tres archipiélagos: las islas Canarias, Madera y las Azores. Los tres han sido identificados con la Ogygia de Homero.

Sin embargo, buen número de razones se oponen a que las Canarias y Madera hayan sido la isla de Calipso. Homero insiste varias veces en que Ogygia es una isla desierta. Pues bien, las Canarias y Madera estaban, al contrario, habitadas desde el Neolítico. En efecto, último refugio de los hombres de Cro-Magnon, esos dos archipiélagos quedaron como focos de la civilización neolítica hasta la Edad Media, época en que los navegantes portugueses y españoles las descubrieron. Asimismo, Ulises es invitado a tener durante la noche la mirada fija en las Pléyades y el Boyero y mantener su rumbo. Según los cálculos del doctor Villinger, de lena, en verano —

estación durante la cual Ulises emprendió su viaje— estas constelaciones no son visibles al mismo tiempo, al sur de los 35 grados de latitud. Pues bien, si se admite que las instrucciones de Calipso tienen un sentido, implica que la Ogygia de Ulises estaba situada al norte del paralelo 35. Como Madera y las Canarias se encuentran más al sur, no quedan más que las Azores.

Todas las indicaciones y las descripciones que figuran en la *Odisea* se aplican efectivamente a este archipiélago y atestiguan la identidad de Ogygia y las Azores.

Habiendo navegado durante nueve días, en la décima noche y después de haber dejado atrás Escila y Caribdis, Ulises alcanza las costas de Ogygia. R. Hennig ha probado que los célebres escollos son los que bordean el estrecho de Gibraltar. Además, si adoptamos las normas de Homero para determinar el camino recorrido —100 millas marinas por día de navegación—, constatamos que al cabo de nueve días y medio Ulises se encontraba a 950 millas de Gibraltar, o sea en San Miguel (952 millas). Es más, la isla de Ogygia es calificada por Homero de «ombligo de los mares»; tal es, en efecto, el antiguo nombre de San Miguel. En el siglo XVIII, la isla llevaba todavía, sobre los mapas, el de «Umbelicus maris».

Homero precisa igualmente que, en Ogygia, Calipso habitaba una gran caverna. El poeta debía tener conocimiento de la existencia de una cueva sagrada en esta isla. De hecho, hay una en San Miguel; en tiempos prehistóricos representaba el papel de santuario tribal. En el siglo XV, cuando el descubrimiento de las Azores, los portugueses descubrieron una estela grabada mostrando una construcción en la cual Le Cour ve la representación de un templo atlante, además de unos grabados rupestres semejantes a las inscripciones rúnicas, que no se pueden descifrar, y una estatua ecuestre muy bien conservada. Por orden de Dom João, soberano de Portugal, estos objetos fueron embarcados en una nave; la desdicha quiso que naufragase en el año 1550.

Según Plutarco, la isla de Ogygia se encontraba aislada en la inmensidad del océano, a cinco días de navegación de las costas de una cueva, y precisa que Cronos, el primer rey de los atlantes, había pasado en ella la noche con sus compañeros.

Jacob Grimm y Welcker comparan esta leyenda con las viejas sagas germánicas; se trata de reyes dormidos en las cuevas de las montañas.

Aunque Plutarco se engañase en cuanto al emplazamiento de la isla de Calipso —las Azores no se encuentran al oeste, sino al sudoeste con respecto a Bretaña—, es preciso ver en su testimonio la prueba formal de que las Azores son las únicas islas del océano, al norte del paralelo 35, que pueden ser identificadas con Ogygia. Además, el hecho de que Plutarco cuente que Oronos, rey de la Atlántida, dormía en la cueva de Ogygia, mientras que Homero hace de la cueva la morada de Calipso, hija de Atlas (*Odisea*, I, 52), prueba que ya los antiguos confundían las Azores y la Atlántida. Tal es la razón que determina por qué en nuestra época se han buscado siempre los vestigios del continente desaparecido en la vecindad de las Azores.

El descubrimiento en San Miguel de monedas cartaginesas, fechadas en los siglos

VI y VII a. C., atestigua que los navegantes púnicos llegaron muy pronto a las Azores. El arqueólogo americano Donelly ve en otros objetos, que se remontan a la época prehistórica y son atribuidos a los fenicios, vestigios atlantes.

Incluso admitiendo que las Azores no hubiesen estado pobladas en la antigüedad, hay un hecho patente: los descubrimientos efectuados demuestran que recibieron la visita de navegantes de paso, o que algunos náufragos —Ulises era uno de ellos— encontraron allí refugio.

La hipótesis según la cual Homero había utilizado como referencia el diario de un capitán de navío que conocía el emplazamiento de las Azores y su topografía es, pues, perfectamente verosímil.

En resumen, todo lleva a creer que la isla de Ogygia y la de San Miguel, en el archipiélago de las Azores, son idénticas; y que éste fue el punto de partida del periplo de Ulises.

Las instrucciones de Calipso precisan que Ulises no debía apartar la vista de las constelaciones del Boyero y de las Pléyades. Según Hennig, «estas estrellas se levantan casi siempre sobre el mismo punto en la bóveda celeste, al este-nordeste». Manteniendo su ruta, Ulises se dirige hacia la Mancha, penetra en el Mar del Norte y pone rumbo a la isla de Heligoland. El viaje duró 17 días: los vientos enviados por Calipso, para ayudar a su protegido, se mantienen durante todo el trayecto. El decimoctavo día, Ulises descubre la isla rocosa que precede el litoral de la isla de los feacios. Si aplicamos la tabla de distancias adoptada por Homero, comprobamos que, después de dieciocho días, un navío salido de San Miguel y navegando a la vela, con la misma velocidad y teniendo el mismo rumbo que el esquife de Ulises, estaría efectivamente a 1750 millas de las Azores y a diez o veinte millas de Heligoland. Hennig tiene, pues, razón al alabar «la extraordinaria precisión» de las instrucciones náuticas de Calipso.

Sin embargo, serían incompletas si no dieran alguna precisión sobre los puntos de atraque y sobre el litoral. Los manuales de navegación, antiguos y modernos, contienen siempre una descripción breve o, mejor todavía, un croquis, que muestra la silueta de la costa de los lugares propicios para anclar. Se encuentra igualmente esta indicación en el relato de la llegada de Ulises ante el litoral de Feacia: «La tierra estaba muy cerca, arqueando su escudo sobre la bruma de los mares» (*Odisea*, 5, 281).

Por definición, un escudo es una superficie plana o ligeramente convexa que se hincha en su mitad para formar el umbo; esta comparación poética debía aplicarse exactamente al perfil de Heligoland vista desde el mar. Representa el umbo del escudo cuyos bordes son las colinas que hay a lo largo del litoral de la isla de los feacios-atlantes.

Del lugar donde se encontraba Ulises, es decir, el oeste-sudoeste, las islas, una rocosa, la otra baja, recuerdan ciertamente un escudo.

Un largo pasaje de la *Odisea* narra cómo Ulises pone rumbo a la isla rocosa,

mientras que la balsa tripulada por el héroe griego se acerca al litoral. De repente, Poseidón la descubre. Desencadena la tempestad que desmantela el esquife; su pasajero es lanzado a la costa por las olas. He aquí en qué términos Homero describe la isla a donde llega Ulises:

> Pero cuando se hallaba tan cerca que hubiéranse oído sus voces, percibió la resaca que retumbaba sobre las rocas. Las enormes olas se estrellaban, espantosas, contra la árida costa. Todo estaba envuelto en la espuma del mar. Y no había puertos, ni abrigos para las naves… nada más que los cabos mostrando sus peñascos y sus escollos.
>
> Sintiendo desfallecer sus rodillas y su corazón, Ulises entonces murmuró en su espíritu valiente:
>
> —¡Desgraciado de mí! ¡Cuando Zeus, contra toda esperanza, pone la tierra ante mis ojos, cuando he conseguido atravesar este abismo, sin abrigo a la vista donde pudiese salir de este mar de espuma! A lo largo de la orilla no hay más que puntas y rocas alrededor de las cuales brama la marea tumultuosa; por detrás, un acantilado de piedra desnuda; delante el mar sin fondo; ¡en ninguna parte un lugar donde colocar mis dos pies para evitar la muerte!… Y en cuanto intente abordar, un golpe de mar me levantará y me va a lanzar contra la roca desnuda; ¡todo esfuerzo sería vano! Pero si continúo costeando, nadando, y busco descubrir la cuesta de una playa o un puerto, tengo miedo que la borrasca me lance de nuevo al profundo mar abundante en peces. ¡Oh! Me gustaría gritar; dichoso si uno de los dioses no me envía del fondo alguno de estos grandes monstruos que crió en rebaño la famosa Anfitrita.
>
> Su espíritu y su corazón no sabían qué resolver: cuando un golpe de mar lo lanza a la roca de un cabo. Allí se habría desgarrado la piel y roto los huesos si Atenea, la diosa de los ojos garzos, no le hubiera incorporado. Avanzó y con ambas manos cogió la roca: jadeante, se suspendió, dejando pasar sobre él la inmensa ola. Pudo sostener el golpe, pero, al volver, la ola lo asaltó, lo golpeó y le volvió al mar.
>
> Igual que innúmeras piedrecillas quedan adheridas a los huecos tentáculos del pulpo arrancado de su guarida, igual la piel de su vigorosa mano quedó desgarrada en el roquedo mientras la enorme ola le envolvía. Ahí, hubiera sido el fin del desdichado Ulises, sin el claro pensamiento que le inspiró Atenea, la diosa de los ojos garzos. Cuando emergió, el mar seguía rugiendo; nadó a lo largo de la costa mirando hacia tierra, por si hallaba en algún sitio un punto o una playa lamida por el mar. Siempre nadando, llegó a la desembocadura de un río de hermosa corriente y éste le pareció lugar mejor; sin roca, una playa resguardada de todo viento; reconoció la entrada y suplicó desde su corazón (*Odisea*, V, 400 a 444).

Nadie mejor que Homero ha descrito el asalto de las olas lanzadas por la tempestad contra las rocas de Heligoland. Todas las expresiones y las imágenes de las cuales se sirvió —«cabos apuntando sus rocas y sus escollos», «puntas y rocas afiladas»— para describir el aspecto de la costa oeste de la isla de Heligoland, son de una precisión asombrosa; es así como se presenta «la isla santa» a la mirada de los marinos.

El viento del norte y una corriente favorable colocaron a Ulises a lo largo de la costa sur y lo llevaron a la desembocadura del río que riega la llanura del país de los feacios situada detrás del espolón rocoso: «Éste le pareció lugar mejor, sin roca, una playa resguardada de todo viento».

Homero imagina que el río corre de este a oeste; sólo esta disposición explica que la ribera septentrional proteja a Ulises del viento del norte que lo ha llevado desde el oeste-sudoeste a esta parte del litoral. Este río está consagrado a un dios; Homero no lo nombra, pero Apolonio escribió más tarde que su nombre era «Aigaios».

Es indudable que este río consagrado al dios Aigaios era el Eider, y eso por varias razones. La primera es que corre de este a oeste y se lanza al Mar del Norte al sur de Heligoland y de Basileia; la segunda, es que en la Edad Media el Eider llevaba el

nombre de «Aegisdora», derivado del nombre de una divinidad fluvial, «Aegis». La identidad de Aegis y del Aigaios de Apolonio es evidente.

Veamos ahora en qué circunstancias Ulises toma pie en el litoral; en seguida ha descubierto el trozo de agua tranquila y la orilla llana del río. Las corrientes marinas le han empujado hacia la desembocadura; pero, de repente, la marea cambia y, de nuevo, Ulises es arrastrado hacia alta mar. Desesperado, suplica a la divinidad protectora venga en su ayuda. Y entonces se produce el milagro: el dios detiene el agua que corre hacia el mar y las olas llevan al náufrago hasta la playa.

A propósito de este pasaje de la *Odisea*, Hennig escribe: «Ya en 1902, Krümmel constató que las circunstancias de la llegada de Ulises a la isla de los feacios evocan de manera inequívoca las de la transposición de la marea. Para los griegos, pueblo que habitaba las orillas de un mar donde este fenómeno es desconocido, el hecho que el agua subiera hacia arriba y que este movimiento cesara en un momento determinado, les parecía un milagro. Gracias a uno de estos "milagros" el héroe de Homero pudo llegar a las costas de los feacios. Veo en esta semejanza la prueba definitiva de que Homero al describir la isla de los feacios pensaba ciertamente en un río que presentaba estas características. Pues está excluido que bajo el efecto de la sola inspiración poética, un griego haya mencionado un fenómeno natural —o el cambio de la marea y sus efectos en la desembocadura de un río— que no se producía ni en su país, ni en un país vecino. Esta circunstancia prueba que, en su relación del país de los feacios, Homero no ha hecho una obra de imaginación; para escribir la *Odisea*, poseía narraciones y documentos precisos redactados por alguien que conocía perfectamente las regiones ribereñas del océano Atlántico. Si, además de eso, se medita que, cuatrocientos años después de la muerte de Homero, Piteas de Marsella fue el primer griego que observó el fenómeno del flujo y del reflujo, que estudió el juego de las mareas y sus efectos en la desembocadura de los ríos, la descripción que hace Homero de estos fenómenos en el quinto canto de la *Odisea* abre nuevas perspectivas».

Si no es que Hennig se equivoque situando en el oeste de Europa, en las costas del océano Atlántico, el río mencionado por Homero, tenemos que admitir esta explicación. Sin embargo, el fenómeno del flujo y del reflujo se producía efectivamente en la desembocadura del río de los feacios.

Se lee, por ejemplo, en el verso 460 del canto V: «Desató la vela y la dejó caer en el río y las olas entremezcladas»; en el canto VI, verso 87, se encuentra igualmente: «Nausícaa lleva la ropa a las orillas del río, donde un agua clara salía a borbotones de debajo de las rocas y con ella se podía lavar la ropa más negra». Aquí, la expresión *kalor udor* significa indistintamente «agua dulce», pues el agua del mar es y ha sido siempre impropia para la colada. Dicho de otro modo, en el momento que Nausícaa se instala en la orilla, el río no está ya «mezclado con la ola», sino que arrastra el agua dulce al mar. Pues bien, esto ocurre solamente cuando un río está sujeto a los efectos de la marea.

Estos detalles enseñan, aparentemente, que el documento utilizado por Homero para describir el país de los feacios señalaba las variaciones del nivel del mar provocadas por el juego de las mareas; es cierto que esto es sólo una hipótesis, pero verosímil. Las instrucciones dadas a Ulises por Calipso, la descripción de la isla rocosa que precedía el país de los feacios, las características del río que lo riega ofrecen tales semejanzas con la realidad que se impone una conclusión: Homero no se fió sólo de su imaginación. Tenía a su disposición uno o varios «periplos», relaciones de viajes de capitanes de navíos mercantes.

4. EL PAÍS DE LOS FEACIOS

Uno de los episodios más encantadores de la *Odisea* es el pasaje donde Homero describe el encuentro de Ulises con Nausícaa, hija de Alcínoo, rey de los feacios.

Homero da prueba de una gran sensibilidad y, después de él, innumerables pintores y escultores han inmortalizado la escena. Sin embargo, nuestro fin no es estudiar la manera como Homero narra la entrevista de Ulises y de Homero, sino buscar si, para componer esta escena, disponía de un documento original. El cuadro que traza de la isla de los feacios muestra que conocía, al menos de oídas, las particularidades de la isla; por otra parte, no habría podido representarse las ciudades y localidades si no hubiese tenido a la vista un documento preciso y digno de fe.

Después de dirigirse a la orilla llana del río, Ulises cumple su promesa y lanza el velo de Ino, diosa a la que debe su salvación.

Rademacher constata que este pasaje de la *Odisea* concuerda de manera extraña con una antigua leyenda nórdica en la que el héroe es salvado por el velo de una sirena. ¿La habría utilizado Homero? Luego, destrozado y fatigado, Ulises escala las colinas que bordean la orilla. En *Critias* (118), Platón hace, también, alusión a estas colinas «próximas al mar». Designa quizá las elevaciones de origen diluvial que rodeaban la isla de Basileia; se han encontrado sus vestigios en el emplazamiento del «fondo rocoso» próximo a Heligoland. ¿Eran dunas, lo que haría suponer el nombre de «düne» dado a una colina submarina de la región de Heligoland?

Para calificar estas elevaciones, Homero utiliza la palabra *klitys*, vocablo griego raramente empleado emparentado con la palabra frisia y danesa *klit*, que, en estas dos lenguas, significa colina cuya pendiente está inclinada hacia el mar.

Llegado a la cima, Ulises descubre la extensión plana del país de los feacios; la ciudad real está demasiado lejos para que pudiese percibirse. Agotado, Ulises

sucumbe al sueño y duerme hasta después del mediodía del día siguiente; las voces de las muchachas feacias que jugaban en la orilla del río le despiertan. Se da a conocer y pide vestidos y ayuda. Después que Nausícaa se los promete, Ulises desciende y se baña en el río, y luego, con las muchachas, sigue el carro de Nausícaa, que se dirige hacia la ciudad real. El paseo se prolonga hasta el crepúsculo, y Ulises pisotea «la hierba que tiene la dulzura de la miel».

Se podría creer verdaderamente que Homero describió los campos de trébol blanco en flor que cubren, en nuestros tiempos, los terrenos bajos del litoral del Mar del Norte. Por el camino, Ulises ve campos y cultivos (*Odisea*, VI, 259); después llega a los altos diques que rodean y protegen la capital. Volveremos a hablar, llegado el momento, de la forma en que estaban construidas estas barreras. Delante y detrás se encuentran «puertas abiertas en sus dos lados (de la muralla) y pasos estrechos» (*Odisea*, VI, 263). Es exactamente lo que dice Platón en *Critias* cuando habla de los diques que rodeaban Basileia. En cambio, Homero no hace alusión alguna a las torres, a los muros, a los pasos (esclusas) mencionados por Platón. ¿Quizás el documento en su poder no habla de ello? En el pasaje que sigue al de la llegada de Ulises a la capital de los feacios, Homero cita las características de la ciudad: templo de Poseidón rodeado de un vasto mercado, acrópolis próxima al templo, bosque sagrado, manantiales, estadios, construcciones navales, navíos de los feacios. Los términos empleados son aproximadamente los mismos que utiliza Platón cuando describe Basileia.

Como es imposible que Homero, muerto muchos años antes que Platón, hubiese podido utilizar el relato de la Atlántida, no hay otra explicación que ésta: la concordancia de los dos textos prueba que describen, uno y otro, las verdaderas características de la isla de Basileia, capital de los atlantes.

5. LA CONSTRUCCIÓN DE LOS DIQUES FEACIOS

Ciertos detalles que figuran en la *Odisea* merecen ser puestos en evidencia; el hecho de que se encuentren sólo en Homero atestigua, de una parte, que sus fuentes son independientes de las de Platón, y sobre Feacia y sus habitantes.

Hablando de los diques de Basileia, mientras que Platón se limita a indicar que estaban construidos de tierra (*gelophos*), Homero determina: «Eran altos, provistos de empalizadas y maravillosos de ver» (Odisea, VI, 45).

Schuchhardt prueba que construcciones de este tipo «eran desconocidas en el sur

de Europa»; sólo en el norte de Alemania se han descubierto empalizadas y revestimientos de madera, ignorados de los habitantes de los países mediterráneos. No hay duda alguna de que la descripción de Homero, en la *Odisea*, se aplica a un «burg», a una fortaleza nórdica. Al mismo tiempo que adoptaban el castillo fortaleza, los griegos tomaron la palabra nórdica que lo designaba. Para describirlo, Homero se sirve del vocablo *purgos*, más raramente *puigoi*, que, como ha demostrado Kretschmer, corresponden a la vieja palabra germánica *burg*. Para caracterizar los levantamientos de tierra de Basileia, Platón hace uso de la palabra *gelophos*; Homero utiliza *teichos* (diques), cuyo origen germánico (*deigh*) es indiscutible. En alto alemán, *deigh* significa «modelar la arcilla»; designa igualmente la operación que consistía en llenar de arcilla los intervalos entre las estacas y los revestimientos de madera. Esta palabra es un indicio precioso; gracias a él es posible reconstruir el método utilizado para la construcción de los diques de protección contra el mar. Después de haber colocado un muro de estacas, se le reforzaba con ramajes revocados de arcilla y greda, detrás de los cuales se amontonaba la tierra.

Schuchhardt señala que esta tierra era común en Alemania del Norte en la Edad del Bronce; se utilizaba aún en la Edad Media en el norte de Frisia.

El doctor G. Carstens, abogado y arqueólogo frisio, precisa a este propósito: «Nuestros antepasados ignoraban el principio, ahora evidente, de que un dique debe presentar la forma de un muro descendiendo en plano inclinado hacia el mar». En tiempo de Petreus, sacerdote y cronista frisio, que vivió a finales del siglo XVI, los diques, de una altura de 1,80 m a 3,60 m, estaban reforzados, por el lado del mar, por estacas, por tablas y por unas placas de césped. En Evensbüll, pueblo de la isla de Nordstrand, sumergida por el mar en 1634, se habían amontonado piezas de madera de siete metros en la base del dique; del mismo modo, en Ilgroff, otro pueblo de la misma isla, el muro estaba protegido por un doble revestimiento de madera. No hay que decir que, ofreciendo a las olas una mayor superficie, estos diques eran más que vulnerables; perpetuas reparaciones eran necesarias, tanto más cuanto que, pasando a través de vigas y planchas, el agua afloraba a la tierra. En esta época, la madera, transportada por barcos, llegaba con frecuencia de lejos; se concibe fácilmente que los gastos de conservación de los diques hayan sido enormes. Según Petreus, la isla de Nordstrand estaba protegida por 30 kilómetros de muralla de tierra reforzada de tabiques de madera. Una información establecida por unos comisarios de los diques, en 1601, que se refiere al muro del pueblo de Volgsbüller, pueblo de Frisia septentrional sumergido después por el mar, estipula: «El dique es poco seguro, pues descansa sobre un banco de cieno; se le debe mantener con la ayuda de largas vigas y plantaciones de hierbas de pantano».

Como muestran antiguos documentos, para construir cinco metros de dique según este procedimiento se precisaban «cinco carretadas de ramajes, sesenta y cuatro fajinas, veintiuna vigas, trece traviesas y siete estacas». En 1577, la edificación del muro de Bottschlott, pueblo de Frisia del Norte, exigió «catorce mil estacas, cuarenta

mil traviesas y cuatro mil carretadas de ramajes»; la del dique de Gotteskoog, «dieciocho mil carretadas de ramaje». Bosques enteros fueron utilizados para reforzar los muros de protección contra el mar.

Homero nos revela, pues, la existencia en Basileia y en el imperio de los atlantes-feacios, de diques mantenidos con grandes gastos, por estar mal construidos. Con ello se explica por qué Platón insiste en el hecho de que los atlantes hacían venir cargamentos enteros de madera de las regiones montañosas para la ejecución de los «trabajos de utilidad pública», expresión que se aplica verosímilmente a la construcción y a la conservación de las empalizadas que protegían los muros de tierra.

6. LOS FEACIOS, PUEBLO DE MARINOS

Homero no ahorra elogios cuando habla de las cualidades náuticas de los feacios y de su conocimiento de las cosas del mar:

> No hables a los feacios de aljabas ni de arcos, sino de mástiles, de remos y de finas naves que les llevan gozosos por el mar espumeante (*Odisea*, VI, 270).
>
> Los feacios son superiores al resto de los hombres en hacer adelantar una embarcación sobre las olas (*Odisea*, VII, 108).

También estos detalles hacen suponer que Homero disponía de referencias y de informaciones detalladas.

Los feacios, dice, tenían abrigos para naves, precisión que no se aplica a ningún otro pueblo mencionado en la *Odisea* y en la *Ilíada*, sino tan sólo a los habitantes de Feacia. Platón alude igualmente a los *neosoikoi*, abrigos subterráneos donde los atlantes ocultaban sus buques de guerra. Se trata de cavernas, arregladas como puertos, en la isla vecina a Basileia, aunque es verosímil que abrigos artificiales existiesen asimismo en la periferia de la capital atlante. Las naves feacias llevaban «un doble castillete», lo cual hace que podamos compararlas con las que figuran en los relieves de Medinet-Habú y en los grabados rupestres de Suecia meridional. Con su popa y proa levantadas, las naves atlantes eran idénticas a las feacias.

Homero precisa que estos barcos poseían un mástil movible; sobre ciertos buques hiperbóreos representados en los muros del templo de Ramsés III, el mástil está situado sobre el puente. En cambio, las naves egipcias tienen todas un mástil fijo. Por otra parte, contrariamente a los egipcios, feacios y atlantes no utilizaban palo de cangreja; para replegar las velas no abatían la verga, sino que se servían de cuerdas

maniobradas desde el puente. Éste es un método que parece haber sido utilizado primero por los pueblos hiperbóreos; más tarde, con su ejemplo, los mediterráneos lo adoptaron. Estudiando las naves de guerra representadas en los relieves de Medinet-Habú, Koster llega a la misma conclusión que Ramsés III: «Los hiperbóreos eran los mejores marinos de su tiempo».

Dicha forma de replegar las velas se ha perpetuado hasta nuestros días; en los pequeños veleros no se procede de otro modo. En la Edad Media, los vikingos hacían lo mismo.

Homero narra, en el canto XIII de la *Odisea*, que los feacios se servían de piedras agujereadas a guisa de ancla; más tarde, los vikingos utilizaron otras semejantes. En antiguo nórdico se les designa con la palabra *stioroi*. Posteriormente se sustituyeron por las anclas metálicas. Un pescador de la isla de Büsum afirma haber subido muchas veces «del fondo rocoso», lugar de pesca cerca de Heligoland, grandes piedras con un agujero cilíndrico en su centro. ¿Se trata de rudimentarias anclas atlantes?

Al referir que los feacios se preparaban para hacerse a la mar, Homero pone estas palabras en boca del rey Alcínoo: «Reclutemos cincuenta y dos remeros de valor a toda prueba; cada uno de ellos en su banco atará su remo» (*Odisea*, VII, 37). Algunos versos más adelante se leen estas líneas: «A los estrobos de cuero se ataron los remos». Lo que significa que los feacios fijaban los remos a unas estacas con la ayuda de correas de cuero; en la actualidad los pescadores del litoral del Mar del Norte y del Báltico hacen lo mismo.

La pasión por el mar, rasgo característico de los antiguos germanos —los pueblos ribereños del Mediterráneo la sentían igualmente, pero en menor grado—, parece haber sido compartida por los feacios. Si para los griegos, los egipcios, etc., la navegación era un mal necesario —Homero hace decir a un dios griego: «¿Quién encontraría placer en correr por esa inmensidad de la ola amarga?»—, manifiesta, a propósito de los feacios: «No hables a los feacios de aljabas ni de arcos, sino de mástiles, de remos y de finas naves, que los llevan gozosos por el mar espumeante». Estos versos expresan el mismo amor a los grandes viajes marítimos que esta estrofa del canto de Exeter (870 d. C.), en la que el bardo proclama:

Yo soy así.

Mi corazón aspira a volver a ver las aguas profundas y la onda salada de las olas.

No pasa momento en que yo no desee surcar la inmensidad móvil y ver, muy lejos en el horizonte, las orillas habitadas por pueblos extranjeros.

No sólo la idea es la misma, sino los términos son prácticamente idénticos. Schadewaldt precisamente ha subrayado que los nombres dados por Homero a sus personajes feacios ilustran esta pasión por el mar: *Del castillete, Patrón, De la popa,*

Del borde, *Del remo*, etc. Inusitada en los países mediterráneos, esta curiosa formación de nombres, tomados del lenguaje marítimo, estaba, por el contrario, generalizada en el área nórdica; los escritos y crónicas germánicos donde se habla de *Velero Rápido*, de *Rompeolas*, de *Estómago de Ballena*, de *Cortaondas*, sobrenombres que designan los marinos, perpetúan la misma tradición.

7. LAS DUNAS DEL PAÍS DE LOS FEACIOS

Homero cuenta que el mar no era sólo una fuente de alegrías para los feacios; también les causaba graves inquietudes. Temiendo la cólera de Poseidón, Alcínoo explica:

> Poseidón se vengará un día de nuestra fama de infalibles marinos, y, cuando vuelva de alguna expedición un sólido crucero del pueblo feacio, el dios lo romperá en la espuma de los mares y luego cubrirá el pueblo con el gran monte que lo rodea (*Odisea*, XIII, 175).

Poseidón puso en práctica la primera amenaza, cambiando, cerca de la orilla, un gran barco en roca en forma de nave. Nada le impide realizar lo otro cubriendo el pueblo con el gran monte que le rodeaba.

Este temor que tenían los feacios de ver el monte, o, dicho de otro modo, las dunas inestables, ocultar sus tierras fértiles y cubrir de arena sus puertos, era, al parecer, motivado. El profesor Jessen, de la Universidad de Tubinga, fue el primero en formular la siguiente hipótesis: «Homero hace, sin duda, alusión al peligro que representaban las dunas bordeando la costa llana». El «gran monte» es verosímilmente una expresión poética para designar las dunas. A este propósito, Hennig declara: «Esta interpretación me parece perfectamente lógica y oportuna».

El ejemplo de la pequeña isla de Trieschen, situada en la misma región que la antigua Basileia, entre Heligoland y el litoral de Schleswig, enseña cuan real era el peligro. En algunos años, la arena cubrió los terrenos bajos que constituían su riqueza; luego, no encontrando más obstáculo, el mar invadió y erosionó el suelo. Actualmente, sólo algunos raros vestigios atestiguan que Trieschen existió.

Es aparentemente lo que se produjo en Basileia; los versos de Homero nos hacen vivir de cerca la aprensión de los feacios temiendo que las dunas móviles invadiesen los cultivos y cubriesen su país.

8. JUEGOS Y EJERCICIOS DE LOS FEACIOS

Además de la predilección de los hombres de Feacia por la navegación, Homero insiste sobre su gusto por el atletismo y los ejercicios físicos. Dirigiéndose a sus súbditos, Alcínoo, rey de los feacios, declara:

> Ha llegado el momento de salir y de empezar los juegos. Vuelto a su morada, quisiera que nuestro huésped pudiese decir a todos los suyos que en el pugilato y en la lucha, en el salto como en la carrera, no tenemos rival (*Odisea*, VII, 100).

Más tarde, Laodomas, hijo de Alcínoo, dice a Ulises:

> ¿Hay en esta vida una gloria mayor que saber jugar con piernas y brazos? (*Odisea*, VII, 147).

Este entusiasmo por el deporte recuerda el de los atlantes.

En los estadios y en las palestras del país de los feacios se desarrollan pruebas de toda clase; unos árbitros vigilan el cumplimiento de las reglas y los espectadores acuden en tropel.

Entre otros ejercicios, los feacios se apasionaban por el lanzamiento del disco de piedra y por un juego de balón que les era propio. El descubrimiento, en el área nórdica, de discos de piedra que datan de la Edad del Bronce atestigua la exactitud de las referencias de Homero. En cuanto al juego de pelota, llenó a Ulises de admiración; la habilidad y agilidad de los jugadores le confunden (*Odisea*, VIII, 384).

Ulteriormente este juego se difunde en la zona de poblamiento germánico; tenía una gran aceptación y los partidos de *knattleikr*, de *soppleikr*, de *skofuleikr* (nombres dados a estos ejercicios) atraían numeroso gentío. Lo mismo que los feacios organizaron una partida de pelota en honor de Ulises, según la costumbre germánica se celebraba un juego de balón en honor de los huéspedes. Como los feacios, los jugadores germánicos formaban dos campos. Por último, actualmente, el mismo juego, llamado *Bosseln*, sigue practicándose en la región de Dithmar y en el norte de Frisia.

9. LAS DANZAS SAGRADAS DE LOS FEACIOS

A propósito del templo de Basileia y de su disposición insólita, hemos indicado que Poseidón lo había edificado para guardar en él prisionero a Clito; hemos señalado que se trataba verosímilmente de un *oppidum* construido en el Neolítico o al comienzo de la Edad del Bronce. En estos recintos se bailaban unas danzas como rito

complementario del culto solar. Cosa rara: Platón no alude a ello en ninguna parte; Homero, en cambio habla de las danzas organizadas en honor de Ulises por el rey de los feacios:

> La flor de la juventud, campeones de la danza, de pie a su alrededor, se movían, y con sus pies golpeaban el plano de la superficie (*Odisea*, VIII, 263).

Precisa que la pista era primero medida, luego aplanada y que nueve jueces vigilaban a los bailarines. Entonces, portador de una cítara, Demodoco, el aeda de los feacios, avanzaba hasta el centro del círculo; Homero termina:

> Ulises era todo ojos ante estos bailes de los cuales su corazón se maravillaba… Demodoco entonces hizo un preludio y luego se puso a cantar animadamente (*Odisea*, VIII, 265).

El tema del largo poema declamado por Demodoco para acompañar a los bailarines prueba que se trata de una danza ritual. La impresión producida en Ulises es tan fuerte que no puede ocultar su admiración al rey de los feacios:

> Señor Alcínoo, honor de todo este pueblo, me habías dicho cuan excelentes eran vuestros bailarines; pero la prueba es cosa resuelta y su vista me confunde (*Odisea*, VIII, 383).

Muchos siglos después, Tácito narra que los jóvenes germanos se dedican a unas danzas análogas, que se perpetuaron hasta la Edad Media. En 1747, hablando de las danzas que tienen lugar en Büsum, en que participan los jóvenes de la isla, un cronista relata:

> Tan pronto forman un círculo, como se separan, saltan graciosamente por encima de las espadas, o las agarran, las agrupan en haces, las arreglan en rosetones o las entremezclan de tal manera que forman un pavés. El director del juego sube sobre esta plataforma que los bailarines sostienen en alto… ¡Espectáculo extraordinario por la habilidad desplegada!

Un pasaje de la *Odisea* (VIII, 402) donde se trata de Euriale, joven feacio que entrega a Ulises una espada en testimonio de reconciliación, prueba que ya los feacios se servían de espadas; la expresión *aor pankalkeon* que designa el arma significa que era «toda de bronce». Esto es muy curioso; por una parte, en ningún otro canto de la *Odisea* Homero aplica este calificativo a una espada y, por otra, en la época (siglo XIII a. C.) la espada de un solo filo forjada en un mismo lingote de bronce era de uso común en el área nórdica. La palabra *aor* que Homero utiliza aquí para designar la espada deriva del vocablo griego *asfor*, que ha dado origen a las palabras alemana y anglosajona *Schwerty sword*. Otra curiosidad: las inscripciones egipcias del siglo XIII a. C. señalan que las espadas de los enemigos hiperbóreos eran «todas de bronce» y de tres o cuatro palmos de longitud; el ideograma egipcio que designa la espada es «sf. t». Contrariamente a lo que se pensaba, «sf. t» no es la traducción del vocablo griego *xiphos,* sino del vocablo *asfor*, el *sword* germánico.

Finalmente, Homero narra que la espada feacia estaba adornada de clavos o remaches de plata, motivo decorativo que se encuentra en la mayor parte de las

espadas de un solo filo descubiertas en el área nórdica. En Sylt, por ejemplo, se ha encontrado incluso en una sepultura de la Edad del Bronce una espada con empuñadura de oro.

10. EL ARTE DEL TEJIDO ENTRE LOS FEACIOS

A propósito de las mujeres feacias, Homero escribe:

> De las cincuenta sirvientas que viven en la mansión, unas aplastan el trigo de oro bajo la muela; otras tejen la tela o ruedan la rueca, como rueda la hoja en lo alto del álamo; y relucía como impregnada de aceite líquido la trama de los tejidos, pues así como los feacios eran los más diestros entre los hombres para remar en el mar a bordo de las ligeras naves, así también sus mujeres sobresalían en el tejido de las telas, pues Atenea les había concedido, entre todas, la rectitud del corazón y la destreza de las manos (*Odisea*, VII, 103, 111).

Entre otros regalos, los feacios entregan a Ulises una pieza de lino preciosa. Diversos arqueólogos han insistido en la habilidad manual de las mujeres germanas en la Edad del Bronce; para ellas, el tejido, el hilado y la confección de las telas no tenían secretos. A este respecto, Schwantes precisa: «Los tejidos de la Edad del Bronce son de una perfección técnica asombrosa. Lo que se ha considerado mucho tiempo como remiendo, la textura de los vestidos de los hombres en particular que, a primera vista, parecían hechos de piezas y trozos, es, en realidad, el resultado de una larga tradición textil». Algunos incluso han hecho remontar el origen del estilo geométrico, introducido en Grecia por los inmigrantes hiperbóreos, a los motivos utilizados por los tejedores nórdicos. El arqueólogo Conze explica a este respecto: «Semper indica con razón que el dibujo y las formas de los vasos griegos contemporáneos a la invasión dórica tuvieron por origen las realizaciones de los tejedores del área nórdica. Los hilos cruzándose en ángulo recto dieron lugar al dibujo lineal. El hecho que los decoradores de vasos adoptaran exclusivamente los motivos inventados en otra rama del arte manual prueba que en esta época el tejido, oficio femenino por excelencia, era la primera de las artes». Convencido del origen nórdico de la ornamentación geométrica que aparece en Grecia hacia 1200 a. C., Conze concluye: «Los alfareros que modelaron y decoraron los antiguos vasos griegos estaban en el mismo punto que sus colegas de raza nórdica; las analogías evidentes y el respeto hacia los antiguos procedimientos hacen pensar que unos y otros tenían una herencia artística común y de la misma procedencia». Esta hipótesis ha sido muchas veces renovada; von Oppeln-Bronikowski explica, también, que el

estilo protogeométrico «se deriva necesariamente de los motivos textiles y de la decoración nórdicas».

La denominación *Tuimah* o *Ta mah* empleada por los egipcios para designar los libios o los hiperbóreos indica igualmente que tenían una sólida reputación de tejedores. *Ta mah* significa «país del norte»; Brugsch ha probado que los egipcios llamaban al lino *mah* y el país donde crecía *ta mah*. Curiosa coincidencia: ¡el mismo ideograma designa a la vez el país del norte y el país del lino!

No es menos extraño que, en los bajorrelieves de Medinet-Habú, Ramsés III hiciese representar a los hiperbóreos y sus aliados como portadores de ramo de lino. ¿Es para precisar su origen nórdico o su pertenencia al ejército de los atlantes? ¿Quizás haya querido indicar que el lino, vegetal que crece en los países húmedos del norte, era una planta hiperbórea?

Sea como fuese, con justicia alaba Homero la habilidad de los feacios en materia de tejido y en la fabricación de telas de lana y de lino.

La descripción de la isla de los feacios contiene numerosos detalles que, con toda evidencia, no pudieron serle suministrados más que por testigos oculares. En el octavo canto de la *Odisea*, Homero narra que, después de haberle preparado un baño caliente, los feacios invitaron a Ulises a tomar parte en un banquete. Cada invitado tenía su mesa y su silla (*Odisea*, VII, 174). Hablando de los germanos, Tácito también precisa: «Después del baño, toman su comida; cada uno con su mesa y su silla» (*De Germania*, XXII). Por el contrario, los mediterráneos tomaban asiento alrededor de una misma mesa; aquella costumbre les era extraña. Asimismo, el banquete ofrecido a Ulises por los feacios está preparado en un hogar abierto donde el fuego quema día y noche (*Odisea*, VII, 153; VI, 305); el hecho está confirmado por Tácito. En Grecia, en Egipto y en los países ribereños del «mar Interior», la templanza del clima hacía superfluo este uso.

En unas sepulturas del área nórdica, se han descubierto unos vasos y unos recipientes litúrgicos que recuerdan totalmente las copas, las jarras de oro y el caldero de bronce utilizados por la servidumbre del rey de los feacios. Éstos conocían igualmente el arpa y el laúd (*Odisea*, VIII, 98; VIII, 248; VIII, 261), lo cual coincide con lo que narran los autores griegos a propósito de los hiperbóreos. Sin duda se trataba de la *hrotta*, instrumento musical germano (se encuentra todavía en Suecia, donde se le da el nombre de *Tamenharfe*), y del *win*, o *winne*, análogo al laúd común en toda el área nórdica.

Hasta aquí, ninguno de estos instrumentos contemporáneos de la desaparición de la Atlántida, *hrotta* o *win*, ha sido encontrado, pero no es menos cierto que las liras de la Edad del Bronce descubiertas en el área nórdica, y frecuentemente aparejadas dos a dos, atestiguan la habilidad técnica de los fabricantes de instrumentos de cuerda y de instrumentos musicales hiperbóreos.

Homero cuenta que, en la sala del castillo real, el sitio de honor se encontraba «junto al hogar» (*Odisea*, VI, 305), cerca de la «alta columna» (Odisea, VIII, 66), en

el «centro de la sala» (*Odisea*, III, 473). Lo mismo ocurría entre los germanos; esta disposición se ha conservado, además, en el norte de Frisia. El sitio de honor alzado y colocado cerca del hogar de la casa (*ostenefd*), en Husum, lo atestigua.

El palacio del rey de los feacios descrito por Homero tenía, sin duda, un gran salón con columnas; la viga principal era sostenida por dos o más pilares. El arqueólogo Saeftel ha demostrado que esta forma de construcción era conocida en la Edad del Bronce en el área nórdica. Se puede igualmente suponer que el palacio del rey de los filisteos, en Saza, cuyo derrumbamiento provocó Sansón, estaba edificado según este modelo. Es lo que parece resultar de los estudios del mismo Saeftel, que ha descubierto, además, extrañas analogías entre las casas de los filisteos y las de los nórdicos de la Edad del Bronce.

Según Homero, los feacios llevaban un manto y un vestido; se han encontrado ejemplares de los mismos correspondientes a la Edad del Bronce en las turberas del Schleswig. Tácito confirma, por otra parte, que los germanos se vestían con bragas y mantos.

Alcínoo, rey de los feacios, habla en sus discursos de las tres hermanas implacables que hilaban la trama de la vida de los hombres (*Odisea*, VII, 198); es verosímilmente una alusión a las tres Afonías, las Parcas de la mitología germánica, señeras del destino.

Por último, en ninguna parte en el curso de sus viajes, Ulises se benefició de una hospitalidad comparable a la de los feacios; Nausícaa y Echeneos explican a Ulises que la hospitalidad es un deber sagrado para sus compatriotas. Este pasaje se puede comparar con aquél en que, hablando de los germanos, Tácito declara:

> Negar a un extraño el albergue o la comida es considerado como una falta grave. Cada uno aloja a su huésped lo mejor que puede (De *Germania*, XXI).

Último detalle: la semejanza entre la descripción del festín dado en su palacio por el rey de los feacios y la de Tácito, al explicar la manera como se desarrolla un banquete germánico, es sorprendente.

Todos los versos del pasaje relativo a la Feacia que, en sí mismos, no presentan más que una importancia relativa, constituyen en su conjunto la prueba formal que Homero disponía de una relación perfectamente explícita y exacta y que se sirvió de ella para componer la *Odisea*. No sólo las precisiones que da sobre el emplazamiento de la isla y de sus habitantes, sino una multitud de detalles: utilización de estacas para reforzar los diques, presencia de dunas litorales, refugios para los barcos, existencia de espadas «todas de bronce», desarrollo del arte del tejedor, etcétera, indican que se trata de un documento histórico, independiente del que sirvió a Platón. Creamos, pues, a Tácito, que, en *De Germania*, escribe:

> Algunos afirman que, en el curso de un largo y legendario periplo, Ulises fue empujado al océano del norte y que llegó a tierra germánica.

II. LAS LEYENDAS NÓRDICAS EN LA «ODISEA»

1. LOS CONDUCTORES DE LOS MUERTOS

Como hemos visto precedentemente, el recuerdo de «la isla del ámbar» se perpetuó en las leyendas de los pueblos ribereños del Mar del Norte bajo los nombres de «campos de ámbar», de «torre» o de «castillo del ámbar». En todos, la tierra hundida es designada por las expresiones «isla de los muertos» o «isla de los bienaventurados».

Las primeras alusiones a esta tradición se encuentran en las leyendas relativas a los hiperbóreos. El filólogo Schroder ha probado que el «fondo» folklórico griego se formó en la época de la colonización de Grecia (siglos XII y XII a. C.); los propios hiperbóreos introdujeron estas leyendas en la península helénica. Según la tradición griega, los hiperbóreos vienen del océano del norte, de la costa del ámbar; el Erídano, río que arrastra fragmentos de ámbar, riega su país. Mayor que Sicilia, se extiende de norte a sur y una vasta extensión fangosa e infranqueable bordea su litoral.

El «país de los hiperbóreos» es, pues, la península címbrica y las comarcas que la prolongan hacia el sur.

Siempre a propósito de los hiperbóreos, la leyenda narra que en la costa de su país hay barcos dispuestos a zarpar para llevar los muertos hacia «la isla de los bienaventurados». Si tenemos que creer al comentador y gramático griego Tzetzés, numerosos poetas y escritores antiguos (Hesíodo, Homero, Licofrón, Plutarco, Filostrato, Dion Casio y otros) incorporaron a sus escritos leyendas referentes a las islas de los muertos y a los conductores de los difuntos; los conocían gracias a los propios barqueros y a los habitantes de las comarcas vecinas. En el siglo VI de nuestra era, Procopio alude también a ellos en su historia de las campañas del emperador Justiniano contra las tierras germánicas. Actualmente, estas leyendas se encuentran todavía en el folklore de Frisia y del Schleswig. Una de las más curiosas, propia de Frisia, habla del viaje emprendido por las almas a «Aland la blanca». Sus barcos estaban dispuestos a zarpar, la noche más negra del año, *Julnacht*; sólo entonces las almas subían a bordo. Cuando el barco estaba lleno, cruzaba él mismo, «contra el viento y las olas» y «más rápido que el pájaro», en dirección a la isla de los muertos. Los pescadores guardaban silencio durante la travesía, y la leyenda precisa: «No se oía ningún sonido, sino murmullos y silbidos apagados, análogos al ruido que hacen los ratones bajo la paja». Llegadas a destino, las almas abandonaban la embarcación;

inmediatamente las barcas regresaban a fuerza de vela, pues al amanecer tenían que estar de vuelta al puerto.

Ya Friedrich Gottlieb Welcker demuestra que ciertos detalles de la descripción del país de los feacios, tal como figuran en la *Odisea*, correspondían a las referencias que poseemos sobre los conductores nórdicos. En su libro Los *feacios de Homero y las islas de los muertos*, publicado en 1845, explica: «Los feacios descienden en línea recta de los héroes de las leyendas hiperbóreas». O, dicho de otro modo, es preciso buscar la patria de los feacios en los países ribereños del Mar del Norte.

Esta sugerencia suscitó muchas protestas; se ridiculizó a Welcker, se le atacó con una extraña violencia. Mayer trata su tesis de «doctrina inconsciente», de «razonamiento desconsiderado»; Dorpfeld, de «aberración fatal»; Brenning, el antiguo director de la Escuela de Navegación de Bremen, de «una broma ingeniosa». En cuanto a Hennig, resalta: «Sólo en la cabeza de un sabio alemán, encerrado en su torre de marfil, pudo germinar esta idea: los feacios son los conductores de la leyenda frisia. ¡Bonito ejemplo de pedantería alemana!». Preller, por último, expuso las razones, que creía definitivas, justificando que la hipótesis de Welcker fuera rechazada, en esta pregunta: «¿Cómo, en esta época, los griegos habían tenido conocimiento de esta leyenda?».

Pues bien, como hemos visto, Homero estaba perfectamente informado de las condiciones existentes en los países nórdicos. Pretender que al final del segundo milenio a. C. el área nórdica formaba una entidad geográfica aislada, cuya existencia ignoraban los mediterráneos, es una necedad. El comercio del ámbar y las relaciones comerciales, y luego la invasión hiperbórea del sudeste de Europa, en 1200 antes de nuestra era, esparcieron las leyendas y los mitos nórdicos en el área mediterránea. Afirmar lo contrario es negar la evidencia.

Nada es más fácil que controlar la exactitud de la tesis de Welcker; la comparación entre las referencias de Homero sobre los feacios y las leyendas nórdicas de los conductores de los muertos es más que suficiente.

En el canto VIII de la *Odisea* (verso 555 y siguientes), Alcínoo, rey de los feacios, pregunta a Ulises:

> Dinos cuál es tu tierra y tu pueblo y la ciudad donde deberán llevarte nuestras embarcaciones feacias, que, dotadas de razón, bogan sin el piloto y el timón que tienen las otras naves; saben adivinar, ellas mismas, los deseos y los pensamientos de los hombres; conocen las ciudades y las fértiles campiñas del mundo entero, hacen sus travesías sobre el abismo de los mares sin temer ni la menor avería ni la pérdida entre las brumas y las nubes que los cubren.

En el canto XIII (verso 70 y siguientes) se lee igualmente:

> Cuando hubieron alcanzado la nave y el mar, los nobles conductores se apresuraron a tomar los víveres para la ruta y a depositarlos en el fondo del barco; luego, con sábanas de lino hicieron para Ulises, sobre la cubierta de popa, una cama donde el héroe podría dormir lejos del ruido. Entonces se embarcó y se acostó sin decir nada; en orden, los remeros tomaron asiento en sus bancos; de la piedra agujereada se desató la amarra y muy pronto, con las espaldas encorvadas, en el rocío del oleaje y la espuma hundían el remo.

> Pero ya sobre sus ojos cae un dulce sueño, sin sobresalto, idéntico a la paz de la muerte: como, delante del carro, se ven cuatro caballos de raza lanzarse a la llanura y encabritarse todos juntos y devorar la ruta bajo los chasquidos del látigo, así apuntaba la proa y, en los borbotones de la estela, rebullía el mar resonante. Y la embarcación corría sin sacudidas y sin riesgo, y el gavilán, el más rápido de los pájaros, no la habría seguido.
>
> Corría, volaba, hendiendo la superficie de los mares, llevando a este héroe de divinos pensamientos, cuya alma había conocido, en otro tiempo, tantas angustias. Ahora, sin un gesto, dormía, olvidando todos los males sufridos.
>
> En la hora en punto en que aparece la reina de las estrellas para anunciar el amanecer en su cuna de bruma, la nave, acabando su carrera por el mar, llegaba a Itaca. El viejo del mar, Forquis, tiene en los campos de Itaca uno de sus puertos. En este puerto, conocido por ellos, penetran los feacios. Encallan sobre la arena y casi una mitad de su nave queda a seco, ¡hasta tal punto los brazos de los remeros habían dado impulso! Saltan fuera de los bancos, y, de lo profundo del barco, levantan a Ulises en sus sábanas y su lino aterciopelado; luego, sin romper su sueño, lo ponen en la arena.

Por último, en el canto VII de la *Odisea*, Homero narra que los feacios llevan por el mar a Radamanto, el juez de la isla de los muertos, y lo vuelven en seguida a su morada. Ya en la antigüedad, este pasaje de la Odisea llamó la atención de los comentaristas de los poemas históricos, llegando a la conclusión de que el país de los feacios y la isla de los muertos debían encontrarse en la misma región.

Si se comparan las referencias suministradas por Homero sobre los feacios y las de las leyendas nórdicas que se refieren a los conductores fúnebres, se impone una seguridad: unos y otros tienen un origen común.

Una de las objeciones hechas a Welcker, que afirmaba que los feacios son los conductores de la leyenda frisia, es que Homero describió los primeros como seres de carne y hueso, mientras que los pilotos hiperbóreos eran unos fantasmas.

Este argumento es nulo; los conductores eran también hombres y no sombras. Se conocía incluso el nombre de uno de ellos, Jan Hugen, un pescador que poseía una embarcación, mujer e hijos. Hablando de los conductores fúnebres, Procopio precisa que pescaban, conducían sus naves, practicaban la agricultura y pagaban tributo a los jefes de los poblados francos.

Asimismo, el término «feacios» utilizado por Homero recuerda los «conductores negros», nombre que daban a los barqueros las leyendas nórdicas. Pues, bien; feacio viene del adjetivo *phaios* (negro), color de la muerte y del luto. En traducción literal, *phaiakoí* significa «los negros»; Homero los califica: *pompoi apemones hapanton*, es decir, «los seguros barqueros de todos». Es más, incluso precisa que los barcos de los feacios tienen el casco pintado de negro; las barcas de los barqueros nórdicos, las velas y los trajes de los hombres de la tripulación eran igualmente negros.

Según Homero, los «negros conductores» cruzan los mares «más rápidos que el pensamiento», «más veloces que el gavilán»; lo mismo ocurre con los de la leyenda frisia. Aparecen y desaparecen con la celeridad del relámpago. Según Procopio, sus barcos alcanzan, en una hora, una distancia que una nave ordinaria emplearía en recorrer «más de un día y una noche». Las embarcaciones de los feacios prescinden de galgos y de timones; se dirigen sin miedo alguno, no temiendo «ni la menor avería ni la pérdida entre las brumas y las nubes». El patrón Jan Hugen de la leyenda

nórdica declara: «En el mar, ya no soy yo mismo; a pesar de la bruma y de la noche, mi barco encuentra solo el camino de Aland la blanca».

El viaje de Ulises se efectúa en el mayor silencio, al igual como el de las almas en ruta hacia la isla de los muertos: «No se oía ningún ruido, sino murmullos y cuchicheos apagados, análogos al ruido que hacen los ratones bajo la paja». Por último se dice de las embarcaciones de los feacios y de las barcas de los conductores que no tenían nada que temer del viento y la tempestad. Al contrario, las naves de los barqueros hiperbóreos salían con preferencia en épocas de tempestad.

Sin embargo, la prueba definitiva de la identidad de los feacios y de los héroes de la tradición nórdica nos la suministra el propio Homero, al explicar que, después de haber transportado a Grecia a Radamanto, rey y juez de la isla de los muertos, los feacios lo volvieron a su isla. Los comentaristas de Homero, antiguos y modernos, están de acuerdo sobre este punto: la isla de los feacios se confunde con la de los muertos de la tradición hiperbórea.

Su recuerdo se perpetúa en la leyenda mediante expresiones tales como «país de los bienaventurados situado bajo el mar», «*Glasir vellis*», «campo de ámbar», «campo de los muertos», «*abalus*», «*aralun*».

Así, queda probado que la hipótesis de Welcker es justa: en la *Odisea*, Homero se sirvió de una leyenda nórdica, punto de partida de su descripción de la isla de los feacios.

2. LA ISLA DE LOS LESTRIGONES

Precedentemente, hemos hablado de la hipótesis de Radermacher que ve en el episodio del salvamento de Ulises gracias a la vela de Ino, una reminiscencia nórdica. Es muy posible. En ciertos casos, la fuente hiperbórea de narraciones tomadas por Homero es fácilmente discernible, sea que el mismo poeta hace alusión a ello, sea que la leyenda «madre» se encuentra en el folklore nórdico bajo su forma primitiva. Entre las leyendas que permiten identificar el país donde se originaron, citemos, entre otras, la que se refiere a las aventuras de Ulises entre los lestrigones. En el canto X (80 y siguientes) de la Odisea, se lee:

> Durante seis días y seis noches, navegamos sin descanso. El séptimo día tocamos el país lestrigón, debajo del pueblo de Lamos, la alta Telepyle, donde se ve al pastor llamar al pastor; cuando uno entra, sale otro que contesta; un hombre ágil ganaría dos salarios, uno en apacentar los bueyes, el otro los blancos corderos; pues los caminos del día bordean los de la noche. Entramos en este pueblo bien conocido de los marinos; un doble acantilado vertical y sin hendidura se eleva alrededor y dos cabos

alargados que se unían uno al otro frente a la entrada cierran su boca. Mi flota penetra en él y marchó hasta el fondo, ondeando una embarcación junto a otra: ningún movimiento en este refugio, ni una ola, ni un rizo en el agua; por todas partes, una calma blanca.

En el año 170 a. C., Grates de Malos, filósofo griego, discípulo de Diógenes, constataba ya que este pasaje era una alusión a las noches cortas de los países nórdicos; solamente en el Septentrión las noches son tan claras. Más tarde, la mayoría de los comentadores de Homero se han adherido a este parecer; de común acuerdo, colocan el país de los lestrigones en la parte meridional de Noruega.

Admitiremos también que esta hipótesis es justa, tanto más cuanto que, como hemos visto, la locución: «Allí donde los caminos del día bordean los de la noche» se aplicaba en el espíritu de los antiguos a los países del extremo norte de Europa. Observemos por la misma circunstancia que la descripción de la llegada de Ulises al puerto de los lestrigones recuerda la de un fiordo noruego: «Los acantilados verticales y sin hendidura»; «los dos cabos alargados que se enfrentan y estrechan la boca».

Que los hiperbóreos, autores de esta leyenda, conocían los fiordos y las elevadas mesetas noruegas está, por otra parte, atestiguado por Platón. En *Critias* (118), ¿no habla de montañas «que sobresalían en número, en grandeza y en hermosura» a todas las que existían entonces? Precisa que estaban situadas allende el mar (aquí, el Kattegat).

Observemos igualmente que la historia del pueblo lestrigón pertenece al «fondo» folklórico nórdico. En el siglo XII d. C., Saxo Gramático recogió las leyendas de los países ribereños del Mar del Norte; una de ellas se parece muchísimo al pasaje de la *Odisea* donde Homero describe las aventuras de su héroe entre los lestrigones. Es perfectamente verosímil que habiendo leído la *Odisea*, los hiperbóreos hubiesen hecho suya una narración cuya acción sitúa Homero en los países del norte; y eso tanto más cuanto que los detalles prueban sin duda posible su origen hiperbóreo. Homero incorporó a la *Odisea* una leyenda que nació en las orillas del Mar del Norte o del Báltico; no hay otra explicación posible.

Hennig se opone a esta tesis; según él, «en la época de Homero los pueblos mediterráneos no podían saber ni siquiera adivinar que, en el norte de Europa, las noches eran cortas y claras». Nosotros sabemos que el argumento no tiene valor.

3. EL VIAJE DE ULISES ENTRE LOS CIMERIOS

Sobre este punto también están de acuerdo numerosos arqueólogos y comentadores de Homero: en el origen de la descripción del país de los cimerios hay una leyenda nórdica. He aquí qué palabras coloca Homero en la boca de Ulises:

> Todo el día recorremos el mar, a toda vela. El sol se ponía y era la hora que la sombra llenaba todas las calles, cuando alcanzamos el paso y las corrientes profundas del océano, donde los cimerios tienen su país y su ciudad. Este pueblo vive cubierto de nubes y de brumas que jamás han atravesado los rayos del sol, ni durante su subida hacia los astros del cielo, ni cuando desde el firmamento vuelve a la tierra: sobre estos desventurados pesa una noche de muerte (*Odisea*, XI, 11 y siguientes).

Llegado a esta región, en la orilla del océano, Ulises invoca a los muertos, cuyas almas acuden a su llamamiento. ¡Qué extraña concordancia con la leyenda frisia de la isla de los muertos y de los conductores de las almas! Rindiéndose a la evidencia, los comentaristas antiguos han concluido que el país de los cimerios estaba situado en el norte. Es cierto que en su mayor parte lo sitúan en el extremo norte y justifican su preferencia por el hecho de que, en estas regiones, la larga noche polar se prolonga durante meses.

Por el contrario, Hennig estima que, si se toma la pena de estudiar este pasaje de la *Odisea* se constata que «en ninguna parte se alude a una noche perpetua». El país descrito por Homero no es aquél en que el sol queda debajo del horizonte, sino una región donde nubes y brumas lo ocultan a los habitantes. La explicación corresponde a la meteorología y no a la astronomía. Seguro de esta constatación, Hennig identifica la Kimmeria con el archipiélago británico, caracterizado por su cielo brumoso. ¿Pero dónde están las «corrientes profundas del océano» de las que habla Homero? ¿Dónde está la isla donde Ulises invoca los dioses de los antepasados muertos? Parece más lógico identificar el país de los cimerios con la península címbrica, o sea con Jutlandia, el «Abalus» de Piteas, el «Aland», y el «Glasir vellis» de las leyendas frisias; allí vivían desde siempre los cimbrios o «cimerios». Finalmente, es verosímil que después de los trastornos climáticos de los siglos XIII y XII a. C., se impusiera un nuevo clima, caracterizado por la formación de pantanos y turberas y, en el cielo, por la aparición de brumas persistentes que ocultaban a los habitantes la vista del sol.

Los detalles de la invocación de Ulises a la llegada de las almas de la isla de los muertos al llamamiento del héroe atestiguan que la leyenda incorporada en la *Odisea se* remonta al período que siguió a las catástrofes naturales.

También en este caso, no sólo esta leyenda se ha conservado, sino que recuerda los episodios descritos por Homero. El héroe nórdico se llama Thorkill; al igual que Ulises, surca el océano y llega a una región perpetuamente circundada de brumas y nubes donde el sol jamás brilla. En el llamamiento de Thorkill, los «fantasmas sin consistencia y las sombras se reúnen»; del mismo modo que los muertos invocados por Ulises, llevan heridas, causa de su muerte.

La analogía es demasiado notable para que no se tratase de una misma tradición y de un mismo origen; las dos se refieren a la isla de los muertos situada en la bahía de Heligoland.

Muchas razones militan en favor de la tesis «nórdica»; de allí solamente pueden provenir las leyendas, perfectamente concordantes, de la isla de los muertos, de los conductores y de las embarcaciones fúnebres.

El hecho de que Homero se sirviese, en la *Odisea*, de la tradición de la isla de los muertos constituye una anomalía; se opone a la idea que los antiguos tenían del más allá. En la Ilíada y en muchos cantos de la *Odisea*, continuando la tradición griega, se dice que los muertos residían en el Hades, en las entrañas de la tierra. Como escribió Malten, especialista en filología germánica, esta alusión a la isla de los muertos representa un «elemento heterogéneo introducido por el poeta en su epopeya». Esta manera de concebir el más allá no aparece hasta mucho más tarde en Grecia (en el siglo VII a. C., según Welcker) y, por lo demás, nunca llegará a sustituir la antigua concepción del Hades.

En cambio, en el área nórdica, los habitantes han creído siempre que, conducidos por unos barqueros, las almas de los difuntos se reunían en unas islas; el hecho que se hayan encontrado en Alemania del Norte y en Escandinavia unas sepulturas conteniendo barcas de la Edad del Bronce prueba la antigüedad de esta creencia. Estas tumbas presentan una curiosa particularidad: la proa de los barcos-sarcófagos está siempre orientada hacia el sur, sea cual sea su situación.

¿Es preciso deducir que todos estos barcos debían, en el espíritu de los hiperbóreos, poner rumbo hacia la isla de los muertos, «Aland», «Glasir vellis», nombres frisios y germánicos de Basileia? Esta costumbre, que consiste en enterrar los muertos en unas barcas o en unos sarcófagos en forma de nave, se perpetuó hasta los vikingos; las célebres sepulturas de Gokstad, de Oreberg, en el fiordo de Oslo, y de Nydam, en la isla de Alsen, lo atestiguan. Se trataba de asegurar el transporte del alma hasta la isla de los muertos. Por el hecho de ser antigua, esta concepción se perpetuó mucho más tiempo en el área nórdica que en el sur de Europa, en Grecia, por ejemplo.

Todo prueba su origen nórdico; no solamente la leyenda de la isla de los muertos, sino las que a ella se refieren fueron importadas a las costas mediterráneas. Lo que es seguro es que no hicieron el viaje en sentido contrario.

4. SUPERVIVENCIA DE LEYENDAS NÓRDICAS EN LA «ODISEA»

Ciertas leyendas presuponen la existencia de relaciones marítimas constantes;

pues bien, en esta época, sólo los hiperbóreos afrontaban los peligros del mar. Otros, en cambio, se han conservado bajo su forma original en el área nórdica.

El episodio de Calipso reteniendo prisionero a Ulises durante siete años en una isla del océano (San Miguel) no se explica más que si unos barcos surcaban ya el océano y sus tripulantes conocían esta tierra; los objetos descubiertos en las Azores y en la cueva de San Miguel en particular parecen probar que estos navegantes eran los hiperbóreos. Asimismo, Homero hace de Calipso la hija de Atlas, primer rey de los atlantes; la diosa envía a Ulises no hacia Itaca, su patria, sino hacia la isla de los feacios, es decir, de los atlantes. ¿Se debe deducir que mantenía relaciones más estrechas con los nórdicos que con los mediterráneos? Observemos de paso que el relato de la esclavitud de Ulises en la cueva de Calipso evoca otras tradiciones análogas que figuran en los poemas nórdicos.

Del mismo modo, el episodio de la matanza de las vacas del sol por los compañeros de Ulises y de su castigo se encuentra, *in extenso*, en la antología de cuentos nórdicos de Saxo Gramático. Thorkill desembarca con sus hombres en una tierra extraña donde pacen los rebaños sagrados. Al igual que Ulises, Thorkill pone en guardia a sus compañeros; pero, desafiando su prohibición, éstos reúnen los bueyes y las vacas, los matan y se sacian. En estos dos puntos, idéntica al relato de Homero, la leyenda nórdica cuenta el castigo impuesto a los culpables: sacados a suerte, tres de ellos son sacrificados al dios dueño del rebaño.

Las aventuras de Ulises en la isla de Circe, la hechicera, tienen igualmente su pareja en la leyenda nórdica; las de Thorkill llegando al país de Gudmund parecen copiadas de las primeras. Como Circe, Gudmund invita a los extranjeros a sentarse a su mesa; en su casa, sirve comidas copiosas. Del mismo modo que Ulises, Thorkill convida a sus compañeros a abstenerse; pero, sin tener en cuenta la advertencia, griegos y nórdicos no hacen caso. Los compañeros de Ulises son transformados en cerdos; los de Thorkill pierden la razón. Por último, los términos con los que Gudmund reprocha a Thorkill que rehúse los platos que le prepara recuerdan extrañamente las palabras de Circe.

Lo mismo se puede decir de la leyenda homérica que describe la boca de los infiernos, confluencia de dos ríos, Estigia y Aqueronte; Adam von Bremen, muerto en 1075 d. C., cuenta que unos frisios nativos de Rüstringen se internaron en el océano y llegaron a la entrada de los infiernos, «desembocadura de dos ríos horribles». Según él, es allí donde las mareas tienen su origen.

Sin duda es preciso ver en esta descripción una tentativa de explicación de los fenómenos de flujo y reflujo. Como hemos visto, las mareas se notan muy poco en las costas del Mediterráneo y todo lleva a creer que la leyenda tuvo su origen en las costas del Mar del Norte. El hecho de que en Bodø, en el sur de Noruega, la oleada avance a una rapidez de 16 millas por hora, muestra la amplitud de las mareas en estas regiones.

Otra leyenda frisia recuerda de manera curiosa la llegada de Ulises a la isla del

Cíclope. Los héroes griego y nórdico desembarcan en una isla, meseta elevada, rodeada de escollos y de arrecifes, donde habitan los gigantes. Viven en las cuevas que se abren en la cumbre de la isla. Estos monstruos matan a una parte de los náufragos, pero los otros consiguen escapar.

Wilhelm Grimm, autor de los célebres cuentos, escribe: «La leyenda de Polifemo se encuentra en Noruega bajo su forma original y auténtica». Esto se aplica igualmente al episodio del Cíclope antropófago que, cada tarde, cierra su caverna con una piedra que muchos hombres no podían desplazar.

En su tiempo, Schuchhardt insistió sobre las analogías existentes entre mitos y leyendas homéricas y nórdicas; Rademacher también atestigua que, incluso fuera de la *Odisea*, numerosas tradiciones griegas presentan semejanzas con las hiperbóreas.

En definitiva, estos autores contemporáneos llegan a la misma conclusión que Eratóstenes, director de la célebre biblioteca de Alejandría, nacido el año 275 a. C., quien reprocha a Homero el haber traído a los países del Mediterráneo y del Oeste leyendas cuyo origen es «la extremidad de la tierra»; en esta circunstancia, ve la prueba de que se trata de «fábulas o invenciones». Más tarde, Estrabón se esfuerza en refutar esta hipótesis y consagra la mayor parte de su *Geografía* a la defensa de Homero. Explica los conocimientos de Homero relativos a las regiones hiperbóreas y el hecho de situar ciertas aventuras de Ulises en el norte, por algunos relatos que el poeta había recogido de boca de los cinabrios. Según Estrabón, los cimbrios penetraron en Grecia antes del nacimiento del poeta y habrían extendido por ella las leyendas de su país de origen.

Vemos, pues, que, maravillados por la erudición de Homero, los griegos ya se preguntaban de dónde había sacado sus noticias. La explicación de Estrabón es verosímilmente exacta y, en todo caso, plausible: los invasores cimbrios (cimerios) —hiperbóreos por consiguiente— incorporaron las leyendas nórdicas que extendieron por el mundo mediterráneo.

A decir verdad, el problema es prácticamente insoluble: la cuestión de saber dónde Homero se documentó sobre Troya, destruida enteramente muchos siglos antes de su nacimiento, no lo es menos.

Krause ha propuesto una hipótesis que, a falta de otra mejor, tenemos que admitir: «Se trata de leyendas de origen nórdico; existían ya antes de que los hiperbóreos hubiesen invadido Grecia y el Asia Menor. Rindamos homenaje al esplendor y al lucimiento con que las adornaron los poetas griegos, sin olvidar que estos relatos formaban parte del patrimonio folklórico de nuestros antepasados».

Si en este libro consagrado a la Atlántida hemos tenido en cuenta estas tradiciones, es porque eran verosímilmente las mismas de los marinos y de los habitantes de Basileia; después de su desaparición pasaron a ser cosa propia de las poblaciones del litoral del Mar del Norte.

Una cosa es en todo caso cierta: la pregunta que Ulises hace a Demodoco, el poeta de los feacios que acaba de cantar las desgracias de Ilion: «Cuando cantas

también la suerte de los aqueos, ¿lo has visto por tus ojos o por los ojos de otro?», se dirige igualmente a Homero, que describió, no sólo Ilion, sino también Basileia, capital de los atlantes, «la isla de los muertos» de las leyendas nórdicas.

III. EL DESCUBRIMIENTO DE LA ATLÁNTIDA

Después de algunos años de estudios e investigaciones, en 1948 estuve seguro de que la relación de Platón era un documento histórico: Basileia debía encontrarse a ocho kilómetros ochocientos metros (cincuenta estadios) al este de Heligoland.

A decir verdad, dudaba que el Mar del Norte hubiese dejado subsistir vestigios de la isla sumergida. Sin embargo, me procuré una carta marina y busqué la presencia de una colina sumergida o de amontonamientos de piedras.

El momento en que desenvolví el mapa quedará para siempre grabado en mi memoria; desde el primer momento, distinguí sobre el fondo del mar una elevación submarina y unos amontonamientos de piedras de origen desconocido. *Steingrund* (fondo rocoso) es el nombre que los designa.

Sobre el terreno, me di cuenta de que la prueba definitiva de la autenticidad de las noticias suministradas por Platón y de la precisión de mi tesis se encontraba allí. Si, además, podía descubrir en este lugar vestigios de habitación, o si esas piedras formaban murallas, tendría la seguridad de que se trataba de los restos de Basileia.

Los «expertos» objetaron que lo que tomaba por unos muros no eran más que un montón de rocas o de bloques, residuos de una antigua morrena. Por otra parte, el «fondo rocoso» constituía un enigma geológico cuyo misterio todavía nadie había intentado descubrir.

Entonces me procuré antiguos mapas de Heligoland; uno de ellos, dibujado en 1649 por el cartógrafo y matemático Johannes Mayer, natural de Husum, lleva en el lugar del «fondo rocoso» una inscripción. Se leen las palabras *templum* y *castellum*, alusión a las leyendas y a la tradición de los habitantes de Heligoland. El más antiguo mapa conocido —fechado en 1570— indica en la parte oriental de Heligoland la presencia de siete iglesias, ahora desaparecidas. Una inscripción precisa: «Se puede todavía verlas durante las grandes mareas», y viejos pescadores me señalaron que, en el mismo lugar, se levantaban aún unas paredes o murallas de piedra, restos de una «ciudad dorada» cuya riqueza era proverbial.

Fortalecido en mi decisión de emprender nuevas investigaciones, decidí encontrar los restos de edificios, en caso de que los hubiese.

¡Tarea grandiosa la que había emprendido! ¡Era allí donde se levantaba la ciudad de que hablaban Ramsés III y los sacerdotes de Sais, Solón y Platón, aquélla cuya existencia conocían los profetas judíos Amos y Jeremías y que había sido cantada por Homero! Desde hacía dos mil quinientos años «los locos y los prudentes, los utopistas y los poetas, los filósofos y los sabios, los Padres de la Iglesia y los herejes» la buscaban. ¡Había hecho correr torrentes de tinta! Por su causa se habían ennegrecido toneladas de papel. Allí, cerca de Heligoland, simple montón de ruinas, se encontraba la ciudad más misteriosa de la historia.

Ignoraba todavía la naturaleza de los obstáculos que me quedaban por vencer. La primera vez que había enseñado el mapa de la bahía de Heligoland a un especialista

explicándole: «Aquí se encuentra la Atlántida; en este punto buscaré los vestigios de su acrópolis», se echó a reír y me trató de visionario.

Desconocía entonces la existencia de los informes de geólogos que señalaban la presencia, en Heligoland, de mineral cuprífero y de filones de cobre. Sin embargo, basándome en las noticias suministradas por Platón, declaré: «Hay o había, en Heligoland, yacimientos cupríferos». Acerca de lo cual, un conocido geólogo me calificó de loco. «¡Jamás ha existido la menor huella de cobre en la isla!», escribió.

Para reunir los fondos necesarios para la exploración del «fondo rocoso», empecé a dar conferencias sobre el tema: «La Atlántida, isla del Mar del Norte». Poco después, un periódico publicó un artículo sin firmar que decía: «Los hiperbóreos de las inscripciones egipcias eran sardos, sículos u otros pueblos ribereños del Mediterráneo… El relato de Platón es un mito filosófico-político que tiene como punto de partida unos datos exactos; la Atlántida estaba situada al oeste de la Península Ibérica… ¡Pretender que las noticias suministradas por la *Odisea* se apliquen a nuestra comarca es seguir las huellas de los sectarios que todo lo hacen remontar a la Biblia!».

A falta de conocimientos precisos, el autor del artículo recurría a la grandilocuencia. Otro «especialista» declaró a su vez que poseía «pruebas múltiples del origen balcánico de los hiperbóreos». Esos escépticos, la cosa quedó rápidamente probada, conocían la existencia de los textos egipcios, pero eran incapaces de probar la exactitud de sus opiniones. Pues bien, no hay en los Balcanes ni «océano circular» ni islas; sin embargo, es cierto que de allí venían los inmigrantes, si tenemos que creer a las inscripciones y los relieves egipcios. Asimismo, confundían feacios, cretenses y *phrst*, mezclaban los sakar y los sekelesa, lo que para ellos no era inconveniente para decidir la cuestión.

Otro declaraba: «Es hermoso ser autodidacta, pero esto no significa necesariamente que uno tenga la condición de Schliemann; el problema de la Atlántida es mucho más difícil de resolver que el del emplazamiento de Troya. ¡Que el pastor de Bordelum lo tenga bien entendido!».

Otro decía: «Spanuth se figura que resolverá un problema al que generaciones de sabios no han podido dar solución. En materia de atlantología, es, además, un noble desconocido».

En resumen, la tempestad se levantó antes incluso de que mi barco hubiese podido poner rumbo al «fondo rocoso»; en resumidas cuentas se me rogó oficialmente «que, por favor, dejara de lado este proyecto insensato».

Sin embargo, tuve algunas satisfacciones. Especialistas pertenecientes a diversas disciplinas científicas me ayudaron con sus consejos, me comunicaron el resultado de sus trabajos y me dieron referencias. A la salida de una conferencia que di en Munich, algunas personas de aquella ciudad me propusieron participar económicamente en la expedición que proyectaba.

Pero el 15 de julio de 1950, día fijado para el primer reconocimiento, la

tempestad estaba en su punto culminante; duró nueve días. Los medios de que disponía me permitían resistir diez días. Hasta la penúltima noche, el barco quedó en el puerto; mis compañeros y yo escuchábamos los avisos descorazonadores del servicio meteorológico. Por último, al amanecer del décimo día, el cielo se aclaró, el mar quedó calmado y apareció el sol. La salida tuvo lugar. En la proximidad del «fondo rocoso» nos rendimos a la evidencia: la boya luminosa que señalaba la presencia del bajo fondo había sido arrastrada. Antes de empezar, tuvimos que realizar unos sondeos para encontrar el emplazamiento. Finalmente la sonda registró una profundidad de nueve metros; el plomo tropezó con piedras. Tomé una enfilada en la «Düne», otra en Heligoland y, en seguida, el buzo descendió. Comenzaba apenas éste a transmitir sus primeras observaciones por teléfono cuando oímos los ruidos de un motor; aprovechando el buen tiempo, una escuadrilla de bombarderos ingleses se entregaba a ejercicios de bombardeo sobre Heligoland. Las explosiones se sucedían y levantaban verdaderas trombas de agua. El buzo volvió a la superficie precipitadamente. Debajo del agua, las explosiones le hubieran resultado fatales. Fue preciso abandonar la zona peligrosa y esperar… Cuando los últimos bombarderos pusieron rumbo a su base, la noche caía; el cielo se cubrió, la tempestad se manifestó de nuevo y tuvimos que refugiarnos en el puerto.

En plena noche el barco atracó en Cuxhaven; reinaba una absoluta oscuridad y el faro de Heligoland estaba apagado. De pie en la proa, trataba yo de olvidar la serie de reveses que había sufrido durante los días precedentes. ¿Mi proyecto era insensato, como me habían dicho? ¿Era una «quimera» como había escrito un historiador vienes? Buscar la Atlántida ¿era perder tiempo y dinero? Troya, que Schliemann había encontrado con tanta dificultad, estaba situada en tierra firme y además, numerosos documentos atestiguaban su existencia. La Atlántida, por el contrario, había sido tragada por el mar; unas aguas cargadas de arena y de barro la ocultaban a las miradas. En resumen, por centésima vez examinaba el pro y el contra, dudando alternativamente de la exactitud de mi tesis y del valor de las objeciones de mis adversarios. ¿No era preferible, desde un principio, renunciar a mi «insensato» proyecto?

Estas cuestiones me preocupaban y titubeaba sobre lo que convenía hacer.

Reflexionaba igualmente sobre la suerte que habían conocido ciertos *outsiders* de la ciencia, de la forma como, contra viento y marea, habían obligado a la suerte a sonreírles; me decía que en definitiva las objeciones eran fáciles de refutar. En su mayoría eran o puramente gratuitas o insuficientemente fundadas. Agradecía también a mis amigos y a los especialistas que me habían ayudado con sus consejos y sugestiones. Comprenderían que renunciase antes de haber descubierto la solución. Sabiendo, además, qué perspectivas abriría, una vez resuelto, el problema de la Atlántida, convertido en «mi problema», me mantenía con valor.

Al día siguiente, al amanecer, la cuestión estaba decidida; el barco atravesó las esclusas del puerto de Cuxhaven; yo las conocía bien por haber estado de guardia en

ellas al principio de la guerra. Mi decisión estaba tomada: costase lo que costase, iría hasta el fin.

Diez días más tarde, a bordo de otro barco, partía para Heligoland. El servicio meteorológico anunciaba «vientos variables de débil intensidad». Pero, en el momento de llegar a nuestra meta, se levantó la tempestad y nos obligó a refugiarnos en el puerto más cercano.

El prefecto romano Albinovanus Pado, que participó en la expedición organizada por Germánico para castigar las tribus germánicas, tenía razón al escribir en su diario: «Los dioses mismos gritaban: ¡Atrás! ¡Se oponían a que descubriéramos los mares sagrados y las moradas divinas, ahora desaparecidas!».

Este pasaje le fue inspirado por una tempestad que puso a la flota romana en peligro en la bahía de Heligoland.

Mientras tanto, habíamos recogido cierto número de datos precisos para proseguir la exploración submarina del «fondo rocoso». Conocía el yacimiento del punto culminante de la colina desaparecida donde los pescadores de Heligoland me habían señalado la existencia de murallas ciclópeas y ruinas. Para poner mi proyecto en ejecución era indispensable utilizar como base de operaciones el puerto de Heligoland; además, teniendo en cuenta las condiciones del mar, era preciso que la expedición tuviese una duración no de diez días, sino de treinta.

Dos años más tarde las autoridades de ocupación inglesas evacuaron Heligoland; esta evacuación permitió utilizar el puerto de la isla.

En el mes de noviembre de 1950, los miembros de un club de Hamburgo me invitaron a exponer mi tesis. Al final de la conferencia, el presidente se levantó y me dijo:

—Nunca como hasta hoy había sido tan escéptico; jamás tampoco había estado tan convencido como lo estoy ahora. ¡Díganos qué podemos hacer por usted!

Éste fue el comienzo de la nueva expedición que tuvo lugar en el verano de 1952.

El 15 de julio, en el momento que el barco se disponía a iniciar el camino hacia Heligoland, una vez más la tempestad hacía estragos; esta vez, esperamos quince días. El 28 de julio, el mal tiempo cesó; una débil brisa soplaba cuando abandonamos el puerto. Llegamos por la noche; el viento se levantó y las olas golpeaban la escollera y los muelles. Hasta el 31 no pudimos pensar en explorar el «fondo rocoso». Según mis cálculos, eran necesarios 40 minutos para cubrir la distancia (8180 metros). Al terminar el tiempo previsto, se paró el barco: fue arrojada el ancla y el buzo descendió.

El hilo del teléfono me comunicaba con él. Yo esperaba… Pasaron algunos minutos; de repente, se puso a gritar:

—Percibo delante de mí una muralla alta, de piedra. Me encamino hacia ella; al pie yacen enormes piedras; una de ellas mide dos metros por uno; se levanta a 90 centímetros sobre la arena. A la derecha y a la izquierda veo otras de las mismas dimensiones; muchas son cuadradas… Ahora voy a probar de escalar el muro… mide

dos metros de alto… está hecho de bloques unidos entre sí. Estoy arriba… Rectilínea, la muralla se extiende a derecha y a izquierda; distingo un segundo recinto, paralelo al primero. Voy andando por el primer muro.

Hubo algunos momentos de silencio y luego, de nuevo:

—Se acaba; se diría que es un pasillo. Desciendo… al pie del muro, en la dirección del paso, hay una piedra mayor que las otras: dos metros de largo, un metro ochenta de ancho. Sobresale 80 centímetros. Por todas partes, al fondo del paso, veo arena blanca y pequeños guijarros. El muro continúa al otro lado. Ahora vuelvo a subir sobre la muralla; la segunda se extiende paralela a la primera, y entre las dos hay arena. Desciendo al foso que separa los dos muros… escalo el segundo. Está construido de la misma manera que el primero, pero en piedras blancas, muy grandes; las otras eran rojas. No veo dónde termina… Más lejos, distingo unas piedras blancas y, encima, un lecho de bloques de color rojo.

A cada nueva zambullida, el buzo traía indicaciones análogas; sobre un punto, el muro exterior se bifurcaba en ángulo recto hacia el interior de la circunvalación. De una anchura de doce metros en la base, los muros tienen dos metros de alto por dos cincuenta; el foso que los separa tiene por todas partes seis metros de ancho. Los sondeos acústicos que ejecutamos —el último día desgraciadamente— indican que ciertas partes de la circunvalación, de 4,50 metros de altura, se levantan verticales en relación con el fondo. El buzo no pudo ver la totalidad de las murallas. Nuestras medidas, que concuerdan con las indicaciones comunicadas por los pescadores de Heligoland, revelan que la longitud total de la muralla es de 927 metros; la anchura del conjunto —recinto exterior, foso y muro interior— es de 200 a 300 metros. Al norte y al sur, los muros describen un amplio arco de círculos alrededor de la colina central, el «fondo rocoso»; en el oeste, parece que el mar haya deteriorado fuertemente los vestigios, pero la huella es perfectamente señalada por el sondeador acústico.

Al terminar las inmersiones, el buzo, Beelte, declaró:

—Simétricas y paralelas, estas murallas no pueden ser una construcción natural; fueron edificadas por la mano del hombre.

En tiempo de calma se observa la huella de la circunvalación desde la superficie; con la marea descendente y ascendente, cubiertos por 7,80 metros de agua, los muros hacen el oficio de rompeolas submarino. Encima se forman corrientes, pero en la vertical del espacio comprendido entre los recintos el agua permanece tranquila.

Los pescadores de Heligoland conocían la existencia de las murallas; en medio de sus piedras cogen las más hermosas langostas. No es raro que tres o cuatrocientas nasas se alineen en la base de los muros sumergidos. Cada nasa está dominada por una boya visible, lo que permite darse cuenta de la importancia de la circunvalación.

Los antepasados de los actuales habitantes de Heligoland recordaban una leyenda: para ellos, el «fondo rocoso» era lo que subsistía de «la ciudad de oro», absorbida por el mar en una época remota.

Al final de la expedición de 1952, el capitán y la tripulación del barco estábamos convencidos de que el recinto descubierto por nosotros en el «fondo rocoso» era el conjunto de los diques que, según Platón y Homero, protegían la acrópolis y el templo de los atlantes y de los feacios. La concordancia entre las indicaciones suministradas por Platón, en *Timeo* y *Critias*, y por Homero, en la *Odisea*, y las ruinas próximas a Heligoland es absoluta.

1. Las murallas se encuentran a «cincuenta estadios (ocho kilómetros ochocientos metros) del centro (de la llanura), en una montaña por todas partes de aspecto mediocre»; en otros términos, en dirección del continente, a partir de una isla formada por rocas blancas, negras y rojas.
2. El muro de protección mide cinco estadios de largo (927 metros) y encierra la colina.
3. Está hecho de «piedras rojas y blancas» y unos pasos lo cruzan, como dice Platón.
4. Se encuentra allí el ámbar. Nosotros mismos «pescamos» un gran trozo en la proximidad del «fondo rocoso»; los pescadores lo recogen con frecuencia en sus redes. El ámbar que las olas arrojan a la costa proviene efectivamente de la isla desaparecida, donde antiguamente «se extraía del suelo en numerosos lugares».
5. Asimismo, en la isla de Heligoland hay cobre bajo una forma dura y maleable; las leyendas hablan incluso de la existencia de canales o de canalizaciones en cobre.
6. La tradición —leyendas de Heligoland, de Frisia y del Schleswig— y los mapas antiguos mencionan la presencia en la colina, ahora llamada «fondo rocoso», de un templo dedicado a «Fósiles»; este «Fósiles» no es otro que el «Posites» de los dorios y Poseidón de los griegos. La patria de Posites es, por consiguiente, la «patria de Poseidón». El nombre de Basileia mencionado por Piteas de Marsella, por Diodoro de Sicilia y por numerosos escritores de la antigüedad, y la expresión «isla santa» de que se sirvió Platón, están perpetuados en Heligoland (*Heiliges Land* = tierra santa).

Es la prueba de que la Atlántida, la isla capital del imperio atlante o nórdico, contemporánea de la Edad del Bronce, ha sido encontrada. Conocemos ahora su emplazamiento y sabemos que ha existido.

De nuevo, como en 1950, se hizo de noche cuando, viniendo de Heligoland, nuestro barco cruzaba hacia la costa. Esta vez el cielo estaba estrellado y el faro de

Heligoland indicaba la buena ruta que pasa por encima del «fondo rocoso». El mar era fosforescente. De pie en la proa, recordaba el largo camino que había recorrido; pensé en la ciudad desaparecida, en los hombres que murieron el día que el Mar del Norte absorbió esta tierra. Es aquí donde, después de vagar diez años a través del mundo, Ulises fue huésped de los feacios; es de aquí de donde partió, para regresar a Itaca, acompañado por los votos y las oraciones de Nausícaa: «¡Buen viaje, huésped! ¡En la patria de tus padres, cuando regreses, recuérdame!».

El pasaje de la *Odisea* donde Homero describe su travesía nocturna me viene a la memoria; los siglos parecían abolidos. Los versos del poeta griego resonaban en mi oído:

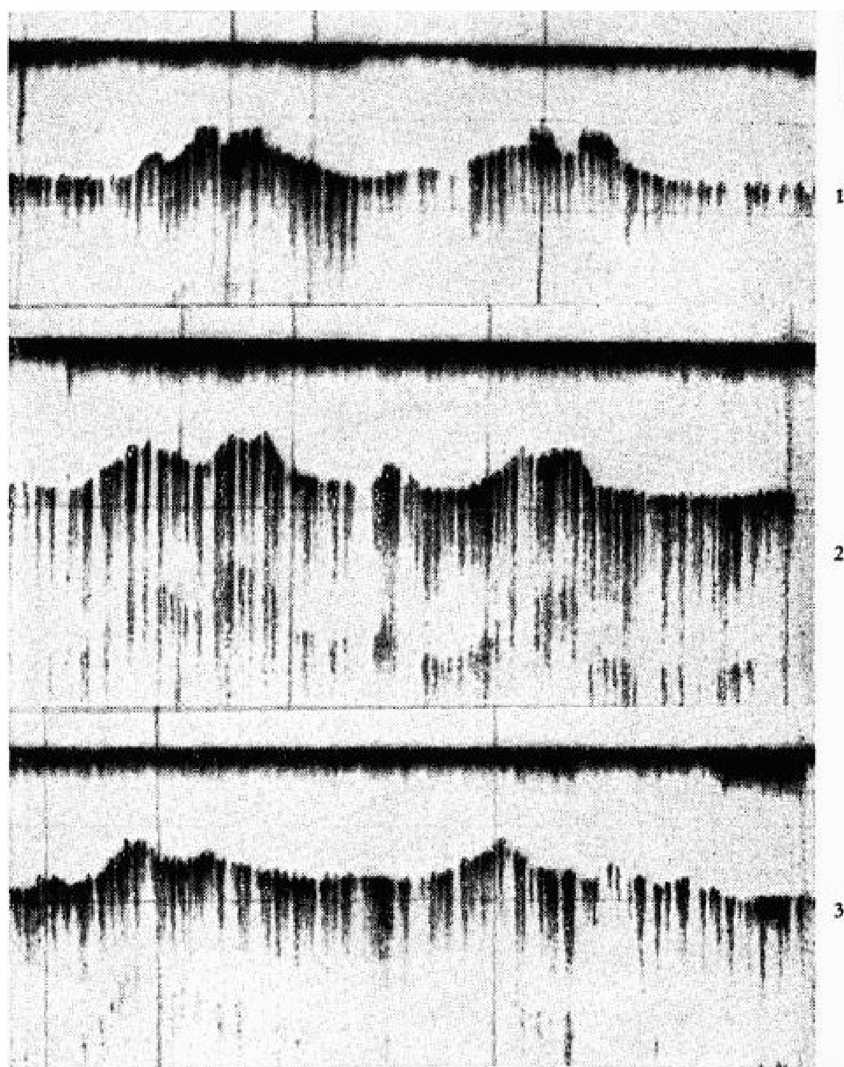
> Como, delante del carro, se ve a cuatro caballos lanzarse a la una, remontarse y devorar el camino bajo los chasquidos del látigo; así se levantaba la proa, y, en el fuerte ímpetu de la estela, balanceaba el mar retumbante; corría, volaba, partiendo las olas de los mares llevando este héroe de los divinos pensamientos cuya alma conoció en otro tiempo tantas angustias. Ahora, inmóvil, dormía, olvidando todos los males sufridos.

Pensaba igualmente en el pasaje del Antiguo Testamento donde el profeta Amos, hablando de «la isla de las columnas», escribió; «Así dice el Eterno: ¿No he hecho salir Israel del país de Egipto, como los filisteos de Caphtor?».

Como los sacerdotes de Sais dijeron a Solón, no fueron ni «la injusta codicia ni la sed de poder» los que empujaron el pueblo de los atlantes al camino del éxodo. Si creemos la Escritura, fue el mismo Dios; en una época en que se produjeron cataclismos y catástrofes en la escala mundial, Dios hizo cruzar a este pueblo una Europa asolada, destrozada por el hambre, y lo condujo a un país donde encontró una patria. Sobre unas antiguas bases, creó una nueva civilización. Estos acontecimientos fueron, seguramente, el origen del derrumbamiento de un mundo, pero sobre sus ruinas se edificó el nuevo. Tal fue el punto de partida de la civilización occidental.

Perdido en mis pensamientos, estaba persuadido de que el momento anunciado por Séneca en *Medea* había llegado:

> En los siglos futuros una hora llegará en que se descubrirá el gran secreto escondido en el océano, se encontrará la poderosa isla. Tetis de nuevo revelará la región y Thule, en adelante, no será más el país de la extremidad de la tierra.



Ecogramas del «Steingrund» cerca de Heligoland. Puede apreciarse en los ecogramas la disposición de los fondos marinos cercanos a Heligoland.

EPÍLOGO

Al principio, comparamos el relato de Platón a una cámara del tesoro; su descubrimiento debía proyectar una nueva luz sobre lo que eran las formas de vida, las creencias, las preocupaciones, las luchas y los sufrimientos de unos hombres que vivieron hace tres mil años.

¿Lo hemos alcanzado?

El relato de Platón levanta el velo sobre uno de los períodos más grandes y uno de los más agitados que ha conocido la humanidad. Vimos, en efecto, que los movimientos de población que se produjeron durante el primer tercio del siglo XIII a. C. fueron provocados por unas catástrofes naturales de una amplitud insospechada; que una ola de invasores sumergió Europa y Asia Menor y penetró hasta Egipto, aniquilando las civilizaciones existentes y colocando las bases de las nuevas. La orientalización del sudeste europeo y de los países del Oriente Medio, que parecía inevitable, fue brutalmente detenida; liberada Grecia, fue cuna de la cultura occidental. Esto, que era sólo una hipótesis, queda ahora atestiguado por el relato de Platón; considerados como insolubles, numerosos problemas han encontrado solución desde ahora.

Gracias a Platón hemos probado que los hiperbóreos de Ramsés III, los filisteos del Antiguo Testamento, los atlantes de Platón y los feacios de Homero eran un mismo pueblo.

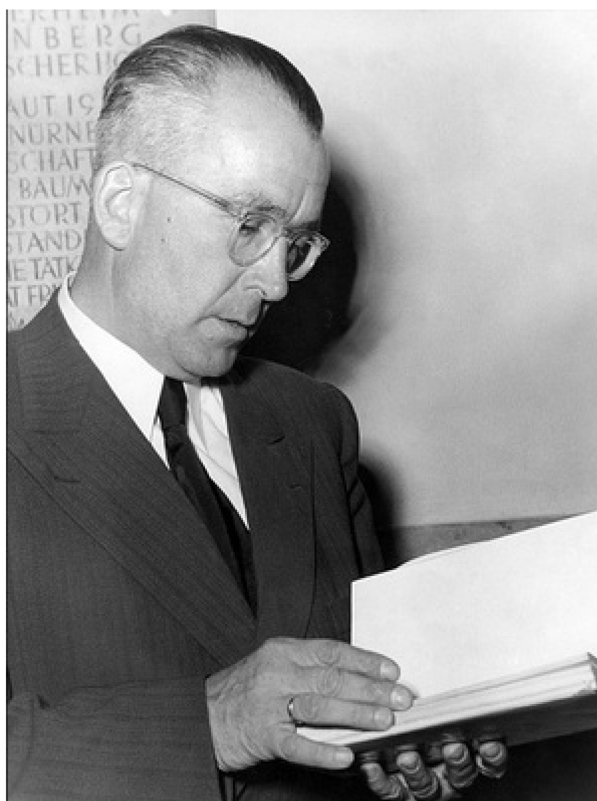
He aquí, pues, confirmada por los textos la existencia de una nación y de una civilización desconocidas; sólo hasta entonces los descubrimientos arqueológicos dejaban suponer que no eran simples mitos.

Sabemos ahora «por qué» se detuvo el desarrollo de las civilizaciones nórdicas de la Edad del Bronce: el éxodo de los pueblos del norte no fue determinado por una necesidad de expansión, sino por la necesidad de asegurar su supervivencia.

Por último, el problema planteado por la existencia de la cuna de la raza helénica, y de los pueblos emparentados, los filisteos entre otros, que hasta entonces pasaba por insoluble, ha quedado también resuelto: griegos primitivos y habitantes del espacio nórdico eran primos.

El texto de Platón contribuirá ciertamente a aclarar un gran número de cuestiones actualmente pendientes, a condición, sin embargo, de tener su relación por verídica y de seguir fielmente su consejo:

«¡Es preciso buscar la verdad con toda el alma!».



JÜRGEN GEORG FERDINAND SPANUTH (Leoben, Austria, 5 de septiembre de 1907 - 17 de octubre de 1998). Estudió teología en las Universidades de Tubinga, Berlín y Viena, antes de ser nombrado pastor de la comunidad luterana de Bordelum, pequeña aldea próxima a Schleswig, en la frontera entre Alemania y Dinamarca. En este lugar se sintió atraído por las tradiciones y leyendas, aún vivas en labios de marineros, pescadores y campesinos, que hablaban de la existencia de un santuario del culto solar en una isla de Jutlandia, al finalizar la Edad del Bronce.

Trabajó en una traducción del griego de *La Atlántida* de Platón y posteriormente se esforzó para desarrollar su propia teoría sobre la Atlántida. Esa teoría, que contiene algunos elementos inquietantes, es objeto de controversia ya que Spanuth era miembro del partido nazi y su visión trata de justificar la superioridad racial de los alemanes y ha sido rechazada por la mayoría de los científicos.

Notas

[1] Las excavaciones emprendidas por Schliemann pusieron de manifiesto en el emplazamiento de Troya varias ciudades superpuestas, construidas en épocas diferentes. Esos niveles arqueológicos se indican con las cifras I, II, III, etc., empezando por el nivel inferior. Los vestigios de Troya VII *a* corresponden a los de la ciudad contemporánea de Homero; los del nivel VII *b* a la ciudad destruida por los «pueblos del norte» en el momento de su llegada a Asia Menor. <<

[2] Kossinna divide la Edad del Bronce en cinco períodos:

Período I	… 2300 — 1750
Período II *a*, *b*, *c*	… 1750 — 1400
Período III *a*, *b*	… 1400 — 1150
Período IV	… 1150 — 1000
Período V	… 1000 — 750

Montelius la divide en seis períodos:

Período I	… 1800 — 1500
Período II	… 1500 — 1300
Período III	… 1300 — 1100
Período IV	… 1100 — 1000
Período V	… 1000 — 750
Período VI	… 750 — 600

<<

[3] Gades, Cádiz y Tartessos son la misma cosa; Gades —o Gadeira— es el nombre púnico de Cádiz y Tartessos el nombre griego del puerto situado en la desembocadura del Guadalquivir. Schulten es el único que niega esa identidad.

N. del T.: Aunque los trabajos de Schulten para descubrir Tartessos —principalmente en el Coto de Doñana— no hayan sido muy afortunados, J. Spanuth demuestra no conocer a fondo la problemática de la geografía del litoral andaluz occidental en la antigüedad. Cádiz, primera ciudad occidental cuya fecha de fundación es bien conocida por los textos (año 1000 a. C.) fue siempre una factoría púnica, o si se quiere, la capital de las factorías púnicas en el Mediterráneo occidental. Es probable que Tartessos fuera el nombre de un Estado que abarcó toda Andalucía, mantuvo estrechas relaciones con los griegos, tiene una lista de reyes conocida y poseía una organización política y social avanzada, todos ellos datos bien documentados por los autores griegos. <<